Giuseppe Scaraffia

LA OTRA MITAD DE PARÍS

PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 189

Giuseppe Scaraffia

LA OTRA MITAD DE PARÍS

TRADUCCIÓN DE
FRANCISCO CAMPILLO GARCÍA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *L'altra metà di Parigi. La rive droite*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

La presente publicación se ha traducido con la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministero della Cultura italiano.

© 2019 Giunti Editore S.p.A. | Bompiani, Firenze-Milano
www.giunti.it | **www.bompiani.it**
© de la traducción, Francisco Campillo García, 2023
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-78-1

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A Maria y Sergio, que me descubrieron Francia

INTRODUCCIÓN

Entre 1919 y 1939, los veinte años comprendidos entre ambas guerras mundiales, la *rive droite*, en tantos sentidos olvidada, fue sin duda el escenario principal de la vida artística, literaria y mundana de París. Desde siempre nos hemos acostumbrado a identificar París con la *rive gauche*, pero no está de más saber que, durante mucho tiempo, su centro indiscutible fue la margen derecha del Sena. Allí se encontraban el Palais-Royal, la Opéra y la Bibliothèque nationale; los grandes bulevares, con sus lujosos cafés; los Champs-Élysées, con sus lugares de encuentro, teatros y cinematógrafos; la rue du Faubourg Saint-Honoré, con sus lujosos hoteles y sus tiendas a la última; los barrios de la alta burguesía, donde se desarrollaba la vida social; las periferias y Montmartre, donde aún vivían los artistas que no se habían mudado a Montparnasse.

Por la noche una multitud de locales nocturnos y teatros acogían a artistas y escritores; por la mañana los cafés y los prostíbulos ofrecían placer a sus visitantes. Por supuesto, únicamente los buenos entendidos, como Simenon, sabían apreciar un barrio como el Marais, que parecía olvidado por el presente. Lo mismo sucedía con Île Saint-Louis, siempre inmersa en una quietud soñolienta. Y eso por no hablar de los arrabales, donde las cenizas de las chimeneas y el estrépito de los talleres envenenaban el aire; pero allí la vida resultaba barata para los artistas más pobres, como Marina Tsvietáieva y Henry Miller.

Desde luego, todos aquellos personajes, ya fueran franceses o extranjeros, estaban de acuerdo en algo: París. Sólo se podía vivir en París. Para André Breton, la capital era «la única ciudad de Francia en la que [tenía] la impresión de que en cualquier momento [podía] suceder

algo que [mereciera] la pena». Para Gerald Murphy, «cada día era diferente; en su atmósfera flotaba una tensión y una excitación casi palpables». Para Elsa Triolet, «el aire de París [era] una droga: [dolía] cuando no lo [tenías]». Para Evelyn Waugh, «en Montecarlo [era] imposible sentirse extranjero; París [era] cosmopolita, [era] todo lo contrario: esa ciudad [hacía] de cualquiera un extranjero». Para Sacha Guitry, «ser parisino no [significaba] que [habías] nacido allí, sino que allí [habías] renacido». Tras sobrevivir a un *tour* por Francia en bicicleta, Henry Miller sentenció: «Tengo que vivir en París. Descubrir una nueva calle o un nuevo café me interesa mucho más que visitar un viejo castillo o una iglesia en cualquier pueblucho perdido».

André Gide, siempre tan atento a su imagen pública, había cruzado el Sena ya en 1926 abandonando así la lujosa zona residencial donde vivía. Tendría que llegar la segunda mitad de los años treinta para que el interés de intelectuales y artistas se desplazara hacia la orilla izquierda.

Antes de convertirse en espacio natural de los intelectuales comprometidos, la *rive gauche* de París había vivido una larga historia. El barrio latino era el reino de la extrema derecha política, mientras que Saint-Germain continuó siendo el bastión de la nobleza. Si Paul Morand consentía en vivir en el VIIe arrondissement era porque su mujer, la princesa Soutzo, había elegido la zona más aristocrática de la ciudad para construir su palacio. Únicamente unos pocos excéntricos, a menudo extranjeros, como la escritora Gertrude Stein o Natalie Clifford Barney, reina del París sáfico, elegían la *rive droite*. Algunos literatos, es el caso de Hemingway y Pound, la habían escogido porque era barata. Ernest Hemingway tenía muy claro que atravesar el río significaba no sólo ir a ver a los amigos, sino también «hacer todas esas cosas divertidas que no podías pagarte o que podían meterte en líos». La única manera que el escritor tenía de no caer en ninguna tentación era lucir un aspecto desaliñado y así sentirse incómodo, rechazado, en medio de tanta elegancia.

Cierto es que no todos los intelectuales de la *rive droite* eran pobres y

que algunos incluso habían acabado por asumir muchas de las costumbres de los ricos que allí habitaban. Pero la margen derecha del Sena incluía también algunos barrios pobres en los que vivía más de un *révolté*, como André Breton o Céline, y había más de una callejuela hoy en desuso en la que los surrealistas habían encontrado un primer lugar donde reunirse y romper de una vez por todas con la bohemia afectada, la bohemia de salón de Montmartre y de Montparnasse.

Aun así, muchos seguían identificando la *rive droite* con sus zonas más burguesas. «Siempre existió el prejuicio de que, si no vivías en la *rive gauche*, no eras de fiar… ni tampoco un auténtico escritor», recordaba Emmanuel Berl. Un día le comunicó a Roger Martin du Gard que había encontrado un apartamento en Palais-Royal: «Me agarró las manos y me dijo horripilado: "¿Es que no has sido capaz de encontrar nada en este lado?"». Era evidente, concluyó: «El viento de *l'esprit* no cruzaba el pont du Carrousel». «¡Quién me iba a decir que acabaría viviendo aquí, en el XVIe arrondissement, junto al Bois!», suspiraba François Mauriac, quien, desconfiando de su reputación, había tardado mucho en decidir marcharse al otro lado del Sena: la *rive droite* tenía fama de frívola. Jacques Prévert, sin tantos prejuicios, aconsejaba tener siempre «un pie en la orilla derecha, otro en la izquierda y un tercero en el culo de un idiota».

Este libro abarca un período en apariencia reducido, sólo veinte años, pero realmente significativo. El trágico juego de la Primera Guerra Mundial se había cobrado un millón trescientos sesenta y cuatro mil muertos, setecientos cuarenta mil mutilados y tres millones de heridos. La sensación de que había comenzado una nueva era no había conseguido relajar las rencillas políticas y sociales, aunque en París la voluntad de olvidar la contienda era generalizada. Las editoriales que apostaron por libros sobre la guerra fracasaron. Nadie quería oír las historias de los supervivientes, quienes a su regreso se encontraron con que los esperaban mujeres ahora sorprendentemente emancipadas. Al plomo de la Gran Guerra no sólo había sucumbido una inmensa

muchedumbre de soldados –dos muertos y cuatro inválidos de cada diez franceses–, sino también el sometimiento ancestral del género femenino. Las miserias del conflicto habían obligado a los modistos a no gastar en cada traje más de cuatro metros y medio de tela. La consecuencia inevitable, el desvelamiento de los tobillos inútilmente condenado por el clero, solamente fue el comienzo de la revolución. La moda del pelo corto, el peinado *a lo Juana de Arco*, inundaba las calles. Y hubo una auténtica oleada de divorcios.

Habían sido cuatro años de sufrimiento, así que la costumbre hizo más o menos llevadera la epidemia letal de gripe española, que llegó a causar más muertos que las trincheras. La cantidad de cadáveres era tan elevada que parecía servir de justificación para el desenfreno. Y todos se mezclaban: las orquestinas de los cafés cantantes estaban formadas por negros americanos, y las encargadas de los lavabos eran nobles rusas exiliadas. «Mientras aquellos hombres tan importantes discutían –recuerda Élisabeth de Gramont– nosotras bailábamos.»

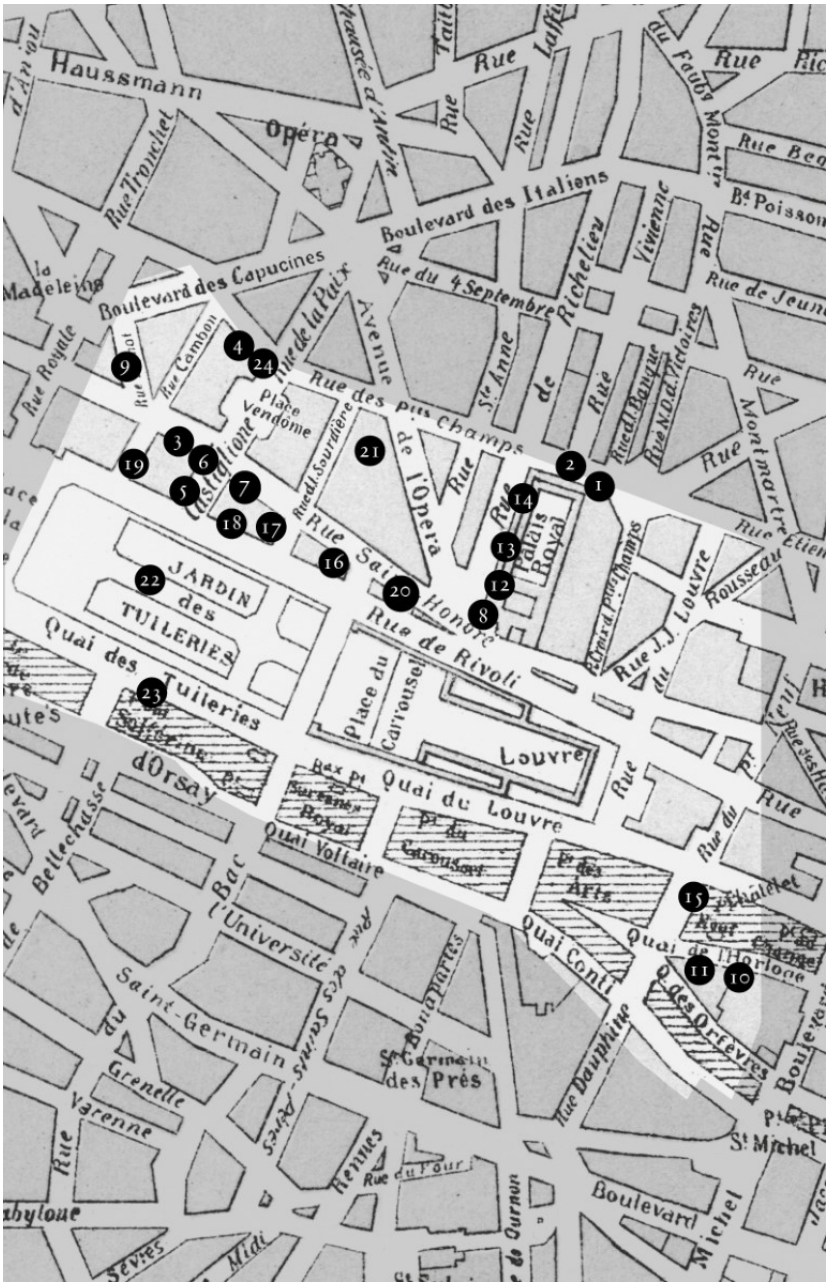
Tras haber sustituido en la vida civil a los hombres destinados al frente, ahora las mujeres ya no tenían miedo a conducir automóviles ni a fumar en público. Todo hacía pensar que la modernidad había impuesto acortar no sólo faldas y cabellos, sino también los tiempos de la seducción. Los monumentales peinados de la *belle époque* dejaban paso a cómodos sombreros campana de fieltro o a suaves turbantes. «Las mujeres –recuerda Berl– querían ser felices a toda costa. Eran muy pudorosas, pero su pudor no tenía que ver con el cuerpo. Eran unas sentimentales sin remedio.»

La vida se les figuraba breve y había que disfrutarla deprisa. Las vanguardias rompían los lazos del arte con el pasado. Ninguna provocación era suficiente. La guerra que habría debido «poner fin a toda guerra» se había convertido en el Rubicón de un nuevo arte. El viejo, que no había sido capaz de impedirla, quedó fuertemente estigmatizado. Tristan Tzara había tenido éxito exportando a París el dadaísmo: «Estoy en contra de los sistemas: el único sistema deseable es

no tener sistema», «Orden = desorden; yo = no-yo; afirmación = negación», rezaba su *Manifiesto*. Los surrealistas bullían impacientes. Su revista, *Littérature*, dirigida por André Breton y Louis Aragon, había desafiado a los escritores con una pregunta: «¿Por qué escribís?». Bien es verdad que su primer número, que con el tiempo se haría célebre, no encontró el eco que esperaban. Daba igual, Breton y Aragon sentenciaron con amargura: «¡El éxito, bah!, ¡hay que volverse repulsivo!».

Solamente los más pesimistas se dieron cuenta de que lo que parecía ser un magnífico amanecer era en realidad un extraordinario ocaso al que la larga noche de la invasión nazi acabaría poniendo fin. «Nos precipitábamos hacia 1939 –escribió Morand– igual que en 1900 hacia 1914: dejándonos caer en el abismo como quien se abandona al placer.»

Ier ARRONDISSEMENT


Haussmann
Opéra
Rue Tronchet
Boulevard des Italiens
Boulevard des Capucines
la Madeleine
Rue Royale
Rue Caumartin
Place Vendôme
Rue de la Paix
Avenue de l'Opéra
Rue des Pts Champs
Rue St Anne
Rue Richelieu
Rue Vivienne
Rue Montmartre
Rue Rousseau
Rue J.J. Rousseau
Rue du Louvre
Palais Royal
Rue de Rivoli
Rue St Honoré
JARDIN des TUILERIES
Quai des Tuileries
Place du Carrousel
Louvre
Quai du Louvre
Quai Voltaire
Quai Conti
Quai de l'Horloge
Pont des Arts
Pont Royal
Pont du Carrousel
Pont des Saints-Pères
Pont Dauphine
Pont St Michel
Boulevard St Michel
Rue du Four
Rue de Rennes
St Germain des Prés
Rue St Dominique
Rue de Varenne
Rue Grenelle
Rue de Sèvres
Rue de l'Université
Rue Bellechasse
Quai d'Orsay
Rue Babylone
Rue Vaugirard
Rue Monsieur le Prince
Rue Dauphine
Rue des Orfèvres
Rue Jean Jacques Rousseau
Rue Etienne Marcel
Rue Montmartre
Rue Vivienne
Rue Richelieu
Rue Neuve des Petits Champs
Rue Sauvage
Rue Sourdière
Rue Royale
Rue Tronchet
Rue Caumartin
Rue du 4 Septembre
Rue de Jeûneurs
Bd Poissonnière
Rue Beaujolais
Rue Royale
Rue Tronchet
Rue Caumartin
Rue Sauvage
Rue Sourdière
Rue Neuve des Petits Champs
Rue Vivienne
Rue Richelieu
Rue Montmartre
Rue Rousseau
Rue J.J. Rousseau
Rue du Louvre
Rue de Rivoli
Rue St Honoré
Rue Dauphine
Rue des Orfèvres
Rue Etienne Marcel
Rue Jean Jacques Rousseau
Rue Vivienne

9, RUE DE BEAUJOLAIS
Colette

1927. Eran solamente las seis de la tarde, pero las luces de la casa ya estaban encendidas. Las ventanas dejaban entrar poca luz. Colette recibió a Walter Benjamin de pie ante el secreter donde solía depositar la correspondencia. Benjamin, de treinta y cinco años, se había sentado en un diván multicolor con el perro a su lado mientras escuchaba las respuestas que ella daba a sus preguntas. Colette, de cincuenta y cuatro, conversaba vertiginosamente con voz clara y decidida. Mientras hablaba sobre la condición femenina, confesó que «la edad de los trastornos del humor propios de la mujer y de los desórdenes físicos y psíquicos» ya hacía mella en su persona. Después siguió explicando que muchas mujeres podían desempeñar tareas de hombres, aunque no era menos cierto que durante algunos días del mes se comportaban de manera «sobreexcitada, imprevisible». Eso sí, añadió, las mujeres eran incapaces de asumir responsabilidades públicas.

Luego se dispuso a criticar su compostura. Dijeran lo que dijeran, las mujeres jamás se comportaban como los hombres: llamaban más la atención. Usaban una larga boquilla para fumar y cruzaban las piernas de un modo diferente. ¿Y qué decir de tanta dieta y tanto ejercicio? Pronto acabarían tan planas como tablas. «Les han inculcado el gusto por todo lo masculino y, sobre todo, el deseo de poder […]. Una vez desatadas sus pasiones, la mujer no conoce límites […], ésa es su grandeza. Pero la sociedad ha transmutado dicha grandeza en un instrumento de autoaniquilación.»

Al llegar el momento de la despedida, Benjamin, fijándose en aquellos cuartuchos, le preguntó: «¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, madame?». «Cinco meses. Bueno, ya lo sabe, ¿verdad?, esto es el antiguo Palais-Royal. Las habitaciones son tan pequeñas que para hacerme un estudio he tenido que tirar un tabique. Antes estaban destinadas a las mujeres del palacio. Sólo sirven para hacer el amor.»

Cuando llegó por primera vez a aquel apartamento, un tanto lúgubre, Colette tenía un nuevo marido, el tercero y el más entregado a ella, Maurice Goudeket, dieciséis años menor. Irónicamente había bautizado como *el túnel* a ese largo entresuelo al que se entraba por la rue de Beaujolais y que, tras un largo recorrido, acababa por asomarse a los pórticos del Palais. Primero estuvo de prueba, dos años, pero en 1937 regresaría para siempre.

«¡Pero si está casi en la acera!», se le escapó al crítico André Billy. Ella hizo oídos sordos. «¡Lleve cuidado con no dar un salto de alegría: se rompería el cráneo!», le aconsejó un gracioso, sorprendido al ver unos techos tan bajos. Pero el alquiler también era bajo y, además, a Colette le bastaba con ponerse de puntillas para colgar los cuadros o las cortinas. «¡La madera se vence!», se quejó alarmada. «¡No, madame, no es que se venza, es que se hunde!», precisó el entarimador. «¿Y hasta dónde va a hundirse?» «Hasta donde Dios quiera que se hunda, madame.»

¿Quién se lo iba a decir? Colette estaba a sus anchas en aquella morada suspendida sobre el bullicioso passage du Perron. La primera mañana tras la mudanza, con los ojos aún cerrados, oyendo el arrullo de las palomas, el rastrillo del jardinero y el susurrar del viento entre las hojas, tuvo la ilusión de que se encontraba en pleno campo. Sí, había poca luz, pero desde la medialuna de las ventanas se veía el desfile inmóvil de las columnas de la plaza porticada. Por la noche, atenuada por el fulgor de las farolas, Colette oía el maullido de los gatos que afilaban sus uñas contra la corteza de los árboles. Le parecía como si todos los murmullos de la noche entraran por un extremo de su *túnel* para salir, tras haber acariciado su cama, por el otro.

Había aprendido a reconocer la sucesión de los ruidos en el tiempo, desde los chillidos de los niños hasta las voces de quienes jugaban al fútbol. El pequeño *bulldog* y la gata habían tardado poco en hacerse a aquella casa, y el felino disfrutaba lanzándose de vez en cuando a recorrer frenéticamente las habitaciones.

En muy pocos días, un sentimiento de paz se había apoderado de aquellas estancias angostas. Colette trabajaba a gusto a la luz, encendida en pleno día, del *abat-jour* verde. Allí recibió la visita de un aspirante a escritor, Robert Brasillach, a quien desilusionó lo vulgar de su aspecto. Aún menos gracia tenía al moverse. Pero, cuando se sentaba, era fácil olvidar lo demás y volvía a asomar la agudeza y el ingenio punzante de su personaje Claudine.

A Brasillach le impresionó el timbre grave, ligeramente masculino, de su voz y su acento provinciano y plebeyo, «capaz de vulgaridades y groserías». El padre Mugnier, más indulgente, veía en ella a una mocosa incapaz de tolerar la menor disciplina, dispuesta a afirmar que la pureza era una tentación como cualquier otra.

Más que de literatura, a Colette le gustaba hablar de cocina explicando los detalles de sus recetas. Mientras conversaba, parecía como si estuviera viendo los colores y saboreando la textura de los platos. Sostenía que entre la medianoche y el alba se oían las setas brotar; había oído abrirse un lirio azul.

Sólo dos bronquitis sucesivas y una congestión pulmonar de la gata la obligaron a abandonar la casa. Fue en 1930.

1937. Cuando volvió, la parte inferior de su cuerpo se estaba deformando sin remedio a consecuencia de un accidente. Pero su rostro asimétrico resultaba aún agradable. Eso sí, su tono de su voz se había vuelto más autoritario, en especial si se dirigía a sus animales.

Aquello ocurrió como por casualidad. En una entrevista había declarado que le gustaría vivir en el pisito que estaba justo encima del *túnel* donde había residido, en Palais-Royal. Al poco recibió una carta del entonces inquilino del apartamento, en la que le decía que estaba a punto de mudarse y que se lo ofrecía. En él viviría hasta el final de su vida.

Era como volver a casa. «¡Todos me han reconocido!», contaba feliz a sus amigos. Dos de las tres habitaciones daban al jardín. Ella escribía en la más grande, encima de un sofá cama, apoyada en un montón de

cojines blancos ante la mirada absorta de la gata. «Si me ves en batín es que estoy trabajando», le había advertido a su marido. No le gustaba trabajar vestida porque la ropa le rozaba los codos y se sentía incómoda.

Había sustituido el papel blanco, que la cegaba, por una resma de color azul claro. Encima de la mesita junto al sofá convivían en desorden el teléfono, la radio, el maquillaje y un espejo en el que examinaba su aspecto antes de recibir a quien fuera. Dos siamesas de porcelana vigilaban el escritorio Luis XV en el que había escrito durante veinticinco años.

Si aún estaba escribiendo cuando llegaba una visita, rogaba al invitado que mientras ella acababa él saliera al balcón a desmigajar galletas para las tórtolas. No había nada de la vida de Palais-Royal que escapara a su mirada «de fauno meditabundo», y las prostitutas que paseaban bajo los soportales le contaban su vida. Una de ellas le pidió en cierta ocasión que le diera uno de sus libros. «¿Cuál?» «El más triste.»

2
15, RUE DE BEAUJOLAIS
Jean Cocteau, André Malraux, Stefan Zweig

Stefan Zweig había descubierto aquel «pequeño hotel, un poco rudimentario» en 1912. El hotel de Beaujolais, a la izquierda del Grand Véfour, era el único del Palais-Royal. No lo abandonaría hasta 1932, cuando se trasladó al hotel Louvois, más cercano aún a la Bibliothèque nationale, donde investigaba para escribir algunas biografías. A pesar de sus defectos, aquel modesto hotel tenía «la inmensa ventaja de asomarse a los jardines del Palais-Royal, y no a la calle, horriblemente bulliciosa». Por la tarde, cuando la oscuridad escondía el jardín, sólo se veían las estatuas brillando a la luz de la luna. Zweig disfrutaba «oyendo el ligero rumor de la ciudad, confuso pero rítmico, como el nervioso romper de las olas contra una orilla lejana».

Ahora se sentía distinto, ya no buscaba, como hacía antes de la

guerra, relacionarse con sus amigos franceses: prefería los largos paseos en soledad. «Le tengo miedo al París que tanto amo por culpa de mis amigos», le confió a Romain Rolland en 1926.

Ya no era ni mucho menos aquel hombre que había pasado, precisamente en aquel hotel, noches inolvidables con la exuberante Marcelle. Una tarde ligó con una chica simpatiquísima a la que había conocido en el metro, pero no quiso subirla a su habitación. «Nada que valga la pena. Ya no deseo ese tipo de vivencias: sólo quiero ver cosas nuevas. Por otra parte, aquí me encuentro demasiado solo como para evitar sucumbir a los atractivos de semejantes aventuras, aunque en el fondo me dejan indiferente. […] Sí, me dan la dirección, pero no la apunto.»

Una noche encontró a un desconocido en pijama y batín que había conseguido colarse en su habitación. Poco después, el dueño del Beaujolais vio salir al tipo con una maleta y decidió seguirlo hasta otro hotel cercano. Entonces llamó a la policía, y Zweig se vio de pronto enredado en una serie de interrogatorios y papeleos. La cosa no era para tanto: por mucho que el tipo hubiera entrado a robar, lo único que había de valor era una *lettre de crédit* por una suma ya muy disminuida debido a los gastos de su estancia en la capital.

Además, viendo al culpable temblar «como quien tiene frío», el escritor no pudo evitar sentir compasión; es más: llegó a albergar por él «una especie de simpatía». Decidió no continuar con la denuncia, lo que desencadenó la furia del propietario, quien, con el rostro rojo de ira, comenzó a gritar que había que exterminar a todos aquellos sucios parásitos. Al mismo tiempo, Zweig había cogido su maleta y estaba a punto de volver a su habitación cuando el ladrón se abalanzó hacia él con aire humilde: «¡Oh, no!, ¡yo le subiré la maleta, señor!». Zweig, alto y delgado, cedió a la petición del ratero sin saber que desde aquel mismo instante el dueño del establecimiento, resentido, le haría la estancia insoportable: le saboteaba la correspondencia, dejó de arreglarle la habitación y también de saludarlo. «Al final, lo único que

pude hacer fue marcharme […] avergonzado, como si hubiera sido yo el delincuente.»

1934. Josette Clotis llegó al hotel de Beaujolais antes de lo previsto. Había oído hablar bien de aquel pequeño establecimiento con vistas al jardín del Palais-Royal, pero de entrada le pareció un lugar algo melancólico y descuidado. Su cama se encontraba en un escondrijo tras una pared del cuarto, y el baño, en una especie de armario. Pero no se arredró: colocó las rosas que había traído en un jarrón y roció su perfume, Blue Grass, para mitigar aquel olor a cerrado.

Apenas reconoció los pasos de André Malraux, se sintió revivir. Era la primera vez que lo veía tras meses de silencio. Le abrió la puerta sin atreverse siquiera a sonreír. Él se quitó el abrigo y lo dejó encima de una mesita coja estilo Luis Felipe. Ella estaba feliz, pero notó que el desencanto se había apoderado de la estancia con su llegada. Sin ni siquiera abrazarla, André se sentó en una butaca desvencijada y comenzó a contarle una serie de historias divertidas. Ella lo escuchaba callada mientras se preguntaba si eran de verdad: los dos, ese par de desconocidos, parecían no tener nada que decirse. Tras un largo silencio, él le propuso que se volvieran a ver.

Antes de que él entrara, Josette había oído el crujido de las hojas de un periódico y pensó: «Él está aquí y lo único que puedo hacer es vivir el presente». Malraux se lanzó a contar una retahíla de anécdotas mientras sorbía el té que ella le había ofrecido, y después se fueron a la cama. Tras hacer el amor, cuando él le preguntó si le apetecía bajar a alguno de los restaurantes del Palais-Royal a comer unos langostinos, ella le respondió con una voz átona que jamás había salido de su boca: «¿Es que tienes ganas de salir?» «No, lo digo por ti.» «¡Ah, no! No tengo ganas de nada.»

Al rato, André se marchó despidiéndose con un gesto de la mano, y ella pidió unos sándwiches con mostaza. Se sumió en la inquietud: ¿se había equivocado en algo?

Una semana después, Josette se había desnudado por completo

mientras él estaba en el baño. Cuando André salió, ella estaba intentando velar la luz de las lámparas. «¡Cierra los ojos!» «¿Por qué? La Venus de Siracusa ha de dejarse admirar», le respondió el escritor cerrando, eso sí, los ojos.

Por bellísima que fuera, con él jamás se sentía tranquila; cuando, tras yacer, él se adormilaba en su regazo, siempre temía despertarlo al mover el brazo, que se le había entumecido. A veces se quedaba absorta mirando una mosca que rondaba el estucado del techo, preguntándose si Malraux solamente la citaba para acostarse con ella. Un día, pensaba, se mataría, y antes de morir le diría: «Nunca has comprendido cuánto te he amado».

1939. Jean Cocteau, a sus cincuenta años, había llegado hacía poco, después de dejar el Ritz, demasiado ostentoso para él. Aquel otoño estaba preñado de amenazas. En ese pequeño hotel se alojaba una pareja de amigos, dos artistas muy mundanos, el pintor y escenógrafo Christian Bérard, a quien llamaban Bébé, de treinta y siete años, y el libretista de los Ballets Rusos, Boris Kochno, de treinta y cinco.

Pasados unos días, su habitación ya estaba llena de todos esos objetos que acompañaban a Cocteau, desde montones de periódicos hasta esculturas de alambre que proyectaban sus extrañas sombras sobre el cartel que anunciaba una de sus obras, *Los monstruos sagrados*, y sobre un gran dibujo del artista. Un baúl Innovation con su neceser para el opio hacía de mesita de noche junto a la gran cama.

En los momentos de pausa de su incesante actividad, iba a visitar a Colette, que vivía allí cerca. Pero estaba inquieto. Aunque la habitación daba a una de sus vistas favoritas, el jardín del Palais-Royal, lejos de su nuevo amor se sentía perdido: hacía poco que habían llamado a filas al guapísimo actor Jean Marais, de veintiséis años. Menos mal que Coco Chanel contribuía sin reparos a que el recluta gozara en la milicia del mejor trato posible sobornando con regalos a los compañeros de cuartel y a sus familias. Con todo, la ausencia de Marais le pesaba muchísimo. «Pobre poeta perdido sin su Jeannot; eres un tontorrón como no hay

otro…»

3
6, RUE CAMBON
Thé Colombin

1923-1926. A Raymond Roussel le gustaba esperar a sus invitados en la elegantísima esquina del Thé Colombin. Destacaba entre los demás clientes por su vestuario, tan elegante como pasado de moda, un suntuoso abrigo de piel y un bastón de empuñadura dorada entre las manos, enguantadas de ante negro. Quién diría que sólo hacía una comida al día; precisamente acababa de terminarla: dieciséis platos servidos entre el mediodía y las cinco. Extremadamente educado, hablaba sin levantar jamás la voz, sin gesticular y sin dejar de acariciarse el bigotito negro. Sorbía *thé de Chine* evitando cuidadosamente hablar de sus obras, quizá un tanto excéntricas. Si su interlocutor insistía, tras responderle cortésmente, de inmediato se excusaba y se alejaba con paso sigiloso.

Para la joven Marguerite Yourcenar, una chica de pelo aún más corto de lo que imponía la moda, ir a aquel salón de té que hacía esquina con la rue du Mont-Thabor era ya una costumbre. En aquel local, predilecto de las lesbianas por aquel entonces y hoy ya desaparecido, no era raro que encontrara presas muy atractivas. La petaca de coñac, escondida bajo su sobria vestimenta, era toda una declaración de intenciones. Marguerite no quería renunciar a ninguna de las alegrías de la vida. Desgraciadamente, el escritor homosexual André Fraigneau, quien le había ayudado a publicar en Grasset creyendo erróneamente que se trataba de un hombre, se mostraba indiferente a la pasión que por él sentía la muchacha. Fraigneau explicaba cruelmente la bisexualidad de la escritora como una doble frustración. En su opinión, Marguerite amaba a las mujeres porque no podía ser un hombre que amaba a los hombres ni la amante de hombres que, a su vez, amaban a otros

hombres.

4
36, RUE CAMBON
El bar del Ritz

En aquellos años, muchos creían que Francia quería decir París y que París era lo mismo que el bar del Ritz. En realidad, había dos bares. En el primero sólo podían entrar los hombres. En el segundo, un saloncito situado antes del auténtico bar y que era conocido como Petit Bar, también podían hacerlo las mujeres. «El Ritz es divino. Una chica puede sentarse en un magnífico bar y beber deliciosos cócteles de champán contemplando a todas las grandes figuras francesas en París», recordaba con placer Anita Loos, quien precisamente allí había escrito algunas páginas de su *best seller*, *Los caballeros las prefieren rubias.*

Allí una tropa de elegantes gigolós cortejaba y divertía a las herederas estadounidenses; los supuestos galanes hacían por ser vistos entre la espesa cortina de humo. «El Ritz es un sitio tranquilo; mujeres inmensamente ricas, cuyas fortunas privarían del hambre a generaciones, saborean plácidamente su té como elegantes fantasmas», observaba Marcel Proust.

A Drieu La Rochelle le gustaba dar sorbos a un Martini entre la multitud cosmopolita. Era precisamente el mismo cóctel que su amigo, el dandi surrealista Jacques Rigaut, solía tomar con aire distraído. Por allí asomaba, completamente fuera de lugar por su ropa raída, un Henry Miller sin dinero para que le prepararan un sándwich.

1919. En el bar del Ritz, André Malraux conoció al legendario Lawrence de Arabia, por quien sentía devoción. Lawrence encarnaba a la perfección la figura del aventurero siempre del lado de los más débiles que a Malraux tanto le habría gustado ser. Mientras hablaban de motores, André lo observaba con avidez. «Era delicado y extraordinariamente elegante, de una elegancia moderna, no de su

tiempo. Un jersey de cuello alto, mangas remangadas, un aire indiferente, distante.»

1928. Cuando quería que sus amigos lo perdonaran por cualquiera de las tonterías que hacía en estado de embriaguez, Fitzgerald los invitaba al bar del Ritz. Había sido él quien había introducido a Hemingway, que aún no se lo podía permitir, en el sabor de sus martinis. El experto barman y los camareros le tenían cariño, tanto por su naturaleza seductora como por las generosas propinas que dejaba, aunque también allí su alcoholismo le jugaba malas pasadas.

Cierto día el *maître* le dijo: «Señor Fitzgerald, he tenido que darle cien francos a aquel hombre para que se compre un sombrero nuevo». «¿De quién me habla?» «De ese al que usted se lo ha pisoteado.» «¿De verdad le he pisoteado el sombrero a alguien?» Entonces le contaron que todo había sucedido la noche anterior al cruzarse con un desconocido en la puerta. «Debo advertirle que, si vuelve a suceder, ya no podrá volver aquí más.» «Tiene usted toda la razón.»

Siempre generoso, estaba entusiasmado con enseñarle aquel local a su joven acompañante, Morley Callaghan, algo azorado por su humilde vestimenta. Cuando el taxi se detuvo en la rue Cambon, Francis Scott Fitzgerald le dejó al chófer una cuantiosa propina.

Todos los camareros parecían conocerlo. En la penumbra del bar sólo había un norteamericano obeso y semidormido. Mientras su amigo probaba por primera vez el whisky, el escritor, satisfecho, se movía dando tumbos por la sala con el vaso en una mano, y en la otra, algo parecido a un fino bastón que se había hecho con un trozo de alambre. Lo había encontrado en la calle, como aquel pequeño bombín que, ante la mirada indiferente del barman, le hacía creerse que imitaba bien a Charlot.

1930. Cuando Fitzgerald lo telefoneó, Thomas Wolfe decidió interrumpir su férreo horario de trabajo para verlo. Tras una cena en la lujosa casa de Scott, en la rue Pergolèse, en la que los licores, desde el whisky hasta el coñac, se servían abundantemente, los dos escritores se dirigieron al

bar del Ritz. Debían de hacer una extraña pareja: Fitzgerald rubio y elegantísimo, y Wolfe de dos metros de alto, vestido con una pulcritud que contrastaba con el caótico amasijo de su cabello negro.

Scott le había confiado a su joven colega sus problemas con la novela en la que estaba trabajando y otros más graves causados por la neurosis de Zelda. Wolfe se sentía exultante por haber conocido a aquel mito viviente de la literatura, tan generoso y amable. Luego se pusieron a discutir sobre Estados Unidos. «Le dije –recuerda Wolfe– que éramos gente que siempre tiene nostalgia de su hogar y que pertenece a la tierra y al territorio del que viene tanto e incluso más que a cualquier país que pueda visitar. Él dijo que no era cierto, que no éramos una nación, que no sentía nada por su lugar de origen.»

Cuando Wolfe se fue, Fitzgerald se quedó hablando con unos estudiantes de Princeton, la universidad donde él había estudiado y que nunca había dejado de amar. Wolfe siempre temía que se estuvieran riendo de él y de sus cosas; pero, en todo caso, el encuentro había sido emocionante. «Me ha gustado –escribió al editor que compartían, Max Perkins–: creo que tiene un talento inmenso, y espero que acabe pronto ese libro.»

1937. Curzio Malaparte no conseguía recordar cuántos vasos de whisky se había bebido, pero sí se acordaba perfectamente de cómo iba vestido: «Una chaqueta de *tweed* marrón, con ese tipo de corte que da fama a los sastres ingleses de Savile Row, y unos pantalones de franela gris, como llevan todos los *undegraduates* de Oxford y Cambridge».

1939. La última imagen de Francia que Marguerite Yourcenar se llevó con ella fue la de Cocteau en el bar del Ritz, más preocupado, como siempre, de seducir y deslumbrar que de la tragedia que estaba a punto de desencadenarse.

5
1-3, RUE DE CASTIGLIONE

1919. El 9 de enero, Thomas Edward Lawrence, llamado Lawrence de Arabia, se encontraba en la habitación número noventa y ocho del hotel Continental, hoy Intercontinental. Había llegado a París con motivo de la cumbre sobre Oriente Medio en el marco del Tratado de Versalles. «Vivo a media hora a pie del Majestic y del Astoria, las sedes de la delegación británica.» Oficialmente venía en calidad de intérprete del rey Fáisal, pero en realidad su propósito era ayudar al monarca a combatir la cerrazón absoluta del presidente del Consejo francés, Georges Clemenceau, conocido como el Tigre, y la intransigencia del primer ministro inglés, David Lloyd George, quien, por otra parte, tampoco hacía muchos esfuerzos en disimularla.

Los delegados enseguida comprendieron la imperiosa necesidad de no dejarse engañar por los rasgos casi infantiles y la sonrisa perpetua de aquel treintañero. Según Winston Churchill, «Lawrence no gustó demasiado en París. Acompañaba al rey Fáisal a cualquier lado como amigo e intérprete. ¡Y vaya intérprete! En cuanto se ponía en peligro lo que él consideraba su deber para con los árabes, le traían sin cuidado sus vínculos con Inglaterra e incluso su propia carrera».

Lawrence era de estatura baja, pero una leve desproporción entre el busto y las piernas le confería un aspecto imponente cuando estaba sentado. La indumentaria de aquel caudillo, con terno del ejército británico y turbante árabe, reflejaba perfectamente su difícil posición como mediador entre las potencias occidentales y el reino de Siria, que tanto había contribuido a crear. En Londres, para acompañar a Fáisal a Buckingham Palace, se vistió de árabe de pies a cabeza y explicó a quienes lo miraban perplejos: «Cuando un hombre sirve a dos amos y se ve obligado a decepcionar a uno de ellos, igual da que el ofendido sea el más poderoso. Estoy aquí como intérprete del emir Fáisal y visto su uniforme».

Con la mente puesta en el éxito de su empresa, Lawrence había tenido

que aceptar muchos sacrificios, que soportaba con su acostumbrado estoicismo. «Por lo que se refiere al trabajo, las cosas van bien. He conocido a diez periodistas norteamericanos, me he dejado entrevistar por todos y cada uno de ellos. Ha sido muy largo. También me he reunido con el presidente Wilson y con otras personalidades influyentes.» Ese tipo de cosas eran especialmente fatigosas para alguien que, como él, tenía por costumbre no mirar a la cara de sus interlocutores. Consciente de su posición, sabía que debía comer a solas. Detestaba permanecer en la mesa más de cinco minutos, así que se limitaba a engullir maquinalmente lo necesario para su supervivencia. Por si eso fuera poco, le repugnaba todo tipo de contacto físico y en particular estrechar la mano. A pesar de todo, su empeño en enfrentarse al imperialismo de los franceses y el cinismo de sus compatriotas lo convencía para soportar el ceremonial propio de políticos y diplomáticos.

La tensión venía acentuada por el hecho de que Lawrence sabía perfectamente lo esencial que era vencer en aquella batalla, «la batalla de su vida». Para ello, no había dudado en enfrentarse una y otra vez a Clemenceau, arisco y gritón.

Al principio también el rey Fáisal se había alojado en aquel hotel. Lo escoltaba una decena de cortesanos. Por la mañana, el soberano desahogaba su malestar con largas galopadas.

En los pocos días que tuvo libres, Lawrence se encerró en su habitación para trabajar con la mayor concentración posible en el que se convertiría en su libro de memorias de la guerra, *Los siete pilares de la sabiduría*.

Tras tantos desacuerdos con Clemenceau, quien, por otra parte, nunca dudó en demostrar la admiración que sentía por su adversario, alguien claramente a su altura, Lawrence no tuvo más remedio que resignarse a volver a Oxford, «profundamente disgustado por aquel completo fracaso y por el triste desperdicio de cuatro años de esfuerzos».

6
7, RUE DE CASTIGLIONE
Curzio Malaparte, George Orwell

1918. Curzio Malaparte, con veinte años y de permiso, dormía en una habitación en el último piso, bajo los mismos tejados del hotel Lotti. Desde allí podía ver el Napoleón de la columna Vendôme. Para él, aquella silueta que descollaba entre las macetas de flores blancas de los balcones de la plaza era «el jardinero».

El cañón de los alemanes, la Gran Berta, se oía al alba. Malaparte veía un lúgubre rayo azul partir en dos el cielo y oía «el estrépito sofocado» de las explosiones. De la calle subía el olor del pan recién horneado y el de los adoquines húmedos. Muchos años después recordaría con nostalgia aquel hotel con un servicio excelente y donde cualquier capricho era satisfecho.

1929. Aunque estuviera cansado y hambriento, George Orwell, que entonces contaba veintiséis años, no pudo evitar darse cuenta del ridículo contraste entre la suntuosa fachada clásica del hotel Lotti y el agujero «pequeño y oscuro como una ratonera» por el que entraban y salían los camareros de «uno de los trece hoteles más caros de París».

Orwell era muy alto y enjuto; la maraña sin orden de su pelo acentuaba el enorme tamaño de su cabeza. Desde que, irritado por el colonialismo británico, había abandonado el cuerpo de la policía birmana, había pasado muchas penurias viviendo de empleos esporádicos. Cuando el jefe de personal, un italiano pálido agotado por el exceso de trabajo, le miró las manos para comprobar si realmente tenía experiencia de friegaplatos, no encontró lo que esperaba. Pero en cuanto supo que era inglés lo contrató. «Ya hace tiempo que andamos buscando a alguien con quien practicar el inglés. Nuestros clientes son en su mayoría norteamericanos y aquí lo único que sabemos decir en inglés es…», y añadió una palabrota de uso frecuente.

En efecto, el hotel había nacido por iniciativa del duque de Westminster, harto de los alojamientos parisinos y nostálgico del confort

británico. Por ese establecimiento, «el más pequeño de los grandes hoteles», frecuentado por la élite angloestadounidense, pasaban todas las celebridades, como Cocteau, Chanel o Picasso.

Pero no había nada más opuesto a las espléndidas salas del Lotti que sus cocinas, el cuchitril sofocante destinado a Orwell, entre el hedor de la comida y el incesante fragor de los hornos. Leyó en una pared: «Es más fácil encontrar un cielo sin nubes en invierno que una mujer virgen en el hotel X». Un mozo que cargaba un bloque enorme de hielo seguido de cerca por otro que llevaba a sus espaldas un cuarto de ternera le gritó inmisericorde: «¡Largo de aquí, imbécil!».

En el tercer sótano el calor era tan insoportable y el techo tan bajo que Orwell no podía permanecer erguido. Allí le explicaron que su obligación era llevar la comida al resto de los empleados y luego lavar los cacharros. Escuchó las instrucciones sin replicar y se puso manos a la obra. Aquel día trabajó catorce horas. La cocina, entre los fogones, el crepitar de las sartenes y el calor, le parecía un auténtico infierno. «Todos parecían angustiados y furiosos.» De vez en cuando, el chef, morado de ira, gritaba una orden o un improperio. Al ver que el inglés recién llegado no sabía bien cómo desenvolverse, el resto no paraba de insultarlo. «Quien llegara allí por primera vez pensaría que de pronto había caído en un nido de locos enrabietados.» Pero el sentimiento de culpa surgido de su experiencia en las colonias era infinitamente más duro que aquella situación.

Dejaron de burlarse de él cuando se dieron cuenta de que Orwell no era precisamente ningún vago. Cenar le devolvió las fuerzas. Al salir lo registraron bien por si acaso. Pero le propusieron un mes de prueba, once horas al día, un horario insólitamente liviano en comparación con lo acostumbrado en aquel entonces. Qué pena que la temperatura oscilara entre los cuarenta grados de los fuegos y el hielo de la cámara frigorífica. No siendo un tipo robusto, como sí lo eran los demás, le resultaba extenuante recorrer a diario veinticinco kilómetros yendo de aquí para allá y de arriba a abajo por el hotel. El momento más terrible

llegaba a la hora del almuerzo, cuando todo parecía explotar por culpa de las incesantes órdenes. «Era una especie de delirio.» Orwell se movía como podía entre los fogones empapado en sudor. Bebía mucho para no perder las fuerzas, como hacían sus colegas. A las dos de la tarde había un descanso y uno podía salir finalmente de los sótanos. Entonces «el aire parecía de una claridad deslumbrante, fría como un verano ártico; ¡y qué bien olía la gasolina después de todo aquel tufo a comida y sudor!».

Al cabo de muchos años, en una fiesta, un desconocido alto y delgadísimo se acercó a la duquesa de Westminster para decirle: «Usted no me recordará, pero yo me acuerdo perfectamente de usted y de su marido». Después Orwell le contó que había trabajado en el Lotti y que cierto día el duque le había pedido al camarero un melocotón. Para evitar que lo despidieran, el mozo salió a buscar desesperadamente aquella fruta fuera de temporada, pero la única tienda que podía tenerla estaba cerrada. A aquel pobre desgraciado no se le ocurrió nada mejor que romper el escaparate para así robarla y llevársela al duque. Orwell le explicó también a la duquesa que, poco después de aquel episodio, decidió dejar ese empleo para comenzar a escribir. Pero no era verdad. En aquellos tiempos, no obstante lo pesado que era el trabajo de pinche, había escrito mucho, dos novelas y varios artículos, aunque sólo había conseguido publicar algún texto breve. ¿Fue él quien corrió a la caza del melocotón, como dio a entender a la aristócrata o, por el contrario, como escribió en *Sin blanca en París y Londres*, el protagonista fue un alemán? Bueno, en el fondo tampoco importa mucho, ya que en ambos casos la anécdota era demasiado jugosa como para no contarla.

7
¿?, RUE DE CASTIGLIONE
Harry Crosby

192*. ¿En qué año y en qué lugar exacto de la rue de Castiglione el

elegantísimo Harry Crosby detuvo el taxi en el que viajaba al ver a uno de sus primos?, ¿y es cierto que, tras pedir al taxista que lo esperara, le dejó una bolsa de Cartier con la fabulosa colección de joyas que quería depositar en el banco? Pero, sobre todo, ¿será verdad que, al salir del café donde se había bebido un buen número de oportos, se sorprendió al ver que ya no había taxi alguno esperándolo?

8
1, PLACE COLETTE
Paul Éluard

1930. Cuando el director de cine soviético Serguéi Eisenstein, de treinta y dos años, le regaló a Paul Éluard una entrada para el estreno de la pieza teatral *La voz humana*, de Jean Cocteau, el poeta no le había ocultado sus intenciones: «Se lo advierto: voy a montar un escándalo».

La verdad es que aquel francés con el espíritu del desafío impreso en la cara guardaba un parecido inquietante con Vladimir Maiakovski. El cineasta soviético, aun a sabiendas del odio de los surrealistas a Cocteau, no había dado mucha importancia a la afirmación de Éluard.

A la Comédie-Française, con pecheras almidonadas y anteojos de oro, había acudido «una sociedad tan respetable que daba náuseas». La actriz recitaba su monólogo al mismo tiempo que el público se dejaba llevar por una dulce modorra. Se trataba de una interminable conversación con un interlocutor invisible. Entonces Éluard, alto y robusto, se puso en pie en un palco y empezó a dar gritos. Como nadie dijo nada, poco después Éluard retomó sus invectivas. Algunos de los asistentes pensaron que se trataba del líder de los surrealistas, André Breton. Fue entonces, tras conseguir finalmente que todas las miradas se centraran en él, cuando comenzó a dar voces despacio, muy claro, silabeando: «¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!».

Mientras la actriz, desolada, hacía gestos de desesperación y súplica, y las señoras lanzaban gritos de indignación, un nutrido grupo de

espectadores furiosos se abalanzó hacia el provocador. Éste los esperaba en su asiento, inmóvil, «con el aire de un san Sebastián pero con la superioridad de Gulliver frente a los liliputienses». Su cara pálida «con las mandíbulas apretadas» fue lo último que Eisenstein consiguió distinguir de Éluard antes de que rodara por la fastuosa escalinata confundido entre los cuerpos de sus agresores.

Mientras tanto, los aplausos de los presentes habían animado a retomar su papel a la actriz, que al final de la representación recibió una ovación interminable, mientras Eisenstein, con miedo a que Cocteau lo riñera por haber invitado al surrealista, se apuró para salir del teatro desapercibidamente. En el fondo, pensaba, si no hubiera sido por aquel escándalo, el éxito no habría sido tan grande.

La noticia ya corría de boca en boca. Según unos, Éluard había gritado también: «¡Esto es obsceno!». Según otros, le habían quemado el cuello con cigarrillos. Había algo en lo que todos estaban de acuerdo: «Jean está exultante. Ya ha tenido su escándalo».

9
17, RUE DUPHOT
Bar Le Gaya

1921. Cuando Louis Moyses adquirió el Gaya, éste no era más que un pequeño bar detrás de la Madeleine revestido con baldosas azul claro, característica por la que había sido bautizado como el *bar-lavabo*. El pianista Jean Wiener era capaz de pasar sin solución de continuidad de la música clásica al jazz más moderno. Aun así, el local no acababa de despuntar. «Tengo que despedir a los músicos», había exclamado Moyses, a lo que Jean Cocteau le respondió: «Más bien tiene que despedir a la clientela». Pero la complicidad entre los dos surgió cuando Moyses, en una visita propiciatoria al escritor en la rue d'Anjou, señaló una foto de Rimbaud: «¿No he visto yo esa cara en alguna parte?».

Cocteau había movilizado al *Tout-Paris* para la inauguración. Vance

Lowry, un músico negro que tocaba el saxofón y el banjo, contribuía a recrear ese ambiente norteamericano tan de moda por entonces. «Vance, para los negros la noche es el día, sigue tocando…», le suplicaba Paul Morand, de treinta y tres años. No era extraño que a Vance se le uniera el propio Cocteau, quien le había pedido prestado a Stravinski una batería y un tambor. «El jazz me embriaga más que el alcohol, que no me sienta bien.» Las lenguas viperinas insinuaban que quizá Cocteau había encontrado finalmente en el tambor su verdadero camino. Eran frecuentes las bromas a costa de su apellido, que sonaba parecido al plural de cóctel: «Un cóctel, unos Cocteau», «Hay muchos cócteles, pero un solo Cocteau».

Mientras tanto, Raymond Radiguet, un jovencito de dieciocho años, se emborrachaba a conciencia a base de ginebra y whisky. Abandonados los andrajos con que había hecho su entrada en la escena parisina, lucía ahora guantes de la famosa tienda inglesa de la rue de Rivoli, Hilditch & Key, y había comenzado a remangarse las mangas de la chaqueta como lo hacía su protector, Cocteau. «De tarde en tarde, me paso diez minutos por el Gaya», decía el noctámbulo Paul Morand, quien se divertía mucho contemplando la transformación de Radiguet o, mejor dicho, de Bébé, llamado así por su juventud, «con su cuello tan erguido, su pelo encrespado, sus botines y ese perfume con olor a alcoba de Montmartre».

Cocteau, deslumbrante con su esmoquin blanco, corbata frambuesa y sombrero de copa, dirigía a su antojo la velada. El uniforme de los homosexuales elegantes era sombrero de copa y capa, si bien Maurice Sachs, insaciable en la provocación, se atrevía con una plateada. Entre el público se mezclaban celebridades de todo tipo, entre ellos el príncipe de Gales, Arthur Rubinstein, Diáguilev y Picasso. Era frecuente que la princesa Violette Murat, de cuarenta años y, según Proust, más parecida a una trufa que a una violeta, llegara ya achispada, si bien el vicio favorito de aquella famosa lesbiana era por entonces el opio. Ezra Pound, alto, con su perilla roja y una mirada excitada de inspiración,

vestido como los bohemios de antaño, resultaba inconfundible. Picasso y Diáguilev, el empresario de los Ballets Rusos, charlaban con Misia. A poca distancia estaban Gide y su discípulo Allégret. Erik Satie y René Clair hablaban apoyados en la pared. De vez en cuando, se oía la risotada alta y potente de Yvonne George, una atractiva cantante muy amada por los artistas y destinada a una muerte precoz a consecuencia de su vida disipada.

Fernand Léger le pedía al pianista que tocara «St. Louis Blues», pero a veces, tras cerrar la Opéra, llegaba Rubinstein y se sentaba al piano para interpretar a Chopin ante sus admiradoras. Pocos sabían que Gaya era la marca del delicioso oporto que allí se servía.

La clientela era tan numerosa que podía llegar a ocupar la acera y la calzada, lo que provocaba embotellamientos acompasados por los cláxones de los automóviles aprisionados en el tráfico. Competidor directo del café Certa, al que era asidua la vanguardia, el Gaya también atrajo a su vertiginosa órbita al dadaísta Tristan Tzara, de veintiséis años, que escrutaba impasible la multitud detrás de su monóculo antes de ponerse a idear nuevos cócteles. A menudo lo acompañaba otro dandi, el pintor Francis Picabia, de cuarenta y dos, siempre dispuesto a seducir a una mujer hermosa y a charlar con su coetáneo Paul Poiret. «Las duquesas –decía Cocteau– siempre están listas para que Poiret las vista y las desvista.» La pipa de Poiret estaba perennemente encendida, como su imaginación.

10
31, QUAI DE L'HORLOGE
Pablo Neruda

1939. Tras la convulsión de una España asolada por la Guerra Civil, a Pablo Neruda, de treinta y cinco años, le resultaba reconfortante contemplar desde la ventana el pont Neuf, la estatua de Enrique IV y los pescadores del Sena. Si alargaba un poco el cuello hacia la derecha,

conseguía distinguir, contrastando con las negras torres de la Conciergerie, el reloj imponente y dorado.

Había alquilado aquel apartamento con Rafael Alberti, que por entonces contaba treinta y siete años, y la mujer de éste, la escritora María Teresa León. Había llegado de Madrid con la pintora Delia del Carril, la Hormiguita, veinte años mayor que él, «pasajera suavísima, hilo de acero y miel que ató mis manos en los años sonoros». Fue ella quien lo introdujo en el marxismo.

«La guerra de España, que ha cambiado mi poesía, comenzó para mí con la muerte de un poeta», decía aludiendo al asesinato de Federico García Lorca. Neruda era «grueso, simpático, chismoso, vanidoso», pero se esforzaba en que sus interlocutores se sintieran a gusto con él por mucho que su fama los intimidara. Odiaba los discursos abstractos. «Hacía lo posible para mostrarse sencillo, directo, mundano.» Sin embargo, a veces su egocentrismo conseguía irritar incluso a sus admiradores. Uno de sus traductores, el genial Roger Caillois, encontraba su modo de recitar versos propio de un «histrión insoportable» que lanzaba miradas de reproche a su diosa consorte cada vez que un pequeño rumor del auditorio turbaba su lectura.

A Neruda le gustaba pasar el tiempo con Paul Éluard, de cuarenta y cuatro años. «No hay nada más hermoso que perder el tiempo, y para este antiguo oficio cada uno tiene su estilo.» Con él perdía la noción de las horas discutiendo de naderías. Conociendo su pasión por el coleccionismo, Éluard le había regalado dos cartas de Isabelle, la hermana de Rimbaud, que se remontaban a la época en que al poeta le amputaron la pierna derecha.

El chileno admiraba la energía y el impulso poético de Louis Aragon, de cuarenta y dos años, pero su inagotable verborrea lo dejaba aturdido.

Daniel Halévy

Quien entraba en aquel salón con muebles Segundo Imperio y cuadros de Degas tenía la impresión de hacerlo en otro siglo. Y en cierto sentido era así, pues el dueño de la casa, Daniel Halévy, compañero de colegio de Marcel Proust, había hecho de ella un oasis en el que las generaciones, las nacionalidades y los puntos de vista más distantes podían encontrarse sin confrontarse. Allí se daban cita Péguy, Montherlant, Gide, Benda, Rolland, France, Malaparte, Mauriac, Anna de Noailles, Soupault, Guénon, Drieu La Rochelle, Berl, Giraudoux, Julien Green, D'Ors, Gómez de la Serna, Lawrence de Arabia, Salvemini y Rougemont.

La luz que se filtraba entre los altos álamos del quai de l'Horloge dejaba ver a pocas mujeres. Madame Halévy, tras servir el té, desaparecía con discreción. Quedaba la combativa Clara Malraux, que había llegado junto a su marido, André, quien había sobrevivido a una pena de prisión en Camboya por haber intentado robar unas estatuas jemer. O también la larguirucha poeta Catherine Pozzi, que, sentada frente al irrefrenable Malraux, había notado que de vez en cuando el orador se aseguraba con una mirada de soslayo de que ella lo estuviera escuchando con la atención debida. A Pozzi le pareció que Malraux calculaba sus intervenciones con sumo cuidado. «Estas reuniones son como la prueba de ingreso a la universidad, y los más interesados vienen con las preguntas preparadas desde casa.»

Malraux, a su vez, recordaba la emoción que le produjo ver a Pierre Drieu La Rochelle, que llegaría a ser un gran amigo, plantarle cara a un grupo de autores ya consagrados. Su alta estatura obligaba a Drieu a inclinarse ante quien estaba hablando, pero cuáles eran en realidad sus pensamientos, qué había detrás de su eterno ceño fruncido, de su «resentimiento de rey destronado», fue algo que nunca se pudo descifrar.

Halévy, autor de ensayos de gran interés, también se encargaba de dirigir una colección para la editorial Grasset, «Les Cahiers verts», en la

que publicaba a jóvenes en los que adivinaba futuro, como el propio Drieu o Curzio Malaparte.

En 1933 apareció por el salón Céline, de treinta y nueve años, que había conseguido sobrevivir al éxito de *Viaje al fin de la noche*. Achaparrado, vestido con ropa deportiva de color marrón, con aire inglés. Engastados debajo de su enorme frente, dos pequeños ojos azules, «los ojos graves de un hombre que ha corrido muchos peligros». No se daba importancia alguna y nunca estaba quieto. Durante tres horas y media no dejó de levantarse, sentarse, andar de aquí para allá gesticulando o esbozando un paso de danza. Hablando de su libro, dijo: «He creado ese lenguaje antiburgués que me había propuesto crear. También, porque hay sentimientos que sin él no podría haber expresado». Sin embargo, reconocía temer que su invento pasara de moda en veinte años.

Una larga barba enmarcaba el «bello rostro consumido» de eremita parisino de Daniel Halévy. El permanente cansancio que traslucía su mirada contrastaba con su habilidad para conseguir que en su salón coincidieran escritores de inclinaciones políticas rivales sin que nadie jamás alzara la voz. Él mismo era una mezcla, que rayaba en la contradicción, de diversos puntos de vista. Proveniente de una familia de la alta burguesía judía, se había alejado de la religión de sus antepasados y encarnaba una libertad de pensamiento realmente extraña en una época como aquélla, con tantas ideologías en lucha. Defensor tenaz de la inocencia del capitán Dreyfus, no había vacilado en romper su amistad con el antisemita Degas. Pacifista tras los estragos causados por la Gran Guerra, soñaba con unir a las élites del pueblo y de la aristocracia oscilando entre el socialismo humanista y el nacionalismo.

Siempre vestido con ropa marrón de pana ancha, reflexionaba: «La pana es lo que une los destinos humanos. Los destinos son diferentes, y me gusta que lo sean, pero hay una cepa común, y esa cepa es la vida laboriosa y artesanal, una vida de la que el traje de pana del guardabosques, del cazador o del carpintero puede considerarse su

insignia».

12
6, RUE DE MONTPENSIER
Palais-Royal

1925. A Rainer Maria Rilke le gustaba la quietud de PalaisRoyal, un oasis en medio del tráfico de París que ahora, tras tantos años de ausencia, encontraba mucho más frenético.

Bajo su fieltro gris, la frente alta y el espeso bigote, con las puntas hacia abajo sobre sus labios fruncidos, le daban un aire indiscutiblemente eslavo, al igual que el abrigo gris con trabilla, típico de Europa del Este, y los botines claros a juego con su vestimenta. Extremadamente amable, nadie podía pasar por alto la intensidad de su mirada gris azulada, «afligida y ausente». Rilke intuía la gravedad de su enfermedad, pero había querido regresar a la capital, donde en su momento viviera como alguien anónimo, para sentir el sabor de la gloria y saludar a los viejos amigos. Además, quería recuperar lo poco que André Gide y Romain Rolland habían conseguido salvar de la subasta de sus bienes años atrás, cuando el estallido de la guerra le impidió seguir pagando el alquiler en París.

A veces James Joyce se citaba con amigos y conocidos en los jardines, prefiriendo las horas en que tenían lugar los espectáculos vespertinos para los niños.

En aquellos tranquilos jardines, Jean Giraudoux, envuelto en su enorme abrigo beis de manga raglán y su bufanda burdeos, sacaba a pasear a su perro, *Puck*, y, levantando los ojos, claros y enmarcados por unas gafas de carey, le señalaba una ventana diciéndole: «¡Saluda a madame Colette!». La escritora apreciaba mucho la cortesía: «Como quien está en la plaza de un pequeño pueblo, nos intercambiábamos, de perro a mujer y de mujer a dramaturgo, frases de profundo afecto».

La primera que llevó a Simone de Beauvoir a los jardines del Palais-

Royal fue su amiga Stefa. Esa joven elegante, perfumada, libre y sensual, además de culta e inteligente, encarnaba para Simone la posibilidad de una nueva vida. «Estaba a un paso de confesarme la verdad. Estaba cansada de ser puro espíritu.» Stefa fue quien empujó a aquella *bas-bleu* de veinte años a ir a la modista y a la peluquería con más frecuencia. Y pronto los muchachos que estudiaban en la cercana Bibliothèque nationale comenzaron a mostrar interés por ella. Fue una evolución lenta. Simone, aún insegura, se divertía escuchándolos gastar bromas sobre su voz, bonita pero áspera. Sin embargo, no tenía reparos en afirmar que no era completamente femenina, cosa que de inmediato le contradecían los presentes. A veces se sentaba en compañía de algún pretendiente a orillas del estanque, donde el viento los bañaba con el rocío que traía de la fuente. Ya no era la muchacha «simpática, bonita y mal vestida» de la que hablara Jean-Paul Sartre.

Simone persuadió a sus padres para que incluso en octubre, cuando cerraba la Sorbona, la dejaran seguir yendo a la hora del almuerzo a comer en Palais-Royal. Un sándwich de *rillettes*. Lo mordisqueaba sentada en un banco, «contemplando morir las últimas rosas».

13
18, RUE DE MONTPENSIER
Pierre Drieu La Rochelle

1935. La mesa de Claudine Loste, hija de un coleccionista de Toulouse-Lautrec, era bien conocida por ser una de las mejores de París. Fue allí donde un buen día de enero Pierre Drieu La Rochelle conoció, a los cuarenta y dos años, a una de las reinas de la ciudad, Christiane Renault, de treinta y ocho. Ella había percibido «la mirada tranquila e insistente» de aquel hombre «tirando a alto y elegante, vestido con una pobreza exquisita». Él, recuerda la dueña de la casa, «ardió como una hoguera de abetos». Cuando, unos días después, volvió a visitarla, le confió: «¡Ay, esta vez sí estoy enamorado!».

Volvieron a encontrarse en marzo y ella «tardó poco en entregarse» al escritor. Alta y morena, Christiane tenía unos «senos preciosos» y unos luminosos ojos marrones. Mujer muy liberada, había tenido amoríos con hombres y mujeres, pero en aquella época se sentía cansada de ese tipo de relaciones. Esa mujer dinámica y deportista, «tan bella que daba miedo», conseguiría disipar durante algunos años aquel instinto de huida del escritor. Antes de ella, ni siquiera sus aventuras más apasionadas habían superado los seis meses. Cuando la conoció, Drieu se sentía, ya definitivamente, desengañado de la vida. Aquel amor inesperado lo había trastornado. Se preguntaba: «Viejo monje loco…, ¿adónde vas con esa tonta sonrisa de adolescente?».

Al contrario que su introvertido y solitario amante, Christiane era feliz «con su envidiable salud, su apetito erótico, su belleza, su sensualidad, el sentido común de su marido, la belleza de su hijo y su posición social».

Según su sobrino, el surrealista Philippe Soupault, Louis Renault se había casado con Christiane para añadir su belleza al resto de sus propiedades y luego la cubrió de pieles y joyas. Ella, por su parte, lo animaba a perseverar en la dirección que él había elegido: el aumento sin límite de la producción. La visita a Estados Unidos y el espectáculo de las inmensas plantas industriales le causaron a un tiempo entusiasmo y desánimo.

Aquel valiente industrial hecho a sí mismo tenía una relación con una cantante; ésta, al principio, confiaba en que el escritor empujaría a su mujer al divorcio. Christiane llevaba mal lo de aquella nueva amante, a la que llamaba la Geisha, pero le tenía demasiado apego a su papel en la alta sociedad como para abandonarlo.

Drieu tenía celos del marido. Cuántas veces deseó que ella lo dejara y se fuera a vivir modestamente con él. Pero en el fondo sabía que, si un día Christiane aceptaba su propuesta, era poco probable que él pudiera continuar con la relación.

Los celos de Christiane hacían que el escritor se sintiera seguro de sí

mismo. Cuando Victoria Ocampo le dijo en una ocasión que nunca podría tener celos de un hombre como él, Drieu se enfadó seriamente. Además, la probada ignorancia de su amada –«ignorante como un perro recién nacido»– le hacía superar sus inhibiciones. Sin embargo, y por desgracia, aquella mujer lo arrastraría hacia la extrema derecha.

Pero ni siquiera Christiane Renault consiguió estar a la altura del verdadero enemigo de Drieu, la soledad. «Me deja viviendo en un desierto interminable. Nunca está aquí, y toda esa vida suya la aleja de mí.»

14
30, RUE DE MONTPENSIER
Vita Sackville-West

1918. La guerra acababa de terminar y una euforia que parecía no agotarse jamás invadía París. Era la misma euforia en la que vivían secretamente dos jóvenes enamoradas, Vita SackvilleWest y Violet Trefusis, que se habían concedido unas vacaciones en Francia.

Ocupaban un lujoso apartamento amueblado estilo Imperio que habían alquilado a un amigo del marido de Vita. Por desgracia, a París había llegado también el rubio prometido de Violet, Denys, si bien sólo conseguía robarle a aquella lánguida belleza algún almuerzo apresurado. Vita detestaba a aquel joven distante, tan parecido a un cruzado, a un galgo.

Las dos amigas vivían alejadas del mundo. Vita, alta, morena y esbelta, recorría la ciudad vestida de hombre y con el pelo recogido de un modo que le daba el aspecto de un soldado herido. Violet estaba «loca e insaciablemente» enamorada de Julian, que era como llamaba a Vita. Esperaba de *ella* grandes cosas y mientras tanto gozaba de «la impaciencia de Julian, la brutalidad de Julian, la manos torpes e inquietas de Julian». El oasis en el que aquella extraña pareja de enamoradas pudo saborear la libertad y los placeres de París duró una

sola semana. «Al volver a nuestro piso mirábamos desde las ventanas abiertas de par en par el patio del Palais-Royal, con sus fragorosas fuentes. Era increíble. Parecía de cuento.»

15
PONT NEUF
André Malraux

1931. Malaparte, de treinta y tres años, iba caminando por el pont Neuf directo hacia el 27 de la place Dauphine. Allí lo esperaba Daniel Halévy para presentarle a diferentes personajes del mundo literario, entre ellos André Malraux, de treinta y uno. Malaparte pasaba por la tabaquería cuando un taxi se detuvo bruscamente enfrente de él. Al abrirse la portezuela delantera, bajó un jovencito alto, esbelto, con «la cara salpicada de puntitos rojos». El desconocido, dirigiéndose a él con aire distraído y autoritario, le pidió veinte francos. Cuando el italiano se los dio, pagó con ellos al chófer y se metió en el bolsillo el resto. Se marchó sin despedirse de Malaparte y, por supuesto, sin darle las gracias.

El italiano, divertido por el suceso, se compró unos cigarrillos y llegó a casa de Halévy, quien le presentó a su desconocido deudor –¡«Y éste es Malraux!»–, que parecía haber olvidado por completo su reciente y esperpéntico encuentro. Cortés y cuidadoso, Malraux se guardó muy mucho de darle las gracias o siquiera mencionar los veinte francos. «¿Y ahora cómo podré ir a visitar a Malraux? Siempre dará la impresión de que he ido para reclamarle mis veinte francos.»

16
208, RUE DE RIVOLI
Marguerite Yourcenar

1937. Cuando llegaba a París desde Grecia, donde por lo general residía,

Marguerite Yourcenar se alojaba en el hotel Wagram. Por aquel entonces intentaba completar sus modestos ingresos traduciendo a Virginia Woolf. A sus treinta y cuatro años, Marguerite estaba, según recuerda un amigo, «muy versada en el arte de la conquista. No quería conquistar sólo a mujeres: quería conquistar a cualquiera, quería seducir». La Woolf, que se había reunido con ella para que tradujera uno de sus libros, había percibido los labios rojos y las graciosas hojas doradas del vestido negro de aquella «mujer que debía de tener un pasado». Y añadió: «Es propensa al amor, intelectual».

Uno de los principales instrumentos de seducción de Marguerite, además de sus ojos claros de trazo levemente oriental, era su voz «áspera y dulce, como las notas graves de un violonchelo». Un día, mientras hablaba con un editor amigo en el salón del hotel, una norteamericana rubia, sentada a una mesita cercana, se enamoró de ella a primera vista. Un flechazo. Grace Frick, nacida el mismo año que ella, inmediatamente se fijó en el modo de moverse, natural pero altivo, de aquella mujer que «caminaba igual que una reina, como si todas las puertas debieran abrirse ante ella». Pero se enfadó al oír que los dos hablaban de Coleridge. «Decían cosas tan falsas, tan tontas» que tuvo que intervenir para explicar a aquellos desconocidos que estaban absolutamente equivocados.

A la mañana siguiente, según se cuenta, un botones se presentó en la habitación de la escritora con un mensaje de Grace, quien la invitaba a su habitación para admirar unos deliciosos pájaros en el tejado del hotel.

Yourcenar acababa de salir de un amor intenso, extremadamente doloroso, con un hombre guapo e inteligente, el escritor André Fraigneau, quien resultó preferir a otros hombres, y Marguerite se estrelló con aquella tentativa imposible. La adoración de esa nueva amiga había llegado en el momento justo para hacer que en poco tiempo olvidara su mal de amores. Grace no era guapa, pero estaba llena de entusiasmo. Después del tenebroso Fraigneau, la alegría y la generosidad

de aquella joven estudiante fueron perfectas para recomponerla. En breve se marcharían juntas para no separarse jamás.

17
226, RUE DE RIVOLI
Pierre Drieu La Rochelle

1929. Él le había entregado a la asistenta de ella, en la rue d'Artois, un libro con una nota dentro en la que la invitaba a un cóctel en un bar de los Champs-Élysées. Ella le había respondido con un telegrama: «Nunca bebo cócteles, sino té, en la rue de Rivoli». No había duda posible: el local sólo podría ser el suntuoso Angelina, que es como entonces se llamaba el antiguo Rumpelmayer, en homenaje a la nuera del propietario.

Victoria Ocampo, de treinta y nueve años, procedía de una opulenta familia de la aristocracia sudamericana. Aquella mecenas era una morena ardiente, una belleza escultórica, elegante y con un toque excéntrico. «Un dulce torbellino de seda negra soñaba lánguidamente en torno a su carne.» Las únicas joyas que llevaba consigo eran los diamantes que le sujetaban el moño. Cada año surcaba el océano para establecerse en París en apartamentos lujosos frecuentados por todos los intelectuales y artistas europeos, entre ellos Valéry u Ortega y Gasset. «A medida que el tiempo pasa, las amistades nacen con mayor dificultad. Hablo de las especiales, las verdaderas, las únicas que cuentan… El resto es caridad cristiana o ni siquiera eso.»

Era ella quien decidía, en su momento, quién sería su víctima, hombre o mujer. Y su amante principal debía resignarse a vivir rodeado de una constelación de flirteos menores y de aventuras ocasionales.

En el momento en que conoció a Drieu La Rochelle, Victoria, absorta contemplando su nuevo suéter de Chanel, desesperó con su indiferencia al dandi, que se sentó a su lado con una actitud fingidamente distante y una boca «displicente», «infantil en la sonrisa» y «malhumorada». Drieu,

deslumbrado por su majestuosa presencia e intimidado por su inteligencia y la fuerza de su carácter, quiso provocarla: «Lleva usted un jersey de peón de albañil».

Y así dio comienzo la única relación que el escritor tuvo con una mujer a la que consideraba a su altura. A veces, irritado por la capacidad intelectual de Victoria, le exhortaba: «¡Vaca hermosa, deja de pastar en los prados filosóficos!». Ella –«una arquitectura noble, austera en su voluptuosidad, como un palacio de Vignola»– reía.

18
228, RUE DE RIVOLI
Hotel Meurice

1916. La bellísima Misia Godebska, de cuarenta y cuatro años, había decidido festejar el Año Nuevo en su habitación del hotel Meurice. Borracho como una cuba, Jean Cocteau, a sus veintinueve, daba puñetazos en la mesa gritando: «¡Ganaremos!». Nadie podía saber que precisamente 1917 sería un año terrible para el ejército francés. Pero Cocteau ya había cambiado de tema y charlaba sobre el cubismo con la persona que se sentaba a su lado.

Aquel «delicioso apartamento con terraza» se convirtió durante la guerra en lugar de encuentro de importantes políticos y diplomáticos. Desde allí Misia organizó un peculiar pero eficaz servicio de ambulancias en el que participó el mismísimo Cocteau, vestido con un uniforme que el gran modisto Paul Poiret había diseñado especialmente para él.

Misia se trasladó al Meurice para escapar de las incomodidades que la guerra imponía a los parisinos. «Vivo en un hotel. Es algo provisional. Así las cosas resultan más fáciles.» Pero, al poco tiempo de estar allí, se dio cuenta de todas las ventajas que conllevaba el nuevo alojamiento. «¡Vivir en un gran hotel, todo un sueño!»

Con ella vivía, tras dos divorcios, su último acompañante, el conocido

pintor español Josep Maria Sert, de cuarenta y dos años, a quien algunos llamaban Jojo, y los más crueles, el Tiepolo del Ritz, por el aprecio que entre la alta sociedad despertaban sus gigantescos lienzos. Aunque Sert fuera un seductor con una larga carrera a sus espaldas, la gran amiga de Misia, Coco Chanel, no alcanzaba a captar la fascinación por aquel hombre de cuerpo velludo –muy velludo– y poco amante de la higiene. Pero, para Misia, que estaba envejeciendo, era esencial conservar aquel trofeo y procuraba satisfacer todos sus caprichos. Sert la correspondía con gestos teatrales, como cuando, estando ella convaleciente, compró todos los globitos que se vendían en Tuileries para llenar su habitación en el Meurice.

Cuando se casaron, en 1920, Marcel Proust se congratuló: «Estoy realmente impresionado de que se haya tomado la molestia de escribirme para anunciarme su matrimonio, que tiene esa augusta belleza de las cosas maravillosamente inútiles. ¿Qué clase de mujer habría podido encontrar Sert si no, y usted qué clase de marido, los dos igual de predestinados, los dos igualmente dignos, de un modo tan especial, el uno del otro?».

Un día, para divertirla, Paul Morand le llevó el cachorro de león que su futura mujer, la princesa Soutzo, había comprado en una subasta benéfica. Cuando Morand llegó, Misia estaba aún acostada y el escritor dejó el animal en la alfombra de terciopelo blanco. En eso el leoncito rugió y ella, aterrorizada, saltó de la cama mientras sus perros, en el salón contiguo, ladraban presas del pánico. En aquel instante, la fiera, más asustada aún, «liberando sus intestinos», colmó la lujosa estancia de un olor que también daba miedo. Misia gritó enfurecida «¡Has arruinado una alfombra de mil doscientos francos!» y acusó a Morand de haberle llevado la criatura con la precisa intención de hacerla defecar junto a ella.

A menudo estaba a su lado Coco Chanel. Amiga y discípula de Misia, intentaba incansablemente emular a aquella mujer que parecía no tener que hacer ningún esfuerzo para reinar en la escena mundana e

intelectual parisina. Imitaba su desenvoltura, su decoración, sus modales, sus amistades, su ansia de novedades intelectuales. Para Chanel, era «la única mujer verdaderamente genial que jamás había conocido». Pero también había sido Coco quien, precisamente a esa amiga que tanto había hecho por promocionarla, le había dado el apodo de madame Verdurinska, en alusión a la Verdurin de *En busca del tiempo perdido*, de Proust. En realidad, el personaje de Proust que más se parecía a Misia era la princesa Yourbeletieff, a la que todas las parisinas se esforzaban por imitar.

Desde las ventanas de su *suite* se contemplaban los árboles de Tuileries. Muy pronto, su apartamento en el último piso del hotel se había convertido, y así lo reconocía Misia, en la cueva de Alí Babá. Ambos cónyuges amaban el coleccionismo de antigüedades, pero Sert demostraba además su talento a la hora de disponerlo todo de modo ciertamente paradójico. ¿Cómo podía la frágil chimenea soportar sin romperse la pesada escultura de mármol griego?, y ¿qué decir de los delicados armaritos japoneses de laca negra y oro?, ¿cuánto tiempo aguantarían los imponentes jarrones orientales? Nada era lo suficientemente raro para aquel artista que había conseguido hacerse con un pequeño zoo en terracota traído de contrabando desde la Ciudad Prohibida de Pekín. Consolas talladas, mesas de malaquita y voluminosos candelabros de cristal transformaban aquella estancia en la cueva de las maravillas.

El abanico que había pintado Cocteau evocaba aquel otro, legendario, en el que Mallarmé había celebrado, en verso, las dotes de Misia como pianista. En medio de todo ese escenario rococó, Misia, reverenciada por pintores de la talla de Renoir y Bonnard, conseguía recibir a sus visitas como merecían sin por ello dejar de limpiarse los dientes constantemente con las tijeras. Misia, afirmaba Paul Morand, «desempeña un papel importante. Un papel secreto. Ejerce una gran influencia sobre las artes». En efecto, sólo gracias a su protección y mecenazgo los célebres Ballets Rusos de su amigo, el empresario Serguéi

Diáguilev, habían conseguido un éxito triunfal.

Misia le había explicado a Helena Rubinstein que lo único que hacía falta para ser una brillante anfitriona era ofrecer buen vino y buena comida, e invitar un buen puñado de mujeres hermosas para que así los hombres se entretuvieran hablando de ellas. Incluso los artistas más reacios a la frivolidad, como era el caso del siempre malhumorado Pierre Reverdy, habían caído rendidos a su fascinación. Hasta el jovencísimo y pendenciero Raymond Radiguet llegó a confesarle: «No resulta alegre estar como yo afectado por la enfermedad del silencio y temer encontrarse, por miedo a aburrirlos, con aquellos cuya compañía tanto desea. A pesar de todo… iré, por egoísmo, a visitarla».

«Lo que admiro de Misia –reconocía Morand– es esa alegría de vivir escondida bajo un perenne mal humor, su profundo equilibrio en la desesperación.» Proust, no obstante haberse burlado de ella preguntándole si era una esnob, la consideraba un «monumento» vivo, y Morand estaba convencido de que el suyo habría eclipsado todos los célebres salones del XVIII.

Por mucho que rindiera culto a la modernidad, Misia era una belleza del XIX, de amplias curvas. Es cierto que, con el paso de los años, había perdido su extraordinaria apariencia, pero aquella «gitana moderna» aún traslucía sus encantos. Cruel y piadosa, creativa y destructiva, insolente y generosa, animada por una vitalidad aparentemente sin límites, Misia era un jocoso cúmulo de contradicciones. A Gide no le gustaba aquella extraña pareja: encontraba excesiva la coquetería con la que esa mujer flirteaba paseándose con sus generosos hombros desnudos, y se preguntaba cómo era posible que, después de tanto tiempo en Francia, aquel artista insulso todavía conservara ese acento español tan cargante.

En 1925 el equilibrio entre Misia y Sert se había roto. Sert se había enamorado de una preciosa joven de diecinueve años, de origen georgiano. Escultora y modelo, la frágil, lánguida y rubísima princesa Roussy Mdivani se había mudado a vivir con ellos al hotel, lo que dio lugar a un precario triángulo destinado a romperse. El pérfido Paul

Claudel, que los había conocido, comentó: «La mujer de Sert, en sus tiempos tan encantadora, ahora causa espanto. Como en las leyendas chinas, el vampiro poco a poco va asomando». Aun así, fiel a su brillante pasado, en los últimos bandazos de su vida Proust le escribió: «Hay días en los que me acuerdo de un modo sorprendente de su rostro bello y cruel. Otros días, no».

19
248, RUE DE RIVOLI
Paul Nizan

1924. En el primer piso de la librería inglesa Chez Smith se veía con frecuencia a una pareja de jóvenes. Paul-Yves Nizan tenía diecinueve años; Henriette Halphen, uno menos. Los dos amaban la literatura anglosajona. Antes de subir a la primera planta para saborear una taza de té, habían buscado y rebuscado a fondo entre las estanterías, a la caza de las últimas novedades.

Henriette, o mejor Rirette, lo había conocido hacía poco, junto a sus grandes amigos y compañeros en la École normale, Jean-Paul Sartre y Raymond Aron. Sartre admiraba la elegancia de Nizan, su bastón de paseo y las diferentes etapas por las que habían pasado sus pantalones: estrechos, primero; de pata de elefante, después, y por fin, bombachos. «No recuerdo a nadie que desaprobara el aspecto del Nizan. Estábamos orgullosos de tener a un dandi entre nosotros.»

De momento, su deliciosa acompañante no le decía nada, pero no sabía apreciar sus trajes lila y encontraba poco elegante su costumbre de seguir la moda. No pasaría mucho tiempo hasta que, bajo su influencia, toda aquella vestimenta fuera sustituida por sobrias chaquetas de *tweed*, lo cual reafirmaba su especial vínculo con Inglaterra. Del mismo modo, al monóculo lo reemplazarían unas enormes gafas de carey a las que él llamaba sus *goggles*.[1]

Las mujeres se sentían atraídas por aquel chico de mediana estatura. A

Sartre el estrabismo lo afeaba; sin embargo, a Nizan le daba un no sé qué de «maliciosa ausencia». Solamente le interesaban las chicas jóvenes, aún sin pasado, como Rirette.

Vivaz, independiente y dispuesta a llevar la contraria a sus interlocutores, Rirette guiaba entonces a Nizan para sacarlo de su pasión por la extrema derecha. Discutían durante horas. Nizan, con la cabeza girada hacia un lado para mirarla sin verle las uñas de la mano derecha, nunca levantaba la voz y se limitaba a lanzar de vez en cuando una ocurrencia preñada de humor negro. No era fácil ser joven. «Tenía veinte años, y jamás permitiré a nadie decir que es la época más hermosa de la vida.»

«El mundo ha dejado de tener sentido: no es más que un montón de detritos sobre el que los financieros, los generales, los curas, los políticos, sus mujeres y sus fabricantes de placer caminan con sus viejas vanidades.»

1935. La muchacha, morena y elegante con el pelo corto, estaba escuchando a su amigo. René Crevel, un dandi rubio con gusto por los tonos vivos, era muy consciente de su talento y de su poder de seducción, aunque aquel día parecía exhausto. Ella no podía saber que el escritor estaba a punto de suicidarse. Siempre amabilísimo, siempre pródigo en atenciones, mirándola fijamente con sus grandes ojos azules, había profetizado con solemnidad: «Te convertirás en una gran escritora y de mí se hablará dentro de cincuenta años».

20
167, RUE SAINT-HONORÉ
Café de la Régence

1932. En el café de la Régence, que Denis Diderot frecuentaba para observar a los jugadores de ajedrez, Marcel Duchamp, de cuarenta y cinco años, reconoció a Raymond Roussel, de cincuenta y cinco, absorto ante un tablero. Le habría gustado presentarse, pero no se atrevió,

intimidado sin duda por el aspecto tan formal de Roussel, luciendo un cuello rígido y un traje negro, «muy muy *avenue du Bois*».

Se quedó impresionado por la enorme sencillez de las maneras de aquel excéntrico escritor. Roussel había comenzado a jugar precisamente ese año. «En aquella época –recuerda Duchamp– había tenido contacto con él a través de la lectura, de su teatro, y con eso me bastaba para hacerme una opinión: no necesitaba adentrarme en su intimidad.»

21
18, RUE DE LA SOURDIÈRE
Louis Aragon

1935-1960. «El apartamento no era caro; a decir verdad, era medio apartamento», del cual habían conseguido sacar dos sacrificando el recibidor. El resultado eran dos estancias de techo alto, con una cocina minúscula separada por el tabique de un pequeño baño y un pasillo con el excusado. «¡Estoy encantada, sobre todo con la cocina y el lavabo!», escribía Elsa Triolet, de treinta y nueve años, a su hermana, Lili Brik.

A pesar del elegantísimo parqué de Versalles, los Elsagarocha –así los llamaban sus amigos– encontraban su alojamiento excesivamente pequeño. Menos mal que también era escasa la distancia que los separaba del Louvre o de Tuileries, donde Aragon, de treinta y ocho años, iba a trabajar cuando quería dejarla escribir en la única mesa que tenían a su disposición. Según otra versión, aquello sucedía, en realidad, cuando Elsa ya no podía soportar más su presencia. A Clara Malraux, de treinta y ocho años, le contó que escribía a escondidas de su marido y no se atrevía jamás a enseñarle sus páginas.

Quien subía al segundo piso llegaba a aquella casa «pintoresca y conscientemente barroca» ideada por Elsa, quien avanzaba a pasitos hacia el visitante abriendo de par en par esos ojos azules que los versos de su marido habían hecho célebres.

Por muy altos que fueran los ventanales, la calle era estrecha y no había mucha luz. Además, para encontrar sitio a los libros, que se acumulaban en el suelo, Elsa había transformado algunas ventanas en librerías. Los enormes radiadores acentuaban la pequeñez de las habitaciones. Desde los baúles chinos de laca roja hasta la mesita decimonónica de papel maché con incrustaciones de marfil y los jarrones de hojalata rusos, todo parecía girar en torno a la cómoda butaca de terciopelo, alegrada con un trozo de tapiz que para Elsa suponía un valioso recuerdo. En homenaje al gusto por el exotismo de la época, sobre la chimenea de mármol blanco había una máscara africana y pequeñas estatuas variopintas de yeso que evocaban el mundo campesino ruso.

El samovar estaba siempre a punto, al igual que la cortesía de la dueña de la casa, que parecía estar pendiente de los labios de unos invitados que con frecuencia también la cortejaban. Todos los días desfilaban por allí escritores y políticos para discutir sobre la actualidad. En los momentos de descanso, Aragon recitaba sus poemas andando de un lado a otro de la salita. Su energía era increíble. Nunca se cansaba de hablar, de subrayar sus palabras con gestos ampulosos ni de vigilar su imagen en cada espejo.

Muchos años después, cuando le preguntaron a Elsa, ya anciana, si alguna vez había sido infiel a su marido, ella respondió irónicamente que había tenido tantos amantes como estrellas tiene el cielo.

22
JARDIN DES TUILERIES
Henry de Montherlant, George Orwell, Jean-Paul Sartre

1929. Un gato enorme atrapado en un banco de piedra del jardin des Tuileries maullaba en vano para atraer la atención de los dos veinteañeros sentados junto a él. Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir se tomaban un pequeño descanso de su trabajo en la Bibliothèque

nationale, en la rue Richelieu. Él era menudo, feo y bizco. Ella, con su turbante azul claro, era agraciada y estaba llena de vida. Cada uno pensaba que el otro iba mal vestido, pero no se lo decían: era irrelevante. Como de costumbre, tenían mucho que contarse, pero interrumpió su conversación una mujer que se presentó con una bolsita de sobras de comida para el gato. Mientras ella lo alimentaba acariciándolo, Sartre propuso: «Hagamos un contrato de dos años». Así nació la formula sartriana de la pareja abierta, en la que cada cual se comprometía a no esconder nada al otro y se diferenciaban claramente las relaciones «contingentes» de aquella otra, «necesaria», que los vinculaba.

1933. El hambre era uno de los mayores tormentos de George Orwell mientras hacía de pinche en el hotel Lotti. Aquel día tenía una cita en Tuileries con otro mozo del hotel, Boris, un ruso a quien la revolución le había arrebatado todo. El inglés, alto y flaco, y el ruso, alto y grueso, se habían sentado en un banco. Boris extrajo del chaleco un pequeño paquete de papel de periódico maltratado y grasiento. Dentro había ese tipo de cosas que para el escritor eran, en aquellos tiempos difíciles, un verdadero tesoro: un trozo de camembert, pan, ternera picada y un bollo de crema.

«¡Aquí tienes! Esto es lo único que he podido sacar del hotel. El portero se las sabe todas.» Normalmente Orwell se habría sentido incómodo así, echándose a la boca «comida envuelta en papel de periódico» sentado en Tuileries, ante las preciosas muchachas que por allí paseaban, pero tenía demasiada hambre como para que le importara.

Henry de Montherlant paseaba por los jardines contemplando la gracia de los niños y la grotesca torpeza de los adultos. Solía detenerse ante un tiovivo. Aquellos caballitos de madera que se movían primero hacia delante y luego hacia atrás le parecían una imagen del falso progreso de la humanidad, «que gana aquí para perder de nuevo allá». Pero, cuando estaba con Roger Peyrefitte, todo era distinto. Los dos

amigos caminaban de aquí para allá por las alamedas del jardín en busca de chicos dispuestos. En cuanto avistaban a uno, decidían quién de los dos iría a entablar conversación con él. Pero, un día, mientras estaban con dos de ellos, se dieron cuenta de que tres mujeres los estaban vigilando. Antes de que aquellas «malas brujas» llamaran a la policía, los dos escritores se despidieron con elegancia de sus dos presas fallidas como si las conocieran de toda la vida y se marcharon. Desde entonces Montherlant nunca se atrevió a volver a aquel jardín.

23
QUAI DES TUILERIES
Anaïs Nin

1936. Ya hacía algún tiempo que Anaïs Nin, de treinta y tres años, soñaba con una de esas barcazas. Había ido a visitar la de Maurice Sachs, de treinta años, amarrada frente a la gare d'Orsay. Pero Sachs, aunque estaba deseoso de alquilársela, se la desaconsejó: sólo tenía una gran estufa para caldearla y la barca era enorme. Luego ella alquilaría otra bastante sucia por un precio irrisorio, si bien tuvo que dejarla al poco tiempo, pues el dueño la puso en venta.

La Belle Aurore era ideal. Su propietario, el actor Michel Simon, de cuarenta y un años, la había comprado para vivir con sus monos, que prefería a los seres humanos. A los animales les resultaba sencillo salir de la gabarra para ahuyentar a quienes se sentaban a su lado en el muelle. Nin se quedó impresionada con el estudio situado en la proa de la nave, desde el que podía verse el quai d'Orsay y el jardin des Tuileries. En una de las dos cabinas había un capitán con una sola pierna; en la otra, un mozo que se ocupaba de encender el fuego, mantener limpia la cubierta y traer agua fresca de la fuente. El dormitorio era muy espacioso y tenía ventanucos ovales. Unas gruesas vigas de madera sostenían el bajo techo. «La brea de las paredes brillaba.»

Anaïs la alquiló de inmediato aceptando una única condición de Simon, la de conservar a los dos hombres a su servicio. Estaba entusiasmada: «¡Tengo mi barca!, ¡por quinientos francos! Con calefacción, baño y ventanas. Es lo que estaba buscando y, además, flota. ¡Es magnífico! Soy tan feliz que no consigo escribir».

Por el muelle erraban los vagabundos que dormían debajo del puente, al abrigo de montones de periódicos desplegados. Asimismo, estaban los pescadores, mudos, ausentes en sus cosas. Solía ir a buscarla Gonzalo Moré, su joven amante peruano, tan fogoso como poco de fiar. Nin se encargaba de proteger también a su mujer, una bailarina sorda que se lamentaba de la pereza del marido, siempre dispuesto a responderle con un «mañana» o, más sencillamente, con un «no me apetece».

Le entusiasmaban el rumor ligero y constante del río, el chirrido de las cadenas de amarre y el olor a alquitrán. «Es como estar en el mar navegando.» Un gato siamés, *Pépé le Moko*, regalo de su indulgente marido, dormitaba tranquilamente mientras la criada de Anaïs, a la que llamaban el Ratón, se afanaba en sus quehaceres.

De noche, «las lámparas bizantinas de cobre se balanceaban como los incensarios» y las persianas que golpeaban contra las ventanas parecían las alas de una gigantesca gaviota.

Había colocado la máquina de escribir encima de la amplia mesa del estudio, abierto por tres lados a la luz del sol. En la subasta de los muebles de su casa de Louveciennes, donde había vivido tantos años, Anaïs consiguió recuperar algunos que milagrosamente resultaron perfectos para la barcaza.

1937. A la oscura cubierta de la gabarra llegó un escritor de veinticinco años, Lawrence Durrell. Había llegado de Corfú con su mujer, Nancy, una pintora alta y rubia, de ojos azules almendrados, «un elegante flamenco rosa». Lo había invitado Henry Miller tras haber recibido una entusiasta carta suya. Anaïs y Henry salían a menudo con la joven pareja, junto a la que pronto se sintieron a gusto. Hablaban de muchas cosas, sobre todo de literatura, y con frecuencia acababan sus veladas

acomodados entre los cojines de *La Belle Aurore*.

Lawrence o, mejor dicho, Larry, pues así lo llamaban, pronto quedó fascinado por aquellos dos escritores excéntricos y marginados, como él, e incitó a Anaïs a romper los últimos lazos con el pasado que aún la retenían. Ella lo describía así: «Eres el lugar de un conflicto entre un anciano del Tíbet y Peter Pan».

Ésa había sido, por otra parte, la característica de Larry que más había impresionado a Nin, después de su efervescente mirada azul: era al mismo tiempo un viejo y un niño de cabellos de oro. Una impresión confirmada por su aspecto físico, pequeño y redondeado. «Es un fauno, un nadador.»

Miller y Durrell se divertían desbaratando las tesis de Nin. Pero ella no sólo era incapaz de dejarse doblegar, sino que defendía obstinadamente a Nancy cada vez que ésta se atrevía a balbucear apenas una palabra. Celoso hasta la obsesión, Larry aprovechaba cualquier oportunidad para atacarla, ignorarla o tratarla como a una criada. Cuando ella intentaba expresar una idea o un sentimiento, él reaccionaba duramente: «¿Por qué no cierras la boca?».

Durrell y Nin estaban impacientes por que les publicaran sus libros, pero los editores daban marcha atrás ante el grosor del manuscrito de la escritora y su estilo, demasiado personal. Anaïs guardaba esos papeles encuadernados en negro en un cofre nupcial árabe con tachuelas doradas, razón por la que Larry los llamaba *los niños negros*.

También el optimismo de los Durrell topaba con un rechazo tras otro. Finalmente, tras una serie de intentos en vano, los Tres Mosqueteros, como habían decidido llamarse, crearon su propia colección editorial «The Villa Seurat Series», tomando el nombre de la calle donde vivía Miller. La financiaron ellas, Anaïs y Nancy.

1938. Un día, el padre de Anaïs pasó la noche en la barcaza después de que su esposa, cansada de sus infidelidades, lo echara de casa. Resultaba muy extraño ver la lujosa maleta de Hermès del padre abierta en el cuarto de baño. Tras haber colocado el peine de plata, el cepillo y todos

los frascos, éste miró a su alrededor. «¿Y eres capaz de vivir así?» Después, tras dejar que su hija acabara de explicarle los muchos encantos que tenía aquel alojamiento, le pidió que le preparara un baño. Cuando la bañera se hubo llenado, la vació, pues no se fiaba de que estuviera limpia, y mandó a Anaïs a por agua mineral.

Ajeno a lo pintoresco de la gabarra, el padre se dedicó a lamentarse del lujo perdido y de las dotes de secretaria de su mujer. «Siempre he pensado que, si ella moría, te tendría ahí a ti para que me cuidaras, pero tendrías que cambiar de vida, hacerte con un apartamento decente y abandonar todos tus proyectos.» La situación empeoró al anochecer: las sombras y los crujidos no le dejaban conciliar el sueño. Al día siguiente se marchó.

El verano de ese mismo año se dio la orden de que todas las barcazas debían abandonar París. Gonzalo, que había prometido ayudarla, ni siquiera asomó por allí, y Anaïs tuvo que ingeniárselas como pudo con la bomba, pues la velocidad del remolcador que la arrastraba hacía que entrara mucha agua por la borda. Cuando atracó en Neuilly, se preguntó: «¿He dado la vuelta al mundo sólo para volver al lugar donde nací?».

24
15, PLACE VENDÔME
Hotel Ritz

«El Ritz hierve, cosa que adoro. Es el edificio más feo que existe (después de mi apartamento), pero eso me es indiferente. […] Lo que hace del Ritz –tan saludable para mí– un lugar atroz son los señores y las señoras que cenan en él. El techo rococó, de una comicidad espantosa, no es obstáculo para mis fantasías.»

Proust había comenzado a frecuentar el hotel más lujoso de la capital durante la Primera Guerra Mundial, cuando la élite parisina se refugiaba en el Ritz para huir de la escasez de alimentos y de la sensación de

fracaso. Todo se había pensado con extremo detalle, desde la luz rosada de las lámparas, elegida para resaltar la belleza de las señoras, los cristales de Baccarat y los muebles de anticuario, hasta las recetas de Auguste Escoffier, que suavizaban la tradicional pesadez de la cocina francesa.

La célebre camarera Céleste era la encargada de organizarle las cenas llamando a los invitados por teléfono: «El señor le pide disculpas por no poder hablar en persona con usted, pero se encuentra mal. El señor Proust me pide que le pregunte al caballero con quién le gustaría cenar juntos en el Ritz…». Con frecuencia se trataba de reunir a personas ausentes de la vida de Marcel desde hacía años, a los que quería ver para este o aquel detalle de su novela.

El escritor llegaba a la place Vendôme en el taxi del marido de Céleste, Odilon, un maltrecho Renault del que el chófer se avergonzaba un poco, pero Proust se había mostrado contrario a la simple idea de sustituirlo: «No, no, Odilon, no quiero que cambie de auto. Me gusta su taxi, me siento muy cómodo y, además, ya me he acostumbrado. No necesito llamar la atención cuando paso».

Y por allí llegaba, con al menos una hora de retraso, absorto y perdido por el largo pasillo del Ritz, reacio a descender de su sueño como si fuera un aviador que vacila en tomar tierra. Por mucho que lo atormentara y le causara ansiedad la idea de hacerse esperar por alguien, a menudo se detenía ante alguna mesita para saludar a un conocido. Cuando por fin se sentaba a la mesa, de inmediato se arremolinaba en torno a él toda una constelación de camareros seducidos tanto por su amabilidad como por su prodigalidad en las propinas. A veces, sin quitarse el pesado abrigo forrado de piel, rompía su ayuno habitual para probar una porción de tarta acompañada de numerosos cafés y luego tomar un poco de ensaladilla rusa.

La palidez extrema de su rostro demacrado acentuaba el esplendor oriental de sus enormes ojos oscuros marcados por el insomnio. El nudo de la corbata enseguida se movía por el alto cuello y el almidón perdía

su rigidez, pero sus manos jamás se separaban de los guantes de hilo gris. Su voz parecía aflorar desde una lontananza inaudita mientras picoteaba distraídamente un racimo de uvas.

Alguna que otra vez Proust interrogaba al servicio sobre alguno de los presentes: «¿Quiénes son aquellas dos señoras que han estado cenando en aquella esquina? He de saber quién era la más joven. Se parece a un personaje de mi libro. A la otra creo que la conozco… ¡ay, Dios mío!, ¡si la hubieran visto cuando la conocí yo!».

Le gustaba escuchar las confidencias del *maître*, Olivier Dabescat, un personaje ambiguo de una distinción más bien siniestra, repleto de sabrosas anécdotas sobre su distinguida clientela. Quien los veía charlando una y otra vez en el propio Ritz o en el bois de Boulogne no podía evitar preguntarse de qué estarían hablando. Las intrigas de Proust no habían pasado desapercibidas a Coco Chanel, quien afirmaba que el escritor subía a las buhardillas para charlar con los empleados y sonsacarles información sobre tal o cual cliente: su indumentaria, lo que había comido… «Todos procuraban lucir su mejor imagen ante la mirada de Proust, por miedo y también por el deseo de servir de modelo para uno de sus personajes.»

Una noche, al salir, tras haber agotado todo el dinero en sus ingentes propinas, le preguntó al portero, cargado de galones, «¿Podría usted prestarme cincuenta francos?», y luego los rechazó: «No, gracias, puede quedárselos: eran para usted».

1919. Los botones que abrieron las puertas del Ritz a una joven pareja inglesa que pasaba allí su luna de miel no se imaginaban la tempestad que se cernía sobre ella. Denys Trefusis, alto, esbelto, exhausto, estaba preocupado. El año anterior su mujer, Violet, hija de la última amante de Eduardo VII y, según se decía, del rey, se había dado a la fuga con una amiga de la infancia, Vita Sackville-West, quien había viajado con ella vestida de hombre. Solamente las súplicas de su marido, el diplomático Harold Nicolson, lograron convencer a Vita para que detuviera aquella escandalosa aventura y volviera con sus hijos.

No obstante, a aquella joven mujer tan autoritaria le resultaba insoportable la idea de que cualquier otro poseyera a Violet, así que siguió a la pareja a París. Apenas volvieron a verse, las dos amigas se dieron cuenta de que nada había cambiado entre ellas. Violet se dejó secuestrar por Vita, quien la condujo hasta un pequeño hotel, el Roosevelt, en el número 18 de la rue Clément-Marot, en el XVIIIe arrondissement. «La traté salvajemente –reconoció Vita–. Hicimos el amor, la poseí: sólo quería hacer sufrir a Denys.» Cuando Violet volvió al hotel, le confesó todo a su marido, que se pasó toda la noche llorando. Para convencerla de que se casara con él, Denys Trefusis había aceptado un matrimonio sin sexo, pero no había servido para nada.

Al día siguiente coincidieron los tres, y Denys supo con certeza cuál era la naturaleza de su relación. Se puso tan pálido que las dos mujeres temieron que se desmayara. Por la noche, Vita, con el fin de provocarlo, cenó sola en el Ritz ante sus ojos. Era «igual que un granadero, dura, masculina y soberbia», en palabras de Virginia Woolf, destinada también ella a sucumbir a su encanto andrógino. Lánguida y altanera, Violet parecía bajita al lado de su amiga, de un metro ochenta de alto. La melancolía de los inmensos ojos de Vita contradecía su ostensiva seguridad.

Tras un intervalo de separación, las amigas volvieron a escaparse. Denys estaba deprimido; Harold, un poco menos, entre otras cosas porque, aunque él era el único hombre para Vita, también ella era la única mujer para él, ya que asimismo era dado a las relaciones homosexuales. En Amiens, donde los dos maridos consiguieron alcanzarlas para amenazarlas y rogarles que volvieran a sus respectivos hogares, Violet admitió que se había entregado parcialmente a Denys. Aquello fue el comienzo del fin. Vita, consumida por los celos, se alejó furibunda. Hubo alguna que otra recaída, cada vez más ocasional. Después, Vita –el escándalo había sido enorme– fue lúcida y escogió la paz y la respetabilidad.

El Ritz era el centro vital de la cultura y la frivolidad, si bien Proust

nunca fue el cliente más excéntrico. Decididamente la palma se la llevaba la marquesa Luisa Casati, que aterrorizaba a los clientes luciendo serpientes a modo de pulseras y collares, y el *maître* se veía obligado a alimentar a los reptiles con conejos vivos. Cuando la marquesa llegaba al Ritz, el personal sabía que habría el doble de trabajo y el doble de propinas. No se trataba únicamente de la pitón, que necesitaba ratones vivos, ni del guepardo, ávido de carne fresca. La marquesa se abandonaba a todo tipo de excentricidades y, si sus peticiones no se satisfacían de inmediato, era capaz de lanzar por la ventana sus valiosísimas joyas, que todo el servicio debía apresurarse a recoger. Una noche la atmósfera de serenidad del hotel se vio turbada por los gritos de un huésped: se había encontrado en su bañera de agua caliente con una serpiente pitón deseosa de socializar.

El Ritz era el destino fijo de Churchill y de los duques de Windsor, quienes tampoco allí, a pesar de su finísima ropa de cama, admitían sábanas que no fueran de seda. Charlie Chaplin, Charlot, escogía la *suite* Luis XV o la Carlos X, según su humor. Coco Chanel se mudó a una *suite* del hotel donde permanecería durante treinta años, hasta su muerte.

Vistas desde las ventanas del Ritz, incluso las protestas sociales de los años treinta se convertían en un espectáculo. «¡Qué bonitas son!, ¡las adoro!», exclamó la cortesana más exquisita de la época, Liane de Pougy, por entonces princesa Ghika, al ver pasar una manifestación comunista.

«El Ritz, tan tranquilo y esplendoroso, perfectamente concebido para el reposo de los grandes de la tierra, en realidad rebosa ecos de novelas», decía Léon-Paul Fargue. Allí Francis Scott Fitzgerald se había comportado como un personaje de sus historias. Al ver pasar a una mujer maravillosa, hizo que le llevaran un ramo de orquídeas. Cuando aquella beldad se las devolvió, él se comió los pétalos hasta lograr conmoverla. Luego ambientaría lo sucedido en el Ritz de Nueva York. «El Ritz –sentenció Simenon– no es un hotel, sino un monumento.»

1921. Una chica estaba esperando a alguien en una salita del Ritz.

Delgada, menuda, con la nariz larga, Clara Goldschmidt tenía veinticuatro años. Su elegante vestido de seda se ajustaba a su cuerpo, sutil sólo en las caderas, escondiendo así sus grandes senos tan fuera de moda en una época más bien andrógina.

Clara intentaba controlar la inquietud de la espera con otra incertidumbre: ¿cómo debía comportarse con aquel dandi veinteañero con quien se había acostado la noche anterior? Estaba apostando fuerte. Quién sabe cómo reaccionaría él. Quizá la despreciaría, como los seductores de las novelas del siglo XIX.

Sentada en el sofá, procuraba no perder la compostura. «No pienso mirar el reloj. Además, él vendrá.» Quizá no se habían entendido bien y él había ido a recogerla a casa. Sí, por eso tardaba tanto. En cualquier caso, ella no se arrojaría a sus brazos así como así. «Tengo dignidad.»

Al rato, harta de esperar, se marchó. Apenas llegó a casa el teléfono sonó. Era él. No la había encontrado en el Ritz y estaba preocupado.

1922. A primeros de diciembre Proust se había bebido una botella entera de oporto a modo de somnífero y se divertía hablando de una estúpida lectora estadounidense que le había pedido que le explicara en pocas líneas lo que quería decir con sus libros: «Me ha parecido inútil responderle».

También en ese mismo año, otro joven lector entusiasta, Jacques Benoist-Méchin, quiso conocerlo. Enseguida, tras fijar la hora de la cita, el autor se disculpó: o era muy tarde o excesivamente temprano. Cuando el visitante pidió que lo anunciaran al anfitrión, el mayordomo, con sólo escuchar el nombre de Proust, sintió al oírlo un extraño desconcierto; luego lo hizo entrar en la habitación que normalmente ocupaba tan singular cliente.

La minúscula luz encendida en un rincón servía únicamente para resaltar aún más la plúmbea oscuridad que reinaba en la estancia, en la que flotaba un olor dulzón a medicamentos. Poco a poco emergió de la penumbra, medio recostado en un pequeño sofá y con una manta escocesa sobre las piernas, el busto del escritor, vestido de esmoquin.

Una larga barba le oscurecía las mejillas grisáceas; sus ojos penetrantes destacaban sobre su tez amarillenta. Hablaron largo y tendido, en particular de algunos pasajes de *En busca del tiempo perdido* y de música, y Proust dijo: «La música… ¡Ay!, la música fue una de mis grandes pasiones de juventud. Digo que lo fue porque ahora no tengo oportunidad de escucharla, excepto en mi memoria. Me ha proporcionado alegrías y certezas incomparables, la prueba de que existe otra cosa, algo más allá de esa nada en la que las generaciones se van hundiendo una tras otra…».

1925. El 7 de mayo, en el lujoso dormitorio donde dos recién casados debían pasar juntos su primera noche, tuvo lugar una escena decididamente fuera de lo habitual. Máxime porque la esposa, Louise de Vilmorin, de veintitrés años, tras haber seducido uno tras otro a una serie de amigos, entre ellos y para toda la vida a Antoine de Saint-Exupéry, se estaba comportando ahora como una tímida recién casada del siglo XIX.

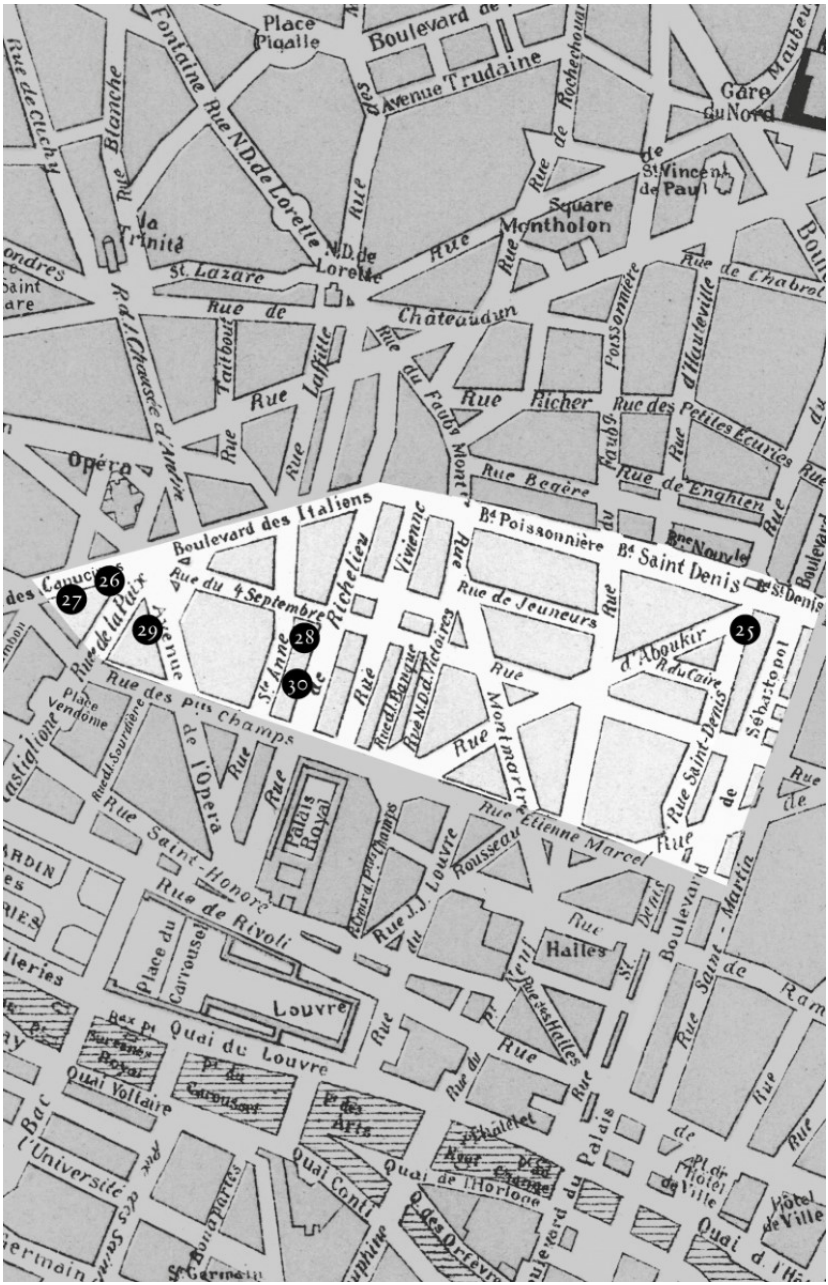
Aquel norteamericano alto de ojos hundidos, Henry Leigh Hunt, había conseguido seducirla contándole las maravillas de lo que por entonces era poco más que un lugar exótico con un *saloon*, monos y papagayos: la ciudad de Los Ángeles. Louise se había dejado engatusar por sus palabras, como ya había hecho con el resto de jovencitos que habían pasado por su vida. Pero en esa ocasión su madre se había impuesto, y ahora ella estaba allí, casada, prácticamente sin comerlo ni beberlo.

La cosa era que, a pesar de sus desenfrenadas correrías, Louise había llegado virgen al altar de la iglesia de la Madeleine. Aunque había intentado superar sus temores invitando al marido, dieciséis años mayor, a que la esperara dentro de la cama, la aún doncella estaba fuera de sí. Tenía fiebre y temblaba por completo. Su consorte, un amigo de la familia con toda probabilidad examante de la madre de su ahora esposa, la bellísima madame de Vilmorin, decidió retirarse discretamente y no volvería a verla hasta la mañana siguiente.

1939. Al ver la soledad de Jean Cocteau, que vagaba por su apartamento

vacío atormentado por las preocupaciones que le causaba su nuevo amor, el joven y guapísimo actor Jean Marais, a quien habían llamado a filas, Coco Chanel, que se había mudado al Ritz en 1934, lo invitó a vivir con ella. Pero Cocteau sólo aguantó unos pocos meses.

IIe ARRONDISSEMENT


Place Pigalle
Boulevard de
Avenue Trudaine
Gare du Nord
Rue de Rochechouart
Rue Blanche
Fontaine
Rue N.D. de Lorette
Rue de Clichy
Rue
Square Montholon
St Vincent de Paul
La Trinité
St Lazare
N.D. de Lorette
Rue de Châteaudun
Rue Taitbout
Rue Laffitte
Rue du Faubg Montmartre
Rue Richer
Rue Poissonnière
Rue d'Hauteville
Rue de Chabrol
Rue des Petites Ecuries
Rue de Enghien
Rue Bergère
Rue Maubg
Opéra
Boulevard des Italiens
Bd Poissonnière
Bd Saint Denis
Bne Nouvle
Rue du 4 Septembre
Rue Richelieu
Rue Vivienne
Rue de Jeuneurs
Rue de la Paix
Rue Ste Anne
Rue d'Aboukir
Rue des Petits Champs
Place Vendôme
Rue d'Alger
Rue Montmartre
Rue Saint-Denis
Sébastopol
Rue de l'Opéra
Palais Royal
Rue Etienne Marcel
Rue Rousseau
Rue Saint Honoré
Rue de Rivoli
Place du Carrousel
Louvre
Quai du Louvre
Quai Voltaire
Halles
Rue des Halles
Boulevard Saint-Denis
Boulevard Saint-Martin
Rue du Palais
Pl. de l'Hôtel de Ville
Hôtel de Ville
Quai de l'Horloge
Quai Conti
Rue des Arts
Rue des Saints Pères
Quai d'Orsay
Bac de l'Université
Rue Jean Jacques Rousseau
Rue du Louvre
Rue Ste Anne
Rue Montmartre
Rue Vivienne
Rue Richelieu
Rue Saint-Denis
Rue d'Aboukir
Rue Montmartre
Rue Saint-Denis
Rue Etienne Marcel
Rue Rousseau
Rue Saint Honoré
Rue de Rivoli
Rue des Halles
Rue du Louvre
Rue du Palais
Rue de l'Opéra
Rue des Petits Champs
Rue d'Alger
Rue Richelieu
Rue Vivienne
Rue Ste Anne
Rue Montmartre
Rue Saint-Denis
Rue d'Aboukir

32-34, RUE BLONDEL

Anaïs Nin

1932. «¿Quieres que te lleve al 32 de la rue Blondel?» «¿Qué vamos a ver allí?» «Unas putas.» El taxi se detuvo frente a un farolillo rojo. El edificio estaba revestido de azulejos rojo oscuro.

Anaïs Nin, de veintinueve años, menuda y elegante, no prestó atención a los mosaicos de colores que cubrían las paredes del burdel Aux belles poules. Sentía muchísima curiosidad por ver a las prostitutas con las que su amante la alternaba. En el aire, lleno de humo, había mucho ruido. Si no hubiera sido por la desnudez de las mujeres, aquello se habría parecido a uno de tantos bares parisinos. Henry Miller, de cuarenta y un años, sonreía satisfecho. Al poco, Nin estaba charlando sobre lacas de uñas con dos mujeres con un físico muy distinto. Una era alta, morena y oscura de piel; la otra, baja, pálida y rubia.

Poco después los dos siguieron a las desconocidas, que caminaban contoneándose bajo sus quimonos entreabiertos. Mientras Miller bromeaba con ellas, Nin contemplaba fascinada la estancia en la que entraron: parecía un joyero forrado de terciopelo rojo. Las luces veladas se reflejaban en el espejo situado encima de la cama. Era impresionante la absoluta naturalidad con la que las prostitutas se habían lavado en el bidé sin dejar de gastarse bromas la una a la otra. Luego la morena se ajustó a la cintura un pene de goma de un rosa absurdo y comenzó a representar escenas de sexo con su compañera: el amor en un taxi, el amor a la española, el amor cuando uno de los dos duerme.

No eran más que unas escenas cómicas, hasta que la morena comenzó a inclinarse sobre la otra, que la esperaba con las piernas abiertas. Al rato la rubia tuvo un orgasmo, pero aquel abandono duró justo lo que dura un gemido.

Una noche, Nin regresó con su media naranja, su dulce, tolerante y confiado marido. Les pidió a dos mujeres que representaran una escena sáfica. Mirándolas tenía la sensación de estar más cerca de June, la

bellísima, loca e infiel mujer a la que Henry seguía amando, y a la que Nin a su vez amaba con un amor reflejo que no había conseguido apaciguar acostándose con ella. Sin el aura de June, Miller, a pesar de su miseria y su genio, corría el peligro de convertirse en un libertino cualquiera: «Quiero drogarme, quiero conocer a gente perversa. Conocerla íntimamente. Quiero vivir intensamente y que la vida me desgarre. Henry no me da estas cosas. He despertado su amor. ¡Al infierno su amor!».

26
23, BOULEVARD DES CAPUCINES
Ernest Hemingway

1926. Probablemente Hemingway ya conociera la historia de aquel minúsculo local, el café du Trou dans le Mur. Había nacido por casualidad, durante la revolución de 1848, cuando un cañonazo arrasó la vivienda de la portera, que aprovechó la circunstancia para transformar el cráter en un café. A finales del XIX era un establecimiento frecuentado sobre todo por ingleses.

El escritor se había citado allí durante tres días seguidos con un conocido que, tras reconocerse en un sombrío personaje de *Fiesta*, había declarado su intención de matar al autor. Hemingway había elegido aquel local porque los espejos de las paredes permitían ver a todo el que entraba. Huelga decir que el desconocido nunca se presentó.

Pero Ernest apreciaba sobre todo al camarero, Jimmy Charters, su «sonrisa de Liverpool» y su ingenio. «Por las noches a menudo no sólo me toca preparar cócteles, sino también apaciguar broncas, escuchar confidencias, impedir escenas de celos, organizar fiestas y contar chistes.»

A aquel tugurio revestido de terciopelo rojo se acercaba también una pareja de jóvenes estadounidenses muy elegantes para abastecerse de opio: Harry y Caresse Crosby.

27
43, BOULEVARD DES CAPUCINES
James Joyce

Una extraña pareja avanzaba por el boulevard des Capucines. Él, James Joyce, era alto y llevaba un gran sombrero y una enorme capa loden que le ralentizaba el paso. A ella, una mujer joven y graciosa de mirada penetrante, le habría gustado caminar más deprisa. Ella era la escritora Claire Goll, esposa de Yvan Goll, también poeta y autor. Yvan era uno de los muchos que se habían ofrecido gratuitamente para trabajar de secretarios de quien había definido como «el Homero del siglo XX».

Joyce, que tenía serios problemas de la vista y llevaba un parche en un ojo, siempre debía llevar por las calles de la ciudad a alguien que lo acompañara. Había llegado a París en 1920. «Tengo que ir al boulevard des Capucines; se trata de una cuestión de máxima importancia», anunció a su acompañante. Durante el trayecto, Claire intentó en vano entablar conversación con él, que se limitaba a repetir de vez en cuando: «De máxima importancia.».

Hasta que no llegaron al número 43, no le desveló el misterio a Claire: el destino de Joyce era el Lloyds Bank International.

28
12, RUE CHABANAIS
Le Chabanais

Reservado para clientes de la alta sociedad, Le Chabanais estaba decorado con un lujo exagerado. En el ambiente flotaba todavía la presencia del más elegante de sus visitantes. Eduardo VII, Dirty Bertie (Bertie el Guarro) para sus favoritas, siempre había sido un gran amante de las delicias de aquel burdel. Una esfinge hacía de mascarón de proa a la imponente bañera de cobre que había mandado fabricar para sus baños, alegrados por primorosas ninfas, en la espuma del champán

Mumm Cordon Rouge. También para él estaba destinado un lujoso «sillón del placer», construido según sus instrucciones con el fin de permitirle tener relaciones múltiples a pesar de su envergadura.

Después de la Primera Guerra Mundial se puso de moda cenar en aquel rincón tan querido por personajes como Simenon, Aragon y Picasso. Con el fin de explorar aquel palacio de las maravillas, Marlene Dietrich se vistió de hombre. Una reconstrucción perfecta de una cabina del Orient Express era ideal para quienes amaban los viajes. Sin embargo, las más admiradas eran la habitación india, la Luis XV y la árabe, mientras que los sadomasoquistas podían soñar y cumplir sus sueños en la sala de las torturas, donde las fustas tenían la empuñadura de terciopelo escarlata.

«La escalera del Chabanais –suspiraba Salvador Dalí– representa para mí la cúspide de un erotismo secreto y sórdido.» Por desgracia, aunque encontraba fascinante la decoración, las chicas siempre lo desilusionaban. «Esa vulgaridad suya, su carácter prosaico eran lo opuesto al prototipo de la elegancia que constituye la primera condición de mis fantasías libidinosas.» Así las cosas, se encerraba en solitario durante horas en las fantasmagóricas estancias del prostíbulo para, decía, coleccionar ideas. «He visitado –confesó– los suficientes burdeles como para sentirme saciado el resto de mi vida, y de ellos he obtenido tal cantidad de temas y motivos como para componer perfectamente, en menos de un minuto, cualquier fantasía erótica, incluso la más extenuante.»

A partir de 1925, los curiosos pudieron visitar el Chabanais pagando cinco francos la entrada. Apreciaban mucho la habitación japonesa, que había obtenido un premio en la Exposición Universal de 1900. No eran pocos quienes se detenían con cierta actitud reverencial en la estancia de Eduardo VII, mientras la guía repetía: «Al fondo del dormitorio del rey de Inglaterra pueden ustedes ver la bañera que cada noche llenaba de champán… y ahora, damas y caballeros, pasemos a visitar la sala de las torturas…».

29
4, RUE DAUNOU
Ernest Hemingway, Francis Scott Fitzgerald

En el cristal esmerilado de la puerta del Harry's Bar podía leerse: «¡Es un placer recibirlos!». Sobre las paredes revestidas de madera de caoba, los emblemas de las universidades estadounidenses evocaban la madre patria. Del techo colgaba un mono de paja con guantes de boxeo, mientras un gran cartel incitaba a una revolución ciertamente extraña: «Ayúdennos a acabar con los coches deportivos». Allí meditaba Francis Scott Fitzgerald entre un martini y otro.

A menudo se veía entrar a un boxeador retirado con un león domesticado atado a una correa. «Era un león magnífico, educado, no gruñía ni rugía», pero, cuando le llegaba el momento de hacer sus necesidades, los demás clientes protestaban. El boxeador hacía oídos sordos a los amables ruegos del propietario para que dejara la fiera en casa. Entonces, contaba Ernest Hemingway, intervino él, expulsando del bar primero al púgil y luego a su mascota. «La bestia me miró de mala manera, pero se marchó sin protestar.»

Como a Ernest le preocupaba que su agresividad lo metiera en problemas, decidió desfogar su exceso de energía en un libro, *Adiós a las armas*.

30
58, RUE DE RICHELIEU
Bibliothèque nationale

Cada vez que entraba en la biblioteca, Pierre Reverdy se sentía asfixiado y tenía la alucinación de que se le consumían las uñas, los dedos y las manos hasta que conseguía encontrar una luz, abrir una brecha en aquel muro de libros.

Durante sus estancias en París, Stefan Zweig pasaba todas las mañanas

en aquella inmensa y silenciosa sala.

1923. Cada vez con mayor frecuencia, André Malraux, de veintidós años, llegaba y se despojaba de sus guantes de piel, dejaba descansar su bastón, con empuñadura de marfil, y hojeaba los ejemplares que el encargado le tendía en la mesa. Siempre había visitado la biblioteca, pero aquel año una grave pérdida en la bolsa lo empujó a buscarse otros medios de subsistencia. Como siempre, esa búsqueda solía tener su destino en el mundo del libro. Sin embargo, lo que le interesaba ahora no eran obras extrañas o prohibidas. En el ensayo de un arqueólogo, Henri Parmentier, había descubierto un período escasamente conocido del arte jemer. En concreto, Parmentier hacía referencia a un precioso templo que los indígenas habían descubierto hacía poco. Tan fantasioso como enérgico, Malraux comenzó de inmediato a programar un viaje a Camboya, con el que a buen seguro revolucionaría los estudios de arte oriental y gracias al cual intentaría, además, apoderarse de todos los objetos de valor que hubiera en aquel monumento abandonado durante siglos.

Asignado en 1924 al Cabinet des Médailles, Georges Bataille, a sus veintisiete años, había acumulado una gran erudición. En 1927 sus superiores escribían: «Es un excelente empleado que tiene el defecto de ser un poco caótico, aunque resulta valioso en extremo a la hora de responder a los estudiosos sobre cuestiones de las que, si no fuera por él, nunca habríamos oído hablar».

¿Quién iba a decir que aquel diligente conservador de la Bibliothèque nationale era un *maníaco*, como en un acceso de ira lo había llamado el pope de los surrealistas, André Breton? «Yo tenía un aspecto bastante burgués, aunque mis ideas resultaban un tanto extravagantes», confesaría Bataille. La intensidad de esos ojos azules hundidos, visionarios, hacía sospechar de la autenticidad de su apariencia: traje oscuro y una cortesía un tanto meliflua. Pocos sabían que siempre llevaba en el bolsillo una foto que representaba un suplicio chino, tan célebre como extremadamente cruel.

A diario, al caer la noche, el solícito empleado se desahogaba en los tugurios nocturnos, iba de un prostíbulo a otro y se emborrachaba en locales llenos de mujeres desnudas. «Para él –lamentaba Simone Weil–, la revolución es el triunfo de lo irracional… la catástrofe… la liberación de los instintos.»

1929. Simone de Beauvoir, de veintiún años, alternaba a menudo el estudio de la Filosofía con la revista *Detective*. Había comenzado a cuidarse mucho más y a desenvolverse con soltura con quienes la cortejaban, entre los que figuraba el pequeño, flaco y bizco Jean-Paul Sartre, de veinticuatro años. Con él se sentía «extraña, como alocada». «Eres un castor, me dijo, pensando en mi nombre (Beaver-Beauvoir)[2] y en mi espíritu constructivo.»

1930. Nadie se daba cuenta de la presencia de aquel lector alto y desgarbado, vestido pobremente, que apilaba los libros. Nadie habría adivinado que Raymond Queneau, de veintisiete años, reunía material sobre los «locos de la literatura» del siglo XIX, «sustrayéndolos al polvo negro» de la biblioteca. Se proponía publicar una «Enciclopedia de las ciencias inexactas». Tras sufrir el rechazo de los editores, aquel material volvería a ver la luz en una novela de 1938, *Los hijos del viejo limón*.

Se había embarcado en aquella empresa para intentar rellenar el vacío a raíz de su ruptura con los surrealistas. El autoritario Breton había interrumpido cinco años de intensas experiencias. Al líder de los surrealistas no le había hecho ninguna gracia el amor a primera vista entre Raymond y «aquella guarra» de su cuñada, Janine. Las cosas empeoraron cuando Breton se separó de su mujer y condenó a Queneau por desleal: ¡también él tendría que haber dejado a Janine!

Queneau se sentía perdido sin la liberación que experimentaba en aquellas sulfurosas reuniones. Era un tipo extraño y anárquico que no creía en ninguna revolución, aunque sí frecuentaba grupúsculos extremistas. «El surrealismo no me interesaba desde el punto de vista literario, sino en cuanto modo de vida. Era la revolución absoluta.»

1936. Walter Benjamin aparece en una foto de 1936 de una amiga, la

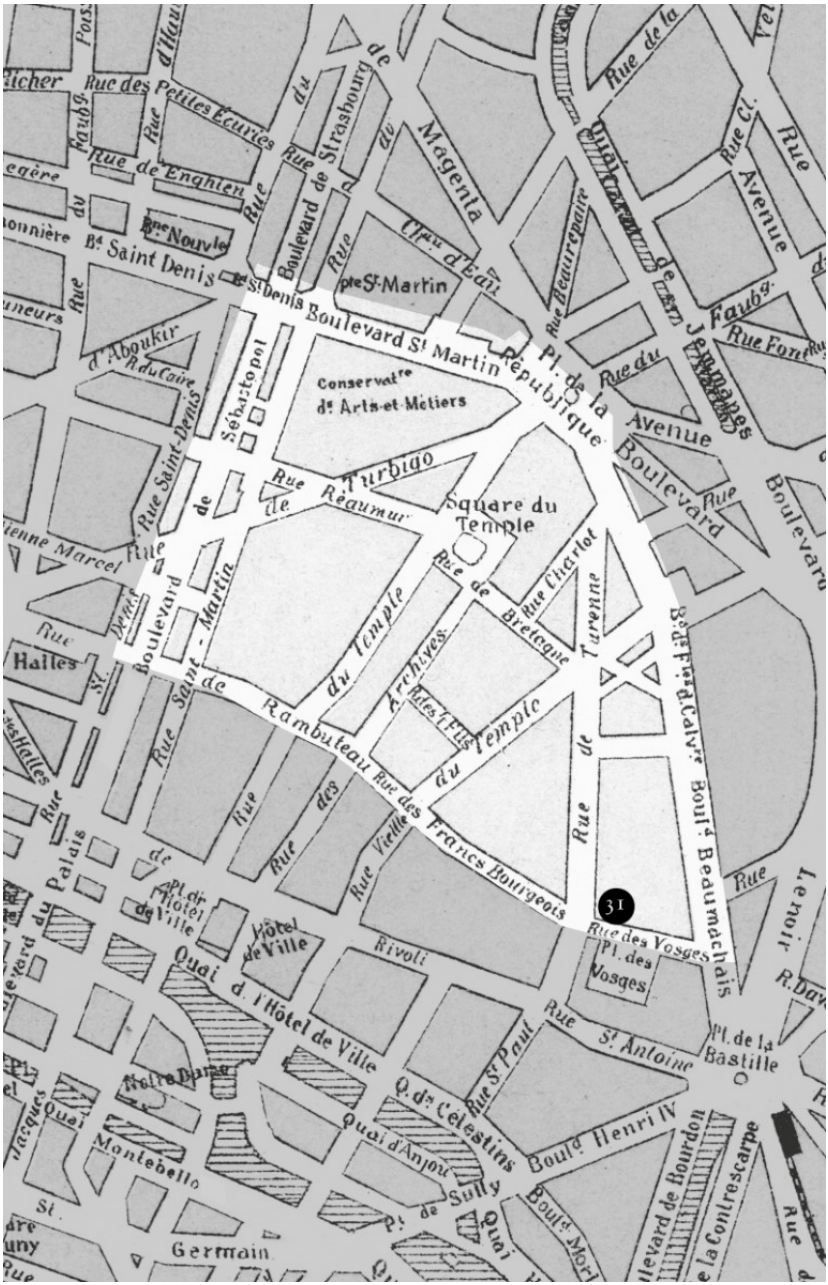
joven Gisèle Freund, absorto en el estudio, en una mesa de la Bibliothèque nationale, «un refugio y también un instrumento de trabajo», atrincherado entre baluartes de folios, papeles, fichas y cuadernos. El filósofo iba a diario a la biblioteca, un sustituto del hogar perdido, y no salía de allí hasta que la cerraban. «Para mí, nada en el mundo podría sustituir a la Bibliothèque nationale.»

Como observó Adrienne Monnier, el rostro de Benjamin contrarrestaba los terribles golpes de la existencia humana alzando una serie de obstáculos. Su mirada aguda, a resguardo de las gafas, se hundía después atravesando unos párpados siempre dispuestos a estrecharse. Su bigote, grande y denso, escondía gran parte de la boca. Aun teniendo un pelo espeso –que comenzaba grisear y jamás se doblegaba a las órdenes del peine–, no lograba disimular la inmensidad de su frente.

Benjamin, de cuarenta y cuatro años, no era ningún bohemio. Llevaba siempre la corbata bien anudada y vestía dignamente, aunque con cierta incomodidad, su único traje: una raída chaqueta cruzada de color oscuro con las mangas algo cortas. Empujado por una escasez de medios cada vez mayor, cambiaba de un alojamiento a otro en una serie interminable de mudanzas sin sentirse nunca cómodo en ninguno de ellos. Ahora, tras el acoso del nazismo, únicamente podía contar con la pobre subvención del Instituto de Investigación Social de Fráncfort, que había trasladado su sede a Nueva York.

En las breves pausas que se concedía en su trabajo, Benjamin fumaba una pipa sentado en un banco de la melancólica rue Louvois, discutiendo de política y de literatura con la fotógrafa Gisèle Freund, de veintiocho años. O jugaba al ajedrez con ella en un café de la misma calle. Se sentía extraño, completamente fuera de cualquier lugar. «La vida de los exiliados es indigna; la vida en soledad es insoportable. Sólo queda el trabajo, pero nada lo amenaza más que ver tan claramente que es el único recurso irrenunciable que me queda.»

IIIe ARRONDISSEMENT


Rue des Petites Écuries
Rue de Enghien
Bd Saint Denis
Rue Nouvle
Boulevard de Strasbourg
Rue du Faubg
Rue du Magenta
Rue d'Eau
Rue Beaurepaire
Quai de Jemmapes
Rue de la
Rue Cl.
Avenue
Rue Fon
Pte St Martin
Bd St Denis
Boulevard St Martin
Pl. de la République
Rue du Faubg
Avenue
Boulevard
Rue d'Aboukir
R. du Caire
Rue Saint-Denis
Rue de Sébastopol
Conservatre des Arts et Métiers
Rue de Turbigo
Rue de Réaumur
Square du Temple
Rue de Bretagne
Rue Charlot
Rue de Turenne
Bd du Fbg du Calvre
Boulevard Beaumarchais
Rue Lenoir
Rue Saint-Martin
Rue du Temple
Archives
Rue de Rambuteau
Rue des Francs Bourgeois
Rue des Vosges
Pl. des Vosges
Rue Vieille du Temple
Rue des Archives
Rue de la Verrerie
Halles
Rue du Paradis
Pl. de l'Hôtel de Ville
Hôtel de Ville
Rue de Rivoli
Quai de l'Hôtel de Ville
Rue St Paul
Rue St Antoine
Pl. de la Bastille
Notre Dame
Quai d'Anjou
Quai des Célestins
Boulevard Henri IV
Boulevard de Bourdon
Rue de la Contrescarpe
Montebello
Sully
Quai
Boulevard Mor
Germain
Rue Jacques
Rue Étienne Marcel

Georges Simenon

1924. Georges Simenon había encontrado por casualidad aquella amplia casa situada en una planta baja mientras paseaba. La carrera de Sim –así firmaba a veces a sus veintiún años– avanzaba a paso veloz. No se lo podía creer: había pasado del sencillo cuarto en el hotel Beauséjour, en el 22 de la rue des Dames, XVIIe arrondissement, a aquel palacio del siglo XVII en el que había vivido un gran seductor, el duque de Richelieu, y luego un escritor de la categoría de Alphonse Daudet.

Los Simenon se había casado un año antes. Nadie podía negar que se trataba de una pareja atractiva: Tigy, de veinticuatro años, tenía una belleza andrógina acentuada por el corte de pelo al estilo *garçonne*; Georges, de veintiuno, perennemente con una pipa en los labios, era un hombre guapo de mirada inquisitiva.

Aunque no tuvieran agua corriente y hubieran de ir a buscarla al patio, la pareja estaba entusiasmada. Régine, llamada Tigy, tenía tres años más que su marido y era pintora. Mientras Sim escribía, su mujer escandalizaba a su familia pintando a la fauna del barrio, a las prostitutas y sus chulos. A menudo *Molécule*, su gato, se quedaba sin comida, pues la dueña olvidaba que la había dejado en el fuego y acababa por quemarse.

A Georges le complacía estar con una mujer con quien podía hablar de Schopenhauer o de Rembrandt, pero había un problema: Tigy detestaba el sexo y sus celos resultaban morbosos. Aunque también él los sentía, Simenon no soportaba los de Tigy. No albergaba dudas sobre el papel que le correspondía a cada cónyuge en el matrimonio: «La mujer debe conformarse con ser solamente un reflejo de su marido y sacrificar su personalidad por la de él».

Por otra parte, había sido ella quien le había encargado a Georges que le buscara en Montmartre modelos de ambos sexos. Allí precisamente encontró a una «rubia de porcelana» con un cuerpo digno de Botticelli

marcado por una cicatriz. Mientras Tigy la pintaba, a la chica y al escritor les bastó una mirada para entenderse. Cuando acabó el posado y ella se hubo vestido, él la acompañó a la puerta. En el breve recorrido la modelo le entregó a Sim un recorte de papel donde había escrito apresuradamente su dirección y tres palabras de lo más elocuentes: «En una hora». Tigy tenía sus sospechas y le preguntó: «¿Qué estabais tramando en la puerta?» «Le estaba pagando la sesión.» «¿Sólo eso?» «Pero bueno, ¿no has visto su cicatriz? Nunca sería capaz de hacer el amor con una mujer con una cicatriz en la barriga.»

Lo que no decía era que, a pesar de sus distintas amantes, entre ellas prostitutas, modelos y amigas de su esposa, el escritor siempre había tenido a su lado a la cocinera, Henriette, de veinte años y apodada Boule, una rubia rellenita siempre dispuesta a darle de comer y a satisfacer discretamente las necesidades de su «guapo señorito». Originaria de Normandía, Boule era una verdadera ignorante, excepto en lo relativo al *champiñón*, que era como llamaba al pene. «Conmigo el señorito fue infiel a Tigy primero sólo a medias, luego tres cuartos, luego nueve décimas. El caso es que yo era virgen, algo que para él representaba un obstáculo moral. Cuando supo de esa limitación, hizo que me desvirgara uno que no me importaba nada; luego me fui a verlo, solté una carcajada y abrazándolo le dije: “Ya puedes”.»

Aquellos encuentros cotidianos no influían en el normal funcionamiento de la casa. Un día, en vista de que no conseguía que Boule, hija de pescadores, salara menos sus platos, Simenon la obligó a comerse una sartén de arroz incomestible.

La jornada de Simenon solía comenzar al amanecer, con la gran taza de café que Boule le llevaba (lo más normal es que no se limitara a ofrecerle el desayuno). Sim trabajaba febrilmente, también porque tenía por costumbre gastar más de lo que ganaba. Por entonces Tigy había abandonado la pintura para ayudar a su marido junto a una mecanógrafa que pasaba a máquina su incansable producción.

En 1927 Georges se pudo permitir un apartamento en el segundo piso

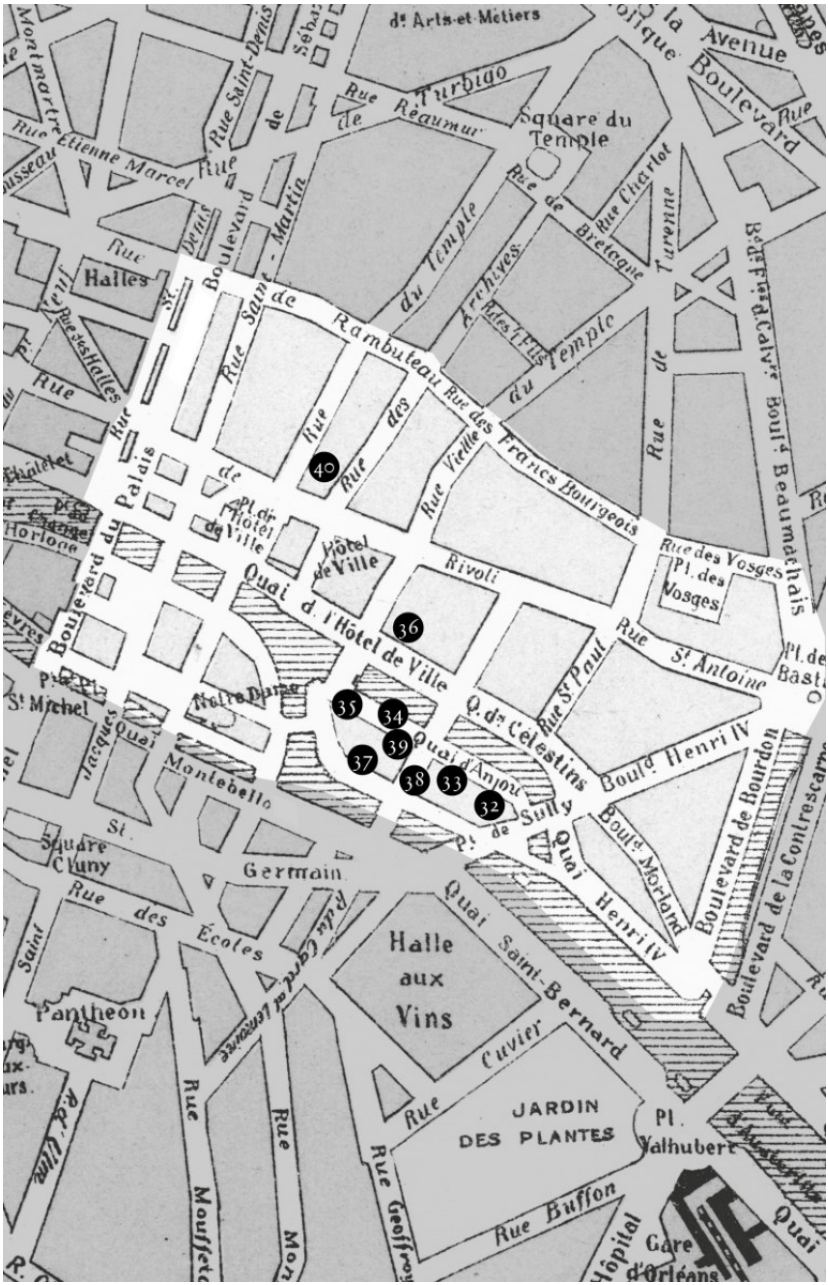
del edificio con un gran salón que daba al jardín de la plaza. No renunció al de la planta baja, que a partir de entonces sería el taller de su mujer. En la nueva vivienda, la pareja había elegido para las paredes, en contraste con las cortinas de terciopelo negro, colores vivos, violetas, ocres, lilas, sobre las que Tigy pintó a saxofonistas y a bailarines de charlestón. Entre los muebles *art decó* destacaba una vistosa barra americana de vidrio esmerilado iluminada desde abajo, con altos taburetes y una rica selección de botellas de licor. Detrás de ella, el escritor, con jersey blanco de cuello alto, preparaba los cócteles.

Cuando no iban a Montparnasse, los Simenon invitaban a casa a amigos y conocidos. Sus fiestas, frecuentadas por artistas e intelectuales, como Jean Renoir o Joséphine Baker, podían parecerse a orgías. Simenon, no obstante, se limitaba a observar o a dirigir un foco de luz sobre las escenas más subidas de tono de la velada. A menudo los invitados se desplomaban borrachos sobre los cojines de terciopelo negro, y, un día, una anciana que vivía en otro piso se quedó horripilada al encontrarse en las escaleras a gente prácticamente desnuda. Memorable resultó la «Fiesta de los locos» en la Nochevieja de 1926, a la que se presentaron dos acordeonistas de la rue de Lappe.

Pero, tras pocas horas de sueño, Simenon estaba de nuevo sentado a su mesa de trabajo. En 1931 había publicado, bajo una serie de seudónimos, ciento noventa novelas, entre ellas *Nuit de Paris*, en la que se recordaba aquella casa donde, en 1929, nacería el comisario Maigret.

Cuando Simenon decidió dejar la casa de la place des Vosges para viajar, ya no había muebles. Algunos se los habían llevado las tiendas a las que no había pagado las correspondientes facturas. Otros se los repartieron los amigos. Un pintor japonés, Foujita, compró el bar, algunas sillas y una alfombra. A Simenon no le apetecía renunciar a aquel lugar, pero sentía la necesidad de viajar: «He pasado toda mi vida yendo constantemente de un sitio a otro, a buen seguro porque me faltan raíces, porque no pertenezco a ningún lugar».

IVe ARRONDISSEMENT


Rue Saint-Denis
Rue de Réaumur
Square du Temple
Rue Etienne Marcel
Halles
Rue du Temple
Rue de Bretagne
Rue Charlot
Rue de Turenne
Boulevard Saint-Martin
Rue de Rambuteau
Rue des Archives
Rue des Francs Bourgeois
Rue Vieille du Temple
Rue des Vosges
Pl. des Vosges
Boulevard Beaumarchais
Boulevard du Palais
Pl. de l'Hôtel de Ville
Hôtel de Ville
Quai de l'Hôtel de Ville
Rivoli
Rue St Antoine
Rue St Paul
Notre Dame
Quai d'Anjou
Q. des Célestins
Boulevard Henri IV
Boulevard de Bourdon
Boulevard de la Contrescarpe
Quai Henri IV
Boulevard Morland
Pl. de Sully
Quai Saint-Bernard
Halle aux Vins
Rue Cuvier
JARDIN DES PLANTES
Pl. Valhubert
Rue Buffon
Gare d'Orléans
Rue des Écoles
Pantheon
Square Cluny
St Germain
Montebello
St Michel
Rue Mouffetard
Rue Geoffroy
Rue Lacépède
Quai
40
36
35
34
39
37
38
33
32

QUAI D'ANJOU

Georges Simenon

1931. El 4 de agosto, la paz de una de las zonas más plácidas de París, Île Saint-Louis, se vio turbada por la música de un banjo y un acordeón. Simenon, de veintiocho años, estaba festejando la publicación de un nuevo libro. No era un acontecimiento novedoso, cierto, dado lo prolífico de su actividad, pero en ese caso se trataba de un antecesor de lo que hoy conocemos como *fotonovela*, un *fototexto*: en concreto, una novela ilustrada con fotografías de Germaine Krull, una alemana que había pasado por toda clase de experiencias tanto en la lucha política como en los vaivenes de las vanguardias artísticas. La pequeña editorial que había aceptado el desafío pidió a Simenon que la ayudara a promocionar el lanzamiento, y él había invitado a sus amigos «a partir de las nueve y media de la noche a tomar una copa de champán en su velero».

El *Ostrogoth* era un robusto cúter de diez metros por cuatro, a bordo del cual el escritor se había aventurado por el norte de Europa en compañía de su mujer, Tigy, de treinta y un años, y de la cocinera-secretaria, Boule. Lo había encargado construir en los astilleros de Fécamp y pidió a un cura de Notre-Dame que lo bautizara en el square du Vert-Galant antes de celebrar su botadura a lo grande con sus amigos. Aunque su equipamiento era espartano –unas literas duras, un tanque para el agua y una estufa maciza–, aquél era finalmente «la casa velero, la casa flotante, el barco que se convierte en tu nido, tu refugio cálido y seco cuando hace mal tiempo, cuando se desencadena la tempestad». En realidad, el inquieto Simenon ya navegaba desde 1928, cuando se embarcó junto a sus dos compañeras en el pequeño *Ginette*, con el que había surcado los canales interiores de Francia sin dejar por ello de escribir en su Royal, apoyada sobre una mesita plegable. «Viajábamos mucho. Zarpábamos de buenas a primeras y de buenas a primeras regresábamos.» Cada día, el Pachá, alias que le habían dado las

dos mujeres, desahogaba sus deseos en la pequeña pero picante Boule, de veinticinco años. No podemos saber si la «celosísima e intransigente» Tigy, «de cejas oscuras y pobladas» intuía algo o no de aquellos encuentros cotidianos.

El *Ostrogoth* tenía el empavesado iluminado para acoger a la multitud de invitados y curiosos que acudían con el fin de que el patrón les firmara un libro. En tales ocasiones se improvisaba un bar en el bolardo del pont Marie, donde un amigo y crítico de arte, Florent Fels, hacía de barman. En la orilla, los vagabundos bailaban al ritmo de la música.

La fiesta, como todas las que organizaba Simenon, se prolongaba hasta el amanecer, pero nadie protestaba, ni siquiera la policía, que aislaba benévolamente la zona para a alejar a la multitud.

Algunos días después, el *Ostrogoth* zarpó rumbo a Normandía, donde esperaban a Simenon para que firmara más libros. Por la carretera de la costa lo seguía un espléndido Chrysler, enviado a propósito desde Estados Unidos y conducido por un chófer.

33
33, QUAI D'ANJOU
John Dos Passos

El Au rendez-vous des mariniers era un local muy sencillo donde se comía directamente en platos de estaño sobre mesas de mármol y la cuenta se presentaba en una pizarra. Al final de la guerra, además de la clientela habitual, los marineros de las gabarras, las lavanderas y los habitantes de aquella zona tan tranquila, comenzó a dejarse ver por allí una nueva fauna.

El primero fue, en 1917, John Dos Passos, un muchacho larguirucho de veintiún años que prestaba sus servicios como conductor de ambulancias. Tras haber saboreado la comida y la conversación de madame Lecomte, una campesina de mejillas sonrosadas, alquiló una habitación en el piso de arriba. Al final lo acabó adoptando aquella

familia en la que el propietario vaciaba melancólicamente un calvados tras otro, mientras la mujer y la sobrina lo hacían todo. Cuando tuvo que atravesar el desierto sin más comida que un puñado de dátiles, Dos Passos no pudo evitar recordar las tortillas de madame Lecomte.

Proveniente de la alta burguesía, Dos Passos prefería sin dudarlo la gente del pueblo llano a la alta sociedad. A menudo llevaba a comer a su amigo Hem, Ernest Hemingway, tres años más joven que él. También conductor de ambulancias, Hem era un rebelde que, al igual que John, se esforzaba en crear una nueva escritura, sobria y eficaz. A Drieu La Rochelle, que admiraba su estilo, Ernest le parecía «un rinoceronte alegre que se baña al amanecer y se abalanza sobre el desayuno… con sus espaldas de mozo de carga y su alma de perro de caza».

En apenas unos años, aquella posada se puso de moda entre los norteamericanos que se habían quedado en París tras el armisticio y había que hacer cola para entrar. Pero el interior y el menú no habían cambiado: pollo asado, croquetas de pollo, judías verdes, puré de patatas, tarta de manzana o dulce de azúcar y queso.

A veces se dejaba ver por allí un personaje a quien Hemingway detestaba, Ford Madox Ford, veintiún años mayor que él. Un hombre maduro, vestido elegantemente de *tweed*, bigotes largos y rubios. Según Hem, parecía una barrica andante y lucía un bigote teñido y sucio. A Ford le gustaba promocionar a los escritores debutantes, y su última criatura, la influyente *The Transatlantic Review*, acababa de nacer en un sótano del 29 del quai d'Anjou, donde a James Joyce, casi ciego, le había costado lo indecible corregir las pruebas. Entre los autores de Fox, por ejemplo, Gertrude Stein, Erik Satie, Jean Cocteau o Djuna Barnes, había también un poeta, Ezra Pound. De mayor edad que Dos Passos aunque más joven que Ford, Pound era alto y tenía una barba rojiza. Al contrario que sus colegas estadounidenses, vestía como un poeta de la bohemia anterior a la guerra, con un sombrero de ala ancha y una camisa blanca a la Robespierre. Sociable y entusiasta, Pound enseñó a madame Lecomte a cocinar algunos platos típicos norteamericanos, que

pronto se incluyeron en la carta. Por lo demás, en aquel entonces la americanización del local había llegado a tal extremo que la dueña se animó a colgar un cartelito en inglés: «Aquí se come bien y casi gratis».

Los habitantes de la Île Saint-Louis hacían caso omiso a aquellos imponentes automóviles conducidos por chóferes con librea de los que descendían clientes vestidos a la última. Pero ninguno era más elegante que un francés a quien Dos Passos tenía en alta estima, Pierre Drieu La Rochelle, un dandi alto y esbelto que vivía cerca de allí. Ni que Louis Aragon, quien, antes de romper con Drieu por cuestiones políticas, había compartido con él la costumbre de ir a comer a restaurantes populares, sin por ello renunciar a Chez Maxim's.

Allí solía cenar también otro escritor, Ramón Fernández. Llegaba impecablemente vestido al volante de un lujoso Bugatti. Inveterado seductor, ya había pasado los treinta. Vivía con su familia en el 15 del quai de Bourbon. Una noche de 1932 se quedó hasta la una en el Rendez-vous con André Malraux hablando de Picasso, Drieu y Mauriac.

Poco o nada se sabe, excepto la fecha, 23 de marzo de 1933, de la cena que compartieron Fernández, Louis-Ferdinand Céline y el intelectual católico François Mauriac. Ciertamente, no era la primera vez que se veían; Mauriac y Ramón Fernández ya habían estado en casa de Céline y en un restaurante en el 89 de la rue Lepic, cerca de su apartamento. En una carta de aquella época, tras agradecer a Mauriac una reseña, Céline reconocía: «No hay nada que nos pueda acercar. Usted pertenece a otra especie, se ve con otras personas, escucha otras voces. Para un tontorrón como yo, Dios es un modo mejor de pensar en mí mismo sin pensar en los hombres; en definitiva, de desertar con orgullo. ¡Mire lo vulgar y lo mundano que soy! La vida me abruma. Quiero que todos lo sepan antes de que muera: a la mierda lo demás. Mi única ambición es una muerte poco dolorosa y lúcida; lo demás son niñerías».

También Mauriac y Fernández, sin duda una pareja singular, cenaron en el Rendez-vous en 1933 con Cyril Connolly, de treinta años,

influyente crítico y delicioso escritor inglés. Sólo quien conocía bien a Mauriac conseguía captar bajo la afectada delicadeza de su cara y su aparente cortesía una vaga señal de miedo.

Pálido, achaparrado y gordinflón, Cyril conquistaba de inmediato a todo el mundo con sus hilarantes imitaciones y sus irresistibles chistes, que pronunciaba con esa voz suya dulce y triste. Voraz y sensual, nadie como él sabía transmitir el entusiasmo o la decepción por el sabor de un vino o de un plato. Sus más íntimos habían aprendido a descifrar la imperceptible vibración que crispaba los alargados rasgos de su rostro resentido. Connolly adoraba la Île Saint-Louis, aquel barco de piedra con álamos como único árbol. «Rendez-vous des mariniers: momento de la noche en que la sangre del santo se licúa, las hojas tiemblan y un presentimiento de pérdida despierta en las oscuras espirales del destino.»

34
QUAI DE BOURBON
Louis-Ferdinand Céline

1930. No había electricidad dentro de la *Malamoa*, la enorme barcaza del pintor Henri Mahé, amarrada en el quai de Bourbon. Ni siquiera tenía motor, pero su interior estaba pintado en dos tonos de gris: claro en la mitad más baja y oscuro en la alta. Un piano de cola Pleyel estaba siempre a disposición de quien quisiera tocar o cantar.

Céline tenía treinta y seis años cuando entró en la barcaza por primera vez. Aquél sería el comienzo de una larga amistad con Mahé, trece años más joven. Ese señorial bohemio de belleza romántica hablaba un argot que se parecía al estilo de escritura que Céline estaba elaborando por entonces. El escritor era una persona muy abierta. Todo el mundo sabía que ningún editor quería sus libros. Nadie supo que serían aquellas veladas en la gabarra *Malamoa* y con Mahé vestido de marinero las que acabarían apareciendo en *Viaje al fin de la noche*.

Al caer el día, a la luz de las lámparas de petróleo, una fauna de actrices, arquitectos, estudiantes, pintores, cantantes, periodistas, abogados, escenógrafos y artistas llenaba aquel salón sobre el agua. La comida se hacía esperar, pues la compañera de Mahé, una imitadora que tocaba el acordeón, se olvidaba siempre de cocinar. En el comedor había viejos muebles bretones y el dormitorio estaba adornado con alegres frescos. En el salón reinaba sobre todas las cosas *La emperatriz,* el retrato que Mahé había hecho de la compañera de su amigo, Elizabeth Craig. Imposible no notar su presencia, ni siquiera en medio de todo aquel excéntrico gentío. Alta, rubia, parecía no caminar, sino deslizarse. Mahé no se cansaba jamás de mirarla. «Unos enormes ojos de un verde cobalto… una naricita fina… una boca sensual… pequeños senos firmes y arrogantes… el culo bien alto… unas piernas de bailarina.» Cuando quería hablar se limitaba a susurrar parpadeando. Se contaba por ahí que, con el fin de desanimar a la enorme cantidad de admiradores que la seguían por la calle, había desarrollado un recurso ciertamente audaz: sin ni siquiera mirarlos, se limitaba a decir en voz alta una suma desquiciada de dinero –«¡Son cien francos!»– y ellos desaparecían humillados.

Además de a ella, Céline llevaba a sus otras amistades: dos bailarinas, un farmacéutico, una acróbata, una estudiante y una obrera. Llevaba incluso a su hija Colette, de diez años, y eso que cabía la posibilidad de que la niña asistiera a escenas sáficas. Pero ella se quedaba agarrada de la mano, lisiada por la guerra, de aquel padre atlético, distinguido y de mirada penetrante.

«Hablaba a solas y en voz alta, en una mezcla de francés e inglés», y se rompía la voz cantando «John Brown's Doby Lies a Mouldering in the Grave»,[3] himno de los federales durante la guerra de Secesión estadounidense. Sin embargo, en él había algo de inquietante. No a todo el mundo le gustaba Céline, pero Mahé siempre estaba dispuesto a enfrentarse a quien lo manifestara. Además, pintó el baño de su amigo en la rue Lepic. «Era un personaje luciferino y, aunque había en él un

fondo de bondad, vivía envuelto en mentiras y secretos. Contaba historias horribles y gozaba con el efecto que éstas causaban en pequeñoburgueses como nosotros», recuerda un testigo. «Se había creado una máscara, un disfraz, el del ángel caído, para protegerse de los demás, aunque también de sí mismo. Sus palabras desnudaban a su interlocutor y conseguían turbar hasta al más reticente. Era al mismo tiempo atractivo y repulsivo.» En realidad, lo que hacía Céline era desfogarse evocando todos los horrores físicos y morales con los que se encontraba en su trabajo de médico de los pobres.

Céline jamás se disfrazaba en las fiestas. Se limitaba a decir: «Soy el vampiro de Düsseldorf». En medio de aquel ambiente pintoresco y disipado, conseguía mitigar durante unas horas el sentimiento de horror y de injusticia que la vida le inspiraba. Le gustaban los temas de la pintura de Mahé: los burdeles, los decorados de películas, el Moulin Rouge, los payasos del circo Medrano, las prostitutas. Los dos adoraban a François Villon y a Aristide Bruant, el *chansonnier* de la bohemia anarquista parisina. Eran capaces de pasarse horas charlando sobre cualquier tema. Una noche se retaron para ver quién podía hablar más y con mayor conocimiento sobre el guisante, «una legumbre muy delicada».[4]

35
45, QUAI DE BOURBON
Marthe Bibesco, Pierre Drieu La Rochelle

1932. ¿Cómo vivir sin aquella «vista encantadora» de Notre-Dame?, se preguntaba Pierre Drieu La Rochelle. Pero también se preguntaba cómo hacerse con los ocho mil francos de señal para la princesa Bibesco. Afortunadamente, intervino su primera mujer, Colette Jéramec, que le dio a fondo perdido, aunque oficialmente era un préstamo, seis mil. Para los otros dos mil pensó en Victoria Ocampo, amante y, cosa rara, amiga. Para ella no fue sino «un regalo totalmente fraternal, sin nada que ver

con las pequeñas y grandes miserias de la vida».

La mudanza fue un tanto rocambolesca, dado lo precario de la economía de Drieu. Se llevó consigo pocas cosas, los libros y dos banderas, la inglesa y la francesa, pero se sentía aliviado: «Por fin tengo una bañera, una cama y una mesa». Olesia había acabado por acceder al divorcio, y él volvía a ser libre. La pobreza le permitió dejar que volviera a su vida su vocación monástica de lo esencial. «Me horrorizan las cosas de mala calidad; me gustaría tener muy pocas pero exquisitas.»

Por aquel edificio, llamado la Casa del Centauro debido a un bajorrelieve esculpido en la fachada, habían pasado otros escritores. Incluso Marcel Proust, que cada vez salía a la calle con menor frecuencia, había ido allí a visitar a su amigo, el príncipe Antoine Bibesco.

«Aquí estoy en mi apartamento, en un extremo de la isla: dos habitaciones con baño, sumergido entre el Sena y un verde exuberante.» Se levantaba sobre las once porque solía regresar tarde. «Siempre he pensado que el mejor homenaje que se le podía hacer a la belleza era no perdonar el más mínimo defecto a nadie. Todo eso me ha traído a este rinconcito de la Île Saint-Louis, donde cumpliré cuarenta años en un París hiperbóreo, en el que el frío y el hielo hacen que todo retumbe estruendosamente.»

La bella princesa Marthe Bibesco, de treinta y ocho años, había llegado al quai de Bourbon por accidente. En 1924 tuvo que someterse a una operación imprevista y, no pudiendo regresar a su vivienda de la rue du Faubourg Saint-Honoré, que había subarrendado a los Crosby, se refugió en aquella casa, perteneciente a su primo, Antoine Bibesco. «Es un molino sin piedra, hecho como una clepsidra para ver correr el tiempo. Su nombre, la Casa del Centauro, venía de un medallón situado en la pared exterior en el que se veía un caballo encabritado.»

«¡Está alto y apesta!», dijo por todo comentario el marido de Marthe en cuanto vio el apartamento que había alquilado su mujer sobre la proa de la Île Saint-Louis, «una cárcel sobre el Sena». Por suerte, las opiniones

del consorte tenían el mismo peso que su relevancia en la vida de Marthe: casi ninguna.

«De tarde en tarde me veo con la princesa Bibesco, tan hermosa, tan encantadora y, para mi alivio, tan poco *femme de lettres*», escribiría Rainer Maria Rilke un año después. La complicada intervención quirúrgica obligó a Marthe a recibir a Rilke postrada en su lecho. La princesa se quedó impactada al ver el aspecto demacrado de su amigo, que estaba muy enfermo. El poeta eligió la profunda butaca donde normalmente se sentaba el padre Mugnier. El gran espejo situado detrás de la cama, en el que se reflejaba la luz verdosa del húmedo jardinillo encerrado entre los muros, multiplicaba su imagen. Únicamente Édouard Vuillard había conseguido hacerse con ese «rayo verde» en un lienzo que pintaría para ella.

Poco a poco la timidez de aquel hombre extraordinario se fue desvaneciendo y la conversación se fue animando, aunque iba adquiriendo tintes más etéreos. Bibesco le había confesado que no había podido leer sus elegías en alemán, pues no conocía la lengua, sino sólo la traducción, aunque Rilke reaccionó a su confesión con exquisita condescendencia.

El gran amigo de la princesa era un anciano sacerdote, el padre Mugnier. Con su sotana raída, el clérigo encarnaba para la alta sociedad el ideal de sacerdote: vivía pobremente, aun poseyendo una notable cultura, una magnífica conversación, una notable carencia de prejuicios y una buena dosis de indulgencia para con su privilegiada grey, de la que decía que eran sus *gallinas místicas*. Proust, que lo había apodado Abeja de las Flores Heráldicas, sentía por él un aprecio sincero. «No es guapo, pero, cuando lo ves con su miserable sotana desgastada, ya que es pobre como un santo, luchando contra el mechón encrespado de cabello cano, mirándote con esos ojos de un azul infantil, sólo el diablo podría no quererlo.» Al sacerdote le había fascinado aquella aristócrata atractiva y culta, y entre los dos nació una gran amistad.

Cuando la princesa cenaba a solas con el padre Mugnier, «mi querido

tío», el menú era particularmente frugal. El religioso ignoraba por completo que la sopa de pan, esa que a él tanto le gustaba, era precisamente la única que la señora de la casa detestaba. «Ninguna prueba de amistad es pequeña: todas son grandes.»

Pero en el *faro*, como llamaban al saloncito de la casa, era costumbre recibir a otros invitados, que contemplaban el espectáculo del Sena, el cual, justo en la proa de la Île Saint-Louis, se bifurcaba vigilado por Saint-Gervais y Notre-Dame. Bajo la voluptuosidad de los cuadros de Boucher se situaban los sillones y divanes que se habían librado de la venta de un castillo propiedad de la familia. «La cuestión más importante del París de estos tiempos en que vivimos es la de ser feliz.»

Las reducidas dimensiones del apartamento permitían invitar únicamente a un puñado de personas a un tiempo. Por allí pasaron todos: Drieu La Rochelle, Bergson, François Mauriac, Saint-John Perse, Max Jacob, Winnaretta de Polignac, Claude Debussy, Jean Cocteau, Misia Sert, Paul Morand, Aristide Briand, el duque de Windsor, Louise de Vilmorin y Paul Valéry, quien sentía un gran aprecio por el padre Mugnier. Sobre sus cabezas revoloteaba *Perreire*, el papagayo oriundo del Brasil que precisamente dio título a uno de los libros de la princesa, *El papagayo verde*. Tras graznar a diestro y siniestro, el ave aterrizaba satisfecha sobre la oscura melena de su dueña.

Los grandes escritores apreciaban las novelas de aquella *femme fatale* a la que tantos pintores habían inmortalizado, entre ellos Boldini. Allí el hosco Paul Claudel «masticaba el pan como un campesino». Incluso el risueño Henry de Montherlant también cedió a sus encantos: «Venga usted a comer, sólo estaremos los pichones y yo».

La rivalidad afloraba de modo intermitente entre Marthe y el resto de las aristócratas rumanas que reinaban en la vida mundana de París: su prima Anna de Noailles y la princesa Hélène Soutzo, casada con Paul Morand. En el período de entreguerras, en París se solía decir que «ser rumano era una profesión», en alusión a su poder de atracción. «Mis ojos no sirven para ver, sino para que me vean», decía la princesa, tan segura

de sí como para confesar a sus amantes: «El amor no es lo que mejor sé hacer». Marthe sentía predilección por quienes eran alguien, desde generales a ministros, aunque no desdeñó a un periodista con veleidades políticas, el seductor Henry de Jouvenel, segundo marido de Colette.

Con frecuencia asomaba por allí Antoine Bibesco, a cuyo nombre figuraba la propiedad del edificio. Su físico atlético y su rostro impasible contrastaban con su gran diversión, la de asaetear con embarazosas preguntas a los invitados. Un día espetó sin más ni más a un tímido que visitaba el *faro* por primera vez: «Y, a usted, ¿cómo le gusta hacer el amor?».

1933. Los vecinos de la princesa no pudieron evitar advertir la presencia de tan singular huésped. Los últimos veinte años de vida de Luisa Casati transcurrieron marcados por la ruina física y económica. Habiendo disipado su considerable fortuna en disparates y fiestas, la marquesa se vio obligada a subastar todos aquellos retratos que le habían pintado los artistas, entre ellos Boldini, Van Dongen, Bakst, Zuloaga, Cocteau o Martini. Pero ya antes había tenido que poner a la venta el Palais Rose, situado en el Vésinet, donde antes que ella había vivido otro personaje de leyenda: el dandi Robert de Montesquiou.

Luisa Casati había interpretado magistralmente su papel de mujer fatal, había hipnotizado a los hombres dosificando con descaro el abismo negro de su mirada y el blanco de su desnudez. Pero jamás arruinó a ninguno de sus amantes. Ninguno de ellos se había suicidado delante de su puerta. Aparte de aquel nunca concluido con el Vate,[5] sus amores siempre permanecieron al margen de su excepcional existencia.

La pobreza no consiguió humillar sus hermosos ojos perfilados de negro, sobre un rostro blanqueado a base de polvos, bajo un amasijo de cabellos anaranjados. «Su carácter y su valentía conseguían triunfar sobre cualquier mediocridad haciendo de la miseria, nobleza», contaba el fotógrafo Cecil Beaton. A pesar de la penuria de medios, finalmente consiguió amueblar su apartamento con un estilo «muy poético». Al cabo de seis meses, volvió a vagabundear por diversos hoteles y países,

continuando con la interpretación de ese papel que tantos años antes había estrenado.

36
26, RUE GEOFFROY-L'ASNIER
André Germain

«André Germain es un poco extraño… es cada vez más rico, ésta es la primera diferencia, y siempre es amable y cortés, y constantemente tiene a alguien a su alrededor, aunque no le hace ascos a una revolución, la que sea, y de hecho es algo que suele gustarle», explicaba una escritora estadounidense, Gertrude Stein. Hijo de un potentado banquero, fundador del Crédit Lyonnais, Germain era más bien menudo, grácil y afeminado. Sólo con el paso del tiempo había conseguido dominar una timidez que tenía su origen en el complejo de ser rico.

Descuidado por su madre, había intentado en vano sacar adelante un matrimonio destinado al fracaso con Edmée, la hija del célebre creador de *Tartarín de Tarascón*, Alphonse Daudet. Tras aventurarse en distintos géneros literarios, André encontró su camino retratando a todas las celebridades contemporáneas a las que conocía. En esas páginas, el Último Suspiro del Crédit Lyonnais, como lo habían bautizado con sarcasmo, encontraba una chispa que rayaba en la difamación. «Parece un niño que se entretiene haciéndole lavativas de estricnina a su muñeca», se lamentaba una de sus víctimas, Jean Cocteau.

Muy dado a la vida frívola, se dejaba caer por los salones apuntando en un cuaderno negro los nombres de aquellos a quienes iba conociendo. Le gustaban las escritoras de la alta sociedad, puesto que conquistarlas no requería «esos trabajos de Hércules que necesitan todos los extranjeros distinguidos de paso por París». Sabía cautivarlas asegurándoles: «Encontrarán una hermosa cara y un escritor notable». Como André Malraux, que se había hecho famoso por fracasar en su intento de traficar con antigüedades de Camboya. «La vida le parece

demasiado breve y demasiado rica en misteriosos planes como para detenerse en los vulgares gestos de cortesía y en las estúpidas conversaciones que corrompen la mayor parte de las relaciones humanas.»

El apartamento, color cuero envejecido, de aquel singular personaje se extendía a lo largo. Allí las nuevas estrellas de la literatura se mezclaban con las que se habían dejado cegar por la brillantez de aquel joven. Con un poco de suerte se podía ser testigo del ya tradicional juego con que se divertían dos viejos amigos, Paul Morand y Jean Giraudoux. Una sonrisa amable, de joven Buda, caracterizaba el rostro de Morand. Educadísimo y bondadoso, vestía con una elegancia sobria, muy pensada.

La única persona a la que Germain admiraba sin reservas era Rainer Maria Rilke. En aquella casa, en 1925, discurseaba profusamente con la mirada perdida en la lejanía, la gruesa cabeza inclinada sobre uno de los hombros y un aire abatido. Los que en un primer momento se arracimaron a su alrededor poco a poco se fueron alejando una vez comprobada la locuacidad del poeta, que seguía y seguía sin importarle lo más mínimo el efecto que causaba en su público. Perdido en su mundo, Rilke, con su voz clara de barítono, pasaba de la prosa al verso sin darse cuenta de que su auditorio iba decreciendo. Un año después, cuando Rilke se apagaba a causa de la enfermedad que lo estaba consumiendo, André Germain comenzó a decir por ahí que el poeta había muerto al intentar coger una rosa para una hermosa muchacha egipcia.

Siempre dispuesto a ayudar y a financiar cualquier iniciativa literaria, sintió auténtica fascinación por la belleza y la «ebriedad verbal» del joven Louis Aragon. «Sin querer, le procuré a una de sus amantes. Así fue: lo llevé a casa de mi encantadora vecina de la Île Saint-Louis, una inglesa flaca y culta, el más delicioso esqueleto con el que me he topado en mi vida.» Exacto, era la irresistible Nancy Cunard.

¿1931? Sí, puede que Curzio Malaparte llevara el pelo perfectamente alisado con pomada y vistiera un traje cosido por un célebre sastre

romano, pero lo cierto es que estaba emocionado. Entraba en la callejuela donde antes de la guerra había vivido Gabriele D'Annunzio. La Casa de los Budas: así la llamaban los parisinos, pues el Vate –por cierto, corto de dinero– le había dado su toque personal llenándola de estatuas del Iluminado.

Malaparte intentaba no ambicionar lo que para tantos de su generación, como André Malraux, constituía un modelo inalcanzable: el de escritor aventurero. De hecho, el pequeño jardín al que daban las habitaciones era tan pobretón como los escasos árboles que allí crecían.

Pero la emoción llegó a su punto más alto: fue allí donde Ida Rubinstein ensayó los pasos de *El martirio de san Sebastián* dejando transparentarse su «osamenta de marfil antiguo» bajo «el tenue velo de su piel ambarina», mientras D'Annunzio arrojaba incienso en un brasero recitando en griego versos de Píndaro.

Por suerte, en el primer piso, entre los diferentes vecinos vio a alguien que había vivido de cerca aquellos tiempos heroicos, la poeta Anna de Noailles. Mientras tanto, llegó André Germain «dando saltitos con sus delicados pies». Con su voz aguda, se puso de hablar de un mundo que conocía a la perfección: el de la porcelana antigua. En particular, de una mujer de porcelana de tamaño natural que había visto en un castillo alemán.

«¿Estaba desnuda?», le preguntó Anna, tras un abanico de plumas negras. La condesa de Noailles estaba de muy mal humor. Era fácil verlo. Bastaba observar cómo mordisqueaba las plumas moviendo nerviosamente un piececito. A pesar de los años que marcaban su frente, acentuados por el maquillaje que usaba precisamente para ocultarlos, aún conservaba la impresionante profundidad de sus grandes ojos oscuros, «en los que el genio y la vejez se disputaban un espacio».

Mientras Germain se explayaba sobre la desnudez de la figura, sobre ese impresionante color rosa claro que la hacía tan real que, al tocarla, producía la sensación de estar caliente, Noailles intervino de nuevo para intentar violentarlo: «¿Y usted la ha tocado?». A ninguno de los

presentes se le escapó la malicia de la pregunta, pues todos sabían que él era homosexual. La poeta insistía: «Pero ¿usted la ha tocado? Admítalo: la ha tocado».

El dueño de la casa se desvivía ofreciendo a sus huéspedes una copa tras otra de un valioso champán ámbar. Distraída por el color, Noailles comentó que en las casas francesas el whisky estaba ocupando el lugar del champán. Después, con esa incansable elocuencia suya que le permitía dominar cualquier conversación, comenzó a soltar un discurso sobre el ocaso de la vieja Inglaterra. Mientras escuchaba, Malaparte disfrutaba saboreando su francés, «irisado con un ligerísimo acento rumano».

37
1, RUE LE REGRATTIER
Louis Aragon, Nancy Cunard

1924. Siempre enfrascada en algún proyecto, Nancy Cunard jamás encontraba tiempo para acondicionar las tres habitaciones de su proa sobre la Île Saint-Louis. Por esa razón decidió confiarle el trabajo al enjuto y melancólico Jean-Michel Frank, amigo de un amigo de Nancy, René Crevel. Su primera medida fue vaciar la casa de gran parte de los objetos que la propietaria había acumulado en ella: Cocteau insinuaba que todas las casas de Frank tenían el aspecto de haber sido saqueadas. Estimulado por su experiencia en casa de Drieu La Rochelle, aquel arquitecto de veintinueve años estaba perdidamente enamorado de la sobriedad. Muebles se habían salvado pocos, pero tapicería o revestimiento, ninguno. Decapó los dinteles de todas las puertas. Los cuadros habían desaparecido y era como si la naturaleza muerta situada sobre la chimenea se hubiera quedado allí, momentáneamente olvidada. Solamente las máscaras y las esculturas primitivas, reflejo de la pasión de Nancy por la cultura africana, habían escapado a la razia.

Ahora un cemento pulido ocupaba el lugar de la moqueta del salón,

donde parecían haberse refugiado los muebles y las sillas Luis XVI que habían sobrevivido. Dos butacas de piel blanca custodiaban una mesita baja de terracota apoyada sobre unas patas de metal negro. Entre los pocos cuadros que por fin quedaron, entre ellos dos *de chiricos* y dos *tanguys*, impactaba un retrato de Nancy obra de uno de sus innumerables amantes, Oskar Kokoschka, en el que una de las mujeres más seductoras de la época aparecía fea y prematuramente avejentada. Pero, de todos ellos, su preferido era el retrato de Eugene McCown, en el que ella aparecía tocada con un sombrero de copa.

Por sus ventanas, que daban al Sena y a Notre-Dame, miraron todos los intelectuales y las personalidades de la vanguardia parisina, como Peggy Guggenheim, George Moore, Havelock Ellis, Man Ray, William Carlos Williams, Edith Wharton, Léon-Paul Fargue, André Derain, Raymond Radiguet, Pierre Drieu La Rochelle, Jean Cocteau o André Breton.

Ahora bien, muy pocos estarían en condiciones de describir el dormitorio de Nancy, siempre lleno de humo y de personas que conversaban o escrutaban la profusión de libros esparcidos sobre la cama. A los invitados más clásicos los impactaba un lienzo de Picabia, la cabeza de un hombre de cara lívida y seis ojos con manchas rojas.

Pero la pieza con más encanto de aquella casa era la propia Nancy, seductora en serie. Tras un efímero matrimonio de juventud con un apuesto oficial, la muchacha se propuso no negarse nada. Rompió con su madre, amiga íntima de la reina de Inglaterra, también ella muy liberal, por cierto, pero más cuidadosa que su hija a la hora de disimular la presencia de sus amantes.

Los hombres sufrían como podían la fascinación de su belleza frágil y de «su melodiosa voz de sirena», con la que hablaba un francés anticuado y delicioso, sin acento. Sus víctimas se las cobraba entre los grandes, desde Eliot hasta Huxley, desde Pound hasta Tzara. Elegante en extremo, también gracias a su delgadez, cultivaba una excentricidad muy medida. Pronto sustituyó sus imponentes joyas de oro por los

gruesos brazaletes africanos de marfil que le llegaban hasta su frágil codo.

Siempre disponible, tierna y llena de atenciones con todos, Nancy se embrutecía cuando bebía de más, cosa que sucedía con frecuencia. Entonces abofeteaba a sus acompañantes y los hería con los brazaletes. Cuando sus víctimas se tomaban la revancha, ella se limitaba a esconder las magulladuras tras velos color violeta.

Imprevisible e inquieta, podía marcharse de un momento a otro por las razones más fútiles dejando tras de sí someras huellas en forma de telegramas en los que citaba a sus amistades en países lejanos. Igual de rápida resultaba a la hora de consumar sus deseos: instantáneamente pasaba de un hombre a otro sin preocuparse por los celos que suscitaba al abandonado. Era difícil cerrar una relación con ella. Tras dejar a sus amantes, de vez en cuando los volvía a retomar para dejarlos plantados de nuevo.

«Yo –había escrito la Gioconda de los Años Veinte– soy la desconocida | la extranjera | la forajida proscrita por las leyes de la vida | fiel a una sola ley, una lógica personal.»

1926. Dos años después caía en sus redes Louis Aragon, conocido por su inquietud amorosa y su incansable afán por escribir. Nancy jugaba al gato y al ratón con el joven surrealista.

Lo encontraba «bello como una joven deidad, pero feroz conmigo como el Hipólito de Racine». A fuerza de un viaje tras otro, Nancy había sustraído a Louis de sus hábitos, el primero de todos, sus dos citas diarias con los surrealistas. Abrumado, Aragon se confesó con un gran modisto, Jacques Doucet: «Decididamente, creo que soy prisionero del amor. […] Por primera vez en mi vida soy feliz de continuo, a pesar del sinfín de problemas cotidianos».

Más expeditiva, Nancy resumía así la situación: «Él me admiraba; yo le deseaba». Ella, que tenía treinta años, uno más que él, le contaba a Louis todas sus aventuras; él callaba las suyas, que le parecían pura miseria comparadas con el fulgor de Nancy, «una mujer que entró en mí

como una corriente de aire en una habitación».

Aquel dandi vestido con la ropa que desechaba su amigo Drieu La Rochelle y aquella heredera sin preocupaciones de dinero formaban una pareja impactante. A los ojos azules de Louis les respondían esos otros tan extraños de Nancy, de un azul mucho más intenso. Hijo ilegítimo de una madre pequeñoburguesa, Aragon no podía evitar su fascinación no sólo ante la belleza y la elegancia de Cunard, sino sobre todo ante la desenvoltura con la que hacía uso de su riqueza. Él cultivaba un estilo a lo dandi; ella prefería el verde esmeralda o las lentejuelas doradas. Pero ella era más inquieta que su pareja y, en cuanto se cansaba, corría a los brazos de otro sin pretender esconderlo.

Notre-Dame era «mucho más hermosa por la parte del ábside que por la del atrio», pero a menudo Louis se quedaba solo en el dormitorio, donde la luz del ocaso parecía «un perro amarillo». Sus celos eran tan desmesurados como lo era la libertad de Nancy. Era un tormento que lo dejaba «como un perro» atado a la correa de su amada. Cuando la relación acabó, Aragon no supo sobrellevarlo: la perseguía, intentó suicidarse y le costó mucho tiempo sobreponerse.

«Ella sólo amaba lo pasajero | y yo era la veleidad, | aun así, la Île Saint-Louis para ella no era sino un viaje. | Hablaba de otros lugares, | siempre de otros lugares. Yo soñaba escuchándola | como la caracola escucha al mar.»

38
12, QUAI D'ORLÉANS
Harry Crosby

Cada mañana, quienes paseaban por el Sena gozaban contemplando una escena inédita. Una joven mujer rubia vestida de rojo manejaba los remos de una barca en la que transportaba a un hombre de negocios con un traje oscuro, paraguas y bombín que se apeaba regularmente en la place de la Concorde para dirigirse a las oficinas de la banca Morgan en

la place Vendôme. Aquel par de veinteañeros eran Caresse y Harry Crosby. En su viaje de vuelta, para secreta satisfacción de la remadora, los paseantes expresaban a voz en grito su admiración por su generoso pecho.

Al igual que otra célebre pareja de estadounidenses, los Murphy, también los Crosby habían llegado a Francia en 1921. Ambos escribían poesía y no habían podido soportar las normas sociales tan rígidas imperantes en su país natal. Nieto del magnate John Pierpont Morgan, Harry había conocido a Caresse dos años antes y, a pesar de la oposición de sus respectivas familias, habían contraído matrimonio. Para poder hacerlo, ella tuvo que divorciarse de su marido, alcohólico. El otro inconveniente, los dos hijos de Caresse, se había solucionado enviando a los vástagos a un internado, aunque cuando en alguna ocasión regresaban, por ejemplo, en Navidad, Harry reaccionaba con rabia marchándose de casa.

La pareja había elegido para ella aquel extraño nombre, Caresse, tras pensárselo mucho y descartar otro más comprometido, Clítoris, y todo para sustituir el de su bautismo, mucho más prosaico, Polly. Lo escogieron para que las iniciales formaran una cruz solar con el apellido Crosby. Escandalizaron a sus familias, pero la joven pareja quería liberarse de todo tipo de convencionalismos, sobre todo en el terreno sexual, y París era la ciudad más idónea para esa opción de vida. Caresse, seis años mayor, era muy discreta en sus transgresiones; él, no. «A veces, en plena noche Harry se levantaba, se vestía y salía a solas en busca de objetivos inciertos. A mí nunca me invitaba. Pero, por la mañana, cuando me despertaba, él siempre estaba allí.» Otras veces la pareja se conformaba con un trío acompañándose de alguna belleza efímera, elegida posiblemente entre las modelos que Harry encontraba para que posaran ante su mujer, aspirante a escultora.

Antes de llegar a las orillas del Sena, aquella rubia deportista de la alta sociedad estadounidense había inventado el sujetador, cuya patente había vendido a la ligera, desgraciadamente, a una gran empresa. Pero

los Crosby no tenían que preocuparse por el dinero. Claro que tenían mucho, pero sobre todo tenían un pacto secreto: pasados unos años ambos se suicidarían juntos arrojándose desde un aeroplano (lo mismo habría de hacerse a renglón seguido con sus cenizas).

Harry, cuando quería, podía ser todo un encanto, cautivador, aunque lo cierto es que antes o después comenzaba a hablar sobre los ritos de adoración al sol negro, tema que para él era una auténtica obsesión. Sus héroes eran Villon, Verlaine y Rimbaud. El futuro le era indiferente. Debía vivir con la máxima intensidad cualquier experiencia que la vida le brindara. En las veladas de los Crosby, alegradas con «océanos de champán», se mezclaba un personal heterogéneo, desde bohemios hasta aristócratas. Un sastre de la rue de la Paix le había confeccionado a Harry la gardenia de seda negra que lucía en el ojal, mientras que los sucintos vestidos de Caresse eran obra de las grandes estilistas de la ciudad, principalmente de Vionnet.

Siempre dispuesto a ayudar a los demás, Harry cubría de regalos al servicio y a una florista ambulante le abrió una cuenta en un bistró de las inmediaciones. Un familiar suyo, Walter Berry, introdujo al matrimonio en la alta sociedad parisina, pero los Crosby no eran unos esnobs y se divertían desconcertando a los demás con sus provocaciones, como el galgo Narciso y sus uñas doradas a juego con la correa.

39
70, RUE SAINT-LOUIS-EN-L'ÎLE
Pierre Drieu La Rochelle, Jacques Lacan

1927. Cuando Pierre Drieu La Rochelle se cruzó con André Gide por la calle, se apresuró a decirle que se iba a casar. Mientras brindaban en un bar con un vaso de oporto, Drieu le explicó: «Es una experiencia que me apetece vivir. Quiero saber si conseguiré aguantarlo. Hasta ahora no he conseguido que ni una amistad ni un amor me duren más de seis meses».

Aparentemente, Alexandra Sienkiewicz, a quien llamaban Olesia, no

tenía ninguno de los atributos propios del tipo de mujer que seducía a Drieu. Aunque fuera hija de un banquero polaco, no era rica. Drieu, a sus treinta y cuatro años, con un matrimonio fracasado a sus espaldas, se había sentido atraído por la belleza andrógina de aquella simpática muchacha que, tras un amor desgraciado, había decidido renunciar al sexo. El escritor la había sometido a un breve acoso. «Me has hecho que sienta tu ternura de un modo tan sencillo y efectivo que me ha penetrado profundamente en el corazón, casi hasta hacerme daño.»

Se casaron a finales de septiembre y, tras un breve viaje de novios por la Costa Vasca, regresaron a París. Olesia era dulce y divertida, y tenía una gracia espontánea que casi la hacía parecer bella. Drieu llegó a sentirse muy optimista: «Nos amamos mucho. Creo que nuestra unión perdurará. Tiene tantas cualidades que mis defectos no pueden echar raíces».

Habían llegado en noviembre a aquella casa, que contaba con dos amplias habitaciones de techo alto y cuatro ventanales que daban a una callejuela llena de vida. Sobre el parqué a la francesa perfectamente pulido se alzaban tres divanes tapizados de gris. A su alrededor no había nada, excepto algún que otro sobrio jarrón del que surgían rosas rojas y un mullido gato siamés.

Al principio, *Bléche*, el libro que Drieu estaba escribiendo y que Olesia pasaba a máquina concienzudamente, parecía un espejo de su situación: un marido enamorado y fiel. Tenía la impresión de que por fin se encaminaba hacia esa vida de recogimiento que, tras un «breve período de avidez» durante su primer matrimonio con la rica Colette, buscaba desde hacía tiempo. «Hace poco he comenzado a aceptarme tal como soy… No amo mi vida, amo la vida. Disfruto cada vez más de mi libertad gracias a la ligera cadena que me sujeta. Ahora conozco completamente el valor de la libertad.»

Su estudio daba a un patio desde el que subían los gritos de los niños jugando. «No soporto el ruido que hacen los adultos, pero este alboroto vespertino es un placer.» Creía haber tenido un golpe de suerte.

«Siempre he tenido a las mujeres de los demás. Ahora tengo la mía. Es un encanto. Me da un poco la impresión de ser su padre.»

Pero aquel idilio duró poco. Él comenzó a refugiarse en un hotel para hacer de «amante de su mujer». Aunque Olesia se había marchado a la montaña, no tenía la menor intención de dejarlo. Drieu se detestaba a sí mismo y sentía piedad por ella. Se había casado con Olesia, se justificaba, porque pensaba que era lesbiana y no podría amarlo de verdad. «Esa personita de mi mujer es un miserable enigma.»

1929. Una noche de invierno, mientras Olesia se encontraba ausente, una mujer bellísima y majestuosa, la mecenas argentina Victoria Ocampo, subía, embargada por la emoción, las escaleras del decrépito edificio del siglo XVIII. La nueva amante admiró las amplias estancias, de proporciones para ella perfectas. Los techos estaban encalados de blanco y las paredes estaban tapizadas con tela gris, el mismo color de las alfombras. El enorme diván, situado entre la puerta y la chimenea, estaba forrado con la misma tela gris, sobre la que destacaban cuatro cojines de un rojo carmín. Drieu siempre quería que hubiera flores frescas en el sencillo jarrón de cristal que había encima de la chimenea, «para que el culto a la vida persista en esta habitación que podría ser la de un rey muerto». No había cortinas en las ventanas y no se veían muchos asientos aparte del diván, en el que a veces dormía el escritor. En un cuartito había dos banderas, una inglesa y otra francesa, enfrente de dos anaqueles cargados de libros.

Una noche Victoria llegó con un vestido negro de lentejuelas de Chanel, mientras él lucía esmoquin. Al pasar frente a un espejo, se quedó sorprendida de ver a aquellos dos desconocidos con aire solemne vestidos de gala. Hasta entonces no se dio cuenta de que él era más alto que ella.

1930. A veces se quedaba a dormir con ellos un simpático joven con orejas de soplillo, Jacques Lacan, de veintinueve años. A Olesia le gustaba mucho Lacan, aunque también Victoria se sintió fascinada por su contagiosa vitalidad, por su inteligencia imprevisible, por su amor

por lo absurdo y por su mal genio. Cuando le preguntó en qué andaba trabajando, Lacan le respondió que escribía para sí mismo, «canto para mí». Su energía parecía inagotable –«¿Cuándo come?, ¿cuándo duerme?»–, como también lo parecía su gusto por divertirse y su ambición.

Mientras tanto, la situación conyugal de Drieu seguía empeorando. «Vivir con mi mujer me mata: tiene un alma mezquina. Pero, en cuanto se pone a llorar, me parece noble. Siento por ella una suerte de ternura monstruosa que me desgarra el corazón.» Cuando se dio cuenta de que el jovencito se había enamorado de Olesia, le dijo: «Decididamente, cuanto más lo intento, menos funciona: el matrimonio no está hecho para mí. Me voy de aquí. Ella te adora. Consuélala». Lacan se puso muy contento de poder aprovechar tal oferta. No le gustaba en absoluto su feo alojamiento en la rue de la Pompe, junto al bois de Boulogne, donde recibía a sus amantes. Además, su amor por Olesia no le había movido a romper con una austera viuda bastante mayor que él. Muchos años después recordaría con placer a aquella Olesia apenas vestida que le pasaba a máquina la tesis doctoral. No obstante, a pesar de aquella aventura, la mujer no quiso perder del todo al marido fugado, que, cuando Lacan la abandonó a su vez, se enfadó muchísimo con él.

40
36, RUE DE LA VERRERIE
Jean Genet

1939. Jean Genet, de veintinueve años, estaba apoyado con aire indiferente sobre el mostrador dedicado a las telas de seda en el Bazar de l'Hôtel de Ville. Había comenzado a tocar y desordenar las telas mientras, usando un bolsillo agujerado del abrigo, se hacía con el retal que tenía más a mano. Genet tenía un elevado concepto de sus habilidades como ladrón, pero sólo hacía quince días que había salido de la cárcel tras cumplir condena por un intento de robo en los Grands

Magasins du Louvre. Y no era la primera vez, por mucho que su aspecto no fuera el del típico ladrón. Si no hubiera sido por su larga lista de antecedentes, nadie habría sospechado de aquel joven de casi treinta años de pelo rizado, vestido con elegancia, nariz respingona y ojos hundidos. La tortuosa trayectoria de aquel huérfano había comenzado cuando, a los diez años, comenzó a violar la ley robando cuadernos y lápices de colores a sus compañeros de colegio. A los quince ya había inaugurado un largo periplo carcelario jalonado de fugas. En la cárcel conoció la homosexualidad. Decía: «Nunca hice el amor por hacerlo, sin una implicación afectiva… Sólo podía hacerlo con chicos a los que amaba…, en caso contrario…». Si bien posteriormente admitió: «He hecho el amor también por dinero». La lectura se convirtió para él en un refugio contra el abuso y el acoso de los que fue víctima en cada prisión.

A los dieciocho años, Genet se alistó en el ejército para así salir de la cárcel. «La dignidad que confiere el uniforme, el aislamiento que impone y el oficio en sí de soldado me concedieron algo de paz y confianza en mí mismo.»

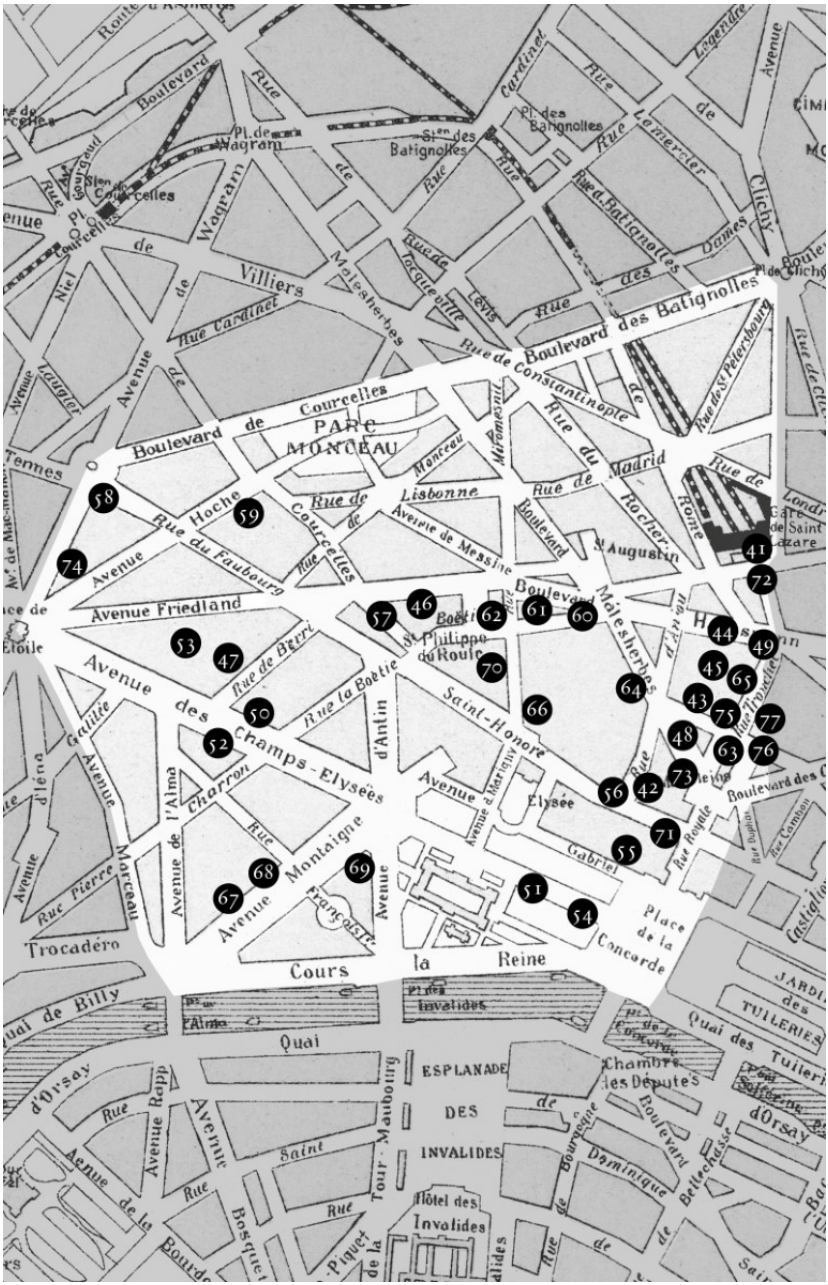
Pero tampoco allí se resistió al impulso de romper las reglas. En Siria desobedeció a la orden de ir armado. «Enseguida se supo, y me recibieron con afecto.» Pero recayó en el vicio de robar, ahora a sus camaradas.

Después se embarcó en una vida de vagabundeos durante la que sobrevivió prostituyéndose y pidiendo limosna. En 1936 desertó, se fugó y recorrió toda Europa de país en país, de comisaría en comisaría, de penal en penal. Al cabo de un año, tras regresar a París con pasaporte falso, lo sorprendieron flagrantemente en la Samaritaine mientras intentaba sustraer una docena de pañuelos. Pero después la policía encontró más mercancía robada, entre la que figuraban documentos firmados por el rey de Francia propiedad de un anticuario.

Sin domicilio fijo, Genet sobrevivía miserablemente en Montmartre. Como diría Cocteau, quien en su momento le ayudó a eludir la pena de prisión invocando ante la autoridad las dotes literarias del acusado,

Genet era un pésimo ladrón y un magnífico escritor.

VIIIe ARRONDISSEMENT


Boulevard de Courcelles
Pl. de Wagram
Rue de Wagram
Villiers
Rue Cardinet
Avenue de Villiers
Malesherbes
Rue de Constantinople
Boulevard des Batignolles
Rue de St Petersbourg
Rue de Madrid
Rue de Rome
Rue de Lisbonne
Avenue de Messine
Boulevard Haussmann
St Augustin
Gare de Saint Lazare
PARC MONCEAU
Avenue Friedland
Rue de Berri
Rue la Boétie
St Philippe du Roule
Avenue des Champs-Elysées
Avenue d'Antin
Rue Saint-Honoré
Avenue de l'Alma
Avenue Marceau
Avenue Montaigne
Avenue Gabriel
Elysée
Place de la Concorde
Rue Royale
Trocadéro
Cours la Reine
Quai d'Orsay
Pl. des Invalides
ESPLANADE DES INVALIDES
Hôtel des Invalides
Tour Malakoff
Chambre des Députés
Quai des Tuileries
JARDIN des TUILERIES
Pl. des Batignolles
St-en des Batignolles
Rue d'Amsterdam
Rue de Clichy
Rue de Lévis
Rue de Tocqueville
Rue de Courcelles
Rue du Faubourg Hoche
Rue Pierre Charron
Rue Galilée
Rue Bosquet
Rue Saint Dominique
Rue de Bellechasse
Rue de Bourgogne
Rue de Varenne
Rue Boissière
Rue Lauriston
Rue Cambon
Rue Duphot
Rue Tronchet
Rue de Lisbonne
Rue de Rome
Rue de Madrid
Rue de Constantinople
Rue de Berlin
Rue de Vienne
Rue de Prony
Rue de Monceau
Rue de Courcelles
Rue de Tocqueville
Rue de Lévis
Rue de Clichy
Rue de Dunkerque
Rue de Maubeuge

Henry Miller, Anaïs Nin

Un buen día, un amigo de Henry Miller, Fred Perlès, atravesaba el interior de la gare Saint-Lazare cuando vio a Anaïs Nin, elegante y menuda, deambulando y llorando. «¡Ya no lo soporto más!, ¿sabes que me envía regularmente lo que escribe? Su libro sobre June… Ayer recibí un montón de páginas, ¡treinta folios de pasión por otra mujer! Los he leído y releído, todos, toda la noche… Son palabras que me atraviesan como un cuchillo.» Inútilmente, Perlès intentó consolarla explicándole que, cuando un hombre escribía de esa manera sobre una mujer, era porque la consideraba muerta.

«¡Y eso es lo único que se te ocurre decirme!, ¡que se la ha inventado!, ¿si no soy yo a quien ama, te crees que me importa que ella sea de carne y hueso o sólo un fantasma?»

No era la primera vez que sucedía. A Miller una mujer podía absorberlo tanto como para que el escritor se dedicara a atormentar al resto de sus amantes explayándose en detalles sobre su fulgurante pasión por la nueva *femme fatale*. Por mucho que les hiciera sufrir, las víctimas iban cayendo poco a poco rendidas ante la fascinación de June.

También en la gare Saint-Lazare, Fred se encontró con Liane, una de las últimas conquistas del escritor. Se suponía que irían juntos a las Galeries Lafayette para comprar las cortinas del apartamento donde los dos hombres iban a vivir. Pero Liane estaba asimismo alterada y sólo quería hablar de June. Nunca la había visto, pero gracias a Miller sabía todo sobre ella, principalmente sus intimidades. Hablaba de eso sin descanso, con voz átona, sin acabar las frases. Fred la escuchaba perplejo. Sabía cuántas veces June había traicionado descaradamente a su amigo, pero también sabía que sus trampas, en vez de irritarlo, le hacían amarla aún más, pues consideraba que esas jugarretas no eran sino un signo de amor. Pero nada parecía confortar a Liane, ni siquiera la idea que Fred le había sugerido de que June no fuera más que una

fantasía de su amigo. Todo lo contrario, desesperada gritó: «¿Qué quieres decir con que no es real? Es una mujer real y no necesita que nadie la invente».

19**. El tren se ponía en marcha lentamente. En un andén de la gare Saint-Lazare, Henry Miller, con los ojos como platos, miraba a June asomarse por una ventanilla dejando ver una sonrisa triste y enigmática, «esa mirada del último minuto que quiere decir tantas cosas, pero que no es sino la máscara deformada de una sonrisa vacía». Había ido a verla pocos días antes. June no estaba bien y apenas había comido. Después ya no volvería a verla y hasta entonces no se dio cuenta de hasta qué punto lo atormentaba perderla. Las lágrimas le quemaban la cara. «Por muy ardientes que sean mis plegarias, por muy desesperado que sea mi deseo, entre nosotros hay un abismo.»

42
10, RUE D'ANJOU
Jean Cocteau

1910-1931. En opinión de Jean Cocteau, ese ascensor pertenecía a una época en la que aún no se habían inventado los ascensores. Incluso Apollinaire, que había sobrevivido a los horrores de las trincheras, se quedó pasmado al ver aquella inmensa cápsula de metal que subía con una lentitud inexplicable hasta el oscuro apartamento burgués donde Jean vivía con su madre.

«¿Hay una relación más dulce y cruel, un *ménage* más orgulloso de sí que la pareja que forman una madre y un hijo?», se preguntaba Cocteau, para quien ella siguió siendo la confidente más íntima de su vida.

Presidía el vestíbulo el retrato que le había hecho JacquesÉmile Blanche. La habitación de Jean era una burbuja de aire flotando en una dimensión distinta a la del resto de una casa tan seria como banal. Le gustaba recibir a los invitados por la mañana, mientras se afeitaba, envuelto en una bata de seda, con su enjuto rostro cubierto de espuma

blanca y rodeado de un fular rojo bien anudado. Una ceremonia que le permitía lucir sus preciosas manos siempre sin dejar de hablar.

«Una habitación se parece a quien la habita. Es el vestido del alma, un vestido que el alma deforma imponiendo de inmediato sus relieves. Una habitación, por cuanto viste nuestra alma, se convierte en un calco de nuestras costumbres más profundas. Ni el orden ni el desorden pueden imitarse.»

En las paredes, cubiertas de números de teléfono, había colgados dibujos del propio Cocteau, de Picasso u otros amigos. Encima del escritorio se amontonaban los objetos: una estatuilla de Tanagra, una cabeza egipcia, una fotografía de Viena que D'Annunzio había tomado durante su célebre vuelo, un retrato de Rimbaud, el bastón de un pastor griego con el cuerno de un cabritillo por empuñadura, una foto de Verlaine con sombrero de copa, la de un héroe de la guerra aérea, Roland Garros, la del pastorcillo de un belén. La fotografía del lugar de Delfos donde se hubo recitado por primera vez *Antígona* se la había enviado André Gide.

No era raro que a los huéspedes les sorprendiera la incongruencia y extrañez de la decoración. Eso sí, cuando Cocteau empezaba a explicar cada detalle todo adquiría un sentido. El retal negro pegado en un cuadro era la silueta de Isadora Duncan. El dado de papel era cosa de Picasso. La bola de cristal venía, según él, de adornar un dragón de piedra de un palacio pekinés. El caballero de estopa colgado del techo era un regalo que el compositor Darius Milhaud le había traído de México.

Pero Jean no tardaba mucho en ponerse a imitar, habilidad que desconcertaba a todos por su perfección, a sus amigos famosos, desde Marcel Proust hasta Erik Satie. «Al bajar por la escalinata Enrique III de la rue d'Anjou –recuerda Paul Morand–, uno se sentía estúpido, torpe, exhausto, obtuso. Sólo él podía dormirse bailando de puntillas.»

En 1918, Cyprien, el criado, anunció incrédulo: «En el vestíbulo hay un niño con un bastón de paseo». Raymond Radiguet, que a la sazón

contaba quince años, dejaba que el cabello le acariciara las mejillas. Su timidez crispaba sin descanso sus facciones. Adornaba su modesta vestimenta con una corbata de lazo rosa. Hacía extrañas muecas para impedir que se le cayera el monóculo. Entre el dandi parisino y aquel extraño visitante enseguida se tejió una relación intensa y contradictoria, en la que la amistad y el amor se mezclaban confundiéndose. En los primeros tiempos el chico dormía sobre un sofá, pero era muy desordenado y pronto la señora de la casa intervino, así que Raymond tuvo que buscar refugio en otro lugar.

Aquel adolescente malhumorado, pálido y de baja estatura «lo sabía todo y nos enseñaba de todo». Mientras se liaba los cigarrillos, Bebé, el apodo con el que lo había bautizado Jean, comparaba los libros más mediocres con las obras maestras reflexionando sobre sus recursos y estructuras. En Raymond se combinaban de manera curiosa la seriedad de la madurez y el ingenio de la infancia. «La originalidad –explicaba– consiste en procurar hacer como los demás sin conseguirlo.» En pleno apogeo del dadaísmo, advertía: «Hay que escribir como escriben todos. […] No hay que llevar la contraria a las costumbres y a lo establecido, sino a la vanguardia y a las cosas que cambian y tienden a convertirse en una moda».

La prematura desaparición de Radiguet en 1923 había asolado el precario equilibrio de Cocteau, que intentaba sobrevivir aturdiéndose con el opio y una vida mundana febril. «La muerte de Radiguet fue como una intervención quirúrgica sin cloroformo. Un fumador de verdad, viéndome sufrir tanto, me alargó su pipa.»

Al cabo de dos meses, en febrero de 1924, apareció por la rue d'Anjou un chico de dieciocho años, alto, moreno, elegante y de ojos inquietos. Maurice Sachs sabía cómo adular a los grandes: los inundaba de cartas, llamadas telefónicas, visitas. Sin su apoyo, insinuaba Jean, habría estado perdido. Pocos se resistían a aquel despliegue, y la disponibilidad de Cocteau era absoluta. Lo convirtió en su secretario y le encargó que llenara la vitrina de una librería con sus obras. Sintiéndose por fin en el

lugar que le correspondía, Sachs vació la casa y lo vendió todo –cuadros, autógrafos y libros valiosos– sin importarle el precio. «No puedo quejarme de que me han engañado –comentaba Cocteau–. Lo sucedido es algo que sólo me incumbe a mí. Siempre he preferido los ladrones a la policía. Para que a uno lo estafen no basta con desearlo. También es necesario que reine la confianza. Con Sachs reinaba… En fin, daba más de lo que robaba y robaba para regalar.»

43
11, RUE DE L'ARCADE
Marcel Proust

1918. La noche del 11 de enero la policía se personó en el hotel Marigny. Oficialmente, el motivo era una carta anónima en la que se denunciaba el establecimiento por ser «un local de placeres inmundos». La verdad es que el hotel era bien famoso desde hacía tiempo «como lugar de encuentro para homosexuales más o menos influyentes».

Su propietario, Albert Le Cuziat, estaba ya acostumbrado a las redadas de las fuerzas del orden y a los días de cárcel, a los que, a buen seguro, de nuevo se iba a enfrentar. Pero en esa ocasión la policía también detuvo a Marcel Proust, a quien en el informe correspondiente se describía como un varón de «cuarenta y cinco años, rentista», sentado bebiendo champán con otras tres personas que tenían «aspecto de ser pederastas». Aunque en algunas de las habitaciones los agentes efectivamente encontraron a algunos menores, Proust ni siquiera fue llamado a declarar.

No era la primera vez, ni sería la última, en la que el escritor visitaba aquel burdel, para él fuente de información demasiado valiosa como para dejar de frecuentarlo. Pocos sabían que Proust no sólo conocía a Le Cuziat desde hacía algunos años, cuando era el criado de un aristócrata homosexual, sino que también le había ayudado económicamente para que pusiera en marcha su negocio. Solamente un círculo restringido de

clientes, entre ellos Marcel Jouhandeau y Maurice Sachs, estaba al corriente de un detalle extraño: el escritor, que tras la muerte de su madre había litigado con su hermano para quedarse con el mayor número posible de muebles, había regalado algunos a Le Cuziat, factor que acrecentaba el placer perverso que Sachs sentía frecuentando aquella casa de tolerancia a la que llamaban Templo de la Impudicia.

Monsieur Albert, como lo llamaban, era según Céleste, la asistenta de Proust, que tanto lo detestaba, un larguirucho desgarbado y rubio «con unos ojos azules fríos como los de un pez». Ávido y atento, vendía a Proust información sobre los vicios de sus clientes más distinguidos y era capaz de solucionar para él intrincadas cuestiones de genealogía nobiliaria. Por estas y otras virtudes fue en buena parte la fuente de inspiración para el Jupien de *En busca del tiempo perdido*.

Con el fin de eludir posibles riesgos, a menudo Proust mandaba a su criada llamarlo. «Acuérdese, Céleste: entréguele la carta directamente a él. Y se lo ruego encarecidamente: devuélvamela.» Siempre tuvo miedo a un chantaje.

Las oportunidades más golosas para Proust eran cuando, avisado por el propietario, podía contemplar por un agujerito sesiones de masoquismo que después reproducía en su obra. Un día volvió a casa tras una de aquellas vivencias con el sombrero inclinado ligeramente hacia delante y hacia la izquierda, como hacía cuando se sentía especialmente satisfecho. Después, con la misma normalidad con la que le contaba a su criada detalles de su vida social, le confesó que había visto cómo encadenaban a la pared a un rico industrial y lo fustigaban hasta sangrar para que consiguiera alcanzar el orgasmo. «Ya lo sé, Céleste. Usted no puede imaginarse lo mucho que todo esto me disgusta y me trastorna. Pero solamente puedo describir las cosas tal y como son de verdad, y para eso no tengo más remedio que verlas.»

Sin embargo, no solía hablar de aquellas otras expediciones en las que el protagonista era él. El ritual de sus visitas no presentaba muchas variaciones. En cada ocasión, el elegido debía llegar a la habitación un

cuarto de hora después que él. Cuando se abría la puerta, el muchacho se encontraba al escritor tapado «con las sábanas hasta la barbilla». Sabía que no podía acercarse, sino limitarse, tras haberse desnudado, a masturbarse en su presencia. Si la escena no lo excitaba lo suficiente, intervenía monsieur Albert con unas pequeñas jaulas en las que dos ratas de alcantarilla en ayunas se despedazaban ferozmente mientras chillaban.

«Cuando voy allí, no me gusta quedarme mucho tiempo, con todas esas redadas policiales. ¡No me gustaría aparecer en los periódicos al día siguiente!»

44
29, RUE DE L'ARCADE
Franz Werfel

1938. Alma Mahler no tardó en transformar su habitación del lujoso hotel Royal Madeleine en un salón. Por supuesto, aquél no era sino la desvaída sombra del que había tenido en Viena, pero la élite de la comunidad alemana, el dramaturgo Fritz von Unruh, el director de orquesta Bruno Walter, el compositor Franz Lehár, el director de teatro Erwin Piscator y muchos otros, se arremolinaban a su alrededor.

A sus cincuenta y nueve años, Alma estaba algo gruesa, pero seguía siendo atractiva. Siempre había sido excesiva en todo: demasiado egocéntrica, demasiado codiciosa, demasiado ambiciosa y sin escrúpulos. Sin embargo, su enérgica personalidad y su fama mundana sedujeron a Franz Werfel, quien, once años más joven que ella, tenía talento, pero también era muy vago, y Alma pensó que sólo ella podría hacerlo grande.

Se había casado con «ese judío de piernas torcidas» a pesar de su antisemitismo. Por si fuera poco, Werfel era desaliñado, desordenado y sus modales a la mesa dejaban que desear. Sus ideas políticas también los enfrentaban: ella era monárquica y él comunista. Discutían a

menudo. «Tú no quieres a nadie, nunca has querido a nadie, eres incapaz», la acusaba Werfel, pero seguía con ella.

Mientras Alma conversaba o viajaba, Franz trabajaba en su libro sobre santa Bernadette, una elección extraña para un judío como él. De hecho, la difícil huida del nazismo había movido al escritor a hacer un voto «al cielo o a algún genio bien relacionado en el cielo». Se había comprometido a escribir la vida de la santa si lograba llegar a Estados Unidos. A los interlocutores asombrados por su decisión, les respondía: «Me interesa la ingenuidad de su infancia, su pobreza, las persecuciones que sufrió a causa de las apariciones [de la Virgen]».

Un día, nada más salir del hotel, había atraído hacia sí a la seductora Claire Goll, escritora y esposa del poeta Yvan, y, jadeante, le dijo: «Siempre me rechazaste. Puede que tuvieras razón». Luego, hundiendo sus ojos azules en los de la mujer, prosiguió con aire más serio: «Ahora te amaría con todo el peso de mi personalidad». «Sueña, Franz, que Alma te espera en el hotel.» En ese momento Werfel palideció. Aunque infiel, Alma era extremadamente celosa de su marido, que había tartamudeado horrorizado: «Es verdad, lo siento».

45
¿?, RUE DE L'ARCADE
Emmanuel Berl

Cuando en 1925, quizá en 1926, el ensayista Emmanuel Berl la conoció en un burdel de la rue de l'Arcade, Suzanne Muzard era una adorable muchacha que había nacido en 1900 en el seno de una familia humilde. Pero esto no lo descubriría hasta más adelante, ya que Suzanne se había inventado unos orígenes muy confusos. «Tenía el don de la palabra.»

Suzanne le contaría a André Breton, quien sustituiría aunque sólo parcialmente a Berl, cómo había comenzado su relación con éste. Él reclamaba su presencia cada vez que llegaba al local y, siendo como era cliente asiduo, por lo general veía cumplidos sus deseos. Pero un día le

montó una escena porque no había preservativos, cosa que escandalizó a Breton.

46
19, RUE DE LA BAUME
Raymond Radiguet

1919. A pesar del sofocante calor, el 8 de junio, en la Galerie de L'Effort moderne, propiedad de Léonce Rosenberg, gran defensor del cubismo, estaba a punto de comenzar una *matinée* poética en honor de Guillaume Apollinaire, fallecido precozmente el año anterior. Entre la pequeña multitud se encontraban Pierre Reverdy, Francis Poulenc, André Breton, Blaise Cendrars, Philippe Soupault… Fue precisamente allí donde un chico conoció a un treintañero famoso. Al recordar aquel momento, Jean Cocteau evocaba a Raymond Radiguet, frágil, serio, vagamente ausente. De vez en cuando sacaba de su bolsillo unas hojas arrancadas de un cuaderno, las alisaba con la mano y leía un poema muy breve. Sumamente miope como era, «parecía navegar torpemente a remolque de la mirada que lo acercaba a las cosas».

Radiguet solía llevar, también en verano, un pesado abrigo marrón con el que parecía haber dormido. Un pintor, Jean Hugo, se fijó en su boca desdeñosa, su palidez y su cabello alborotado. Era un ciego que lo veía todo, era un mudo capaz de pronunciar sentencias deslumbrantes.

47
7, RUE DE BERRI
Erich Maria Remarque

1937-1938. Habían pasado dos semanas desde que comenzara en Venecia la relación entre Erich Maria Remarque, de treinta y nueve años, y Marlene Dietrich, de treinta y seis.

«Quien desea vivir sin raíces ha de tener un corazón fuerte», sostenía la actriz; sin embargo, se encontraba bien allí, en el hotel Lancaster, un «hotel caro y con estilo».

Si Marlene estaba ya harta de la persistente relación entre Erich y su mujer Jutta, una belleza exangüe y refinada extraordinariamente parecida a ella, Erich debía sobrellevar el poder de seducción de la actriz. «Marlene me riñe incluso porque he descansado. Justo e injusto. Jutta está furiosa con Marlene. Justo e injusto… un cúmulo de contradicciones», anotaba Remarque en aquel convulso verano. A todo esto, le resultaba exasperante encontrarse siempre con el marido de Marlene, con su amante y su hija, y de vez en cuando explotaba: «No hay amor con la familia cerca».

Los altibajos de humor de Dietrich, a la que él llamaba Puma por su belleza y ferocidad, parecían causar en Remarque un placer inconfesable. Un día habían estado discutiendo durante dos horas. De repente, con los ojos brillantes por las lágrimas, Marlene le explicó su manera de amar a los hombres o, mejor dicho, que no los necesitaba en la cama: únicamente las mujeres conseguían satisfacerla. «Puma enseguida se dio cuenta de que yo tenía más experiencia en la cama que la mayoría de los hombres. Enamorada. Luego, de pronto, toda aquella discusión. No consumé. Dios sabe por qué. Hemos dormido juntos. Puma acurrucada contra mí. Por la mañana Puma seguía enamorada.»

Era muy difícil adivinar cuántas inseguridades se escondían tras el rostro impasible y bien modelado de aquel hombre tan elegante. El éxito inesperado de *Sin novedad en el frente* había causado una auténtica conmoción a Remarque, pues creía no ser merecedor de la fama y la riqueza que le había reportado. Aquel hombre envidiado por su estilo había adquirido en 1936 un libro de título muy significativo: *Lo mejor de las enseñanzas mundanas. Reservado a quienes desconocen las buenas maneras y carecen de muchas de ellas*. Casi nadie sabía que diez años antes había comprado a un noble venido a menos el título de barón von Buchwald.

Todos lo miraban con desconfianza, desde los nazis hasta sus colegas, envidiosos de su éxito y de su romance con Dietrich. Pero nada podía convencerlo para que se amoldara a las conductas de los demás. Su elegancia era una forma extrema de resistencia contra quien pretendía transformarlo en un fugitivo solitario.

Una mañana la pequeña Maria se presentó en la *suite* de su madre para ayudarla a vestirse, como de costumbre. Marlene la había nombrado medio en serio medio en broma su dama de compañía. Pero dos hombres apostados en la puerta le impidieron la entrada; los dos eran rubios, de mandíbula cuadrada y mirada de acero. El negro de sus uniformes resultaba extraño frente la ebanistería blanca y dorada del recibidor.

Poco después se abrió la puerta y un alemán altísimo se despidió de la madre besándole la mano y taconeando con aire militar. Cuando los tres se hubieron alejado, la actriz estalló: «¿Has visto alguna vez algo semejante?, ¿cómo es posible que un hombre bien educado como Ribbentrop crea en Hitler? He tenido que esconder a Remarque en el baño. Después de que quemaran sus libros, temía que si esos envenenadores de pozos lo vieran… ¡Qué situación más ridícula! Y… ¿has visto sus uniformes?, ¿has visto qué hombreras? ¡Ya sabes adónde han ido a parar todos los sastres judíos!, ¡los han cogido para que les cosan sus trajes! Tesoro, ve a llamar al señor Remarque… Ya puede salir del baño».

El escritor asomó mostrando indignación: «Marlene, ¡jamás, jamás vuelvas a encerrarme!, ¿me has oído? ¡No soy ningún niño caprichoso ni un idiota irresponsable decidido a desafiar la realidad por una bravuconada irracional!». «¡Oh!, ¡mi único amor, tenía tanto miedo por ti! Si supieras cómo te odia esa gente porque tú, aun sin ser judío, has abandonado Alemania.» Después cambió de opinión: «¡La única razón por la que ése me manda a todos esos peces gordos para convencerme de que vuelva es porque me ha visto llevando liguero en *El ángel azul* y quiere meterse en mis bragas de encaje!».

Con Marlene los cambios de humor no tenían fin. En 1938 Remarque anotaba: «Vida plena y dulce con cierto temor de que no pueda durar mucho». Luego: «Noche gloriosa. Por lo demás, esto se acaba». A menudo pensaba en huir lejos, a su espléndida villa en el lago Mayor. «Trabajar. Trabajar. ¡Librarme del Puma!, ¡basta!, ¡basta! Ya no tiene sentido.» Pero ni siquiera sus innumerables aventuras conseguían calmar la angustia que le causaban las infidelidades de la actriz, igualmente innumerables. Después comenzó a escribir *Arco de triunfo*, en el que se vengaba de Marlene en la figura de Joan, «una belleza excitante y perdida, con las cejas altas y un rostro cuyo secreto era su transparencia, un rostro que no escondía nada y precisamente por ello tampoco revelaba nada. No prometía nada y por eso mismo lo prometía todo».

Mientras tanto, la actriz le había dado un toque personal a su *suite*, la cuatrocientos uno, con un mullido diván violeta, un buró Luis XV y un piano de cola de madera de arce. Incluso cuando estaba ausente, las estancias estaban repletas de lilas blancas cuyo perfume las inundaba hasta hacer el aire irrespirable: eran, junto con las cajas de Dom Pérignon, los obsequios que Remarque le enviaba al hotel incluso cuando ella se ausentaba durante algunos días.

Le gustaba verla dudando entre los vestidos de noche dispuestos encima de la cama. ¿Elegiría ese blanco con corpiño de oro de Schiaparelli o el plisado a la griega de Vionnet?

«Dame un cigarrillo, querido: probarse vestidos es agotador», le decía sin dejar de mirarse al espejo. Por mucho que ya conociera de memoria todos sus gestos, el escritor no se cansaba de ver la leve sacudida con la que Marlene se echaba el pelo hacia atrás, «la serie atropellada de golpes despiadados» con los que rápidamente conseguía domarlo y, acto seguido, el suspiro y la mirada perdida de sus ojos «color de mar».

1922. «Desde que he autorizado a Louis Moyses, que merece toda la ayuda posible, a usar como divinidad tutelar para sus carteles los títulos de mis obras, la gente piensa que soy el propietario de unos bares donde mis costumbres y mi salud jamás me permitirían poner un pie.»

Pero los invitados del *Tout-Paris* artístico, mundano e intelectual –Picasso, la princesa Murat, Max Jacob, Valentine Hugo, Serge Lifar, Erik Satie y muchos otros– que se concentraron allí el 10 de enero de 1922 sabían perfectamente que era Cocteau quien había apoyado el negocio de Moyses, que ya antes había dirigido otro local impulsado también por el escritor, el diminuto bar Le Gaya. El excéntrico nombre del establecimiento era el de un ballet del propio Cocteau y Darius Milhaud, *Le Bœuf sur le toit* [El buey en el tejado].

La sencilla decoración beis y negra era también de Cocteau en oposición a la moda de las telas multicolores impuestas por los Ballets Rusos. El bar y el piano dominaban la gran sala cuadrada desde lo alto de una tarima. El *escudo de armas* del local era un gran cuadro de Francis Picabia, *El ojo cacodilato*. El lienzo dadaísta, inspirado en un problema ocular del pintor, estaba dominado por un gran ojo abierto de par en par entre un *collage* de firmas, postales, y pequeños dibujos ofrecidos por cincuenta y seis artistas, entre ellos Tristan Tzara, Jean Cocteau, Marcel Duchamp y Man Ray. Sobre la firma de Cocteau podía leerse: «Corona de melancolía».

En el Bœuf podían degustarse especialidades de Alsacia, como el *foie gras en croûte*, acompañarlas con vino del Rin y terminar con aguardiente de ciruelas.

El jazz marcaba el ritmo de las reuniones, en las que se daban cita las celebridades, como Chanel, Stravinski, Honegger, Aragon, Breton, Cendrars, Brâncuşi, Drieu La Rochelle, Gide o Claudel. «¿Qué haces tú aquí, en este antro de perdición?», preguntaba Cocteau con falso tono de sorpresa yendo de aquí para allá entre las mesas, saludando a los

conocidos que acudían cada noche a su reino. La gente siempre quería sorprenderse y deslumbrarse con la agudeza de sus bromas y con los nuevos artistas que descubría. Jean se dejaba ver cada noche, pero no era consciente de que su frívola elocuencia le estaba granjeando muchos enemigos que intentarían reducirlo a un espejo vacío de ese mundo que precisamente él hacía visible.

El pianista pasaba de la música norteamericana a las parodias de los clásicos. La gente bullía en la pista de baile. Las frecuentes libaciones aseguraban una euforia generalizada. Una noche, la preciosa Djuna Barnes y un amigo, ambos borrachos, se cayeron y la tomaron con el pobre camarero que quiso ayudarles: sólo estaban ligeramente achispados. A veces Cocteau, con su esmoquin blanco, se sentaba a la batería. Los entendidos aseguraban que se le daba mejor el tambor. Al piano se sentaban Poulenc o Auric, miembros del Grupo de los Seis. Los más jóvenes, con asombro y excitación, contemplaban a toda aquella gente famosa emborracharse y entregarse a la más alegre locura.

«¡Ay! –se lamentaba Proust–, ¡ojalá me encontrara bien para poder ir al cine y a Le Bœuf sur le toit!» Algunas semanas antes de su muerte, el 15 de julio de 1922, Marcel resurgió de la habitación tapizada de corcho en la que estaba acabando *En busca del tiempo perdido* con la intención de conocer un mundo muy diferente al suyo. Como un minero que saliera al aire libre tras años excavando, el ruido y el tumulto lo cegaron. Palidísimo, con el rostro un tanto hinchado, vestía un traje de noche de principios de siglo. Antes de despedirse del local dio, como era su costumbre, una propina descomunal a un camarero que ni siquiera lo había atendido. Cuando le preguntaron por el motivo de tanta generosidad, respondió: «¡Ah, sí!, ¡he visto en su mirada una tristeza tan grande por miedo a que no le dieran nada…!».

La veladas en el Bœuf eran tan irrenunciables que hasta la misma Coco Chanel, que raramente salía, hacía con el establecimiento una excepción. Baja, delgada, vestida muy sencillamente, de negro, hablaba a gran velocidad mientras con su mirada penetrante y dura parecía

escrutar a los presentes.

El nuevo amor de Cocteau, Raymond Radiguet, de diecinueve años, permanecía inmóvil en una banqueta entre Drieu La Rochelle y Satie; parecía, según recuerda François Mauriac, una «lechuza maravillosa, erguida, inmóvil y ciega», con la mirada vacía, indiferente al estruendo del saxofón. Bebía un whisky tras otro y su obstinado silencio contrastaba con la elocuencia prodigiosa de Cocteau. Del rictus desdeñoso de su boca salían, acompañadas de los gestos de sus largas y nerviosas manos, sentencias preñadas de una terrible madurez. Radiguet sufría a causa de la disparidad entre el desorden de su vida pública y el orden de su vida interior, aunque ocultaba con sumo cuidado tanto su disgusto como su paz. Sólo de vez en cuando la indignación o la piedad se sobreponían a su obstinada reticencia y su pudor.

A pesar de todas esas noches transcurridas en los locales nocturnos, su mente conservaba una lucidez constante y una lógica admirable. Cocteau velaba por él hasta el punto de irritarlo: «No cojas frío, vuelve pronto al hotel, vas a pillar un resfriado». Pero Raymond no lo escuchaba y se adentraba en la noche con el sombrero bien calado hasta la frente y el resplandor débil de un cigarrillo colgando de sus labios agrietados.

La noche de la inauguración, el escultor rumano Brâncuşi apareció por el Bœuf sur le toit. Puso sus ojos de fauno en Radiguet, quien bebía de pie, junto a la barra, y le dijo simplemente: «Larguémonos de aquí». De ese modo comenzaron un periplo en el que irían vestidos con traje de fiesta hasta Marsella y de allí a Córcega. El 21 de junio estaban de vuelta. A Cocteau no le había hecho ninguna gracia la escapada de Raymond; sin embargo, Jean reservaba principalmente sus celos para las posibles aventuras heterosexuales de su amante. En tales casos, sí: con el propósito de impedírselo, no dudaba en pegarle o amenazarlo.

Cuando Radiguet murió, tres o cuatro payasos, haciendo un juego de palabras, bautizaron a Cocteau como le Veuf sur le toit, el Viudo bajo el Tejado. No era maldad. Se trataba del espíritu sarcástico e iconoclasta

de una generación que había visto a millones de coetáneos morir primero por la guerra y después por la gripe española. Antes lo habían llamado, con el mismo sarcasmo y para burlarse de su narcisismo, le Bluff sur le moi, el Falso Yo.

Una noche, en 1930, Cocteau se acercó a la mesa a la que se sentaba un fotógrafo famoso, Man Ray, y su alumna, la espléndida Lee Miller, ya famosa por su trabajo de modelo para las casas Jean Patou y Elsa Schiaparelli. Buscaba a una actriz para interpretar el papel de estatua en su próxima película*, La sangre de un poeta*, producida por el vizconde de Noailles, quien también había financiado una cinta de Ray, *Los misterios del castillo de dados*. Lee, siempre abierta a cualquier novedad, se puso de inmediato en pie con esa audacia tan propia de los tímidos y lo convenció para que la eligiera justo a ella. Aquél fue el inicio de una serie de desavenencias. Man Ray se mostraba absolutamente contrario a que la chica participara en el filme. En primer lugar, porque despreciaba a Cocteau, a quien habían vetado los surrealistas, un clan al que el fotógrafo se encontraba estrechamente vinculado. Además, ya estaba más que harto de las infidelidades de la rubia Miller. Pero finalmente ella se salió con la suya e interpretó brillantemente el difícil papel de una estatua sin brazos.

49
10, RUE DE CASTELLANE
Antoine de Saint-Exupéry

1931-1934. Consuelo Suncín, aquel «pequeño volcán inagotable sobre dos piernas finas», como la había definido D'Annunzio tras una movida estancia en el Vittoriale, se sentía sola. Antoine de Saint-Exupéry solía estar lejos de casa debido a sus viajes. Para encontrarse con él llegó a hacer una travesía de dieciocho días, leyendo una y otra vez su descomunal carta de amor: cuarenta páginas.

El *pied-à-terre* que había heredado de su marido, muerto en 1927, se

encontraba detrás de la Madeleine. La herencia de Consuelo incluía también una renta a la que, según estipulaba el testamento del difunto, debería renunciar en caso de volver a casarse. Cualquiera, excepto Saint-Ex, se habría sentido incómodo en aquellas habitaciones donde todo parecía hablar del esposo muerto, desde los muebles hasta su máscara mortuoria, hecha por la propia Consuelo.

Muy pronto el apartamento, demasiado pequeño para tan volcánica pareja, acabó por sumirse en un desorden épico, reflejo fiel de una relación en la que la pasión y la incomprensión daban lugar a desconfianzas, infidelidades, distanciamientos y efímeras reconciliaciones. Sin pausa. «Ella era tan frágil, tan menuda, tan insoportable… –recuerda un amigo suyo–. Lo sorprendía, lo fascinaba, y él, en una palabra, la adoraba.» A veces Consuelo desaparecía durante dos o tres días en compañía de personajes dudosos. Luego telefoneaba a Antoine, que iba cabizbajo y paciente a rescatarla. Él la reñía: «Si sigues así, acabarás como una rosa, con el tallo, pero sin pétalos». Era la primera vez que aparecía en escena la tierna rosa coprotagonista de *El principito*. Consuelo no había conseguido hacer que Tonio –así lo llamaba– olvidara a su gran amor de juventud, la irresistible Louise de Vilmorin, que lo había seducido como quien no tiene otra cosa mejor que hacer y luego lo había dejado de lado.

«¡La quiero porque es una niña!», explicaba a sus desconcertados amigos y a su aristocrática familia, que no aceptaba a la sudamericana. Aquella mujer era, añadía, un pajarillo sabio, un ave extraña perteneciente a la raza de los Consuelos, con los que resultaba imposible aburrirse. Se separaban durante un tiempo y luego volvían a estar juntos, pero el vínculo que los unía nunca se rompía e, incluso en los episodios más graves, Antoine visitaba con frecuencia a su mujer.

No obstante, los caprichos de Consuelo no eran la única preocupación de Antoine. Sus éxitos literarios y sentimentales no bastaban para sosegar su desazón. Apartado de la carrera aeronáutica a consecuencia de sus excentricidades, durante un tiempo fue piloto de pruebas de

hidroaviones, período marcado por una serie de accidentes debidos a su negligencia. Volver a ver a Louise de Vilmorin, ahora del brazo de André Malraux, quien había conseguido que le publicaran su primer libro, agudizó su frustración. Consuelo reaccionó destapándole a Malraux la relación de Vilmorin con un amante suyo, un escritor alemán con el que había conseguido despertar los celos de su marido.

El malestar de Consuelo, aumentado por la lejanía de su marido, en Toulouse con motivo de una nueva aventura aeronáutica, se somatizó en un problema respiratorio. Fue entonces cuando hizo su entrada en escena André Masséna, príncipe de Essling, inteligente, sensible, culto y examante de Vilmorin: la pareja perfecta, si no fuera porque Masséna, escarmentado por la experiencia anterior, había decidido no tener jamás ninguna relación con una mujer casada. A pesar de todo, cuando Consuelo se personó en Toulouse para anunciarle a su marido el fin de la relación, fue incapaz de estar ni un minuto a solas con él.

Bastó una carta en la que le comunicaba su decisión de abandonarlo para que Saint-Ex tomara un vuelo a París, donde desafió a Masséna a que fuera a llevársela a su casa de la rue de Castellane. El príncipe llegó en compañía de unos amigos a quienes el escritor, presentándose ante ellos con el torso desnudo, les ofreció un *pernod* en una jarra de plata dándoles amable charla. «Nos pusimos a beber y me quedé para siempre con mi marido», concluía Consuelo.

A pesar del éxito enorme que le reportó el Prix Femina, sus ingresos nunca eran suficientes. El dinero desaparecía rápidamente en las manos de aquella pareja imprevisible. Una única chimenea caldeaba la casa, así que Consuelo tenía por costumbre refugiarse en invierno en el encantador hotel Pont Royal, en la *rive gauche*. Saint-Ex estaba agotando los derechos recibidos por *Vuelo nocturno*, y la versión hollywoodiense del libro no le había reportado las ganancias que esperaba. Una mañana, mientras abría la puerta de su apartamento, la policía lo arrestó debido a sus deudas y sus multas sin pagar. Por suerte, en 1934 lo llamó de nuevo Air France para hacer una película de propaganda sobre las

bondades del transporte en avión.

Cuando se mudaron a la rue de Chanaleilles, en la margen izquierda del río, Antoine se sintió aliviado. Nunca le había gustado demasiado la otra casa y la encontraba muy ruidosa.

50
AVENUE DES CHAMPS-ÉLYSÉES
Champs-Élysées

Raymond Radiguet paseaba por aquella inmensa alameda recitando de memoria fragmentos de *La princesa de Clèves* intentando que el monóculo no se le saliera de la cuenca del ojo. Caminaba de un modo extraño, como dando saltitos. «Cualquiera diría que la acera es elástica.»

En 1921, tras sufrir una especie de síncope, James Joyce se había impuesto dar, por mucho que le costara, largos y saludables paseos por los Champs-Élysées.

Incluso el austero François Mauriac se dejaba tentar por los mullidos divanes del bar del Palace des Champs-Élysées, en el 103 de la avenida. Pero las miradas «comerciales» de las elegantes prostitutas le producían escalofríos.

Cierto día Henry Miller disfrutó «del esplendor y la elegancia» de los Champs-Élysées, en los que por una vez no se sintió fuera de lugar. Vestía correctamente e incluso había sacado brillo a los zapatos. Tras vaciar más de una copita, se quedó desconcertado ante la visión de todos aquellos árboles. Aprovechándose de su abatimiento, una «picarona atractiva, locuaz, decidida» lanzó sobre él sus redes y al poco ambos se encontraban en un hotel. La jovencita llevaba un vestido ligero y en el cuello lucía una prenda típica de las prostitutas: una estola de piel apolillada. Pero Miller estaba hipnotizado por sus espléndidos ojos almendrados. Se parecían mucho a los de una mujer a la que había amado. Qué pena que no se acordara exactamente de quién.

1938. Inimaginable la aventura que le tocó vivir al novelista y

dramaturgo húngaro Ödön von Horváth, de treinta y siete años. Antes de su partida, la quiromante a cuya consulta había acudido le había dicho: «¡Usted vivirá en París la mayor aventura de su vida!». Horváth, que había luchado con gran valentía contra el nazismo, amaba intensamente los placeres de la vida. En aquella época la fortuna parecía estar decididamente de su parte, empezando por la bellísima actriz Vera Liessem, de treinta y un años, que lo había acompañado a la capital. La negociaciones para la versión cinematográfica de una de sus obras parecían marchar estupendamente. Era un primero de junio, hacía un calor tremendo. Se oyó un solo trueno, se vio un solo rayo, pero ese rayo arrancó la rama de un árbol que, cayendo sobre Horváth, acabó con su vida. Aquel poeta que no temía a los nazis acabó guillotinado por un pacífico árbol, comentó Klaus Mann. Ya algunos años antes Horváth había afirmado: «No tengo miedo a los nazis. Hay cosas más graves: aquellas que tememos sin saber por qué. Por ejemplo, a mí me dan miedo las calles. Las calles pueden hacerte daño, pueden destruirte».

51
4, AVENUE DES CHAMPS-ÉLYSÉES
Hotel Claridge

1930. «¡Si vieras lo que he conseguido hacer de este desván con la ayuda de mis muebles!, ¡dos habitaciones, dos balcones, el sol, un viento como el de la cubierta de un barco!» Colette estaba exultante. Se había mudado a aquel lujoso hotel porque la humedad de su apartamento en Palais-Royal le había provocado una bronquitis tras otra, aunque inesperadamente en ese momento se encontraba muy bien.

Sólo un ascensor la conectaba con el mundo de los clientes del establecimiento: millonarios europeos y estadounidenses, pachás marroquíes cubiertos de diamantes, opulentas familias indias que ocupaban plantas enteras y viajaban con una orquesta privada en su séquito. Nada más lejos de la soledad amurallada del sexto piso. Una

tácita conspiración del personal de servicio, desde el portero hasta el sumiller, protegía a aquella «señora que escribía». Sus amigos, que al darse cuenta del bienestar en que se hallaba la habían imitado mudándose también al hotel, se cuidaban de no molestarla.

Como aún no se había casado con el solícito Maurice Goudeket, dieciséis años más joven, precisamente ella, Colette, la más escandalosa de las escritoras, había decidido que «había que guardar las apariencias» y le obligó a alquilar una habitación en el mismo piso. También la había seguido en aquella aventura su fiel Pauline, siempre dispuesta a prepararle lo que hiciera falta en un vestidor que habían transformado en cocina.

En una *suite* del mismo hotel se alojaba con su familia un atildado Alexandre Stavisky, quien pronto se haría famoso por ser el estafador que puso en jaque a la III República. Monsieur Alexandre, como se hacía llamar para ocultar su dudoso pasado, no era ni mucho menos un personaje que pudiera pasar inadvertido. Además, llevaba a su lado a la bellísima Arlette, antigua modelo de Coco Chanel, su fiel compañera en los días buenos y en los que no lo fueron tanto. Una noche invitó a cenar a la escritora, quien se resistió a sus encantos, pero notó que, tras su «sonrisa tan encantadora y frecuente», sus ojos siempre permanecían vigilantes y fríos.

Más reconfortante era la presencia esporádica de un viejo amigo de Colette, el pachá de Marrakech, que tenía por costumbre alojarse en el Claridge durante sus estancias en la capital.

La escritora tenía casi sesenta años. Su rostro expresaba una tensión entre la silenciosa provocación de su mirada y la sensualidad natural de su boca. La suave angulosidad de sus rasgos era reflejo de una resistencia que tampoco se negaba el placer de la rendición, una sencillez complicada ni el derecho tan humano a contradecirse.

En el oasis del Claridge, en aquellos «dos desvanes comunicantes» a los que el rojo de los geranios de los balcones confería calidez, le resultaba más fácil concentrarse. «Un escritor trabaja bien en un hotel.

En su piso ocupa demasiado espacio. Lo molestan y él molesta a los demás.» Cuando el hotel cerró por obras de rehabilitación, Colette se vio obligada a abandonar aquel refugio tan placentero para ella. «Recibí grandes dones hasta en uno de esos lugares de los que solemos creer que no tienen alma.»

Otros muchos autores frecuentaban aquel lugar privilegiado. El dandi Francis Picabia se acercaba por allí para relajarse en el baño turco. Luego se entregaba a un hombre negro muy experto que se subía encima de él para masajearle el vientre con los pies. Un buen día, mientras se sometía a aquella delicada operación, le vinieron al pensamiento, «como de un tubo de color estrujado», unos versos incluidos en *Pandemonio*: «Corazón capital de la capital | el único zarcillo | que pende del vientre de la mujer amada».

En aquel establecimiento, que Georges Simenon describía como «un hotel enorme, majestuoso y lúgubre, todo de mármol negro», y que tanto apreciaban los clientes ingleses, la Nadja de André Breton, es decir, Léona Delcourt, confesó sin ningún complejo a André, quien la escuchaba entre fascinado y confuso, que, dado lo desesperado de su situación, no dudaría en prostituirse para ganar algún dinero. Desgraciadamente, aclaró, ni siquiera tenía la cantidad necesaria para arreglarse el pelo e ir al Claridge, donde, cosas del destino…, «qué quieres que te diga –añadió entre risas–, el dinero me quema en las manos».

52
99, AVENUE DES CHAMPS-ÉLYSÉES
Samuel Beckett, James Joyce

1937. Era el día de San Esteban y James Joyce, de cincuenta y cinco años, quería invitar a la riquísima Peggy Guggenheim, de treinta y nueve, a un restaurante de lujo. Su elección fue uno de sus establecimientos preferidos, el célebre Fouquet's, en el que Joséphine

Baker, por entonces en la cima de su éxito, solía comer con un cachorro de leopardo atado con una cadena. Ese derroche de ostentación de Joyce formaba parte, junto a las incesantes quejas sobre sus problemas financieros, de su –cuanto menos– paradójica estrategia para obtener ayuda de sus mecenas. Sus admiradores esperaban el momento en que hiciera ese característico gesto suyo con el que vaciaba de un solo sorbo la primera copa de champán. No es que estuviera ávido por beber, pero para él era fundamental que el decantador del champán estuviera siempre lleno, al menos hasta que su mujer no le hiciera ver que ya bastaba.

A la mesa estaban sentados la familia Joyce y algunos amigos más. Para la ocasión el escritor vestía el lujoso chaleco irlandés bordado que había pertenecido a su abuelo. La conversación era brillante, como siempre que Joyce estaba de buen humor, pero aquella heredera morena y atractiva se había quedado prendada del menos elocuente de los invitados, un treintañero alto y delgado que escrutaba el mundo con tímida desconfianza. Las gafas no conseguían esconder unos ojos enormes y verdes; su exquisita amabilidad no atenuaba su torpeza. Su traje francés, demasiado ceñido, le sentaba mal, pero a él parecía no importarle. Samuel Beckett, de treinta y un años, «era un escritor frustrado, un intelectual puro» que exorcizaba su angustia abandonándose de modo fatalista al flujo de la vida.

Cortés y distante, Samuel se limitaba a escuchar a Joyce. Habían retomado su relación hacía poco, tras la ruptura provocada por el rechazo de Beckett a comprometerse con la hija del irlandés. Una vez acabada la cena, se ofreció a acompañar a la millonaria estadounidense hasta su casa en la rue de Lille, en la *rive gauche*. Allí le pidió permiso para sentarse junto a ella. Poco después ya estaban en la cama, donde permanecerían hasta la noche siguiente. Hubo un descanso nada más: cuando Peggy dijo algo sobre el champán, Beckett salió apresurado para regresar cargado de botellas que rápidamente consumirían entre las sábanas.

Antes de marcharse, Sam le dijo: «Gracias, ha estado muy bien mientras ha durado». Diez días después, le fue infiel y, tras ser descubierto, se excusó: el sexo sin amor era como el café sin brandy. Continuaron durante un buen tiempo con sus encuentros, a intervalos pero muy intensos, en las lujosas habitaciones de Peggy en la avenue Reille. Cuando ella le preguntaba qué planes tenía, él respondía siempre: «Ninguno». Lo único que conseguía derribar su naturaleza reservada era una gran cantidad de alcohol. Para Guggenheim fue una época muy emocionante. Sólo poco a poco se fue dando cuenta de que no era verdaderamente correspondida, pero tenía que admitir que charlar con él paseando ligeramente borrachos por la noche parisina era una experiencia única. Algún tiempo después Beckett escribiría: «Van viniendo | iguales y diferentes | con todas es igual y diferente | con todas la ausencia de amor es igual | con todas la ausencia de amor es diferente».

53
11, RUE DE CHATEAUBRIAND
Raymond Radiguet

1923. La terraza era grande, pero las cuatro habitaciones eran realmente pequeñas y los muebles parecían querer acorralar a las visitas en aquellos exiguos espacios. El imponente armario de palisandro que había dejado allí el inquilino anterior parecía haberse apoderado de todo el comedor. Pero, en la más pequeña de las cuatro, tapizada por completo de terciopelo rosa, Georges y Valentine Hugo hacían que el más allá les hablara sentados alrededor de una mesita negra. Aquella noche los acompañaban Jean Cocteau y Raymond Radiguet.

Ya eran las once y, dado que la mesa tardaba en hablar, Cocteau le preguntó: «¿No nos respondes porque está Radiguet?». «Sí.» «¿Por qué?» «Incrédulo.» «Quiero saber más de Radiguet.» «La angustia crecerá con su genio.» «¿Qué angustia?» «La incertidumbre.» «¿Quién eres?» «Yo.»

«¿Yo quién?» «Antillas.» «Dinos tu nombre.» «Beauharnais.»

Comoquiera que Radiguet afirmaba que era descendiente de Joséphine de Beauharnais, Cocteau presionó al espíritu: «Continúa…, dinos algo interesante». «Debe de amarme porque no ama nada.»

En aquel instante, Radiguet, que se había quedado en un aparte, se acercó. «Marchaos de aquí.» «¿Por qué?, ¿porque te caemos mal?» «Sí.» «¿No nos respondes porque Radiguet está en la mesa?» «Sí.»

Radiguet volvió a distanciarse y Cocteau prosiguió: «Continúa». «Quiero su juventud.» «¿Por qué?» Se hizo el silencio.

El 25 de abril se encontraba también con ellos Paul Morand, y Jean Cocteau preguntó al espíritu: «¿Puedes decirnos tu nombre?». «No.» «¿Está prohibido?» «Yo soy la muerte.» «¿Es la muerte la que habla?» «Pensad en mí.»

Acto seguido el espíritu reprochó a Morand sus infidelidades y lo invitó a guardar respeto al amor. Pero, cuando Radiguet ocupó el puesto de Cocteau, el espíritu lanzó una advertencia a Morand, que acababa de marcharse: «Te lo repito: date prisa. Los años pasan y la gloria no sustituye al amor ni siquiera cuando llega la muerte, y yo soy la muerte». Al día siguiente, cuando le hicieron llegar a Morand el mensaje, éste respondió: «Primero la gloria, ya me ocuparé luego del amor».

54
PLACE DE LA CONCORDE
Francis Scott Fitzgerald, Jean Giraudoux, Lytton Strachey, Curzio Malaparte, André Malraux

¿En qué noche de qué año Fitzgerald, completamente beodo, batió el récord de vueltas a la plaza en automóvil perseguido por dos gendarmes en bicicleta?

Los amigos de Elsa Schiaparelli, alta y esbelta, con unos ojos oscuros bajo la frente alta, sostenían que pasaba horas y horas en medio de la

plaza empapándose de los colores del paisaje para concebir los nuevos modelos y tonos destinados a revolucionar la moda.

1931. El París septembrino por el que vagaba Lytton Strachey, ya con medio siglo a sus espaldas, estaba impregnado para él de melancólicos recuerdos amorosos. Una noche, «tras una cena decididamente triste y de todo menos barata en un restaurante», paseó por los Champs-Élysées hasta la place de la Concorde. «He divisado las luces en el horizonte… He continuado, comenzaba a entusiasmarme y, tras unos cuantos pasos, me encontré en un escenario verdaderamente mágico: la enorme plaza –las estatuas que la rodean, los edificios gemelos en su lado norte– y, en el centro, el espectáculo impresionante del obelisco, de un blanco luminoso, brillante, cubierto de jeroglíficos negros, nítidos, como si los hubieran trazado con tinta.»

Malaparte siguió a Jean Giraudoux hasta la plaza. Tras haberlo oído llamar varias veces a su célebre perro –«¿Dónde está mi *Puck*?, ¿y mi perro bonito?»–, el italiano se dio cuenta de que el perro no estaba. Pero a su dueño, que sabía perfectamente que se lo había dejado en casa, le gustaba sentir su presencia, llamarlo con su voz profunda: «¡*Puck*, ven aquí, cuidado con ese coche!».

1933. En un taxi que daba la vuelta a la plaza, una joven pareja intentaba torpemente darse su primer beso. Josette Clotis sentía ganas de «llorar de ternura» y miraba a André Malraux con una curiosidad desesperada. A pesar de su belleza, aquel hombre tan decidido, culto y genial era capaz de robarle toda su seguridad. Mientras el taxi proseguía su recorrido, Josette se preguntaba si André acaso sabía cuál era el color de sus ojos, si alguna vez la había mirado de verdad.

55
10, PLACE DE LA CONCORDE
Serguéi Esenin

1922. A todo aquel que dudaba de aquella tempestuosa relación, que a

veces le dejaba como regalo moratones o un ojo a la virulé, Isadora Duncan le replicaba: «El amor que nos une es mucho más fuerte de lo que parece, pero nadie lo puede comprender. Estoy dispuesta a soportar todos los males, todos los sacrificios y la incomprensión de la gente a cambio de uno solo de sus cabellos». Pero, cuando Serguéi Esenin le dijo a la bailarina que no era una artista de verdad y que cuando muriera no quedaría nada de ella, Isadora se levantó y le contestó entre lágrimas que ella había regalado al público belleza y que «la belleza nunca muere».

La belleza era una de las cosas por las que a Duncan se le antojaba fácil perdonárselo todo a aquel joven rubio de ojos azules. A él le disgustaba mucho ver la avidez con la que ella comía. Por mucho que el propio Serguéi fuera alcohólico, se escandalizaba al verla comenzar la jornada con una copa de oporto, luego pasar al champán y finalmente al vodka. «¡Me entra una rabia!, ¡esa mujer es un abismo!» Su joven marido, conocido bisexual, contaba que Isadora era inagotable en la cama, cama a la que él llegaba siempre completamente borracho.

A una periodista que le preguntó si era feliz, Serguéi le respondió: «*Felicidad* es una palabra que resulta muy seductora en los oscuros yermos de los sueños…, pero, cuando observo la barbarie que hay en el mundo, prefiero anegar mis ojos en el vino». Cierto, festejaron su llegada al hotel con un carísimo Château Haut-Brion de 1912. Esenin se puso a recitar unos incomprensibles versos en ruso, después se refugió en el regazo de Isidora, con quien hablaba una lengua íntima, un amasijo ininteligible de ruso e inglés.

Cierto día el poeta escapó a la discreta vigilancia de su mujer; cuando regresó, venía completamente borracho y derrochando ira. La bailarina consiguió huir mientras él se atrincheraba en la habitación amenazando con disparar a los vigilantes que habían acudido al oír los gritos. Cuando finalmente pudieron echar abajo la puerta, encontraron la lujosa estancia totalmente devastada. La cama había salido por la ventana, como tantos otros objetos.

El médico del Crillon intentó en vano explicarle a Duncan que su compañero era un loco peligroso no sólo para los demás, sino también para sí mismo. Al ver que los clientes salían huyendo espantados y que los cardenales cubrían los rostros de los camareros por obra del puño de Esenin, Isadora estalló en un interminable ataque de risa tan fiero que ni siquiera la considerable cuenta que hubo de pagar por los daños y la amenaza de que los expulsaran del hotel pudieron serenar.

Pero había que encontrar el dinero para pagar todo aquello, y no quedaba ya ni sombra de las ganancias inmensas que ella había acumulado en su gira americana. No sabía qué hacer; pero, animada por su asistente, se deshizo de sus escrúpulos y abrió el maletín cerrado con llave que el poeta llevaba siempre consigo. Dentro no había poemas, sino fajos de billetes mezclados con zapatos desparejados y alguna que otra crema que ella pensaba que había perdido. Para ella nunca fue un robo: «Pobre Serguéi, estoy segura de que no sabía bien lo que hacía. Nunca ha tenido dinero, así que, al ver cómo yo lo desperdicio, le habrá salido su instinto campesino y habrá pensado en salvar algo, aunque sea un poco».

1928. Aunque no tuviera con qué pagarlo, Evelyn Waugh se apeó en el hotel Crillon. Pidió la habitación menos cara y la consiguió negociando el precio con el encargado. Era muy agradable, la cama era cómoda, y la luz, magnífica. «No tenía la más mínima sensación de estar en el extranjero.» Se echó a dormir tras un baño caliente y sólo cuando se hubo despertado, algunas horas después, sintió que estaba realmente en París y comenzó a telefonear a sus amigos. Al día siguiente se mudó a un hotel más barato.

56
39, RUE DU FAUBOURG SAINT-HONORÉ
Jean Cocteau

«El conde y la condesa d'Anjou», anunció el lacayo con librea de la

embajada del Reino Unido cuando llegaron Jean Cocteau y Anna de Noailles. La célebre poeta había tomado bajo su protección a aquel jovencito tan prometedor.

Muchos años después Cocteau seguiría visitando aquel palacio. Las fiestas eran soportables, y el embajador, el riquísimo lord Derby, era de una estupidez encantadora. Pero una noche se rompió la paz. Durante una recepción en honor del príncipe de Gales, Jean se dedicaba a observar la línea invisible que separaba a su alteza de la multitud elegante de asistentes. Al ilustre invitado, en el centro del reluciente parqué, se lo notaba visiblemente incómodo y acalorado en su uniforme con botas. «Bailaba como un oso. […] Jugaba con los adornos de cuero con la cabeza baja.»

El escritor estaba disfrutando con el espectáculo que a su vez daba el embajador, quien sentía desazón por la evidente incomodidad del príncipe. Entonces el diplomático se abalanzó sobre él para arrastrarlo «más muerto que vivo» hasta el príncipe: «Alteza, aquí hay uno que le divertirá». Entonces Cocteau que, a pesar de su reputación de locuaz, no siempre encontraba al instante la respuesta justa, infringió una regla fundamental de la etiqueta palaciega: sólo alguien de la familia real podía hacer una pregunta a alguien de la familia real. Aunque sorprendido, el príncipe, «dulce como un corderito», le respondió.

Cuando, al día siguiente, el secretario del embajador, Reginald Bridgeman, amigo de Jean, le dijo que todo el cuerpo diplomático se preguntó por qué había hecho tal cosa, él contestó: «Explícales que, después de la mala educación del embajador, el único remedio era hacerle una pregunta al príncipe, para que así entendiera que conmigo sí podía sentirse cómodo, que estaba con un igual».

El opio lo estaba ayudando a distanciarse de la frivolidad. Desde entonces rechazó todas las invitaciones institucionales y no volvió a ponerse un frac. O al menos eso decía.

57
154, RUE DU FAUBOURG SAINT-HONORÉ
Paul Morand

Cada 18 de agosto, aniversario de la muerte de Balzac, un joven, elegante a pesar de su leve corpulencia, entraba en la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule. En aquel marco tan parecido, por su banal fastuosidad, a los salones burgueses de la época, Paul Morand había hecho su primera comunión. Mientras pensaba en el cuerpo sin vida de Balzac, agotado por la escritura de *La comedia humana*, sus ojos almendrados se detuvieron en los cuadros y las vidrieras, en las que destacaba la barba bermellón de Santiago.

58
261, RUE DU FAUBOURG SAINT-HONORÉ
Vladimir Maiakovski, Filippo Tommaso Marinetti

1925. «Te voy a llevar a cenar a un sitio curioso, donde cada uno se sirve a sí mismo. Cocina internacional. A lo mejor incluso encuentras allí *šci*, aunque imagino que estarás hasta el gorro de coles», le anunció Elsa Triolet a Vladimir Maiakovski. Se trataba de un restaurante caro, Le Voisin, famoso por haber servido en la cena de Nochebuena de 1870, durante el hambre en los días de la Comuna, un menú que incluía lobo, elefante, antílope y camello, todos ellos provenientes del zoológico.

Fue Elsa quien reconoció a Marinetti mientras firmaba autógrafos a unos admiradores sentado junto al pintor futurista Fillia. No se veían desde 1914, cuando el italiano había hecho una gira por Rusia para poner en contacto a los futuristas de los dos países. Effeti, como se hacía llamar uniendo la pronunciación italiana de las dos iniciales de su nombre propio (Filippo Tommaso), había intentado persuadir al reluctante Maiakovski de que el fascismo era para Italia lo que el comunismo para Rusia. No consiguió convencerlo.

Antes de despedirse Marinetti escribió en el cuaderno de Vladimir: «A mi querido Maiakovski y a la gran Rusia, enérgica y optimista, mis mejores deseos futuristas». Después añadió en la página siguiente: «¡Al gran espíritu innovador que anima Rusia, que no se pare jamás! Nuestro espíritu futurista italiano nunca se detendrá».

59
7, AVENUE HOCHE
Paul Claudel

Una noche, en una recepción en honor de Paul Claudel en la embajada de Japón, una joven admiradora, Youki, compañera de un pintor nipón, Foujita, quiso que le presentaran al autor de todos esos libros que adoraba. Algo más que robusto, de cuello grueso y aspecto hostil, el poeta la miró mientras ella balbuceaba: «Estoy encantada, mi querido maestro…». Él la interrumpió: «Llámeme excelencia, señorita…». Llena de rabia, la muchacha le espetó: «Su excelencia, perdone, creía que el título de poeta era más importante que el de embajador…».

Mientras tanto, una pequeña orquesta de jazz había comenzado a tocar, y el pintor y su acompañante abrieron el baile. Sentado en una fastuosa butaca, Claudel los miraba furioso. Detestaba la música moderna y todas esas vanguardias a las que Foujita era afín. Para él no eran más que unos pederastas peligrosos. Por su parte, el embajador de Japón disfrutaba felizmente del espectáculo del baile a sabiendas de la rabia que acumulaba su invitado de honor.

60
8, RUE LA BOÉTIE
Marcel Proust

Por suerte, la confitería-heladería Latinville permanecía abierta hasta

tarde, así que, cuando Marcel Proust decía a su sirvienta «Céleste, me apetece algo con chocolate…», ella podía bajar allí rápidamente a comprarle algo. No quería ninguna pasta. Proust se limitaba a probar una cucharadita o dos.

61
23, RUE LA BOÉTIE
Jean Cocteau

1925. Una noche, en el ascensor de la casa de Picasso, Jean Cocteau, a sus treinta y seis años, sintió que a su lado había algo terrible y también eterno. Una voz le gritó: «¡Mi nombre está en la placa!». Un movimiento brusco lo sacudió y pudo leer sobre la placa de latón: «Ascensores Heurtebise». Desconcertado por aquella especie de milagro, se lo contó a Picasso, pero para el español todo era milagroso. La siguiente vez que fue allí se fijó y leyó: «Ascensores Otis-Pifre». Obsesionado por aquellas revelaciones, Cocteau comenzó a escribir un poema, «El ángel Heurtebise», un extraño y brutal ángel de la guarda reflejo de su amado Raymond Radiguet, muerto dos años antes a la edad de veinte.
1926. Salvador Dalí, a sus veinticinco años, aún era un muchacho frágil de aire un tanto relamido. Había preparado durante mucho tiempo su visita a Picasso, «casi como si fuera a ir a ver al papa». Respetuoso y emocionado, consiguió superar su timidez para decirle: «He venido a verlo a usted antes incluso de visitar el Louvre». Picasso no esperaba menos y le respondió: «Y has hecho muy bien».

Durante un cuarto de hora, examinó en silencio un cuadro que Dalí le había llevado, *Muchacha de Figueres*. Después lo condujo hasta su estudio, en el piso superior, y le enseñó un buen número de cuadros suyos «como si tuviera prisa». Cuando llegó el momento de despedirse, los dos artistas se intercambiaron una mirada cómplice.

El Picasso de la rue La Boétie era muy distinto de aquel otro pordiosero y descuidado de Montmartre. La transformación había sido

obra de una rusa, Olga Jojlova, una de los sesenta miembros de los célebres Ballets Rusos, que se encontraba en Roma en 1917 para la representación de *Parade*, un montaje revolucionario de Jean Cocteau, Léonide Massine y Erik Satie.

Picasso, quien había diseñado el vestuario y los decorados, se sintió atraído por el exotismo y el origen aristocrático de la joven bailarina. Resultó inútil que la madre del pintor pusiera a Olga en guardia contra el egocentrismo absoluto de su hijo, incapaz de hacer feliz a una mujer. Aquella eslava de ojos claros no sabía hablar español y se entendía con Picasso en un esforzado francés. Se casaron en 1918, en la iglesia rusa de la rue Daru, con Cocteau, Apollinaire y Max Jacob como testigos.

Olga Jojlova, hija de un coronel ruso, había dejado claro muy pronto que en esa nueva vida no había sitio para un bohemio como Max Jacob, quien cierto día le había dicho al malagueño: «Tú eres lo que más amo en el mundo después de Dios y los santos, que ya te consideran uno de ellos». Sin embargo, para Cocteau las puertas del elegante apartamento siempre estaban abiertas. Les había encontrado la casa un gran marchante de arte, Paul Rosenberg, que tenía su galería en el número 21 de la misma calle. Jean había ayudado a Olga a decorarla y a elegir a quién o no debían invitar, procurando que estuvieran a la altura de la fama, ya por entonces internacional, del maestro. Daba inicio así lo que Max Jacob bautizaría irónicamente, aludiendo a la época azul, el período *duquesa* de Pablo. En Londres el artista se hizo confeccionar un elegantísimo guardarropa en Savile Row. Compró un llamativo reloj de bolsillo de oro y gustaba de pavonearse en los salones más selectos con aquella mujer que le había dado un hijo, Paulo. Por supuesto que Pablo tenía sus aventuras, y muchas, pero ninguna le dejaba huella de verdad.

Sus amigos, desde Braque hasta Derain, odiaban a Olga, pues, a sus ojos, lo había aburguesado. «La primera vez que la vi –comentaba la mujer de Derain– la confundí con una criada. Era una mujer de lo más normal, con la cara llena de pecas.» El cuñado de Virginia Woolf, el crítico de arte Clive Bell, que había estado con ella en París y Londres,

decía: «Madame Picasso jamás habría soñado que se mezclaría con el turbulento caos de la bohemia, ni siquiera con la más aristocrática».

En el gran salón blanco, Paulo, vestido con encajes blancos como los niños de antaño, jugueteaba en las valiosas alfombras ante la mirada atenta de su institutriz. Picasso a menudo se aburría en las veladas mundanas organizadas por su mujer y se refugiaba en el vestíbulo para fumar, donde cumplía la función de abrir la puerta a cada nuevo invitado. Una noche recibió a las estrellas más fulgurantes de la élite parisina, los condes de Beaumont, diciendo «Llegan ustedes cuando los fuegos artificiales ya se han acabado», a lo que el conde, dirigiéndose a su esposa, respondió solemnemente: «¿No te había dicho, querida, que llegábamos con retraso?».

Harto de las lisonjas de Cocteau, cómplice de Olga en aquel radical cambio de vida, Pablo lo llamaba con sarcasmo *querido magnífico*. Ni Olga ni el servicio podían acceder al estudio de Picasso, reservado a sus viejos camaradas de la bohemia de Montmartre. Fuera se veía una explanada de techos grises «erizada de chimeneas rojas y negras» con la torre Eiffel al fondo. El espejo sobre la chimenea de mármol era el testigo de un desorden triunfal que contrastaba con el clasicismo al que el artista había regresado. Había que caminar sobre un manto de puros y cigarrillos, tubos de pintura vacíos, papeles rotos y restos de periódicos atrasados. De las paredes, cubiertas de inscripciones y pintadas, colgaban cuadros magníficos, pero muchos de los lienzos simplemente estaban amontonados. Por todos sitios había dispersas reliquias del pasado. En 1922 el poeta ruso Vladimir Maiakovski se sorprendió al ver la variedad de las obras: «Su estudio está lleno de las cosas más variopintas, comenzando por una escenita completamente realista en azul y rosa, al estilo antiguo, y acabando por una figura construida con latón y alambre… Y todas llevan la misma fecha de nacimiento». Diez años después, al fotógrafo Brassaï le llamaría la atención una curiosa escultura, una especie de árbol de Navidad de bronce. A pesar de tener a su disposición un Hispano-Suiza con chófer uniformado, Picasso,

observó Iliá Ehrenburg, tenía en medio de aquella atmósfera burguesa el aire de quien está allí de paso.

Un día Michel Leiris recorría la rue La Boétie cuando vio que Pablo Picasso venía por la acera hacia él. Apenas se conocían, así que se sintió indeciso sobre qué hacer; se preguntaba si saludarlo quizá resultaría entrometido. Quizá fuera mejor hacer como que no lo veía, aunque de ese modo pudiera parecer maleducado. Todavía andaba pensando la mejor solución cuando vio que el pintor se le acercaba con la mano tendida y con cara de conocerlo de toda la vida: «¡Buenos días, Leiris!, ¿qué, trabajando?».

Muchos años después Picasso volvería a aquella casa con su nueva compañera, Françoise Gilot. El piso había permanecido cerrado durante mucho tiempo y el polvo cubría las tapicerías de los muebles. El pintor se dirigió de inmediato hacia el viejo armario, rebosante de libros y periódicos antiguos. En medio de su desorden, las cartas de Apollinaire y de Max Jacob se mezclaban con las facturas de la lavandería. En una esquina, desfallecido, un arlequín del siglo XVII sobrevivía unido gracias a unos alambres de hierro.

62
45-47, RUE LA BOÉTIE
Tristan Tzara

1920. Tristan Tzara se sentía satisfecho. Había conseguido alquilar para el Festival Dadá la prestigiosa Salle Gaveau, que normalmente acogía espectáculos musicales. Francis Picabia, quien había respondido por él a la hora del contrato, se había empeñado en que «se respetaran los límites de lo conveniente» para el gusto y la moral del respetable público que solía acudir al local.

Era difícil esperarlo, sobre todo tras los anuncios con los que Tzara había llenado los periódicos asegurando que los dadaístas, entre otras cosas, se cortarían el pelo al cero en el escenario y que abundarían las

palabras malsonantes. Philippe Soupault, el cerebro práctico del grupo, siempre dispuesto a entrar en acción, fuera la que fuera, debutó como ilusionista saliendo de un baúl en pijama blanco antes de agujerear con un gran cuchillo unas pelotas rojas en las que había escrito el nombre de las bestias negras de la vanguardia: Clemenceau, Benedicto XV, Pétain y Cocteau. Hubo algunas risas y no muchos aplausos; pero, a continuación, un poeta, Benjamin Péret, subió al escenario gritando: «¡Viva Francia y las patatas fritas!».

Únicamente los más íntimos de André Breton podían averiguar hasta dónde llegaba su recelo por el exhibicionismo de Tzara, claramente visible en la estudiada severidad de su atuendo: gafas de profesor de un falso carey, cuello rígido de diplomático, traje negro del tipo al que por entonces se llamaba *veinticuatro horas de luto*.

Durante el descanso, los espectadores, ya exasperados, salieron para regresar cargados de munición: huevos, tomates y trozos de carne. Al principio, cuando se evocó el encuentro fortuito, narrado por Lautréamont, entre un paraguas y una máquina de escribir en una mesa de disección, el público se limitó a murmurar. Después, cuando Aragon atacó violentamente al mariscal Foch, uno de los protagonistas de la Gran Guerra, comenzaron a oírse bien claro los primeros «¡Basta!». Pero, cuando los dadaístas aparecieron disfrazados de embudos y comenzaron a entonar «Vaseline symphonique», de Tzara, los primeros proyectiles empezaron a alcanzar sus objetivos. Para silenciar los gritos, uno de ellos se sentó al órgano y empezó a tocar un frenético foxtrot. Fue en ese instante cuando la propietaria, madame Gaveau, ordenó apagar las luces y todos acabaron satisfechos: el público con su ira y los dadaístas con su provocación.

63
¿?, PLACE DE LA MADELEINE
Rainer Maria Rilke

1925. Los clientes de la elegante barbería de los alrededores de la place de la Madeleine se vieron sorprendidos por un inesperado estallido de voces. «¡Sí, sí, ya, eso dicen todos!», gritaba alguien cada vez más fuerte, mientras una voz de mujer un tanto chillona se desgañitaba: «¡Increíble!, ¡y además ha exigido la loción Houbigant!». Después añadía con amargura: «Mire, señor, a usted no lo conocemos de nada. Usted para nosotros es un desconocido. ¡Esas cosas no son propias de un local como éste!». El acusado, que tenía aspecto de ser un tipo más bien pacífico, respondía con una voz débil y lastimera de acento eslavo que parecía «venir de otro mundo, con un tono de sufrimiento lejano».

En aquel momento Carl Jacob Burckhardt, un diplomático y escritor al que acaban de lavarle el pelo, buscó en el espejo la causa del altercado y vio en él a tres barberos con blusón blanco gesticular animadamente junto a la imponente y pintarrajeada cajera.

El acusado, un hombre menudo de aire modesto, trataba de defenderse en vano: «Ustedes me perdonen, he olvidado la cartera, iré a buscarla al hotel. Se lo prometo. Pueden llamar a la recepción si lo desean… Soy… soy… el poeta Rainer Maria Rilke». Pero los inquisidores, que seguían sin estar convencidos, le contestaron: «¡La excusa de siempre!, ¡a usted no lo conocemos de nada!».

Fue entonces cuando Burckhardt decidió que debía intervenir. Aún con la gran capa blanca atada al cuello para proteger su traje, terció en la disputa: «Pago yo». A primera vista Rilke no lo había reconocido; después se dejó caer en una pequeña butaca Luis XVI y rompió a reír de alivio y bochorno por la situación en la que se había visto envuelto. La risa de Rilke era, eso le pareció a Burckhardt, de una sonoridad infantil imposible de olvidar para quien la oyera. Contrariamente a la mayoría de la gente, el poeta no entrecerraba los ojos, sino que los abría de par en par mirando fija y serenamente a su interlocutor.

Aquel 1925 fue un año especial para Rilke. Había regresado a París después de una larga ausencia e iba incansablemente de un sitio a otro en taxi para reencontrar a sus conocidos, amigos y admiradores. Quién

sabe si lo empujaba inconscientemente la enfermedad: estaba convencido de tener un tumor que, efectivamente, al cabo de un año le causaría la muerte.

Cuando llegó el momento de salir del local, se echó a los hombros el abrigo gris con martingala, tan propio de los países eslavos. Bajo el sombrero gris, su frente alta y su espeso bigote derramándose por unos labios carnosos, hacían pasar por alto su mentón escaso. Se calzó los guantes oscuros de ciervo, que contrastaban con las polainas claras, como el traje, y le dijo a su salvador: «Si no tiene otras obligaciones, demos un paseo».

Pero el tráfico parisino seguía confundiéndolo. No era fácil pasar de la quietud del pueblo suizo al que se había retirado para cuidarse a la «vehemencia de las calles» y a la «turbulencia de los cruces entre avenidas». Sin embargo, de momento se sentía feliz. En una carta, su madre resumía con ingenuidad en qué condiciones se encontraba en París su hijo: «Mi René, mi tesoro, se encuentra en París desde principios de enero. En todos los ambientes lo han recibido con un clamor tal que le ha sorprendido y conmovido placenteramente. Lo suelen invitar a los salones de la alta sociedad y se relaciona con las personalidades más eminentes de la época. Debe de ser muy fatigoso».

64
19, BOULEVARD MALESHERBES
André Breton, Blaise Cendrars, René Crevel

1921. En el quinto piso de aquel edificio de aspecto burgués se presentaban a menudo Breton, Aragon, Léger, Soupault, Tzara y Crevel, con quienes era frecuente que los dueños de la casa, los Delaunay, fueran al popular Bal Bullier. Allí Vladimir Maiakovski, de veintiocho años, que había escrito un poema apoyándose en la puerta de la entrada, se rompía la voz en atronadores discursos –«Su voz se hinchaba como un huracán»– sin que le importara el hecho de que muy pocos, excepto la

dueña de la casa, Sonia Delaunay-Terk, de treinta y seis, entendían el ruso. Se lo había presentado Fernand Léger: «¡Al menos tú, Sonia, puedes hablar con él!, ¡no sabe una palabra de francés, pero menuda mandíbula tiene!».

Allí todo era color. En el vestíbulo, una cortina en la que figuraban escritos una mezcla variopinta de versos preparaba a los invitados para sumergirse en los incontables tonos de las fantasías geométricas que cubrían las paredes, los sillones y el sofá. Sonia había bordado un poema de Soupault sobre una cortina gris de *crêpe de Chine*. Su creatividad no conocía límites. Antes de la guerra había creado una edición vistosísima y gigantesca, dos metros de alto, de *La prosa del Transiberiano*, de Blaise Cendrars. El escritor se alejó de la pareja cuando, en vez de sumarse como él al esfuerzo de la Primera Guerra Mundial, Delaunay se refugió con su mujer en España. Sobre esa deserción se formularon varias hipótesis, pero las motivaciones reales siempre fueron vagas. En aquel momento también André Breton se distanció de ellos, aunque luego todos volverían a reunirse: era imposible resistirse al calor, la inteligencia y la genialidad de Sonia.

«Tus muebles tienen un esqueleto y lo que creas no es un mero vestido: es la criatura que lo viste, es su aspecto», decía con deleite el veinteañero René Crevel. Guapo, rubio, solicitado por todo el mundo, iba a todos lados con la esperanza de encontrar una amistad verdadera. Los colores claros con los que se vestía no eran únicamente fruto de la influencia de los Delaunay, sino también una reacción frente a los tonos oscuros preferidos por su madre, católica ultraconservadora.

En el boulevard Malesherbes la mesa estaba siempre puesta y Crevel tenía la sensación de haber encontrado en sus nuevos amigos algo parecido a una familia. Le encantaba la atmósfera chispeante de sus veladas, su capacidad para trasladar la estética vanguardista a la moda, así como el chaleco multicolor regalo de Sonia. En su casa había estrechado lazos con el profeta del dadaísmo, Tristan Tzara, a quien Sonia había tejido una bufanda muy alegre. «Madame, si usted supiera

cuánto la amo y la idolatro», le había escrito Tzara a sus veinticinco años. Con ella había hecho los *vestidos poema* y el vestuario de *Le Cœur à gaz*, de 1923.

Los dos Delaunay trabajaban en casa. Robert tenía su caballete en el comedor, siempre con un ojo puesto en la cocina, en la que era un entendido. Sonia tenía su taller en la sala de estar. Para festejar la llegada del arquitecto Walter Gropius, invitó a cenar a sesenta personas. Un regalo imprevisto esperaba a los invitados: para cada uno de ellos Sonia había preparado uno de sus trajes multicolores. «¿Son para una obra de teatro o para un ballet? No. Las prendas de Sonia Delaunay son creaciones artísticas perfectamente acordes con el gusto moderno. Ella crea la ropa más adecuada para nuestra existencia», sostenía Crevel. Sus modelos tenían la rara cualidad de «destacar las líneas femeninas, de acompañar su movimiento armonioso, de acentuar su carácter plástico, tanto por el corte como por el color».

Sonia y Robert Delaunay vestían en consecuencia: él, con abrigo rojo, cuello azul, zapatos amarillos y negros, chaqueta verde, chaleco azul claro y corbata roja; ella, con *tailleur* violeta y un corpiño arco iris de diferentes tejidos. «Su orfismo simultáneo –escribió su amigo Apollinaire– ha dado lugar a innovaciones muy relevantes en el mundo del vestido. El señor y la señora Delaunay son auténticos innovadores. No están pendientes de imitar las modas antiguas y, como quieren ser artistas de su tiempo, no pretenden en absoluto renovar con su estilo la forma del corte, que es lo que busca la moda actual, sino que intentan innovar usando materiales nuevos de un colorido infinitamente variado.»

Era realmente difícil no darse cuenta de la absoluta devoción de Sonia por su marido, de la misma edad. En ese artista alto, siempre un tanto exaltado, muy pronto descubrió a «un poeta que no componía con palabras, sino con colores». Era inexplicable que los cuadros de Robert parecieran invendibles, a pesar de la fama del artista. Para evitar competir con aquel hombre tan atractivo de mirada melancólica, Sonia

había decidido abandonar la pintura y concentrarse en el diseño de tejidos, tapices, tapicerías, sillones, biombos, zapatos, sombreros, trajes de baño y vestidos. Tras pasar por sus manos, hasta las carrocerías de los automóviles resultaban divertidas. Si Robert había inventado el arte simultáneo, ella lo había trasladado al universo de lo cotidiano contrastando los colores con el mayor atrevimiento. «La moda es un medio para transmitir al público las innovaciones artísticas», aseguraba Robert, pero en el fondo creía que era él quien estaba en el origen de ese vasto arco iris con el que Sonia estaba dando alma a la vida cotidiana de la mujer parisina. Sin embargo, Arthur Cravan, que lo detestaba, escribió: «Tiene cara de cerdo sobreexcitado o de cochero de lujo… Antes de conocer a su mujer, Robert era un auténtico borrico; tenía todas sus cualidades».

Sonia se levantaba enérgica y llena de entusiasmo a las dos de la mañana para ponerse a trabajar antes de que llegaran las treinta modistas que colaboraban con ella en el piso inferior. «Me gusta crear un vestido según lo que me transmite una mujer. Un vestido-poema.» Desgraciadamente, a pesar del éxito de sus producciones y de haber renunciado a la pintura, los cuadros del marido seguían sin gozar de reconocimiento. Robert, cansado de no contar con la aprobación del mercado, había perdido el sentido del humor y nadie recordaba haberlo visto sonreír, mientras que todos tenían memoria de sus estallidos de cólera. Cuando se encontraba muy tenso, Delaunay se desahogaba corriendo en el veloz coche que su mujer le había regalado tras pintarlo como uno de sus cuadros. «El automóvil –decía Sonia– es la modernidad.» Con frecuencia lo acompañaba un amigo fiel de la pareja, Marc Chagall.

65
38, RUE DES MATHURINS
Paul Éluard

1923. El Théâtre Michel estaba hasta los topes de esnobs y curiosos que habían acudido para asistir a la que se anunciaba como una velada llena de sorpresas. La *Soirée du Cœur à Barbe*, que Tristan Tzara, introductor del dadaísmo en Francia, había preparado a conciencia, se componía de una serie de actuaciones. Se trataba de artistas que, tras la ruptura reciente entre Tzara y los surrealistas, se habían alineado en el bando de aquel dandi inquieto e imprevisible. En el denso programa figuraba la música de Erik Satie, Ígor Stravinski, Georges Auric, Darius Milhaud; la poesía de Cocteau y Éluard; los cortos de Man Ray y de Hans Richter y la repetición de una obra de teatro en tres actos del propio Tzara, *Le Cœur à gaz*.

El público asistió con perplejidad a la proyección de la cinta de Man Ray, *Le Retour à la raison*, en la que, tras algunas secuencias iniciales carentes de sentido, «unos enormes alfileres blancos giraban y se entrecruzaban en una danza frenética». Pero la película acabó por interrumpirse cuando en la platea se desató un enfrentamiento abierto entre admiradores y detractores. A la policía le costó mucho conseguir calmar a las dos facciones opuestas.

Sin embargo, hubo un momento en que Pierre de Massot, un joven aspirante a escritor y tutor de los hijos de Francis Picabia, comenzó a gritar recalcando sus palabras: «¡André Gide, muerto en el campo de batalla! ¡Pablo Picasso, muerto en el campo de batalla!». André Breton, a quien siguieron Benjamin Péret y Robert Desnos, se lanzó al escenario para defender al pintor, que estaba presente en la sala. Al ver que Massot se negaba a callarse, aquél, asestándole un severo golpe con un bastón africano, le rompió un brazo. La bronca se extendió al resto del auditorio, aunque el local se encontraba demasiado abarrotado como para que hubiera una pelea como Dios manda. Fue entonces cuando Tzara solicitó la intervención de la policía, que expulsó a los más encendidos de la sala.

La situación pareció calmarse y Massot, estoico él, regresó a escena vistiendo el traje de cartón diseñado por Sonia Delaunay para

interpretar a la Nariz de la astracanada de Tzara.

Pero Paul Éluard no le podía perdonar a Tristan Tzara que hubiera llamado a los gendarmes. Enfurecido por haber visto en la publicidad de la velada su nombre junto a su detestado Jean Cocteau, se precipitó hacia los actores y le dio un enérgico bofetón a su examigo René Crevel, quien, atrapado en su disfraz de Ojo, fracasó en su intento de escapar. Al mismo tiempo, los maquinistas del teatro se habían abalanzado sobre Éluard para molerlo a palos. Solamente la intervención de unos amigos consiguió librarlo de lo peor.

Mientras el propietario del local lloraba viendo las butacas arrancadas de cuajo, en el exterior continuaba la trifulca. Breton y los surrealistas habían estado esperando ansiosos el fin del espectáculo para desfogarse con los partidarios de Tzara.

Para Breton, lo que sucedió aquella noche supuso un giro decisivo. Los ataques a quienes se desviaban de la línea que él marcaba se fueron haciendo cada vez más violentos y llegó a acusar a Tzara de ser un confidente de la policía. Éluard, a quien Tzara había demandado para que pagara por los desperfectos causados en el teatro, «daños materiales y resarcimiento moral», decidió marcharse de París, aunque tal vez el verdadero motivo de su huida fuera la manera tan ostentosa en que su compañera, Gala, mostraba sus preferencias por su mejor amigo, Max Ernst. Por cierto, la instrucción de la causa se dilató en el tiempo y acabó en nada.

66
6, RUE DE MIROMESNIL
Colette

1932. La multitud elegante que se congregaba ante la tienda de Colette había recibido la correspondiente invitación de la escritora: «El miércoles, 1 de junio, inauguro mi tienda de productos de belleza. Sería para mí un placer, madame, recibirla en persona y aconsejarle el

maquillaje más idóneo». Los fotógrafos bombardeaban con sus flashes a aquella figura que, con los años, casi sesenta, había perdido su esbeltez. A pesar de la excitación que le producía el momento, sus grandes ojos traslucían una incuestionable tristeza. «Es cierto –admitía Paul Léautaud–. Todavía sigue siendo guapa, aunque *guapa* no es la palabra justa. Hay que reconocer que transmite sensualidad, amor, pasión, voluptuosidad, pero con un enorme fondo de melancolía.»

Las reacciones a su excéntrica iniciativa habían sido por lo general adversas: «¡Con ese talento y vendiendo maquillaje!». Pero lo cierto es que hubo algunos que se admiraron de su valentía y de su espíritu emprendedor. Cuando vio entrar a Liane de Pougy, magnífica cortesana, exclamó «¡Estoy de suerte!, ¡ha venido Liane, la bella Liane!», y se lanzó a los brazos de la cimbreña invitada, que por poco se cae.

Entre la crisis económica y la grave caída que la había tenido inmovilizada durante largo tiempo, aquélla fue una mala racha para Colette. Probablemente fuera para reaccionar a aquella situación por lo que había retomado ese viejo sueño del que tanto había hablado con un político amigo suyo, André Maginot. El creador de la línea defensiva que llevaba su nombre, la misma que no conseguiría frenar la invasión nazi, había sido un gran entusiasta de la idea. «Tengo perfectamente claro cómo habría que lanzar el negocio. Yo me limitaría a escribir en la puerta: “Me llamo Colette y vendo perfumes”.»

Su tercer marido, Maurice Goudeket, un hombre de negocios dieciséis años menor que ella, tras haber intentado en vano disuadirla, finalmente se había dejado llevar por el entusiasmo. No había sido cosa fácil encontrar inversores, pero acabó por reunir a un grupo bastante heterogéneo en el que destacaba incluso un antiguo admirador de Colette, el pachá de Marrakech.

Luego dio comienzo la fase más compleja: transformar las viejas recetas de su madre y sus propias intuiciones en los correspondientes productos. Sin el menor prejuicio le pidió a una amiga: «Te ruego, ya que has tenido la amabilidad de ofrecerte, que robes para mí algunas

muestras de Max Factor. El 23 para la cara y ese otro marrón. Es para la gente del laboratorio, por supuesto». También la creación de la línea de lápices de labios se reveló más compleja de lo previsto. «Después de ver al especialista en carmines, salgo de allí con las manos rojas como los morros de las señoras.» A los periodistas que la asediaban les daba otra versión muy diferente, más idílica, de esa nueva aventura: «Por supuesto, es una vocación. Cuando tenía ocho años mi madre me ponía a hacer cremas. Desde siempre he preparado productos de belleza para mis amigas y para mí. ¿Dónde están aquellos pintalabios de antes, ácidos como grosellas, los blancos irreconocibles, el azul *madonna*…? El arte de retocar el rostro, la industria del maquillaje, mueve más millones que el cine.»

No había tenido problemas a la hora de bautizar sus nuevos productos: allí teníamos la loción *Hop là* hasta el carmín *Ciruelas robadas*, la crema *Yo nutro* o las sombras de ojos *Azul tempestad*. Ella misma se encargó de dibujar sobre el fondo rojo de las cajitas su perfil, suficientemente célebre, con su firma debajo. Un breve folleto explicaba cómo usar Hop là: «Vierta el contenido generosamente sobre un algodón. Fróteselo bien por el cuerpo. Elimina el cansancio, limpia los poros. Luego, un poco de Eau couleur de rose para fijar el maquillaje. Ahora mírese al espejo… Eso es, ¿contenta?».

Colette se sentía segura de sí misma: «Encuentro bellas a las mujeres que salen de mis dedos de escritora, mujeres felices de acariciar esa sustancia humana llena de vida cuyo color realzan enmascarando sus debilidades». Eso sí, no todas estaban de acuerdo con sus habilidades de esteticista. Natalie Barney, menos empática, no pudo evitar fijarse en que Cécile Sorel, una conocida actriz, había salido de las manos de la escritora veinte años más vieja. Por si fuera poco, Colette, embadurnando el fresco rostro de la hija «con un lívido polvo azul y rosa», le había dado un aspecto de meretriz.

Polémicas aparte, lo cierto es que esa nueva aventura la arrancaba de la soledad de la escritura. «Es un verdadero placer poder escapar de una

ocupación gracias a otra.» Pero, sobre todo, vivía ese trabajo como una misión: ayudar a las mujeres «ingenuas, puerilmente ignorantes de lo que más conviene a su rostro» en su lucha contra el tiempo. Cada mañana inundaban su mesa cartas de lectoras ávidas de consejos o, por el contrario, indignadas por su frivolidad.

«Desde que me ocupo y maquillo a mis contemporáneas, aún no he encontrado a una de cincuenta años desanimada o a una de sesenta neurasténica. […] Cuanto más difíciles son los tiempos, más fieramente se obstinan las mujeres en borrar las huellas de sus sufrimientos. […] Gracias a esa mentirijilla de cada día, la mujer, heroicamente oculta bajo el maquillaje –sus ojos engrandecidos, la pequeña boca roja pintada en su pálido rostro–, recupera su dosis cotidiana de resistencia.»

67
15, AVENUE MONTAIGNE
André Breton, Georges Simenon

1924. Antes de aquella noche, el poeta Yvan Goll y André Breton habían tenido sus más y sus menos. Goll se había atrevido con una previsión tan incauta como errónea: «Es ridículo querer hacer una revolución surrealista y luego erigirse en dictador del surrealismo. Breton tiene que decidirse. Nunca será el pope del surrealismo. […] El surrealismo pertenece a todos y nadie lo monopolizará». Qué pena que Breton no estuviera al corriente de los dos manifiestos surrealistas que Goll había publicado en Alemania antes incluso que el suyo y que, sea como fuere, nunca mostrara la menor intención de renunciar a su *papado*. Cuando vio las paredes de París cubiertas de carteles que anunciaban una velada de *Danses surréalistes* en el Théâtre des Champs-Élysées no quiso que se le escapara la oportunidad. Sabía que era cosa de Goll y que su fin último era promocionar el lanzamiento de una bailarina dadaísta alemana, Valeska Gert, famosa por sus «danzas grotescas».

En la sala se arracimaban los partidarios de ambas facciones: por una

parte, Léger, Zadkine, Pascin, Crevel, Brâncuşi; por otra, los surrealistas, que hacían gala de sus recios bastones de paseo. En cuanto la Gert hizo su aparición en escena, Breton y los suyos comenzaron a silbar y a lanzarle huevos podridos gritando: «¡Fuera, vaca alemana!». Mientras, sus defensores chillaban: «¡Extraordinaria!, ¡formidable!, ¡esto es surrealismo de verdad!».

En ese momento Breton se subió encima de una silla con el fin de reivindicar, con voz estentórea, la exclusividad para sí de la palabra *surrealismo*. Entonces Goll se levantó del patio de butacas: «Breton, tenga usted la cortesía de permitir bailar a Valeska Gert». Entretanto, la bailarina, por mucho que el director le suplicara que no lo hiciera, se dedicaba a insultar desde el escenario a sus detractores: «¡Señores míos, son ustedes idiotas!».

Breton, preso de la furia, se arrojó sobre Goll blandiendo su grueso bastón. Claire, la seductora mujer de Goll, temiendo lo peor, se interpuso entre los dos, que se tenían el uno al otro agarrados por la solapa de la chaqueta. En eso Goll propinó un puñetazo en la cara de su adversario, quien soltó un grito de dolor. Sólo entonces Gert dejó de bailar, y las dos partes, de zurrarse y de arrasar la sala. A Breton se le había hinchado el ojo, que primero había pasado del rojo al morado y luego al negro. El surrealista, tras asegurarse –según insinuaba maliciosamente Claire– de que hubiera alguien para sostenerlo, se desplomó en el suelo. Cuando vio que entraba la policía, volvió a ponerse en pie y, con mucha dignidad, advirtió a los agentes: «Señores, este asunto no les concierne».

Mientras Breton se marchaba, Valeska Gert retomó su espectáculo. Cuando acabaron sus bailes, Yvan Goll, famoso seductor, se presentó en el camerino de la artista mostrándole el rostro ensangrentado: «¡Mira, este golpe es por ti!».

1925. El 2 de octubre, cuando el público más elegante de París invadió el Théâtre des Champs-Élysées, África era la última moda. Los artistas, que desde hacía tiempo habían comenzado a coleccionar esculturas

tribales, fueron los primeros en aplaudir a la orquesta, que se desataba tocando un jazz lleno de ira y furia. Junto a Robert Desnos, Francis Picabia, Fernand Léger y Blaise Cendrars estaban las *vedettes* del teatro y del *music hall*, como Cécile Sorel o Mistinguett.

El *Paris-Soir* destacaba las acrobacias del músico negro a la batería, que parecía haber capturado en su tambor truenos, rayos y relámpagos y dominarlos a todos como fieras domesticadas. A sus veintiún años, Joséphine Baker no era aún, como después diría Colette, «la más bella de las panteras y la más fascinante de las mujeres», pero resultaba imposible no percibir su incontenible vitalidad. El cronista no dudó en retratarla así: «Bella como la noche […], se contonea, salta, juega con sus pupilas como si fueran canicas. […] Unos senos adorables, un vientre de canela, de ámbar, de piña».

Cinco días después, se encontraba entre el público Georges Simenon, a sus veintidós años, vestido de esmoquin en compañía del ministro soviético Lunacharski. Simenon era un polígrafo de reconocida reputación en el París nocturno de los años veinte. Era amigo de artistas, como Picasso y Maurice de Vlaminck, o de mujeriegos, como André de Fouquières. Escribía ochenta páginas al día y nunca las revisaba: prefería pasar a otra cosa. Su fama de autor prolijo era tal que le propusieron escribir en tres días y tres noches una novela en una jaula de vidrio colgada de la terraza del Moulin Rouge. Sim, como por entonces firmaba, aceptó el reto, pero finalmente el proyecto no prosperó. Eso sí, todo París aseguraba haberlo visto allí trabajando.

Joséphine Baker entró en escena subida a hombros de un hombre negro gigantesco, totalmente desnuda, salvo por una pluma de flamenco entre sus muslos. Ni siquiera se oyó el vuelo de una mosca mientras su portador la hacía dar vueltas sujetando con la mano su vientre. Joséphine Baker aterrizó y la sala estalló en un gran alboroto.

Simenon escribió un artículo entusiasta sobre aquella «auténtica síntesis de voluptuosidad animal, joven y llena de vida como el jazz, trepidante, simpática, brutal y cándida; alegre por encima de todo, con

una alegría infantil sana y exuberante, no viciosa, pero quizá sí ávida…». Joséphine Baker «es una carcajada sin par, desde sus cabellos lacados de forma guasona hasta sus piernas nerviosas, cuyo perfil es imposible de ver porque nunca están quietas. ¿Cómo no iba a reírse? Para conseguirlo, la Baker tendría que tomarse la vida en serio, emborracharse de elogios, ir por la vida de mujer fatal. Pero ella es demasiado noble para eso, así que se ríe. Sacude sus senos, no muy grandes pero graciosos y suaves. A todos enseña sus dientes. Sobre todo, se ríe con los ojos».

68
25, AVENUE MONTAIGNE
Catherine Pozzi

1920. En la *suite* de Catherine Pozzi el teléfono sonaba sin descanso. Cuando entre un viaje y otro se detenía en París, se alojaba siempre en el lujoso hotel Plaza Athénée. El dinero no era un problema para aquella mujer alta, desgarbada, elegante. A sus treinta y ocho años, la hija del médico al que adoraba toda la flor y nata parisina vivía separada de su marido, Édouard Bourdet, un comediógrafo de éxito. Cuando tanta llamada comenzó a agobiarla, Catherine se mudó a otra habitación en la que no había teléfono.

El 17 de junio invitó a cenar a dos señoras de la alta sociedad, Élisabeth de Gramont, quien después no pudo acudir, y Renée de Brimont, que le presentaría al poeta más famoso de aquel tiempo, Paul Valéry. Para variar, Catherine se encontraba al teléfono cuando llegó el escritor, que, preocupado e inquieto, le preguntó si madame de Brimont había llegado también. Evidentemente, pensó, lo habían hecho ir sólo para complacerla.

A pesar de aquella ridícula capa dorada, la baronesa de Brimont era atractiva. Nada que ver con la túnica negra de Vionnet plegada sobre el cuerpo escuálido de Catherine, quien lucía un collar de perlas de un

valor incalculable. Padecía tuberculosis y sabía que le quedaban pocos años de vida, aunque a veces le parecían demasiados. Solía firmar Karin, o simplemente K, en alusión al término griego para pureza (*katharótita*), si bien pocos conocían sus poemas, tan magníficos, tan dolientes.

Paul Valéry, ya cercano a la cincuentena, jugueteaba con su monóculo mientras hablaba con su amiga. Le contó que había encontrado una versión desconocida de *La siesta del fauno*, de su maestro Mallarmé. Con un cigarrillo en la mano, pajarita de lunares blancos y unos grandes e inquietos ojos, parecía no tener apenas en cuenta a aquella mujer.

Pozzi se limitaba a intervenir muy de vez en cuando. Se sentía la tercera en discordia; aun así, aguantaba. «Basta con que esté, con que exista. Tarde o temprano se dará cuenta. Se dio cuenta al llegar el postre.» Cuando la conversación se centró en cuestiones científicas, Catherine, que había estudiado en Oxford, tuvo la posibilidad de hacer gala de una sabiduría insólita, no accesible a cualquiera, y menos a una mujer. Brimont callaba, excluida de la charla. «Ama de casa egoísta, no me importa. Que se aburra.» Ya muy cansada, la señora se retiró a las diez y los dejó a solas.

Valéry atravesaba un período de incertidumbre. Se preguntaba si no sería mejor cambiar de vida. La pasión, por vez primera, había derribado las barreras de su racionalidad. Pero Pozzi, exigente y apasionada, quería más. No entendía cómo el poeta era capaz de volver con su mujer e hijos tras haberla conocido a ella.

Él no lo negaba: «Cuando tú no estás, estoy ausente, ajeno a mí, extraño, incompleto, diferente. Te vuelvo a ver y me vuelvo a ver con el miedo de no alcanzarte y con este amor al que para ser justo debería llamar *enfermedad del espíritu*». Ella era celosa y no sólo de su familia, sino también de sus amistades, incluso de la alta sociedad. Le reprochaba «ser un mandado, […] un semidios, un semilacayo». Quedaba con él, luego anulaba la cita o la posponía haciéndole perder la cabeza. «Ya no sé si te amo. Llora si quieres, querido, llora entre mis brazos.»

La debilidad de una anemia le hizo creer brevemente que podía estar embarazada. Pensaba que Valéry vivía una existencia pequeñoburguesa que no estaba a la altura de su obra. No conseguía salvarlo, pero tampoco romper con él.

Cuando tras una larga ausencia volvió a verlo, se sintió afectada por su aspecto. «No me gusta físicamente: está viejo. Casi un vejestorio.» Además, lo encontró descuidado en el vestir: llevaba mal planchadas la camisa y la corbata que le había regalado y tenía las manos algo sucias, pero se preguntó: «Si lo amo, ¿qué importa que no se lave?, ¿y qué, si lleva un abrigo horrible? Sin duda lo amo. Pero es que no tengo ganas de él».

Un médico le había advertido de que su situación era desesperada, pero que, conociéndola como la conocía, todo era posible, menos curarse. «Tengo dos cuerpos, carne-y-sangre y placer-y-dolor. Carne-y-sangre está dormido, placer-y-dolor grita sin parar. Son inseparables.»

Cuando se cumplía el séptimo año de su borrascosa relación, la poeta reveló a madame Valéry la naturaleza de la relación con su marido. A ese incidente le siguió un distanciamiento y posteriormente un nuevo acercamiento. Pero aquello estaba acabado. Pozzi no quería ser la amante clandestina de un hombre que carecía del valor suficiente para quererla. «Ahora ya sólo me interesan dos cosas: el catolicismo y la ropa.» Lo único que la confortaba era el libro que estaba preparando, *Peau d'âme* [Piel de alma], en alusión a *Piel de asno*.

En 1928 la ruptura era ya definitiva, máxime si tenemos en cuenta que a eso ayudó la aparición de un nuevo pretendiente, el filósofo y escritor Julien Benda. Valéry era incapaz de aceptarlo. Pasaba y volvía a pasar bajo sus ventanas, en la rue de Longchamp, cerca de su casa, esperando que lo invitaran a subir. Paul le escribía imitando la caligrafía de su competidor con la esperanza de que ella abriera las cartas. «La parte principal de sus almas –escribía el poeta– es indivisible. Sufren terriblemente por no poder aceptarse ni olvidarse. Desearían que el otro los matara. Cada uno está poseído por el otro. Se matan entre sí.»

«¡Hay que tirarlos a la basura, basta ya de tanto adorno!», gritaba Eugenia Errázuriz en su extraña lengua, una mezcla muy poco inteligible de español, inglés y francés. La extraordinaria belleza de aquella gran mecenas chilena, tan retratada en su juventud, aún podía percibirse tras sus cabellos blancos como un paisaje bajo la nieve. Y el blanco era también el color predominante en su casa, en la que la sencillez y la sobriedad dominaban sin rival.

Eugenia había sido una pionera. En una época entregada al *horror vacui* ella había predicado la fascinación del vacío. «Elegancia significa supresión.» En ese vacío convivían de manera armónica los estilos más diversos: un velador Luis XVI con un cuadro de Picasso. Elegía cada objeto sólo por su belleza, desde el gran aparador chino hasta la escalera rústica apoyada en la pared blanca, pasando por las enormes cestas esparcidas por el suelo. Los profundos divanes para sus invitados recibían la luz de una lámpara diseñada por Giacometti para un discípulo de Eugenia, Jean-Michel Frank, encargado de decorar las casas de tantas figuras de la cultura de su tiempo.

En el comedor las sillas de forja rodeaban una mesa propia de un jardín al aire libre. La dueña de la casa se divertía contando que el comerciante que le había vendido el conjunto se quedó horrorizado al saber el uso que le iba a dar. Pero para Eugenia la sobriedad no significaba pobreza; al contrario, el corte de las fundas de sofás y sillones era algo fundamental. Según Cecil Beaton, confiaba esa tarea a los carísimos y renombrados sastres de Savile Row. Sus tés eran célebres por el refinamiento de sus mezclas y por la exquisita calidad de la mantequilla y del pan de las tostadas. Las servilletas, de un lino soberbio, dejaban un perfume a lavanda, y los magníficos platos eran del siglo XVIII, aunque por lo general se comía directamente sobre la mesa, como en los monasterios.

Sus discípulos, acomplejados, vendieron todos sus muebles. Se los veía vestidos como si estuvieran de luto, con ropas de líneas rectas color ceniza, entre cuatro paredes blanqueadas de cal. «Sus únicos muebles eran un canapé con una funda de tela y un reflector de quirófano», bromeaba Jean Cocteau, quien había amueblado una de sus casas con sillas que Jean Marais había robado en los jardines del Palais-Royal.

En las cenas que ofrecía aquella austera esteta, sus amigos, como Erik Satie, Pablo Picasso o Coco Chanel, brindaban con su bebida preferida: el champán. Fue Cocteau quien le presentó a Picasso, pero ella sentía una afinidad mucho más profunda con Blaise Cendrars. Con esos ojos «color de bruma» y su traje de basta tela azul, Cendrars le parecía un viejo marinero o un pirata que había surcado todos los mares. Incansable a la hora de contar historias, enrollaba un cigarrillo tras otro con la única mano que la guerra le había dejado. Pasaba de las serpientes mortíferas de Brasil a las ballenas, que, según aseguraba, hacían el amor erguidas entre los icebergs. Cierto día Blaise asistió a un acontecimiento al menos igualmente extraordinario: la llegada a su villa de Biarritz de unas cajas con cuadros blancos y azules pintados por Picasso, que se había alojado allí durante su viaje de bodas. «Tengo tres amores –decía Eugenia– mi pintor, Picasso; mi músico, Stravinski; y mi poeta, Cendrars.»

Eran las once de una noche de 1918 cuando la criada se presentó aturdida ante su señora para anunciarle la visita de un huésped imprevisto. Marcel Proust se acercó con paso tambaleante para saludarla con su acostumbrada delicadeza infinita. Después se enredó en un sinfín de excusas, todo para rogar que le permitiera no despojarse de su grueso abrigo forrado de piel mientras se sentaba. Eugenia, extasiada y casi catatónica por la presencia de aquel autor tan adorado como inalcanzable, lo escuchaba devotamente, y Marcel recordaba entre risas su particular aventura por las escaleras del edificio. Llamando por error a varias casas, había despertado a sus pobres inquilinos.

Dejó a un lado las cómicas peripecias. Su mirada, castigada por el

cansancio de tantas noches de insomnio, vagaba con satisfacción deteniéndose en aquellos detalles decorativos a la última moda. Admiró en su justa medida el candor deliberadamente desnudo de las paredes, en las que destacaba un *picasso*.

Al calor del fuego de la chimenea, Proust escuchó con exquisita paciencia los comentarios entusiasmados de la dama sobre su libro. Después, con esas repentinas y tiránicas ocurrencias que suelen disparar las señoras de la alta sociedad, Eugenia ordenó al otro invitado de la velada, el joven Louis GautierVignal, que se apresurara a abrir unas cajas provenientes de Roma que contenían algunas telas de Picasso para un ballet de Cocteau, *Parade*.

La madera cedió tras una breve resistencia y dejó a la luz tres telas del pintor cubista. Madame Errázuriz creyó alcanzar el éxtasis ante aquel caos geométrico blanco y azul. Mientras tanto, Proust comenzaba a sentir el efecto de ese perenne cansancio, un cansancio que sólo le concedía alguna que otra breve pausa y que reaparecía como ese amo déspota a quien, no pudiendo satisfacerlo, únicamente cabe obedecer. Sin embargo, como siempre, consiguió encontrar las palabras idóneas para conmover a su anfitriona al despedirse de ella. Mientras se alejaban en el asiento de atrás de un taxi, Proust confesó a Gautier-Vignal que sí, que le gustaba muchísimo la decoración de Eugenia, pero que encontraba poco fuste en los garabatos de Picasso.

En *El tiempo recobrado* describiría la devoción de las grandes señoras *à la page* por las nuevas vanguardias: «El arte las había tocado como si fuera la gracia. Y, al igual que en el siglo XVII a las damas ilustres les daba por ingresar en un convento, ahora vivían en apartamentos llenos de cuadros cubistas, al tiempo que un pintor también cubista pintaba sólo para ellas y ellas también vivían sólo para él».

1928. En la nueva sede del Bœuf sur le toit la improvisación era la regla. Las piezas de Chopin sonaban a ritmo de jazz. El pianista no hacía caso a la partitura y lo normal era que mientras tanto se dedicara a leer un libro; eso sí, jamás daba una mala nota. A veces un cantante se atrevía con un poema dadaísta de Tzara: «Coman chocolate | beban leche de pájaro. | Dadá, dadá | beban cordero». Otras veces quien cantaba era la diosa de la *bohème*, Kiki de Montparnasse, con su voz grave y ronca. Una noche Jean Cocteau, presa del entusiasmo, le regaló un collar.

El Bœuf se había visto obligado a marcharse de la rue Boissy-d'Anglas tras una largo proceso judicial que interpuso el vecindario, desesperado: no los dejaban dormir. *El ojo cacodilato*, la escandalosa tela de Francis Picabia que reinaba en la antigua sede, acogía ahora a viejos y nuevos parroquianos, como el joven Charles Trenet. Con sus canciones había seducido a Jean Cocteau, quien proclamaba: «Trenet ha sacado la poesía a las calles». Todos pasaban por allí, desde André Gide hasta Mistinguett. Louis Moyses, el dueño, dispensaba con generosidad whisky a sus clientes, también generosos, antes de entablar conversación sobre las últimas novedades en materia de arte o literatura. Pero su encanto se estaba eclipsando y el establecimiento iba tomando cada vez más la fisonomía exclusiva de un lugar de citas para homosexuales.

71
3, RUE ROYALE
Chez Maxim's

Con la llegada de la paz la atmósfera de Maxim's había recuperado su efervescencia. Coco Chanel se dejaba ver por aquella fastuosa decoración modernista, pero una noche se quedó estupefacta al contemplar la violenta disputa de una pareja. En 1920, el extraordinario éxito en los escenarios de una comedia titulada *Le Chausseur de Chez*

Maxim's celebraba la versión renovada del famoso restaurante.

En aquel suntuoso marco los adúlteros se sentían seguros. Paul Valéry llevaba a cenar en un reservado a su majestuosa, a su tan querida Jean Voilier. Y a Marlene Dietrich, por mucho que tuviera la costumbre de ser infiel a su querido Erich Maria Remarque, la irritó sobremanera verlo entrar con su mujer, Jutta. Ambas se parecían mucho.

Habiendo ya alcanzado el éxito, Simenon incluso llegó a tener una mesa fija. Cuando estaban solos, los Fitzgerald, más pendientes del alcohol que de la comida, picoteaban perezosamente pasta a la trufa. Se divertían más en esas cenas a las que sus ricos amigos, los Murphy, solían invitar a mucha gente.

A pesar de todo, Cocteau, que había frecuentado el Maxim's cuando, en la cima de su gloria, el local contaba con tres floristas, cuatro perfumerías y cinco sastres, ahora suspiraba: «Cuando voy al Maxim's, perece que estuviera poblado de fantasmas. […] Ya no es lo que era».

En el bar del Maxim's se consolidó la nueva moda de los cócteles. Por allí aparecía –no para olvidar, sino para recordar los horrores de la guerra– un dandi alto y delicado: Pierre Drieu La Rochelle. Al entrar, solía detenerse un momento ante el aviso de movilización general que aún colgaba de la entrada. Mirando distraídamente a las mujeres sentadas a sus mesas o en la barra, se dejaba llevar por los recuerdos. «No le enviaba la dirección a mi familia. No recibía noticias, y por una buena razón. Estaba en un monasterio sin muros y sin Dios. Absolutamente solo. No poseía nada, y eso me gustaba. Sin odiar a nadie, amaba a Francia y a mis camaradas, pero no odiaba a los alemanes.»

Por entonces el número 3 de la rue Royale había asumido una dimensión oficial. Cuando, en 1927, Charles Lindbergh fue condecorado con la Legión de Honor por haber aterrizado en Francia tras cruzar por primera vez el Atlántico, decidió festejarlo en Maxim's. Una mancha en su expediente: rechazó la bebida símbolo del local, el champán, prefiriendo un vaso de leche.

Esa exuberante selva de *art nouveau* fue escenario de los amores del poeta surrealista Louis Aragon. Primero se presentó con una bella y rica heredera inglesa, Nancy Cunard, que pagaba la cuenta tanto de su amante como del grupo de amigotes que los acompañaban. Más adelante, después de que Nancy lo abandonara, se consoló con una preciosa bailarina vienesa con la que cenaba allí cada noche dilapidando el poco dinero que le quedaba. «Si hubiera ido más despacio –se justificaba–, me habría muerto.» Por mucho que hubiera disfrutado en Maxim's, nada le impidió escribir un poema, «Front rouge», en el que arremetía contra el restaurante de la burguesía: «Un dulce para el perro | un dedito de champán para la señora | estamos en el Maxim's de los años treinta. | Se ponen salvamanteles bajo las botellas | para que sus aristocráticos culos no se golpeen con las dificultades de la vida».

Es cierto que la crisis del 29 había disminuido muy visiblemente la clientela, pero Stavisky, el gran estafador, continuaba dejándose ver en el bar en compañía de amistades poco presentables. El nuevo propietario aprovechó la desaceleración económica para llevar a cabo una restauración completa. Durante las obras aparecieron entre los escombros monedas de oro persas de los tiempos de la *belle époque*.

Hasta 1934 la suerte del Maxim's no comenzó de nuevo a sonreír. Cuando a Paul Poiret, el otrora gran modisto y ahora superado por la Chanel, aunque aún famoso por sus magníficas fiestas, le pidieron consejo sobre los posibles cambios con vistas a relanzar el establecimiento, dio una respuesta memorable: «¡No cambiéis nada!».

Las afectuosas relaciones entre los clientes y el personal se habían conservado intactas. La encargada del ropero, madame Paulette, era la predilecta de todos. Cuando enfermó la llenaron de orquídeas y de atenciones. Una noche de 1933, al ver a Louise de Vilmorin llegar del brazo de André Malraux, exclamó «¡Pero qué guapa está usted!, ¡y mira qué preciosidad de collar!», a lo cual la homenajeada no tuvo reparo en responder: «¡Si le gusta, se lo regalo!».

Hermosa y lánguida, Louise tenía la mirada y la frente de una reina,

pero siempre parecía estar a punto de romper a llorar. «Soy un barco que zozobra», explicaba a quien se dejaba deslumbrar por su hermosura y su elegancia. Tras haber logrado dominar la coxalgia que la hacía cojear y la transformaba en una especie de paso de danza, sedujo a todos los jovencitos de su círculo, incluido a un feo y enamoradísimo Saint-Exupéry. «Muero de amor, sin saber exactamente por quién…», solía justificarse. En 1929 le aseguró a un amante: «Te amaré para siempre, esta noche».

Su matrimonio con un estadounidense que antes que a ella había cortejado a su madre, también muy bella, ya se estaba desmoronando. En sus largas y delicadas manos, el dinero, mucho o poco, se volatilizaba como por encanto. «¡El dinero me arruina!», se lamentaba. En realidad, le gustaba endeudarse, poner a prueba a sus amantes, parientes y amigos. Si una cuñada le prestaba una joya para una cena, a la mañana siguiente Louise era capaz de llevarla al monte de piedad. «Llevo una magnífica vida de arruinada, lo cual exige mucho dinero.» Le gustaba también lamentarse continuamente de que estaba sin blanca. Decía que siempre buscaba maridos o amantes ricos. «Soy pródiga, pero siento placer poseyendo. Detesto todos esos hermosos objetos que no me pertenecen.»

Por entonces Malraux ya era muy famoso, un hombre de elegancia innata, desde su porte hasta la cartera o el gesto mecánico con el que se echaba hacia atrás el mechón oscuro que le caía sobre la pálida frente. Una curiosidad infinita le servía para tener a raya su egocentrismo. Los tics comenzaban a minar el equilibrio de su rostro. Su matrimonio con Clara estaba en las últimas. Louise era irresistible, y tras cuatro meses todo parecía ir cada vez mejor; fue entonces cuando alguien, posiblemente Consuelo, la esposa de Saint-Exupéry, le hizo saber a André que su voluble amante le era infiel con un periodista alemán. Huelga decir que Consuelo, a su vez, también tenía algo con el susodicho periodista.

Malraux, desilusionado, decidió romper bruscamente. Sin mediar

palabra. Eso sí, antes de abandonarla le había anunciado: «Es contigo con quien acabaré mi vida».

72
¿?, RUE SAINT-LAZARE
Walter Benjamin, Maurice Sachs

1930. En su intento de escapar a sus acreedores, Maurice Sachs, a sus veinticuatro años, había conseguido que lo ingresaran en una clínica del Trocadéro con la excusa de un ataque de apendicitis muy poco verosímil. Después se refugió en un burdel de la rue Saint-Lazare, el Les Bains du Ballon d'Alsace, donde, sacando partido de su pico de oro, pronto trabó amistad con el dueño, un antiguo criado, Albert Le Cuziat, quien presumía de haberle conseguido chicos a Marcel Proust y de haber creado aquella casa de tolerancia con la ayuda financiera del novelista. Por si todo eso fuera poco, en aquellas modestas habitaciones podían encontrarse algunos de los muebles que Proust había regalado a monsieur Albert, como se hacía llamar. «Para mí, el atractivo de aquel sitio era el de volver a encontrarme –más allá de la muerte, pero tremendamente vivo– a ese Marcel Proust cuyo nombre había sido para nuestra juventud una especie de garantía de deslumbramiento.»

Al no poder dejarse ver por ahí, Sachs pasaba el tiempo bebiendo y escuchando las sabrosas anécdotas del prostíbulo. «Cuanto más descontento estás contigo, más te degradas.» Algunos días se despertaba bañado en sudor, temblando de vergüenza, lleno de odio hacia sí mismo, con los pies helados, el estómago pesado, la boca pastosa, su sexo ardiendo. «Me sentía como si me hubiera restregado en la basura, como si hubiera comido estiércol.»

Buscando cómo reunir algo de dinero, engañó a alguien que para él no era más que uno de los traductores de Proust al alemán, «un tal Walter Benjamin», de treinta y ocho años, prometiéndole que lo llevaría al escenario donde se desarrollaba esa otra vida, la secreta, del escritor.

Sachs vestía con una elegancia llamativa a pesar de que su pésima situación económica estaba vaciando su guardarropa. Benjamin era muy pobre: tenía un solo traje con varios remiendos y los puños le sobresalían de las mangas, demasiado cortas. La falta de dinero lo obligaba a veces a pasar los días en la cama, en ayuno. Pero nada conseguía dominar su ansia de explorar el corazón literario de París. El hombre de rostro redondeado que lo acompañaba era un amigo suyo, también escritor y traductor de Proust, Franz Hessel. Walter estaba emocionado, pues tenía la convicción de que monsieur Albert era en realidad la Albertine a quien amaba el protagonista de *En busca del tiempo perdido*.

Atravesaron un silencioso patio caminando sobre los adoquines y, tras los cristales opalinos, vieron a Albert Le Cuziat, más conocido como monsieur Albert, quien los acogió muy amablemente. Era un lugar «nada pintoresco […], pues el vicio auténtico, el verdaderamente peligroso para la sociedad, se presenta siempre con aspecto modesto».

A las espaldas del propietario se veía una montaña entremezclada de guantes de espuma, perfumes, *pochette-surprises* y muñecas en posturas obscenas. Su gran modestia contrastaba con la irrefrenable elocuencia de Sachs, detalle que hizo sospechar a Benjamin. Mientras tanto, monsieur Albert evocaba con voz suave cómo había sido su primer encuentro con Proust, en 1912.

Al observarlo de cerca, aún se podían ver las huellas de aquella gran belleza de antaño que lo había hecho formar parte de la lista de elegidos de un príncipe homosexual. En él Benjamin reconoció «la perfecta compenetración de la mayor sumisión y la radical decisión que delata a los seres bajos y serviles, una combinación que debió de dar mucho que pensar a Proust». No obstante, le resultaba difícil pensar que nunca hubiera tenido relaciones íntimas con él.

Pero lo que sin duda más sorprendió a Benjamin fue la desnuda franqueza de los jóvenes chaperos, que, tal y como le explicó Sachs, daban a sus mujeres lo que ganaban yéndose con hombres.

6, RUE DE SURÈNE

Raymond Radiguet

1920. En otoño, Raymond Radiguet, a sus diecisiete años, pasó algunas noches en el hotel de la Madeleine o, mejor dicho, lo que quedaba de la noche, cuando ya cercana el alba los amigos por fin se despedían. Quien hubiera visto su habitación, triste y de techos bajos, se habría asustado por el desorden del futuro escritor. Por aquí y por allá, entre pilas de ropa blanca sucísima, se acumulaban los clásicos de la literatura francesa: Ronsard, Chénier, Malherbe, La Fontaine. Estaba escribiendo *El diablo en el cuerpo* en una libreta de colegial que tenía en la contraportada las tablas de multiplicar. Escribía chupando de vez en cuando el lápiz.

Cada domingo aquel «falso niño con bastón de paseo, pajarita rosa, dientes preciosos, cejas pobladas y denso cabello lacio» iba a comer a casa de su familia en la periferia. Con su primer dinero, tras enviar un poco a sus padres, se compró una lujosa maleta de cuero y unos guantes blancos.

Aquel mismo año tuvo una relación con una periodista inglesa, Beatrice Hastings, veinticuatro años mayor que él. Famosa por su elegancia y su descaro, aquella «rubia de estilo prerrafaelita», según dijo de ella Ramón Gómez de la Serna, había conseguido despertar las fantasías de los artistas parisinos con sus sombreros desmesurados y llenos de flores. Beatrice, a la que llamaban lady, acababa de salir de una tormentosa relación con Amedeo Modigliani.

Ella, rica, excéntrica, había posado para él y lo encontró irresistible. Él mezclaba hachís y coñac; ella prefería el whisky. A menudo borrachos, eran capaces de batirse en duelo a escobazos por las escaleras, pero, cuando ella quería marcharse, él se arrojaba al suelo delante del taxi o se agarraba a su ropa. Todo acabó en aquel restaurante cuando el nuevo amante de Beatrice, un escultor, apuntó con su pistola a Modigliani: pies, para qué os quiero.

Fue el escultor Constantin Brâncuşi quien le presentó a Radiguet. Al principio ella se limitó a pedirle que leyera las páginas de un libro que estaba escribiendo. Sin embargo, cuando Radiguet, al igual que Modigliani, comenzó a beber y a drogarse, más de uno se preguntó cuál era exactamente el papel de Hastings en la pareja.

En cualquier caso, Raymond parecía cada vez menos unido a Beatrice, de cuyo ardor comenzaba más bien a cansarse. «Es la mujer que me ama, y a la que yo también amo. Pero su ternura es demasiado agobiante: sus caricias me asfixian. Cuando me besa, deja sus labios pegados a los míos durante tanto tiempo que necesito respirar, retirar la boca, y ella hace un drama; tiene razón: no hace falta respirar cuando se ama.»

A menudo no se presentaba a sus citas con ella, que sufría lo indecible. «Muero si no te veo. Cuando me hayas matado, me meteré a monja. […] Estoy triste… quiero morir.» Y firmaba: «Tu víctima». Luego, temiendo haberlo enfadado, insistía: «Te perdono que seas un poco grosero». Pero era difícil controlar la rabia de aquella mujer tan enérgica. Para ella, aquel renuente amante suyo era una víbora, una serpiente babosa, un mono loco, un tigre despiadado.

Por si fuera poco, Hastings intentó, con unos versos alusivos, entrometerse en la relación de Radiguet y Cocteau, a quien ya empezaba a fastidiarle su presencia. Los acompañó en unas vacaciones en el mar, en Piquey, días que sólo sirvieron para confirmar que debía rendirse al hecho de que Raymond prefería a Jean. Para colmo, la aparición de otra mujer, Mary Beerbohm, complicaría aún más las cosas. El muchacho se mostraba cada vez más escurridizo a pesar de las quejas y lamentos, las protestas y los insultos de su enamorada Beatrice.

Como último recurso para recuperarlo intentó ponerlo celoso. «Te confieso que aquella noche con Brâncuşi te seguí siendo fiel. Pero no se lo digas a nadie, perdería mi prestigio.» Luego, al no recibir respuesta, pasó al ataque: «El martes por la tarde te fui infiel para ver qué tal me iba y, como con él sentí tanto placer, está claro que eres tú quien falla».

Cuando tampoco aquella invectiva tuvo el efecto deseado, dio marcha atrás en su disputa con Mary: «No tengo la menor intención de pelear por ti ni con ella ni con nadie». Mientras intentaba desenmascarar la naturaleza homosexual de la relación entre su amado y el treintañero Cocteau, se afanaba en aparentar solidaridad con Jean, quien a su vez se moría de celos por culpa de Beerbohm, contra la rival común y usaba los secretos que conocía para alejarlo de Radiguet. Todo inútil. Aun así, escribía a su examante diciendo que se consolaba imaginándose «a los dos sentados encima de una roca a la luz de la luna mientras cada uno está pensando lo maravilloso que sería si estuviera Beatrice».

Cuando se topó con la nueva pareja, reaccionó rabiosamente: «Diviértete con esa judía tuya de piernas de Venus y déjame en paz en mi barrio». En 1922, el día de Año Nuevo, le envió un último mensaje: «De todo corazón, feliz 1922. Espero que te diviertas. Yo, no demasiado».

74
14, RUE DE TILSITT
Francis Scott Fitzgerald

1925. Por desgracia, sobre cómo era el suntuoso piso amueblado de los Fitzgerald sito en un barrio altoburgués, en la esquina de la avenue de Wagram, cerca del Arco del Triunfo, contamos sólo con el malévolo testimonio de Ernest Hemingway. Scott, ya famoso, había sido excesivamente caritativo con Ernest como para que éste lo odiara en secreto. Al domicilio de la pareja, situado en un quinto piso que daba a un patio de luces, se llegaba gracias a un ascensor tapizado de un papel dorado y violeta completamente absurdo. Hemingway, que se presentó aquel día con su mujer, encontró aquellas habitaciones sombrías y sofocantes. Scott compartía esa opinión y consideraba su hogar húmedo y oscuro. El matrimonio se había instalado allí en mayo de 1924. La casa no estaba especialmente limpia debido a la falta de entendimiento

entre los inquilinos y el servicio.

Los Hemingway eran en realidad unos pequeñoburgueses intimidados por aquel lujo, a pesar de toda su superficialidad. Hadley, la primera mujer de Ernest, de treinta y cuatro años, no tenía nada contra la hermosa Zelda; al revés, era una de las pocas mujeres de las que no tenía nada que temer en vista de la manifiesta incompatibilidad entre ella y su marido. La encontraba muy guapa, fascinante. Comprendió que aquella belleza enigmática de cabellos de un oro oscuro entendía la vida como una fiesta y la vivía como tal. «Pero eran unos amigos insufribles, pues tenían la costumbre de presentarse en nuestra casa a las cuatro de la mañana, y nosotros teníamos un bebé.»

Para ir a ver a aquel dandi, Hemingway, de veintiséis años, había tenido que calzarse sus preciosos zapatos ingleses y el único traje decente con el que contaba y que se reservaba para sus escasas apariciones en público. Una raya perfecta partía en dos la ondulada cabellera rubia de Fitzgerald, de veintinueve años, como siempre elegantísimo en su traje a medida de Brooks Brothers. La vivacidad, la bondad y el sentido del humor brillaban en sus ojos claros. Sus sinuosos labios parecían estar siempre a punto de sonreír. No obstante, observó Ernest, una leve hinchazón minaba la perfección de su rostro y sus rasgos refinados dejaban entrever una sensación de disgusto.

Zelda, de veinticinco años, era indiscutiblemente preciosa y, para Scott, «aquella chica lo tenía todo: belleza, talento, familia; podía hacer todo lo que quisiera». Pese a ello, incluso en las fotos, la mirada de Zelda estaba absorta en un insidioso e invisible espectáculo. ¿Sería que era consciente de que su marido se había arrepentido muy pronto de casarse con ella y de que a veces la veía únicamente como una niña mimada? Probablemente sí, pero sabía también que el arrepentimiento era su modo de amarla, como algo ya perdido en el momento exacto en que se tuvo. A Zelda no le bastaba con ser una musa: quería también que la contemplaran y la amaran como una obra maestra. Acabó convirtiéndose en la rival del trabajo de Scott; estaba celosa de sus

admiradoras y aún más de sus amigos, entre ellos Hemingway, que le parecía sin duda el más peligroso. En este caso, los celos eran mutuos.

Zelda intentó por todos los medios controlar su malestar. Escribía muy bien, pero tenía a su lado a uno de los autores más extraordinarios de su época. Probó a bailar, a escribir junto a Scott y también a hacerlo en solitario. Le fue infiel sólo para debilitarlo. Con su irresponsable ritmo de vida dilapidó el dinero que él había ganado escribiendo o, dicho de otro modo, alejándose de ella. Lo empujó a consumir su vida en el alcohol. «Era débil cuando debía ser dura y fue dura cuando habría debido ser complaciente», se lamentaba sin entender el escritor.

Durante la visita de Hemingway, Scott cometió un error. Mostró a sus invitados el grueso cuaderno donde anotaba sus impresionantes ingresos. Para Fitzgerald, generoso con su dinero hasta el dispendio, aquél era un modo inconsciente de demostrar que había hecho bien su trabajo de escritor. Hemingway, que tenía problemas de subsistencia, interpretó aquello como un vacuo acto de ostentación.

Zelda bromeaba con las escapadas de placer de los dos escritores. En aquellos días un amigo común había difundido el rumor de que la amistad entre ellos era una relación homosexual. Mientras tanto, Ernest escrutaba los signos de fracaso que escondían aquellos símbolos del éxito. Los muebles no eran sino imitaciones –caras, pero imitaciones–, la comida era pésima y el vino no era suficiente para disimularlo. Y todo ello por no hablar de la hija, la pequeña Scottie, que ciertamente era preciosa, pero hablaba inglés con un incuestionable acento *cockney*. Sus padres se la habían confiado a una niñera inglesa sin saber que la nacionalidad no era suficiente para enseñar a la pequeña a hablar como una lady.

Sentados en torno a la mesa, los dos adversarios, Ernest y Zelda, se examinaban. En las discusiones con su marido, ella había sostenido muchas veces que aquel muchachote de aire insolente no era más que un presumido envidioso. Ernest entendió en el acto cuál era la táctica de su enemiga: hacer beber a su marido para así impedirle que escribiera.

Los ojos de halcón de Zelda –observó el escritor olvidando añadir que eran verdes– únicamente perdían su impasibilidad cuando Scott se había excedido bebiendo. Entonces una sonrisa complacida recorría la sutil línea de sus labios. Ernest intentaba contraatacar forzando a Scott a dar largos paseos para que eliminara el alcohol de su cuerpo, pero luego Zelda lo arrastraba a dudosas fiestas en Montmartre en las que él volvía a emborracharse para soportar el aburrimiento y vigilaba a Zelda, siempre dispuesta a despertar sus celos.

Cuando los Fitzgerald comenzaban a hablar de cierta historia sobre una infidelidad, sus amigos suspiraban con resignación: otra vez. La habían escuchado muchas veces y siempre en distintas versiones, las últimas de las cuales, comentaba con malicia Hemingway, no eran tan buenas como las primeras. Zelda se revestía de un aire grave mientras hablaba de lo mucho que la había amado aquel aviador francés que, desesperado por la situación, acabó por suicidarse. Scott, lívido como un muerto, asimilaba hasta el menor detalle.

Poco antes de morir, Fitzgerald contaría que había llegado a batirse en duelo con su rival, pero tampoco eso era cierto. Como tampoco lo era lo del suicidio: el aviador jamás pensó en quitarse la vida e incluso acabó por labrarse una magnífica carrera de piloto. El mundo se le cayó a Scott literalmente encima. El suceso tuvo a Zelda encerrada en casa durante un mes. «En septiembre de 1924 comprendí que había ocurrido algo que ya nada ni nadie podría arreglar.»

Ya habían superado esa fase en que el alcohol los hacía perder el sentido tras unos pocos tragos y les tocaba a los sufridos taxistas llevarlos a casa y meterlos en la cama. Para consolar al novelista ya no bastaba ni el gigantesco árbol de Navidad que montaron en diciembre de 1925 ni las largas horas en que jugaba con su hija reconstruyendo para ella las batallas más famosas. Tampoco sirvieron de nada las pocas veces en las que Scott conseguía ponerse a trabajar a las once de la mañana o, con mayor frecuencia, a las cinco de la tarde con la esperanza, siempre desvanecida, de que Zelda se lo llevara a cualquier

parte e interrumpiera el flujo de su escritura. Sacudiéndose su corta melena rizada, Zelda decía que «la casa es el sitio donde hacer lo que quieres hacer, y punto. Aquí nos sentamos a la mesa cuando nos viene bien hacerlo. Los desayunos y las comidas no tienen unas horas fijas. Es horrible dejar que las costumbres convencionales controlen tu casa, eso de comer, dormir y vivir según el horario establecido».

En septiembre de 1925 el escritor hacía un triste balance de aquel año «vergonzosamente inútil, aparte de los treinta mil dólares del trabajo de 1924. Estoy disgustado conmigo mismo. He perdido la salud». Cuando Zelda sufrió colitis por exceso de champán, Scott, que culpaba a París por distraerlo de su trabajo, decidió llevársela a los Pirineos.

75
1, RUE TRONCHET
Jean Cocteau

1927. Estaban arreglando la calefacción central en su domicilio de la rue d'Anjou, y, para huir de aquel ruido insoportable, Cocteau se refugió en el hotel de la Madeleine. En aquel ambiente aséptico, «algo extraño y maravilloso», lo cotidiano parecía volver a encontrar sus ritmos sin caer en el peligro de deformarse bajo la pesantez de una habitación llena de recuerdos. «Las paredes de la rue d'Anjou me observan y me devoran.»

El Madeleine Palace era un pequeño establecimiento ligeramente inclinado. La habitación de Jean, la número trece, se encontraba en el cuarto piso. No había ascensor, pero cuando se abría la puerta de su estancia el espectáculo era impresionante. El modesto mobiliario había desaparecido bajo montañas de libros, periódicos, ropa, manuscritos, cartas. El lavabo era víctima de los discos, los paquetes de cigarrillos, los chicles, un cepillo de dientes y un lápiz de labios. Incluso el suelo estaba invadido de camisas, calcetines, cajas de galletas, zapatos y botellas de agua de Vichy.

Hasta las paredes estaban tapizadas de fotografías, grabados y tarjetas

postales. Los desnudos masculinos de gran tamaño confirmaban las preferencias del escritor. Si por casualidad iban a visitarlo a la hora de comer, Cocteau sacaba del bidé –«Es mi despensa. Quizá no sea muy ortodoxa, pero tiene la ventaja de proteger contra ratas y chinches»– un cesto con plátanos y un termo de café.

Mientras ofrecía la fruta explicaba: «Es el alimento de los exploradores, de las largas travesías solitarias. La poesía se parece a estas heroicidades». Al hablar, no dejaba de ajustarse el batín, azul brillante. Bebía una tacita tras otra. «Hago como Balzac: calcular las debidas proporciones entre el número de tazas que bebo y el peso de la obra.»

A su alrededor pululaban, además de su protegido, Jean Desbordes, toda una corte de admiradores devotos. Cocteau jamás estaba quieto. Iba de aquí para allá al ritmo de una imprevisible coreografía moviéndose ágilmente con sus zapatillas de fieltro. Controlaba a la perfección el torrente de palabras que fluía de sus delicados labios. En los momentos más apasionados, las venas le serpenteaban sobre la frente abombada de su delgado y triangular rostro.

Cuando las carcajadas de la habitación de al lado traspasaban las finas paredes, Cocteau pedía disculpas: «No hay por qué preocuparse. Éste es un hotel bastante peculiar, con sus salidas y entradas tan pragmáticas como apasionadas. Para decirlo prosaicamente: es una casa de citas». Tras disfrutar del azoramiento de su interlocutor, el poeta continuaba: «Por lo demás, todo esto me parece simpático y alegre. En dos palabras: muy teatral. ¿La moralidad?, Dios mío, ¿no es el universo entero una gran casa de tolerancia?».

En 1934, destrozado por el abandono de la princesa Natalia Paléi y por la frustración de su sueño de crearse una vida normal, Cocteau regresó a aquel hotelucho ruidoso huyendo de la soledad del apartamento vacío de la rue Vignon. Sobre una fotografía de la esplendorosa Natalia, a la que con unos pocos retoques había transformado en esfinge, escribió: «Silencio, es una orden…».

1931-1934. «De todas mis casas, la de la rue Vignon era la que se situaba a mayor altura. El piso estaba en la última planta, en la esquina de la place Madeleine, y era sinceramente inhóspito. Pero había fuegos y tempestades. No sería capaz de explicarlo. Lo cierto es que aquel vacío estaba lleno. Los muebles y demás objetos llegaban por sí mismos. No se los veía. Se veía el vacío…, los fantasmas haciendo cola.»

En ese vacío flotaba el perfume intenso del opio. A veces, para que nada perturbara el sueño de Jean, su criado anamita, Byu, explicaba a quien llamaba a la puerta que su señor, ya de cuarenta años, había tenido que salir urgentemente.

En aquella casa cada uno veía una decoración diferente. Maurice Sachs vio orondos muebles Luis Felipe, los preferidos, según él, de los dueños de la casa. El veinteañero Charles Trenet se fijó en un enorme caballo pintado por Picasso y colgado en el recibidor, un pupitre escolar y un montón de valiosos objetos chinos. Aprovechando una pausa en la torrencial verborrea del escritor, Trenet le preguntó por qué razón había elegido esa extraña decoración, que parecía un bazar. «Hay que acostumbrarse a las cosas de los bazares», cortó en seco Cocteau antes de volver a hacerse con las riendas de la conversación.

Es probable que a la sobrina del zar, la modelo Natalia Paléi, exiliada en París tras la revolución bolchevique que había exterminado a su familia, no le importara todo aquello, como tampoco le importaba su linaje imperial. Casada con el acaudalado modisto homosexual Lucien Lelong, aquella belleza casi irreal pasaba de una fiesta a otra despertando en los hombres deseos que no tenía la menor intención de satisfacer. «Te quiero tanto –le dijo a Paul Morand– que no te necesito para nada.» Su frialdad bien podía explicarse si se hacía caso de la historia de una posible violación sufrida a los diez años a manos de los soldados del Ejército Rojo. Incluso el egocéntrico Salvador Dalí se

inclinaba ante «la exquisita, aristocrática y fantasmagórica palidez de la princesa rusa Natalia Paléi, magníficamente vestida por Lelong».

Fascinada por las acrobacias verbales de Cocteau, la pálida Natalia lo acompañó en su traslado a la rue Vignon, donde aceptó probar la pipa de opio que preparó Byu. Seducida por los efectos de la droga, escuchaba sin cansarse las genialidades de Jean. «Estaba loca por su ingenio y su poder de seducción.»

Le habría gustado probar la cocaína que él consumía para retomar fuerzas en las pausas, pero el escritor no se lo permitió. Pronto los parisinos se acostumbraron a ver a la peculiar pareja, aunque muchos dudaban que Cocteau se hubiera pasado realmente a la heterosexualidad. Por lo demás, aquella gélida rusa, que parecía estar exiliada en la tierra, tenía una tendencia clara por los homosexuales, quienes le garantizaban una tranquilidad imposible de encontrar en los demás.

Los amigos de Cocteau asistían perplejos a aquella nueva aventura. A pesar de los celos de su madre, Jean estaba satisfecho. «Nadie me ha prohibido los amores normales. Nada me impide fundar una familia y tomar el camino recto de la vida.»

Sólo Jean Desbordes, su amante titular antes de aquella catástrofe, montó alguna que otra escena de celos y despertó con ello los de la ensimismada Natalia. Cocteau habría deseado sellar su compromiso regalándole una alianza igual a la que en su momento había diseñado para Raymond Radiguet y cuya fabricación había encargado a Cartier: tres anillos de diferentes clases de oro. Pero la princesa se mostraba reacia a transformar aquel delicioso sueño en realidad por temor a la reacción de su marido.

Creyendo que ella estaba embarazada, Cocteau, presa del entusiasmo, comenzó a difundir la noticia por todo París. A las protestas de Natalia él respondió «Quien ama lo va escribiendo por las paredes», a lo que la princesa replicó: «¿Cómo quieres que crea en ti, que confíe en ti? No sabes lo que significa proteger a una mujer».

Lelong, enfadado, dijo en un primer momento que, si su mujer tenía el niño, le pediría el divorcio; luego tomó una decisión más razonable y aseguró que lo acogería como si fuera suyo. Cocteau encontró esa solución totalmente inaceptable y habría querido casarse con la princesa, quien a su vez le confesó su incurable tristeza: «¿Cómo quieres que haga planes, que construya una nueva vida cuando me falta lo esencial, el deseo de vivir?».

Pasaron el verano separados y escribiéndose cartas llenas de nostalgia. Huésped del vizconde de Noailles, Natalia sucumbió poco a poco a las dudas que le sembraba Marie-Laure, quien, a su vez, tiempo atrás había amado inútilmente al escritor. Casada ella también con un homosexual, no era capaz de aceptar ese cambio de Jean.

La sospecha de que la princesa hubiera abortado hizo mucho daño al escritor, pero la distancia reavivó su amor. MarieLaure, furibunda, destruyó todos los regalos que le había hecho Cocteau: «¡No quiero nada suyo en mi casa!».

Después se presentó, poseída por la ira, en la rue de Vignon donde, delante de la pareja, destruyó el vestuario entero de la sobrina del zar. Llegó un momento en que el escritor no pudo más y le soltó un bofetón. Para él, explicó, la vizcondesa no era una de las damas más influyentes del *todo París*, sino únicamente aquella pequeña Marie-Laure «consentida y desequilibrada» de otros tiempos.

No obstante, más allá de cualquier habladuría, Natalia temía la miseria a la que debería enfrentarse si vivía con un amante sobre quien no cesaba de albergar dudas. Cocteau, de hecho, por mucho que proclamara su inextinguible pasión por ella, continuaba codeándose con jóvenes advenedizos. A pesar de su frigidez, Natalia dudaba de su deseo. Años después escribiría: «La atracción que ejercía sobre él era puramente física. Él quería un hijo, pero conmigo era tan efectivo como puede serlo un homosexual atiborrado de opio… No había amor. No le inspiré ni siquiera un poema».

Pero al final de aquella aventura, en sus comienzos tan exaltada,

Cocteau no conseguía resignarse. A su alrededor todo se descomponía. Incluso Desbordes lo abandonó en un momento dado para regresar a su vida en el campo. Cuando no podía soportar el silencio de aquellas habitaciones vacías, escuchaba un disco en el que había grabado sus monólogos. «Aquél fue el período más triste de mi existencia.»

77
9, RUE VIGNON
Pierre Reverdy

Cuando Coco Chanel se dio cuenta de que Pierre Reverdy detestaba la vida mundana, alquiló para su amante un pequeño apartamento junto al suyo. Pero, en cuanto comenzó a arreglarlo, él desapareció de nuevo, posiblemente en la abadía de Solesmes, donde se refugió con su mujer tras haber quemado delante de sus amigos un montón de manuscritos.

Fue allí en busca de una divinidad en la que prácticamente a renglón seguido dejó de creer. A pesar de todo, valoraba mucho la calma y el recogimiento de aquel lugar. Reverdy tenía miedo al éxito. Decían haberlo escuchado rezando: «Señor, haz que siga siendo un poeta desconocido».

Chanel, aunque encarnara la vida opuesta –éxito, dinero, gloria–, veía en él los ecos de su infancia en la Francia provinciana y meridional. También Reverdy, no obstante sus exiguos medios, tenía sentido de la elegancia, con sus chaquetas cruzadas perfectamente planchadas y la pajarita bien anudada sobre la camisa de seda.

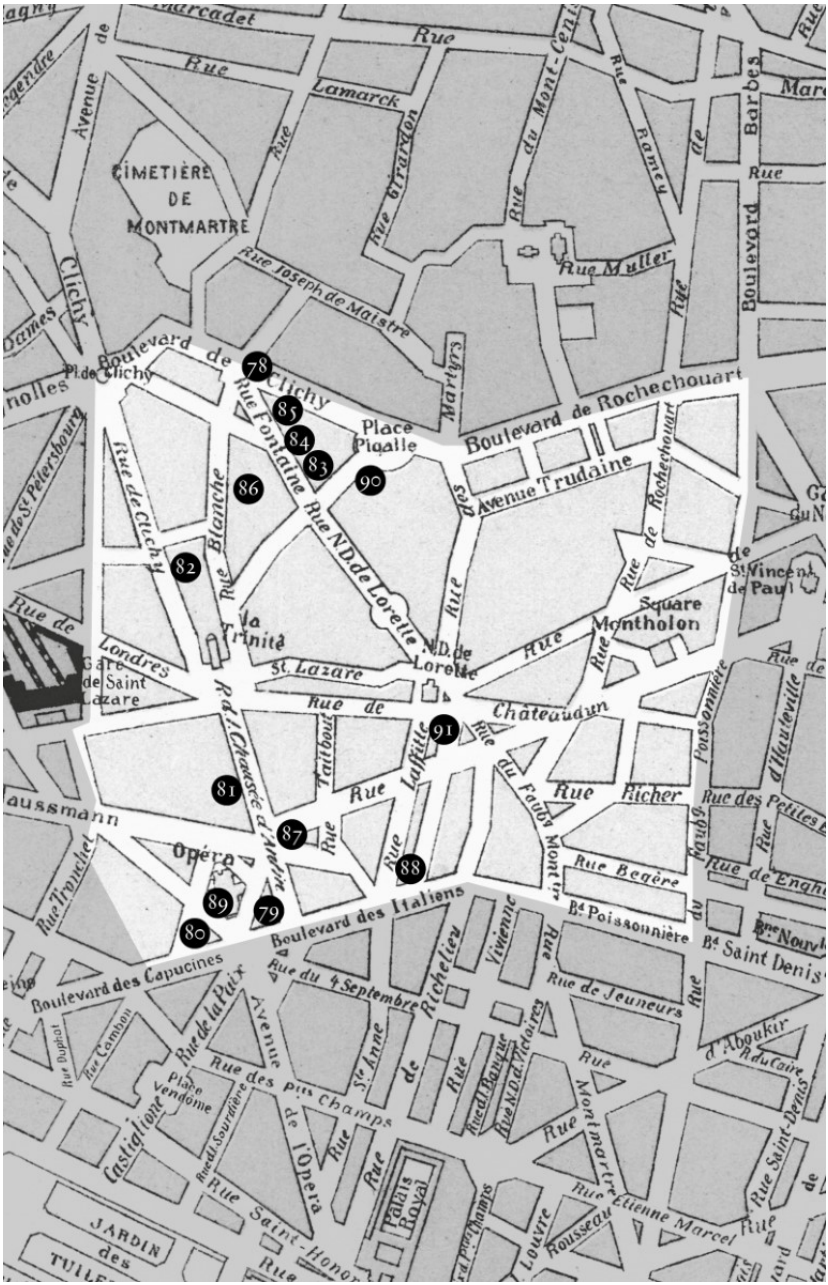
Para quien no lo conocía íntimamente era difícil adivinar el verdadero carácter de aquel conversador animoso, dispuesto a enfrascarse en prolongadas discusiones sobre los asuntos más variados que acompañaba de una nerviosa gesticulación. A pesar de su aparente cordialidad, intimidaba a los demás con una gran seguridad en sí mismo. No todos conseguían sostener la mirada penetrante de sus ojos oscuros, despiadados aunque con ligeros trazos de ternura. Reverdy

exigía a quienes lo escuchaban una atención absoluta. No toleraba las interrupciones, ni siquiera cuando se trataba de una aprobación. «¿Es que no me vais a dejar decir ni una sola palabra?», replicaba irritado.

Demasiado orgulloso para buscar los aplausos, se dejaba ignorar por más que sufriera por ello. Pero no era ningún asceta. Sabía apreciar la buena cocina, las mujeres, el tumulto de la vida de la ciudad y, por supuesto, el arte. Lo atormentaba profundamente la continuada confrontación entre su espíritu rebelde y la humildad del catolicismo. Dudaba de su propio talento, pero también rechazaba los aplausos y los reconocimientos que recibía. No eran para él una prueba auténtica de su genio. Pensaba que la sinceridad absoluta era su único mérito verdadero.

Muy pocos intuían «lo que sucede en su mente cuando se encuentra solo, con la luz apagada, entre las sábanas». Reverdy escondía cuidadosamente su instinto de muerte y su incapacidad para vivir, que lo hacían dudar eternamente ante cualquier elección decisiva, como era el caso de su relación con Chanel. «No sabes, querida Coco, que la sombra es el tesoro más hermoso de la luz. Y es ahí donde jamás he dejado de alimentar el más tierno afecto por ti.»

IXe ARRONDISSEMENT


Cimetière de Montmartre
Rue Lamarck
Rue Caulaincourt
Rue du Mont-Cenis
Rue Ramey
Boulevard Barbès
Rue Muller
Rue Joseph de Maistre
Rue Clichy
Pl. de Clichy
Boulevard de Clichy
Place Pigalle
Boulevard de Rochechouart
Avenue Trudaine
Rue Fontaine
Rue N.D. de Lorette
Rue des Martyrs
Rue Blanche
Rue de Clichy
Rue de Rochechouart
Square Montholon
St. Vincent de Paul
La Trinité
N.D. de Lorette
St. Lazare
Gare de Saint Lazare
Rue de Londres
Rue de Châteaudun
Rue Taitbout
Rue Laffitte
Rue du Faubourg Montmartre
Rue Richer
Rue Poissonnière
Rue d'Hauteville
Rue des Petites Ecuries
Rue de Chaussée d'Antin
Opéra
Rue Trouchet
Boulevard des Italiens
Boulevard des Capucines
Rue du 4 Septembre
Rue Richelieu
Rue Vivienne
Rue de Jeuneurs
Rue Bergère
B.d Poissonnière
B.d Saint Denis
Rue Cambon
Rue Duphot
Rue de la Paix
Avenue de l'Opéra
Place Vendôme
Rue des Pts Champs
Rue St. Anne
Rue Neuve des Petits Champs
Rue Montmartre
Rue Saint-Denis
Rue Saint-Honoré
Rue Rivoli
Rue Castiglione
Rue Rouget de Lisle
Rue Etienne Marcel
Rue Rousseau
Palais Royal
Louvre
Jardin des Tuileries
Rue d'Aboukir
Rue du Caire
Rue Saint-Denis
78
85
84
83
90
86
82
91
81
87
88
89
79
80

PLACE BLANCHE

Los surrealistas

Impúdicamente rojo, moderno y marginal, el café Cyrano, ubicado en una humilde plaza de Montmartre, era muy diferente a los cafés literarios de Saint-Germain y a los bohemios de Montparnasse. Sus clientes eran músicos, bailarinas del cercano Moulin Rouge, prostitutas, actores y camellos.

Allí se reunían los surrealistas, siempre cumpliendo un riguroso horario, a la hora del aperitivo, antes de volverse a encontrar por la noche muy cerca del local, en casa de André Breton. En sus reuniones, Breton se situaba siempre frente al espejo que reflejaba la puerta de entrada del local para así controlar escrupulosamente a quienes llegaban tarde. Todo aquel que se hacía esperar no tenía más remedio que encontrar una excusa efectiva, como, por ejemplo, haberse acostado con una mujer misteriosa. Los excombatientes sostenían la tesis no exenta de polémica de que, para ser admitidos oficialmente en el grupo, no había por qué ir al Cyrano: bastaba con alistarse de nuevo en el ejército.

Todos los surrealistas eran atractivos, desde el solemne Breton hasta el pueril Crevel. Muchos de ellos provenían de la alta burguesía. Todos, cada uno en su estilo, eran elegantes. Sin embargo, a todos, como a Luis Buñuel, les resultaba más seductora la idea de quemar un museo que asistir a la inauguración de un centro cultural. Despreciaban con absoluta conciencia la familia, la patria, el trabajo, la virtud. No eran arribistas. «¡El éxito, puf! Lo que hay que hacer es volverse repulsivo.» Sus fuentes de ingresos eran por lo general escasas y de vez en cuando recurrían a la venta de cuadros o a la colaboración en la prensa. Cuando un recién llegado hacía el ademán de invitar, Breton lo amonestaba paternalmente: «Aquí cada uno se paga lo suyo».

El centro indiscutible del debate era siempre el mismo: él, André Breton, un joven de mirada tan dulce como inteligente. Su largo cabello oscuro peinado hacia atrás dejaba al descubierto una amplia frente. Era

un hombre subversivo que usaba un lenguaje impecable y besaba la mano a las señoras. Cuidaba mucho su vestuario y, como decía Peggy Guggenheim, tenía la cabeza de un león y un porte majestuoso. «Sus maneras eran tan educadas y perfectas que resultaba difícil acostumbrarse a que alguien te tratara con tanta cortesía.»

Aquellos que, según unos criterios de lo más variados, tenían la fortuna de ser considerados candidatos, recibían una carta de invitación al Cyrano redactada por el propio André en un folio coronado por una insignia un tanto especial: sobre una mancha color sangre, la figura de un cangrejo asido a un yunque que aplastaba a un cisne negro. Al ver asomar por primera vez a un joven poeta de aire afeminado que venía recomendado por Jean Cocteau, hombre con fama de mundano, Breton fue a por él: «¿Y usted es pederasta?». Luego, al contemplar la estupefacción que su pregunta había causado en el resto de los asistentes, se limitó a sentenciar: «Si no lo es, acabará por serlo».

La autoridad de Breton no necesitaba de expresiones vehementes para hacerse valer. Los novatos se quedaban impresionados por la tranquila seguridad con la que guiaba a los presentes hacia las profundidades del inconsciente y de la escritura automática. Sin embargo, al verlo caminar, uno tenía la impresión de que su aparente aplomo escondía la misma seguridad oscilante que un acróbata en equilibrio por una cuerda suspendida sobre el abismo.

El acento estadounidense del fotógrafo Man Ray divertía a los surrealistas. En medio de los encendidos debates, él permanecía siempre tranquilo por mucho que tuviera el aspecto, según Lee Miller, «de un toro, con un torso extraordinario, cejas profundamente negras y cabello color azabache».

Bajo la máscara de un dandi de pelo abrillantado y delicado bigotito, Salvador Dalí ocultaba una timidez inmensa, imprevisible. Cualquier cosa podía exaltarlo o aterrorizarlo, como fue la visión del metro de París, que le dio la impresión de haber sido «vomitado por un ano monstruoso tras ser agitado turbulentamente por el intestino». La

sensación de pánico se tradujo, como era habitual, en un acceso de carcajadas histéricas y en la decisión que nunca abandonaría de ir por ahí sólo en taxi.

Era muy difícil sacarle una palabra a Joan Miró, un artista español cuya oscura piel contrastaba con la blancura de su camisa. Cuando Breton le recriminó el exceso de infantilismo de sus cuadros, Miró se lamentó a un colega, André Masson: «El mundo de los adultos es horrendo».

El enorme monóculo de Tristan Tzara, colgado de una ancha cinta negra, chocaba con su rostro pequeño y anguloso. Jean Arp, también un superviviente del surrealismo, escondía su sensibilidad bajo una cruel ironía.

Una invencible timidez limitaba las intervenciones de Paul Éluard a una sucesión de asentimientos tácitos, mientras un temblor incontrolable afectaba a sus manos y una eterna emoción parecía estar siempre a punto de hacerlo romper a llorar. Gala, su preciosa mujer, a quien los más crueles bautizaron como la Chinche, jamás lo dejaba a solas, excepto, eso sí, para serle abiertamente infiel con el dulce y modesto Max Ernst, «hermoso como un águila», que tenía su estudio a pocos pasos de allí y disfrutaba explayándose sobre sus exploraciones por el mundo de la pintura. Muy pronto Gala los dejaría a los dos por Dalí.

Mitad ángel, mitad boxeador, René Crevel vestía provocativamente con colores llamativos, como –decía Dalí– un *supergigoló*. Bajo los tempestuosos bucles de su pelo se abrían dos ojos grandísimos y tornasolados, en los que la desesperación se convertía en fascinación antes de volver a perderse en sus profundidades abisales.

1926. Cierto día, una inquietante y preciosa mujer de treinta años se dejó caer en la reunión de los surrealistas en torno a la mesa del Cyrano. Nancy Cunard, heredera de un inmenso patrimonio, fijó la mirada en André Breton con sus «ojos de serpiente», de un azul intenso realzados por la blanquísima piel de su rostro triangular y el rubio cobrizo de su

melena a lo *garçonne*. Al llegar, puso encima de la mesa sus largos y delgados brazos, y todos se fijaron en los pesados brazaletes africanos que subían desde su fina muñeca hasta sus hombros desnudos. Aquél fue el inicio de una larga y sufrida relación entre Louis Aragon y aquella extraña y atormentada criatura.

1927. Cuando el ensayista Emmanuel Berl pidió a su amante, la irresistible Suzanne Muzard, que lo acompañara al Cyrano, jamás se le habría pasado por la cabeza que ocurriría lo que finalmente ocurrió. Aquella muchacha de veintisiete años, a quien Berl había conocido en un burdel, sólo tenía ojos para Breton. «Era alto, con un cuerpo imponente, una cara que impresionaba, de trazos regulares que parecían esculpidos y el cabello espeso, pero lo más importante eran sus ojos, que irradiaban un poderoso magnetismo.» A los pocos días, Suzanne iniciaba con él una relación tormentosa que llevaría a André a divorciarse de su esposa, Simone, si bien es cierto que acabó casándose poco después con Berl, más rico que Breton. Aun así, nunca se distanciaría definitivamente del surrealista.

1934. Una nueva presencia en el Cyrano había despertado la curiosidad de André Breton. La rubia y provocativa Jacqueline Lamba, quien bailaba desnuda en la piscina de un local famoso, había llegado al café con la intención de llamar la atención del surrealista más eminente. Breton envidiaba en secreto a ese desconocido a quien ella estaba escribiendo, sentada sola a una mesita del bar. No sabía que aquel mensaje era precisamente para él y, en su ignorancia, la abordó fuera del local donde «aquella cara que había temido desesperadamente no volver a ver jamás» le dirigió una sonrisa inesperada.

El viento interior que hinchaba las velas de eso que André había definido en el Segundo Manifiesto como su «buque fantasma» tenía el poder de transformar al objeto más banal, como un *souvenir* típico de México, los frijoles saltarines, en un enigma seductor. Mientras Roger Caillois apostaba por comprobar si la legumbre albergaba un insecto en su interior, Breton se negó a hacerlo, prefiriendo una interpretación

fantástica del extraño fenómeno. Por otra parte, la cohesión de la que gozaba el grupo se acrecentaba misteriosamente cada vez que André amenazaba al mundano Cocteau o al apolítico Soupault con una dramática ruptura.

De tarde en tarde asomaba por el Cyrano una pareja de desconocidos seguida de un enorme perro. Nunca decían nada. A cualquiera que preguntaba quiénes eran aquel hombre de rostro duro y su hermosa pareja, siempre envuelta en un abrigo de pieles, alguien le respondía con un respetuoso bisbiseo: «¡Es el delegado de la Internacional Comunista!».

79
2, BOULEVARD DES CAPUCINES
Raymond Roussel

1925. La sala del Théâtre du Vaudeville, después cine ParamountOpéra, estaba abarrotada, aunque pocos habían pagado la entrada. El autor de la obra, *La estrella en la frente*, había procurado distribuir por todo París un buen número de invitaciones. Raymond Roussel, muy apreciado por los surrealistas a causa de lo absurdo de sus piezas, era un hombre muy rico. Convencido de que tendría un gran éxito, había alquilado el teatro, un suntuoso edificio de 1866, y había dispuesto para tal ocasión una escenografía más bien demodé.

Después de la Primera Guerra Mundial, Roussel, habiendo dejado de renovar su guardarropa, se limitó a teñirlo enteramente de negro, zapatos de piel de gamo incluidos. Roussel, afirmaba el etnólogo Michel Leiris, había conseguido a través del dandismo algo parecido a una ascesis, un distanciamiento del cuerpo ahora convertido en un dócil maniquí exquisitamente educado y elegante, alejado de toda suerte de materialidad. Aquel excéntrico escritor, apenas algo más joven que Proust, jamás gesticulaba ni levantaba la voz. Sus manos, enguantadas soberbiamente de negro, acariciaban su oscuro bigote; el oro del puño

de su bastón brillaba sobre el fondo de un lujoso abrigo forrado de piel. De modales exquisitos, se negaba tajantemente a hablar de sus obras, aunque aquella noche ya había comenzado a notar ese sabor que anuncia el escándalo.

Todavía no había terminado el primer acto cuando se oyó una voz que clamaba con estupefacción desde los palcos: «No entiendo nada». Otro espectador respondió: «Pues búsquese un intérprete». Parecía que ahí iba a acabar todo, pero aquella voz cavernosa volvió a protestar: «No entiendo nada». Obtuvo la misma respuesta por parte del otro desconocido. En el tercer acto la agitación era tal que hubo que bajar el telón durante algunos minutos.

La tensión aumentaba gradualmente, acompañada de los abucheos provenientes del gallinero. Llegado aquel momento, el poeta surrealista Robert Desnos, quien tanto había elogiado a Roussel en sus crónicas periodísticas, decidió ponerse en pie: «¡Silencio, pandilla de ****!». Las damas de la alta sociedad allí presentes, todas ellas amigas de la familia de Roussel, reaccionaron escandalizadas: «¡Oh, por Dios!, ¡qué maleducado!, ¡qué tipo más impresentable!, ¡qué horror!».

Mientras tanto, los de los abucheos reaccionaron: «¡**** lo serás tú!, ¡ven, anda, ven aquí a decírmelo!». Y el otro: «¡Ven tú, baja!, ¡espera, espera, que voy yo!». No era la primera vez que Desnos se partía la cara para defender a aquel singular personaje. Además, su aspecto físico parecía hecho aposta para acentuar la irritación del público. Su traje, sin forma, daba la impresión de haber sobrevivido a más de una gresca. Era feo, innegablemente feo, pero su boca grande derramaba agudeza y sus ojos saltones detrás de las gafas brillaban de ironía.

Los actores, sin saber qué hacer, esperaban a ver qué pasaría. Fue entonces cuando los de la pitada se abalanzaron sobre Desnos. Las cosas se estaban poniendo feas para el poeta cuando un débil anciano vestido de gala y con la Legión de Honor en el pecho dijo: «¡Únase a mí!, ¡estoy con usted, jovencito! –Y añadió beligerante–: ¡Vamos a por ellos!».

En el fragor de la batalla, Desnos consiguió por fin escapar de lo peor

huyendo a gatas entre las piernas de los contendientes. Cuando por fin la sala quedó vacía, una anciana señora lo identificó: «¡Ése es el canalla!, ¡menuda pieza!, lo reconozco perfectamente!». El poeta se quedó callado, pero su acompañante respondió a la señorona amenazándola con vengarse. Tan inteligente como decidida, Thérèse, conocida como Treize, era una atractiva modelo de Montparnasse que tenía con Desnos una relación a caballo entre la amistad y el amor.

Agradecido a su defensor, Roussel le envió un magnífico ejemplar de sus obras en papel japón con una dedicatoria: «A Robert Desnos, que en el estreno de *La estrella en la frente*, mientras uno de mis enemigos gritaba "¡Claque desvergonzada!", él respondió respetuosamente con la famosa frase: "Nosotros somos la *claque* [bofetada] y vosotros la mejilla"».

80
12, BOULEVARD DES CAPUCINES
Vladimir Maiakovski

No había en París ningún transeúnte que, al cruzarse en la calle con aquel gigante de cabeza rasurada, no se girara para verlo mejor. A pesar de su nostalgia por el Moscú de la Revolución, a Vladimir Maiakovski le gustaba pasear por París. Aquel bolchevique iba con frecuencia a reabastecer su vestuario a una lujosa tienda, Old England, la misma a la que Marcel Proust enviaba a su sirvienta para que le comprara los botines de charol negro. Acompañado de Elsa Triolet, adquiría las maletas que lo acompañarían después en sus giras de conferencias, además de montones de camisas, corbatas, ropa interior y pijamas, cinturones de piel e incluso, en cierta ocasión, una ducha de viaje. Maiakovski estaba obsesionado con la higiene. En los cafés bebía siempre con una pajita, no fuera a ser que sus labios rozaran el vaso, siempre sospechoso, y siempre llevaba consigo una jabonera para lavarse las manos después de habérselas estrechado a alguien que no le

despertaba confianza.

81
31, RUE DE LA CHAUSSÉE-D'ANTIN
Louis-Ferdinand Céline

Chez Aristèle era el local preferido de los *voyeurs*. Tolerado por la policía, cuyos agentes se limitaban a controlar que no hubiera menores de edad, estaba gestionado de manera que se garantizara la máxima reserva y discreción. El cliente debía entrar por el local contiguo para llegar finalmente a un pequeño cuarto donde, sentado en una silla, tenía la posibilidad de contemplar a través de una mirilla todo lo que sucedía en la habitación de al lado. Allí LouisFerdinand Céline disfrutaba con el espectáculo de ver a su hermosa amante, la rubia Elizabeth Craig, entre los brazos de desconocidos.

82
16, RUE DE CLICHY
Casino de París

En 1922 un incendio devastó el Casino de París, si bien el reino del *music hall* parisino por antonomasia no tardó mucho en ser reconstruido. La *Guide des plaisirs à Paris* lo recomendaba vivamente por la presencia «en el escenario y en la sala de bellas mujeres, por los magníficos ballets con un ejército de bailarinas exquisitamente vestidas y, sobre todo, desvestidas».

Allí triunfaba la enigmática belleza de Barbette. Al finalizar el número del trapecio, «el arcángel de la noche» saludaba al público quitándose la peluca y revelando así su masculinidad. Ya lo decía Jean Cocteau: «Gusta a quien ve en él a la mujer, a quien adivina al hombre y al resto, cuyo espíritu se conmueve con el valor sobrenatural de su belleza».

Fascinado por su ambigüedad, Man Ray lo había fotografiado mientras se vestía con la esperanza de poder captar los sucesivos estadios de su cambio de sexo.

Deslumbrado por semejante metamorfosis, Cocteau lo acompañaba a su camerino, al que Barbette llegaba tres horas antes de salir a escena. Jean no se perdía un solo instante de su minucioso ritual de preparación. «Cuando peina su peluca rubia, sostenida con un sencillo elástico alrededor de las orejas, es el único momento en que adopta la sutil pose de una mujer que se peina.» Sin embargo, en cuanto se deshace de la peluca, Barbette «interpreta un papel masculino, despliega los hombros, tensa las manos, hincha sus músculos, exagera el porte de un jugador de golf». Se lo decía el propio Cocteau a Joséphine Baker: «Él lo esconde todo; ella lo deja ver».

Pero Barbette no gustaba solamente a Cocteau. Eran muchos, entre ellos Stravinski o Auric, quienes lo encontraban el digno heredero del famoso Nijinsky, de los Ballets Rusos. Drieu La Rochelle lo comparaba para bien con «esas mujeres gordas, feas, musculosas y desgarbadas». Crecía la leyenda. Se decía que Barbette, en la vida real Vander Clyde, de veinticinco años, se entregaba en su camerino a la lectura de *Ulises*, de Joyce.

1933. Justo veintiséis años antes, el 1 de noviembre de 1907, había provocado un verdadero escándalo cierta pantomima, *La Chair*, en la que Colette, mostrando sus pechos desnudos, provocaba el delirio del público. Muchos años después Maurice Chevalier seguiría recordándola: «Tenía unos senos fuertes, rebosantes, […] los más apetitosos del mundo». Aquella noche Colette, ya con los sesenta cumplidos, todavía encantadora a pesar del peso que había cogido, llegaba al Casino en calidad de periodista.

Había ido a ver actuar a una de las actrices más famosas, Cécile Sorel, de la Comédie-Française. También a Cécile le gustaba el *music hall*. Contemplaba absorta a las Hoffmann Girls, «bellas amazonas estoicas», girar en el trapecio con sus piernas de acero y su desnudez, apenas

velada por sus vestidos.

Para Colette su aparición significaba algo de veras importante, pues las dos contaban la misma edad y porque, si bien ya andaba por su tercer marido, sentía declinar su feminidad. Cécile Sorel apareció triunfalmente en lo alto de una escalinata dorada vestida con un traje de oro de veinte kilos en el que destellaban racimos de diamantes. Dejó que por los hombros se deslizara su manto de terciopelo púrpura, que en el acto recogieron cuatro hombres negros. Después comenzó a avanzar majestuosamente por los grandes escalones que la pintura dorada hacía resbaladizos. El color de las plumas de su casco pasaba delicadamente del rojo al rosa pálido. A los espectadores, encandilados por tanto esplendor, les parecía como si planeara en el aire. Cuando preguntó «¿He bajado bien?», el público prorrumpió en vítores. Luego supo dar otro golpe de efecto: mientras bailaba, sus largos collares se deshicieron e inundaron de perlas el escenario.

Más tarde, ya en su camerino, Cécile se dio cuenta de que el pesado cinturón del traje le estaba rozando la piel. Pero era feliz. «El Casino de París –confesó– es como una gran nave que zarpa hacia el descubrimiento de un arte universal y, cuando saludo al público, recibo sus aplausos como olas que, llevándome en volandas, me acompañan en el viaje.»

Dos años después, en 1935, Colette aplaudía entusiasta al mismísimo Maurice Chevalier, estrella de la revista *Parade du monde*. «Me ha causado una gran satisfacción volver a encontrar, en el fondo de esos maliciosos ojos azules, la mirada indomable de un joven artista, un nómada de las *tournées*, como yo, alguien con quien he estado muchas veces, un chico fornido, rubio, no demasiado sociable, que ya entonces era capaz de extasiar al público cantando y bailando.»

Zelli's

«Pero ¿qué hay en el sitio ese?», había preguntado cierto día André Breton a uno de los no pocos surrealistas que tras la reuniones en su casa, en el 42 de la misma calle, iban a pasar el rato al Zelli's. Las nebulosas respuestas que obtenía no le resultaban del todo satisfactorias. Hablaban vagamente del exotismo del local, de ese ritmo que imponía la nueva música llegada de Estados Unidos, el jazz, y de las seductoras presencias femeninas. «Allí hay mujeres tan hermosas que su puerta de entrada es como una puñalada.»

No era fácil adivinar la cantidad de personas que, tras las puertas de cristal y las cortinas anaranjadas, se reunían cada noche entre el bar y la pista de baile de aquel establecimiento, uno de los sitios más de moda en París. Louis Aragon escribía que «la entrada era el mercado donde se ponía a la venta cuanto allí había: corazones, cigarrillos y otras cosas menos fáciles de explicar». Ante el estruendo de la música y el vocerío, los jóvenes no podían sino hablar al oído de las prostitutas, que chillaban con excitación y fingido sobresalto. Allí Louis Aragon, justo cuando acababa de dejar la facultad de Medicina, se gastó sus últimos mil francos para festejar con los amigos su salto al vacío. Había vuelto allí con su amadísima Nancy Cunard y gozó tras su monóculo de la atracción que su cuerpo esbelto despertaba entre los presentes.

Su propietario, el italoamericano Joe Zelli, hablaba una lengua que se aproximaba al francés; el baile de moda era el tango. Junto al guardarropa se situaban los aseos, de los que brotaban las risotadas de las chicas, mientras la puerta de la cocina se abría una y otra vez para dejar paso a los camareros con platos de pollo y *welsh rarebit*, y botellas de champán. Para Aragon no había nada «más propicio para aislarse» que el guirigay de aquel establecimiento, un marasmo del que de vez en cuando emergían los gritos de Zelli jaleando a los bailarines de tango: «¡Olé, olé!». En aquella atmósfera saturada de humo, sudor y alcohol, el gentío era tal que uno ni siquiera podía acercarse al bar. «Del club sale

una tempestad de locura. […] Se parece algo al metro, pero es mucho más ruidoso.»

Michel Leiris, que había llevado allí a Georges Bataille, se emocionaba escuchando la voz ronca de una cantante negra: era su primer contacto, su primera fascinación, con un continente que dentro de poco conocería en persona. En el ritmo sincopado del jazz reconocía el eco de «una civilización acabada, de una humanidad que se sometía ciegamente a las máquinas». Beber y charlar con personas desconocidas era «el estimulante mental que considerábamos más idóneo para despertar nuestra inspiración».

Por mucho que supiera que los surrealistas eran unos muertos de hambre, Zelli le había cogido cariño a aquella pandilla de jóvenes que se instalaba prudentemente en una esquina del bar. No teniendo con qué pagarse el champán o concederse un entretenimiento, se limitaban a tener relaciones cordiales con todo el mundo. Y, sobre todo, a aspirar aquella tumultuosa atmósfera que no tenía precio. Allí, decía Aragon, «todo son risas, bailes; ni el amor ni su irresistible perversidad dejan ver su rostro a la luz del champán».

84
40, RUE FONTAINE
Georges Simenon

1926. Joséphine Baker, nada más salir del Folies Bergère, se encaminaba a su propio club, Chez Joséphine Baker, donde estallaba en bailes desenfrenados. Muy pronto el local se convirtió en uno de los predilectos de los esnobs y de los entendidos en jazz. La cocina era cosa de Freddie, una cocinera negra que preparaba los platos preferidos de la bailarina, entre ellos espaguetis a la guindilla. Entre los habituales se encontraban Jean Cocteau, René Clair, Robert Desnos o Colette. En las pausas, Joséphine se entregaba a amamantar con un biberón a la cabritilla *Toutoute*, miembro distinguido de su zoológico personal.

En una foto de aquellos tiempos, Georges Simenon, de esmoquin, sentado junto a la radiante Baker, deja ver claramente lo astuto de sus intenciones. Sus respectivos acompañantes parecen no darse cuenta de nada. La pareja de la bailarina, el autoproclamado conde Pepito Abatino, antiguo gigoló siciliano, sonríe feliz al constatar el éxito del club. La hermosa y andrógina Tigy Simenon, con un sucinto vestido negro y el pelo corto, mira fija y letalmente a la cámara. No obstante, muchos años después el escritor continuaría lamentándose de los celos malsanos de su mujer, quien lo obligó a ocultar su relación con la Venus Negra.

Pronto los más noctámbulos se acostumbraron a aquel extraño cuarteto –los Simenon, la Baker y Abatino– que cada noche se reunía en la rue Fontaine. Georges, que odiaba al siciliano, intentaba camuflar lo de Joséphine diciendo que hacía de secretario suyo. Y no era mentira, pues el novelista procuraba poner orden en la vida frenética del Ave de las Islas. Respondía a las cartas, repasaba la contabilidad y se ocupaba de enviar a la madre de la artista un cheque mensual.

Tenía en mente incluso la edición de una revista, *Joséphine Baker's Magazine*. La aventura no lo asustaba: de hecho, él solo, firmando con doce seudónimos diferentes, había escrito por completo el semanario *Frou-frou*. Los amigos de Joséphine veían en Georges poco más que a un pícaro sin sustancia que la distraía de todos esos magnates que la cortejaban. Pero ella se comportaba con esa misma libertad que le permitía bailar desnuda o hacer muecas simulando estrabismo. Simenon nunca había conocido a una persona tan libre y con tantas ganas de vivir.

Mientras tanto, la Baker se iba haciendo cada día más famosa. Los peluqueros animaban a sus clientes a *bakerfijarse* el pelo con brillantina, como ella. En cuanto se pintó las uñas de dorado, una sofisticada poeta, Anna de Noailles, la bautizó como la Pantera de las Garras de Oro. Todas se apresuraban a tumbarse en las playas de Deauville esperando acercarse al menos un poco al tono de su firme carne. Los asientos de su

automóvil, un lujoso Delage, eran de piel de serpiente. Del cuello de *Chiquita*, su leopardo, colgaban unos collares a juego con el vestuario de su dueña. En las revistas aparecían los nombres de sus animales: la chimpancé *Ethel*, el cerdo *Albert*, el lagarto *Kiki*, etcétera.

En 1927 la relación entre Baker y Simenon era casi perfecta, como perfecta iba a ser la *Joséphine Baker's Magazine*; de hecho, la cubierta del primer número ya estaba lista. Y entonces todo quedó en nada. La fama de Simenon había aumentado, si bien a una velocidad menor que la de su amante. Cuando decidió escribir sus memorias, Joséphine no recurrió a Georges, sino a otro. Sin embargo, junto a él forjó el disparatado plan de simular un rapto. Por suerte pararon a tiempo. «¡Qué buen reclamo! Joséphine y yo estuvimos a punto. […] La inevitable publicidad nos dio miedo. ¡Un falso escándalo se convertía en un escándalo verdadero!»

Poco después Simenon cejó en su empeño. No quería ser príncipe consorte. «¿Acaso lo de ser el marido o el amante de una mujer famosa y no ser nadie no sería la peor tortura para el orgullo de un hombre?»

85
42, RUE FONTAINE
André Breton

Ya la ubicación del apartamento era un auténtico manifiesto surrealista, pues parecía una celebración del contraste entre la banalidad del edificio y la increíble decoración del cabaret du Ciel y del cabaret de l'Enfer, reflejos claros de la *belle époque* y posteriormente convertidos en un Monoprix. Abierto de par en par como una boca satánica en el 53 del boulevard de Clichy, bajo las ventanas de André Breton, el cabaret de l'Enfer llevaba cerrado ya un tiempo. Aún podía distinguirse la falsa cueva en la que tenían lugar ritos satánicos con aire de farsa. Con una estética opuesta, el cabaret du Ciel ofrecía escenarios idílicos, confesiones picantes y espectáculos de ballet de fingida inocencia.

En un principio Breton se instaló en el primer piso, aunque luego se

mudó al cuarto. Para llegar hasta ahí había que atravesar el patio y luego subir por unas escaleras incómodas y tristes. En cierta ocasión el escritor, perdiendo el equilibrio, se cayó por las escaleras. Ningún daño físico, pero sí una enorme mancha oscura en el chaleco y la camisa. La magnífica *parker* color naranja con plumín de oro, la última moda, se le había roto en la caída y únicamente la cartera se había salvado de la catástrofe. «Apuñalado por su propia estilográfica, ¿hay acaso una muerte más hermosa para un escritor?», bromeaba Jacques Prévert. Breton se reía, pero estaba claro que aquel accidente lo había dejado aturdido.

Las habitaciones, ochenta metros cuadrados en total, estaban desbordadas por la colección de objetos que André acumulaba –máscaras, ídolos, cuadros, muñecas exóticas, aves tropicales disecadas–, tanto era así que para moverse por ellas era necesario seguir unos recorridos muy concretos. El aparente desorden de aquella miríada de presencias surreales confería al ambiente, siempre oscuro incluso en los días soleados, el aspecto del almacén de un museo.

Breton tenía el aire de un león, de un rey, de un general, decía Man Ray, quien admiraba la capacidad de su amigo para contradecirse de un día para otro sin perder su autoridad. El escritor aceptaba con «divertida presunción» el apodo de Pope del Surrealismo, aunque ello no significaba atenuar la rigurosa actitud crítica con la que juzgaba todo lo que hacía. Escondía con gran celo esa bondad en la que tan poco confiaba. «Breton tenía la facultad de inspirar amor sin gozar del don mágico de lograr conservarlo.»

Un buen día Breton había invitado a Yves Tanguy y a otro amigo interesado en la obra del pintor. Tan emocionados como intimidados por la personalidad solemne del escritor, los dos decidieron tomar cocaína para armarse de valor. El resultado fue que estuvieron hablando ininterrumpidamente durante toda la noche sin dejar que nadie más terciara en la conversación. A la mañana siguiente, Breton, tan inquieto como lleno de curiosidad, los telefoneó para saber qué era exactamente

lo que habían tomado.

El dueño de la casa leía en voz alta con gran solemnidad lo último que había escrito en presencia de los amigos. También Éluard recitaba sus versos de vez en cuando. Al hacerlo, «su voz era al principio aséptica, casi neutra, sin acento» y luego, ralentizando y subiendo el tono, confería a sus palabras el cariz de un alegato que continuaba resonando en la memoria incluso después de que dejara de hablar.

El escritor recibía a sus invitados en el estudio, donde se sentaban frente a él separados por las dos mesas unidas en las que trabajaba. Pocos sabían que en ciertos períodos Breton era víctima de unos tenaces ataques de pereza que le impedían escribir.

Quien no lo conocía se quedaba impresionado por la teatralidad con la que acompañaba sus monólogos y por lo estudiado de su vestimenta, aunque era inevitable darse cuenta del contraste existente entre el refinamiento de su corbata, del mismo tejido que la camisa, y el descuido con el que trataba sus zapatos, siempre llenos de polvo.

Cuando se celebraban las sesiones de escritura automática, los invitados veían la llave puesta en la puerta de entrada. En el interior la oscuridad y el silencio eran casi absolutos a fin de no molestar al médium de turno que se disponía a entrar en trance. Entre los mejores estaban el angelical René Crevel y el moreno Robert Desnos, rivales entre sí. En medio de aquella quietud estaban obligados a permanecer con los ojos cerrados y a agarrarse de la mano los unos a los otros.

Muchos dudaban de hasta qué punto las largas peroratas de Crevel no eran en realidad artificiales; en cualquier caso, sus palabras se transcribían escrupulosamente, al igual que las de Desnos, siempre más exaltadas. Aragon consiguió que lo eximieran de ponerse a prueba y Breton, a pesar de sus pretensiones, era incapaz de entrar en trance.

Una noche escucharon cómo la voz de Desnos adquiría un tono diferente para declamar: «Ahora ya soy un punto inmóvil en el espacio, brillo más que el sol, ¿no veis cuánto brillo?». Acto seguido el poeta cayó al suelo y se puso a correr a gatas, intentando en vano pasar por

debajo de la puerta. Las luces lo despertaron. Desnos quiso que le dijeran qué era lo que había hecho antes de refugiarse con aire triste en un rincón.

La casera le comentó en secreto a Francis Picabia, escéptico ante ese tipo de experimentos, que los vecinos del cuarto piso seguían quejándose. Y eso por no hablar de la señora que habitaba la casa de al lado, quien estaba convencida de que esos ruidos y esas voces eran cosa del demonio.

La primera mujer de Breton, la morena Simone Kahn, compartió con él aquellas dos habitaciones, una «silenciosa y umbrosa»; la otra «ruidosa y luminosa». A ambos los unía su pasión por los objetos que decían algo. Simone, inteligente y refinada, vivía a su sombra, feliz de atenuar su desasosiego. «Representas para mí –le dijo el escritor– todo aquello que me vincula a la vida.»

Segura del amor de su marido, Simone Kahn había conseguido aceptar a todas esas otras mujeres que pasaban por la vida de André: «André me ama. Eso es lo único que importa. Da igual de qué manera, siempre y cuando yo sea en su vida esa luz que para mí lo es todo».

En nombre de una transparencia alejada de la hipocresía, propia de las parejas burguesas, Breton no le escondía nada. Simone lo había consolado en la época en la que se enamoró desdichadamente de la mundana escritora Lise Meyer. Fue también testigo de cada una de las etapas de su encaprichamiento por una misteriosa adolescente a la que André había conocido en la calle, la futura Nadja, destinada a morir precozmente en un manicomio.

Su relación, en apariencia muy sólida, no pudo sobrevivir a la irrupción de una tercera mujer, Suzanne Muzard, a quien Breton conoció en 1927 durante una de las reuniones en el café Cyrano. Aquella muchacha, que provenía de una casa de citas, tenía unos ojos preciosos, un rostro muy expresivo y una sonrisa angelical ávida por vivir.

«Quizá Suzanne está completamente loca», reflexionaba Breton sin conseguir separarse de ella. Cuando la siguió a la Costa Azul, envió a

Simone un ramo de nardos con un mensaje: «Suzanne me ha contado historias maravillosas que son perfectas para mí y que seguro que te gustarían. […] Cada vez es más como la imaginaba, o quizá mil veces mejor. La primera vez que he sido capaz de abandonarla, tras ocho días, ha sido para escribirte». Su compañera de fuga añadió: «Simone, me he marchado con tu suéter. […] Pienso en ti con afecto».

No obstante, a pesar de esa nueva pasión, Breton nunca podría perdonar a Simone que le hubiera sido infiel con otro surrealista y prohibió expresamente a todos los miembros del grupo que se relacionaran con ella.

Suzanne y André no eran capaces de vivir ni juntos ni separados. Breton la miraba completamente fascinado mientras ella jugaba con *Melmoth*, un bonito perro gris de pelo largo. Pero en la vida cotidiana Breton perdía su halo. Ella, que había aprendido a costa de él a ahorrar, se enfadaba cuando el escritor malgastaba en nuevas máscaras africanas el dinero destinado a pagar las facturas. Pero aún más la irritaba el tono satisfecho con el que él decía: «¡Estoy sin blanca!». Cegado por la pasión, no había entendido que aquella joven «grácil, de rubia aureola» amaba el lujo y el amor con el mismo desenfreno.

Para colmo, la mayoría de los surrealistas la detestaban. Egocéntrica, coqueta e inconstante hasta la crueldad, sólo al cabo de muchos años Suzanne admitió que se había encontrado «en brazos de un hombre cuya inteligencia era incapaz de comprender». Sin embargo, fue la única que se atrevió a cambiar el aspecto del piso, para lo cual instaló una gran biblioteca diseñada por ella y modificó la disposición de los objetos y los cuadros.

1929. A finales de año las tensiones entre el indisciplinado René Magritte, de treinta y un años, y André Breton, de treinta y tres, acabaron por explotar. Fue durante una cena en la rue Fontaine. Luis Buñuel, que a la sazón tenía veintinueve, había llegado con su novia, Jeanne Rucar, de veintiuno, una atleta olímpica de melena rubia. A Breton le costó convencer a Buñuel, de carácter tímido tras su fachada

vagamente amenazadora, para que llevara a Jeanne, de quien sentía unos celos terribles.

Aquella noche estaba también René Magritte, vestido como era habitual en él: igual que un oficinista cualquiera, con su chaqueta, corbata y bombín, para provocar a los bohemios. Poco después, y de modo inexplicable, la atmósfera se fue ensombreciendo. Breton comía sin levantar la cabeza del plato y no había manera de hacerlo participar en la conversación. Finalmente, hecho un basilisco, señaló la crucecita de oro que lucía al cuello Georgette, la encantadora mujer de veintiocho años de Magritte, vociferando que para ir a su casa habría hecho mejor sustituyéndola por un trozo de madera. Normalmente muy educado, Breton sentía una hostilidad tal por la religión que un día salió hecho una fiera de su casa para echar abajo a patadas el puesto de un vendedor de biblias. A pesar de todo, Magritte reaccionó serenamente explicando que se trataba de un recuerdo de su abuela, y no de un deseo de provocarlo.

A partir de ahí no hay una única versión de lo sucedido. Según Buñuel, los Magritte aguantaron en su sitio hasta el final de la cena. Según otros, se marcharon precipitadamente seguidos por Louis Aragon, a quien Buñuel, que intentaba mediar entre ambas partes, no menciona. En todo caso, el pintor regresó a Bruselas. Allí escribió: «Mi ruptura con los surrealistas parece definitiva».

1934. La primera vez que Jacqueline Lamba apareció en el apartamento de Breton, su presencia fue todo un acontecimiento. El dueño de la casa se la presentó a sus amigos, quienes, con curiosidad, se fijaron en aquella muchacha menuda, rubia, de ojos inmensos. Después la recién llegada bailó descalza una danza oriental hasta quedarse prácticamente en paños menores ante la mirada satisfecha y excitada de Breton.

Casi de inmediato, los surrealistas que no habían tenido la oportunidad de admirar su cuerpo desnudo en el acuario de Coliseum, en el número 65 de la rue de Rochechouart, tuvieron la posibilidad de hacerlo en la casa de Breton, donde, entre todos los objetos de su

colección, Jacqueline colocó el retrato que le había realizado Man Ray. «Escandalosamente bella», Jacqueline Lamba no tenía el menor problema en mostrarse en cueros delante del público.

Pero aquella chica, que para el escritor era sólo una sirena mágica, era en realidad una pintora de veinticuatro años muy amiga de Dora Maar y próxima al Grand Jeu, un grupo de vanguardistas vinculado a los surrealistas, bautizado, por su carácter apasionado, como 14 de julio, día de la toma de la Bastilla.

Impulsiva e independiente, Jacqueline no se contentaba con el rol de musa que Breton le ofrecía. «Me presentaba a sus amigos como si fuera una náyade porque lo consideraba más poético que decir que era una pintora en paro. No veía en mí más que lo que quería ver, pero no me veía de verdad.» A partir de entonces, ya no sería Simone, sino André quien tendría que soportar las infidelidades de otra persona.

1939. Frida Kahlo, que en México había sido la mejor de las anfitrionas para André Breton, se vio obligada en París a compartir una pequeña habitación con la hija del pope. Pero lo que realmente la indignaba era la inercia del escritor frente al secuestro de sus cuadros. «Cuando llegué, los cuadros todavía estaban en la aduana, porque ese hijo de puta de Breton no se tomó la molestia de sacarlos», de modo que la exposición que le había prometido se retrasaba. Por suerte para ella, intervino para salvarla un hombre con «los pies en la tierra»: Marcel Duchamp.

«Este pinchísimo París me cae como patada en el ombligo», murmuraba la artista. La exposición resultó «un éxito y, teniendo en cuenta la calidad de los asistentes, creo que las cosas han ido bastante bien…». Cierto, no había vendido mucho, pero el Louvre había adquirido uno de sus cuadros, *El marco*; sin embargo, no conseguía perdonar a Breton que hubiera llenado la sala de «pura basura», como definió la pintora las esculturas precolombinas, los exvotos, el cráneo de azúcar y otros muchos objetos pintorescos provenientes de la colección privada del escritor.

Frida Kahlo seguía sin sentirse cómoda con aquellos bohemios de lujo.

«No puedes imaginarte lo joputas que son esta gente; me hacen vomitar. Son tan condenadamente intelectuales y degenerados que ya no los aguanto más. De veras que es demasiado para mi carácter. Prefiero estar sentada en el suelo del mercado de Toluca vendiendo tortillas que tener tratos con esas putas *artísticas* de París. Se pasan horas sentados en los cafés calentando sus culos, hablando sin parar de *cultura*, *arte*, *revolución*, y más y más, figurándose que son los dioses del mundo, soñando las más fantásticas estupideces y envenenando el aire con teorías y más teorías que no llegan a realizarse nunca.» Y proseguía sus quejas aludiendo a los miserables ingresos de Breton: «A la mañana siguiente no tienen nada que comer en sus casas porque ninguno de ellos trabaja y viven como parásitos del puñado de *putas* ricas que admiran su genio de *artistas*. Mierda y sólo mierda es lo que son».

No le gustaba que la calificaran de surrealista, como a aquellos holgazanes, pero la etiqueta era útil para las ventas. En aquella ciudad había algo que no le gustaba: «Te apuesto mi vida a que odiaré este lugar y su gente mientras viva. Hay algo en ellos tan falso e irreal que me vuelve loca».

Después cayó enferma. «Me juego la cabeza a que adquirí las cochinas bacterias en la casa de Breton. No tienes idea de la mugre con la que vive esa gente. En la maldita vida he visto nada igual.» Los surrealistas, absortos todos ellos en sus rituales, ni siquiera se habían dado cuenta de su malestar.

Una noche todos comenzaron a respirar fuerte y a decir: «¡Huele a gas!». Era una broma de Desnos, quien sin que nadie lo viera había abierto la llave de paso.

86
5, RUE GAILLARD (HOY RUE PAUL-ESCUDIER)[6]
Paul Morand

1918-1919. Ni siquiera los sábados por la noche, cuando Jean Cocteau

reunía a sus amigos, era capaz Paul Morand, de treinta años, de quitarse la impenetrable máscara de dandi. Silencioso y reservado, prefería escuchar dejando caer de vez en cuando cualquier ocurrencia siempre mordaz. Tras la cena en el Petit Bessonneau, un modesto bistró de Montmartre, el Grupo de los Seis –Darius Milhaud, Arthur Honegger, Francis Poulenc, Germaine Tailleferre, Georges Auric y Louis Durey– a menudo se dirigía al circo Medrano, en el número 9 del boulevard de Rochechouart, para aplaudir a los tres hermanos Fratellini, unos payasos sin parangón siempre dispuestos a pasar de las canciones a las acrobacias.

Por regla general la velada acababa en el pequeño piso tapizado de verde del compositor Milhaud, de veintiséis años, adonde Morand llegaba caminando a paso ligero, un poco encorvado y llevando un helado derretido envuelto en una servilleta. Héloïse, la anciana criada de Darius, se movía con parsimonia en medio de aquel efervescente grupo y observaba sin decir palabra cómo Morand vertía en su cóctel cierto líquido que a primera vista parecía un desinfectante.

Aunque tenía el don de contar con gracia una u otra anécdota subrayándola con unos extraños gestos de sus manos regordetas, Morand solía limitarse a seguir la conversación inclinando levemente la cabeza hacia un lado y dispuesto a sonreír por cada chiste de Cocteau. «Nunca consigo hacerme oír con esta voz mía tan débil y, por miedo a que se aburran al escucharme, abrevio tanto las historias que nadie me entiende.» Aún más taciturno que él, Raymond Radiguet se ceñía a observar y a tomar notas de vez en cuando. Morand detestaba hablar del éxito fulgurante de sus libros. En su obra, destinada a convertirse en una de las más sobresalientes del siglo, el público redescubría esa euforia que había invadido Europa tras la atrofia vital de la Gran Guerra.

Enseguida el escritor supo anteponer su conveniencia a las convenciones sociales. Siempre llegaba tarde, con el bombín calado hasta los ojos, y se marchaba o, mejor dicho, desaparecía al poco tiempo, normalmente para acudir a otra reunión de la que igualmente se

marcharía más pronto que tarde. Había perfeccionado su táctica para eludir la manida ceremonia de los saludos. «A costa de no saludar he ahorrado la mitad de mi vida.»

En aquellas veladas el clima era febril y la cháchara de los músicos se mezclaba con la de los pintores, los mecenas y los escritores. Todos se apreciaban. «Somos la SAM: Sociedad de la Admiración Mutua.» Aquel pequeño milagro de cada semana acabaría también por terminarse. Recordando la euforia de esos dos años, Jean Cocteau, que había sido su artífice y director, confesó que habían decidido dejarlo porque aquellos sábados estaban comenzando a institucionalizarse, a ser una cita obligada.

87
BOULEVARD HAUSSMANN
Paul Éluard

1930. El 21 de mayo, dos amigos daban una batida por el bulevar en los alrededores de las Galeries Lafayette en busca de posibles presas entre la multitud. Uno, Paul Éluard, de treinta y cinco años, era alto, elegante, esbelto, rubio, con una mirada lejana en su rostro asimétrico. El otro, René Char, de veintitrés, era aún más alto, metro noventa, y tenía un físico verdaderamente hercúleo.

Cuando vieron a aquella extraña muchacha ataviada de un modo teatral con un vestido raído hasta los tobillos, tacones altos y un sombrero coronado por el ala negra de un cuervo, pensaron que era la víctima idónea. Cansada, hambrienta y sin lugar donde dormir, Marie Benz, de veinticuatro años, evidenciaba su naturaleza indefensa. Tras haber intentado despistarlos en la locura del metro, finalmente aceptó acompañarlos hasta un café en la esquina entre el boulevard Haussmann y la rue de la Chaussée-d'Antin.

Dulce, menuda y bien formada, la chica era extraordinariamente atractiva. Mientras devoraba los cruasanes a los que le habían invitado,

les hablaba con un fuerte acento alsaciano sin el menor interés por esconder el más mínimo detalle de su vida, tan breve como ajetreada. Había nacido en el circo de un saltimbanqui de Mulhouse. Había trabajado de contorsionista y de comparsa en la compañía del Grand Guignol, había posado para tarjetas postales eróticas, había sido echadora de cartas y, si bien no lo confesaba explícitamente, de vez en cuando se prostituía.

Impactado por tanta desventura, Éluard, aún dolido por su ruptura con Gala, la trató con una enorme amabilidad. Nusch, como empezó a llamarla enseguida, se enamoró rápidamente de él. Char los empujó a subir a un taxi diciéndole al chófer: «¡Llévelos al 7 de la rue Becquerel!». Y de ese modo fue como Nusch entró aquel mismo día en su casa para nunca salir de su vida.

88
10-12, BOULEVARD DES ITALIENS
Café Certa

1919. Una tarde de diciembre André Breton, de veintitrés años, y Louis Aragon, de veintidós, hablaban con absoluta decisión de que había que acabar de una puñetera vez con esa bohemia de salón de Montmartre y de Montparnasse. Era indudablemente mejor el ambiente del passage de l'Opéra.

No había nada más melancólico y banal, sostenía Aragon, que el deseo marchito que brillaba a la «luz glauca, vagamente abismal» de los pasajes: los cafés poco frecuentados; una agencia inmobiliaria de barrio; un peluquero por cada señora; un «sastre mundano» que se llamaba Landru, como el célebre asesino de mujeres arrestado pocos meses antes; unos baños públicos sin un público definido; un triste restaurante; los limpiabotas; una tienda de filatelia; el hotel Montecarlo; unos aseos de color azulado; una vendedora de pañuelos; «el peluquero de los hombres ilustres»; un cerrajero; una masajista; una librería donde podían hojearse

las revistas sin tener que comprarlas; el Théâtre Moderne, ideal, pensaba Aragon, para anunciar la llegada del «surrealismo, hijo del frenesí y de las sombras».

Lo que más impresionaba al entrar al café Certa eran los enormes barriles que hacían de mesitas. Para sentarse uno podía elegir entre los taburetes altos y las sillas de mimbre. Al abrigo de unas pesadas cortinas amarillas, reinaba una «paz envidiable» en la que resultaba fácil abandonarse a las fantasías y ponerlas luego por escrito usando el característico tintero, proporcionado por el local, cerrado con el tapón de una botella de champán. «Imágenes que descienden como el confeti. Imágenes, imágenes, por todas partes imágenes», escribía Aragon.

El café era famoso por su oporto, pero Breton seguía pidiendo su bebida preferida, *curaçao* a la mandarina, y muchos de los que se sentaban con él lo imitaban, aunque habrían preferido ese exquisito oporto, alguna de las diferentes cervezas inglesas o uno de los muchos cócteles incluidos en la carta.

Un año después fue el fotógrafo estadounidense Man Ray quien, a sus treinta y un años, llegó al Certa de la mano de Marcel Duchamp, de treinta y cuatro. No era fácil conversar. Jacques Rigaut, de veintidós años, «la personificación del dandi francés», había trabajado como traductor, pero apenas sabía inglés. Tampoco Man Ray se sentía cómodo. Se había dado cuenta de que Breton, con su imponente cabeza siempre erguida, era quien dominaba el grupo. Aragon, igualmente seguro de sí mismo, rayaba en la arrogancia. Con su amplia frente, Éluard se parecía a Baudelaire de joven. Su compañera Gala hablaba inglés, pero era demasiado tímida para intervenir.

En enero de 1920, Breton convocó proféticamente a sus feligreses: «Haríais bien en venir al Certa al final de la tarde. Alguien habrá… Sí, seguro que hay alguien. ¡Os prometo una buena sorpresa!». Además de los surrealistas, que acogieron de buen grado al apóstol del dadaísmo, el rumano Tristan Tzara, también estaban Raymond Radiguet, de diecisiete años, y Henry de Montherlant, de veinticuatro. Tzara, también de

veinticuatro años, en un principio había asistido a las reuniones de incógnito, algo fácil de conseguir dada su escasa presencia física y a pesar del monóculo y su vestimenta de dandi decimonónico.

La insistencia de Breton en la puntualidad disgustaba a más de uno. Picabia comenzó a ser irregular en sus apariciones. Tzara se sentía minusvalorado. Breton atosigaba a los presentes con su juego de obligarlos a que pusieran nota a este o aquel personaje célebre.

Aragon era un conversador inagotable. Subrayaba sus frases con ampulosos gestos y controlaba el efecto de su retórica en el espejo. Dotado de una memoria extraordinaria y de una gran cultura, se divertía abrumando a sus interlocutores, poniendo a prueba su resistencia. A pesar de todo, aunque hablar de mujeres fuera una de las distracciones favoritas de los surrealistas, cuando Aragon se lanzaba a contar sus aventuras entre faldas resultaba aburrido.

El café Certa había adoptado a aquellos simpáticos jóvenes, los dadaístas, hasta el punto de bautizar con el nombre del grupo uno de sus cócteles. A Aragon le gustaba tanto aquella simpática cajera que la telefoneaba sólo para oírla responder: «No, no hay ningún dadaísta, señor», o «Nadie ha preguntado por usted».

1921. Cierto día, Simone, la esposa de Breton, de veinticinco años, presenció un extraño espectáculo. Los surrealistas, por lo general bastante irreverentes, se reunieron en torno a un anciano de barba blanca, bufanda roja y ropas andrajosas. Era uno de los últimos testigos de la cruenta Comuna de París, un poeta obrero que estaba rememorando las asambleas revolucionarias y la imagen confusa de un adolescente Rimbaud. «He visto tres revoluciones –decía– y no pierdo la esperanza de ver una cuarta.»

Después, en 1925, el avance del proyecto del boulevard Haussmann provocó la demolición del passage de l'Opéra, por lo que el lugar de reunión de los dadaístas desapareció. El Certa, lamentaba Aragon «está hoy en la rue d'Isly. ¿Y yo, dónde estoy yo?, ¿dónde está mi cuerpo? Ya ha caído la noche».

5, PLACE DE L'OPÉRA
Café de la Paix

1921. En diciembre, una pareja de jóvenes estadounidenses vestidos modestamente, Ernest Hemingway, de veintidós años, y su mujer, Hadley, de veintinueve, se encontraba en una situación de lo más embarazosa. Tras haber comido, al llegar el momento de liquidar la cuenta, advirtieron que no llevaban bastante dinero para pagar un total que para ellos era enorme. Mientras Ernest volvía a la *rive gauche*, al hotel Jacob et d'Anglaterre, en el 44 de la rue Jacob, a buscar dinero, Hadley se quedó allí como una rehén entre los espejos y los dorados del fastuoso café.

Un día a cierto músico, amigo o posiblemente amante de Isadora Duncan, lo llamaron a la mesa de Serguéi Esenin. Viendo a aquel jovencito atractivo y vestido, gracias a la generosidad de la bailarina, con gran elegancia, costaba creer que fuera el protagonista de tantas chanzas y escándalos. Su brillante sombrero de copa, su bastón con empuñadura de plata y sus manos exquisitamente cuidadas delataban su pasión por los lujos parisinos.

Sin perder un segundo, el ruso lo hizo participar de la discusión que tenía con su acompañante. «Dígame, se lo ruego, ¿cómo escucha usted una sinfonía de Beethoven?, ¿escucha la primera parte hoy y la segunda otro día?» «No, por supuesto que no.» «Entonces, ¿por qué nos comportamos así con una novela?, ¿no son creaciones de artistas que han intentado conferir a sus obras un mensaje para el público?, ¿cómo puede entender lo que un autor intenta decirle si interrumpe la lectura de su libro y lo deja en una estantería durante semanas?» «Sí, pero una sinfonía nunca dura más de una hora, a veces incluso menos.» «Ah, entiendo, ¿usted sería capaz de sacrificar al autor de una novela por una simple cuestión de tiempo?»

La polémica no quedó ahí, si bien Esenin prefería dedicarse a mirar a los transeúntes. Luego, antes de despedirse, dijo: «¿Saben?, la nostalgia

de tu patria es una auténtica profesión: es una profesión rusa».

Todavía quedaba verano el 4 de septiembre de 1932, cuando Louis-Ferdinand Destouches, el futuro Céline, había acudido en ayuda de una joven judía, Cillie Pam, que no conseguía hacerse ni oír ni entender para pedir que le trajeran algo. Enseguida congeniaron el médico de los pobres y la profesora de gimnasia vienesa. Elegante, nervioso, agitado, de un aspecto extraño acentuado por la dureza de sus ojos azules, Céline era un hombre fascinante que a su vez se sintió fascinado por el cuerpo domado por el ejercicio que poseía la extranjera. Luego la acompañó a dar una vuelta por la capital, desde los Champs-Élysées hasta Montmartre. Cenaron un par de veces. Apenas habían pasado tres días cuando volvieron a encontrarse en el café de la Paix y el escritor le ofreció las llaves de su casa de la rue Lepic. Céline no lo sabía, pero estaba en vísperas de obtener un gran éxito: una masa inimaginable de lectores leyó, comentó, apreció o detestó *Viaje al fin de la noche*, publicado a finales de ese año.

90
66, RUE PIGALLE (HOY RUE JEAN-BAPTISTE-PIGALLE)
Bricktop

1929. Bricktop, alias de Ada Smith, una cantante de jazz mulata, venía de sus cabellos pelirrojos y sus pecas.[7] Hija de padre irlandés y madre negra, sostenía: «Soy negra cien por cien, pero con la susceptibilidad de un irlandés». Le gustaba contar su vida tan aventurera y hablar del racismo dominante entre los norteamericanos. Al llegar a París, en 1924, con treinta años, tras la estela del éxito de *La Revue nègre*, espectáculo con Joséphine Baker como *vedette*, en un principio se quedó un tanto decepcionada al ver el reducido tamaño del Grand Duc, «un pasillo que conducía a una cripta». Posteriormente haría del local la clave de su éxito al transformarlo en una especie de club privado.

Deambulaba entre las mesitas con esos vestidos blancos que tanto

hacían resaltar el color de su piel, al igual que los largos collares de perlas. Gran fumadora de puros, consiguió atraer a una clientela refinada, entre ellos T. S. Eliot, Scott Fitzgerald, Hemingway, Evelyn Waugh, Gertrude Stein, Henry Miller o Picasso. En su local actuaron artistas de la talla de Duke Ellington y Django Reinhardt, y a menudo se veía con Joséphine Baker, con quien de joven había tenido una relación amorosa.

Bricktop no tenía precisamente una gran voz, pero su manera de cantar era extraordinaria, dulce y llena de nostalgia. Había escrito canciones para su amigo Cole Porter, quien a su vez le había dedicado «Miss Otis Regrets». Porter, que tenía una mesa reservada en el establecimiento, le había encargado que enseñara los nuevos bailes, el *black bottom* y el charlestón, a su gran cantidad de amigos, entre ellos el príncipe de Gales. Cuando uno de sus alumnos, el obeso Aga Khan, le preguntó qué sentía cuando un monarca besaba su mano pecosa, Bricktop le respondió sin dudarlo que para ella los besos de todos los hombres eran iguales.

Louis Aragon era muy querido allí. A su llegada la dueña salía a recibirlo y la orquesta tocaba el «New St. Louis Blues». Una noche, la preciosa Nancy Cunard, «literalmente vestida de oro», irrumpió en la habitación de un amigo, el escritor Richard Aldington, que estaba a punto de acostarse, y lo convenció para que la acompañara al Bricktop. Aunque estuviera comprometido con otra, Aldington estaba muy interesado en que lo vieran con la Cunard, con quien había tenido una pequeña aventura, para así desviar la atención de su nueva pareja. Encontró un tanto banal la decoración *art decó* y las servilletas a cuadritos blancos y rojos en las mesas. Tampoco le entusiasmaron demasiado ni la orquesta ni la cantante negra, posiblemente se tratara de la propia Bricktop, y menos aún una bailarina apenas vestida con un *cache-sexe* y un sujetador, a pesar de «los espectaculares contoneos de su región lumbar».

Aquella noche entre los presentes estaba también Aragon, «celoso de

mil demonios» a causa de Nancy Cunard, por quien había intentado suicidarse en Venecia. Hacia las tres de la mañana el escritor explotó montando una tremenda escena a Nancy, que había preferido a un músico negro. Pero Aragon, ocultando el verdadero motivo de sus celos, insistía en que Nancy le había robado a una chica. La rica heredera, impactada por el escándalo, lo echó fuera, pero, al regresar al interior, continuaron discutiendo durante el resto de la noche.

Aldington no lograba comprender por qué Nancy había abandonado a Aragon, quien estaba visiblemente enamorado de ella, por un simple capricho. Le constaba que aquella a la que todos llamaban la Gioconda del Surrealismo seguía jugando al gato y al ratón con Louis. «Nancy quiere para sí todas las libertades, todas las licencias, por mucho que haga sufrir a los demás, pero ella no se las concede a nadie.» A las cuatro y media, cuando se dio cuenta de que no tenía intención de parar de hablar de Aragon, se fue a dormir.

A Evelyn Waugh no le costó entrar en el local cuando llegó, en 1929. Allí nadie podía marcharse antes de la medianoche, le habían dicho sus amigos, pero, cuando se presentaron ante la puerta, encontró un cartelito: «Se abre a las cuatro. Bricky». Cuando finalmente dieron las cuatro, Waugh fue bien recompensado: Bricktop en persona se acercó a su mesa y le cayó bien. Bricky era, eso le pareció, la persona menos falsa que había conocido en todo París.

La popularidad de la cantante era asombrosa. Cuando Scott y Zelda Fitzgerald fueron a parar a la comisaría por bañarse en la fuente del rond-point des Champs-Élysées, el escritor le dijo al policía: «¡Usted no puede arrestarme, soy amigo de Bricktop!». El agente convocó a la artista, que rápidamente intercedió para que los dejaran libres.

Por otra parte, había sido Fitzgerald quien había lanzado su carrera tras unos meses en los que Bricktop tuvo que cantar ante un público más bien escaso. Pero el asunto es que el escritor se empeñaba en que ella lo acompañara a casa en su auto cada noche: «Es un niñito en el cuerpo de un hombre», bromeaba la cantante.

Siempre a su aire, Bricktop era capaz, sin dejar de cantar, de acallar una risa o de calmar las salidas de tono de un cliente borracho. John Steinbeck, expulsado del establecimiento por su destemplanza, le envió un taxi lleno de rosas amarillas para que lo perdonara. Al amanecer, llegaban los negros que trabajaban en París, y ella siempre les hacía un precio reducido.

Una noche dos hombres vestidos con una elegancia discreta, Georges Bataille y Michel Leiris, se sentaron junto a una joven estadounidense exageradamente rubia. Absorta en el cigarro que estaba fumando, la chica volcó sin darse cuenta su vaso de whisky, pero Leiris, que a punto estuvo de empaparse, permaneció impasible.

91
23, RUE DE LA VICTORIE
Henry de Montherlant

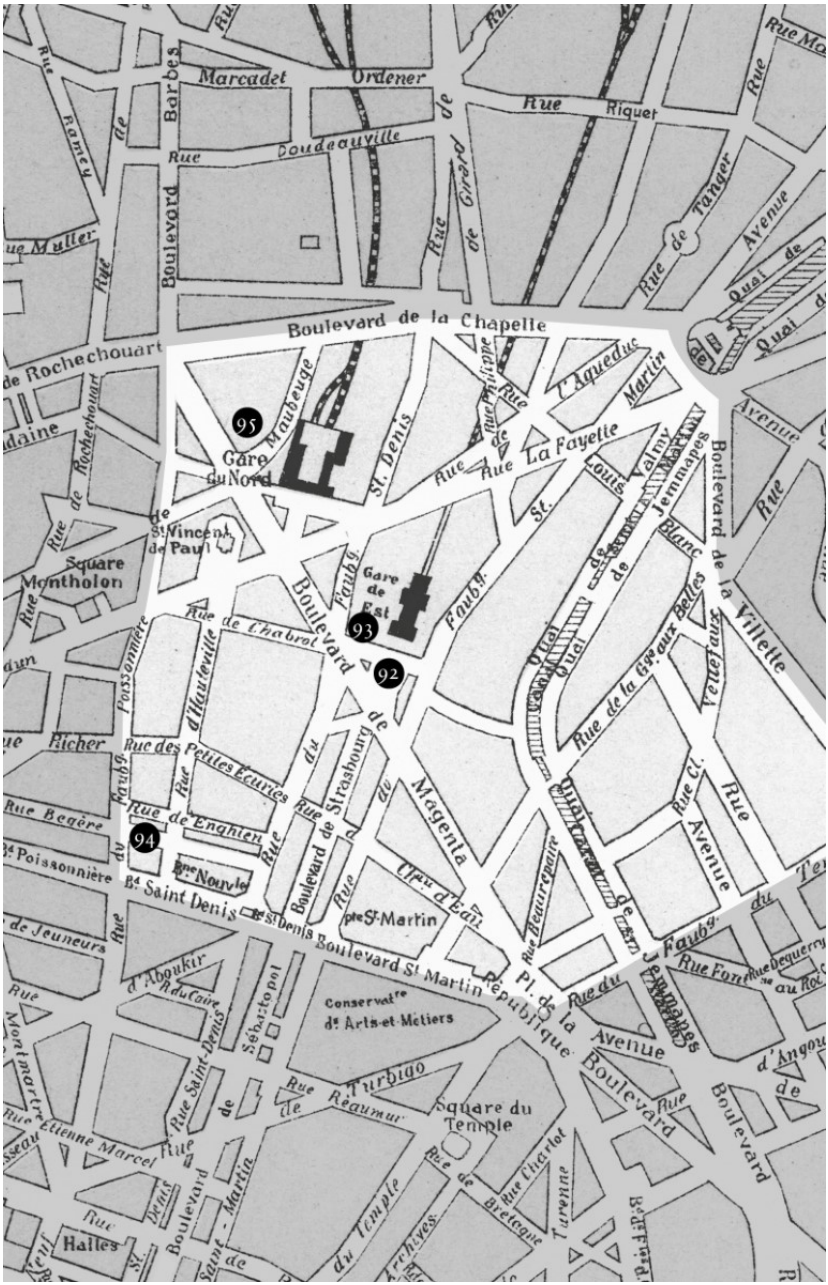
Años treinta. Era muy frecuente que Henry de Montherlant y Roger Peyrefitte, tras haber pasado largas horas leyendo en los bancos de la Bibliothèque nationale, fueran a comer al Louis XIV. Bajito y corpulento, Montherlant parecía sentir una hostilidad secreta por los objetos. Ahora derramaba el vino, ahora el café. Confesaba: «Como igual que un cerdo».

Continuamente procuraba decirse a sí mismo «No debo dar la impresión de ser un salvaje», pero raramente lo conseguía. No quería que lo fotografiaran por miedo a desilusionar a sus lectores que, a tenor de sus libros, seguramente lo imaginaban como un tipo atlético.

Un día, en dicho restaurante, Montherlant le dijo a su amigo: «Mira, ahí está Malraux». Y Peyrefitte vio a un hombre entregado a hablar fogosamente a las mujeres sentadas con él a la mesa.

«Nosotros ni siquiera nos saludamos –continuó Montherlant–. A mí me consideran de derechas; él es rojo. Un tipo sucio, pero buen escritor.» «No he leído nada suyo.» «Le prestaré *La esperanza*», sugirió Roger.

Xe ARRONDISSEMENT


Marcadet
Ordener
Rue Riquet
Boulevard de la Chapelle
Gare du Nord
Gare de Est
Square Montholon
Boulevard de la Villette
Boulevard de Strasbourg
Boulevard St Martin
Place de la République
Square du Temple
Halles
Conservatoire des Arts et Métiers
Rue de Rochechouart
Rue de la Fayette
Rue de Magenta
Rue Saint-Denis
Rue Réaumur
Rue du Faubg St Denis
Rue du Faubg St Martin
Rue du Faubg St Antoine
Rue du Faubg Poissonnière
Rue des Petites Ecuries
Rue de Enghien
Rue de l'Abreuvoir
Rue Beaubourg
Rue Turbigo
Rue Etienne Marcel
Rue de Bretagne
Rue Charlot
Rue de Tanger
Avenue Jean Jaurès
Avenue Parmentier
Avenue Mathurin Moreau
Avenue Secrétan
Avenue Mac Mahon
Avenue Wagram
Avenue Mac Mahon
Avenue Jean Jaurès
Avenue Parmentier

1, PLACE DU 11-NOVEMBRE-1918
Harry Crosby, Ernest Hemingway, Tristan Tzara

1920. Hacía mucho frío el 17 de enero, cuando Tristan Tzara, de veinticuatro años, se apeó del tren en la gare de l'Est. Había ido a París porque en Suiza el dadaísmo se estaba extinguiendo poco a poco, mientras allí parecía que todos lo amaran. Pero entre la multitud no vio a dos jóvenes de aspecto exaltado, André Breton y Louis Aragon, quienes supuestamente debían haber estado esperándolo. Ambos habían estudiado Medicina antes de renunciar a su profesión para dedicarse a la escritura o, mejor dicho, a la revolución.

El horario de llegadas y salidas situado encima del gigantesco reloj decía que la hora era la acordada, pero los tres escritores no llegaron a encontrarse. Fue un malentendido que se prolongaría durante años, hasta que dejaron de verse para siempre. El caso es que tal vez Aragon y Breton no esperaban que el protagonista y responsable del escándalo cultural del momento fuera aquel hombrecito de baja estatura y aspecto insignificante, a quien su atuendo típico de dandi no conseguía librar del anonimato. Eran ya pocos los artistas que vestían de negro para homenajear a Baudelaire y que calzaban ese monóculo que siempre prestaba un aire distinto y distante. Sin embargo, Tzara, obstinado, lo había transformado en emblema de la insurrección dadá. ¿Quién iba a reconocer detrás de aquel prisma de cristal a Samuel Rosenstock, joven judío descendiente de una acomodada familia rumana? Nadie. Como tampoco nadie había conseguido determinar exactamente el significado de esa palabra mágica y subversiva, *dadá*. Podría haber significado muchas otras cosas, pero era sobre todo una bomba verbal lanzada contra la hipocresía, la seriedad impostada y el tradicionalismo. «Basta ya de pintores, de escritores, de músicos, de escultores; basta de religiones, de republicanos, de monárquicos, de imperialistas… Fuera, fuera, fuera, fuera, fuera.»

1923. Hemingway tendría que haber subido al primer tren en dirección

a Austria para reunirse con su mujer y su hijo, «pero la chica de la que me había enamorado», Pauline Pfeiffer, «se encontraba entonces en París, y yo no cogí el primer tren, ni el segundo, ni el tercero». Pero sí subió al cuarto y, cuando llegó a la estación austriaca y vio a su mujer con el niño esperándolo, los dos sanos y bronceados, deseó «estar muerto antes que haber amado a otra».

1928. A un dandi como Harry Crosby difícilmente podría caerle bien un proletario como D. H. Lawrence. La editorial de los Crosby, Black Sun, le había publicado un cuento erótico, *Sol*, con un prefacio suyo. A pesar de ello, cuando Lawrence fue a verlo, a Crosby le pareció un tipo «cutre» y lo trató con suficiencia. En su diario, el escritor diletante anotó: «Él es banal; yo, no. Él no es de raza pura; yo, sí». Quién sabe si por ese no ser de *raza pura* Lawrence quiso que le pagaran en monedas de oro. Tampoco a él le había gustado nada Harry, a quien vio como poco más que un muchachito rico y caprichoso. «Para Harry, sus amores –sentenció– son como el whisky: un medio para drogarse hasta caer medio muerto, nada más que eso.»

Sin saber cómo podría conseguir aquella considerable suma, Crosby, envuelto en su enorme abrigo forrado de visón, recorría uno tras otro los vagones del tren a Roma en busca de alguien de fiar. El tren estaba a punto de partir cuando por fin vio a un señor de aspecto decente a quien preguntó: «Sir, ¿podría ayudarme enviando esto en cuanto llegue a su destino?» «Encantado… No es una bomba, supongo.» «No, es oro», concretó Harry mientras el convoy ya empezaba a moverse. «En tal caso lo mejor sería que nos presentáramos. Me llamo Argyll.» «Yo, Crosby. Es oro para un poeta.»

Cuando Lawrence recibió el paquete remitido por quien había resultado ser el duque de Argyll, dijo con entusiasmo: «¡Qué hermoso es el oro!, ¡qué pena que lo hayan convertido en moneda!… Si puedo permitírmelo, no lo gastaré nunca».

93
36, RUE D'ALSACE
Louis-Ferdinand Céline

1927. Era otoño cuando Céline se había mudado a aquella larga y monótona calle flanqueada por casas de ladrillo. En el primer piso, a la izquierda de la entrada, una placa anunciaba: «Doctor Louis Destouches. Medicina general. Enfermedades de la infancia. 1.º izquierda». Los inquilinos se topaban a veces en la escalera con una mujer joven, alta y delicada de porte aristocrático. Cuando cierta vecina tuvo una fiebre elevada, Céline apareció de inmediato, alto y atractivo con su traje claro. La precisión y la rapidez de sus gestos tenían poco que ver con su aspecto tosco.

Su vida se repartía en tres habitaciones, un baño y la cocina. No tenía muchos muebles, pero sí una buena cantidad de máscaras africanas colgadas de las paredes y una exótica estatua de madera con la mano extendida: «Es el gesto de los dioses: reciben la ofrenda», explicaba amablemente el dueño de la casa.

Escuchaba con mucha atención todo lo que le contaban sus pacientes y era capaz de vacunar a un bebé sin hacerlo llorar. Poco a poco fue conociendo a todos los inquilinos de aquel modesto edificio. La única que lo odiaba era la carnicera: «Me parece que ahí arriba pasan cosas extrañas. Estoy segura de que bailan desnudos».

Luego llegaron las chinches, que nada ni nadie consiguió erradicar. Las continuas rociadas de azufre únicamente servían para asfixiar a los inquilinos, y Céline decidió mudarse.

94
39, BOULEVARD DE BONNE-NOUVELLE
Café Chez Prévost

1926. En el café Chez Prévost cada uno podía servirse los *brioches*

expuestos sobre las largas mesas de mármol. Mientras una legión de camareros removía sin descanso el chocolate, se estaba consumando la enésima ruptura en la parroquia surrealista. Llamado el 30 de enero de 1925 a la noble tarea de dirigir el Bureau central de recherches surréalistes, Antonin Artaud, a sus treinta años, no había defraudado, gracias a su entusiasmo subversivo, las esperanzas que André Breton había depositado en él. Pero cuando la vanguardia comenzó a aproximarse al Partido Comunista, Artaud prefirió retirarse.

No se trataba únicamente de eso. Muchos de sus correligionarios desconfiaban de su protagonismo, de su «lado dandi» y de su misantropía. Breton, por el contrario, se sentía tan fascinado por el ímpetu de Artaud como intimidado, aunque esto último se lo guardaba para sus adentros. Más que a discutir, aquel hombre guapísimo de ojos azules exaltados se entregaba sin miedo a largos monólogos iluminado por su ira. No aceptaba con facilidad las objeciones ni estaba dispuesto a renunciar al histrionismo, como algunos surrealistas habrían querido.

Su humor era impredecible: según la ocasión, podía mostrarse irritado, deprimido, entusiasta, «inquieto e inquietante». De repente, dando prueba de una cortesía exquisita, ofrecía un trato alegre y amable, pero bastaba cualquier nimiedad para enfadarlo y hacerle soltar un torrente de feroces imprecaciones.

Aquel día, sintiéndose amenazado, Artaud se levantó bruscamente y atacó a Breton «con una violencia inaudita». Al poco lo expulsarían. «Lo que me separa de los surrealistas es que ellos aman la vida tanto como yo la desprecio.»

95
18, RUE DE DUNKERQUE
James Joyce

1932. Lucia, la hija de James Joyce, había pedido un viaje a Inglaterra como regalo por su vigésimo quinto cumpleaños. Al llegar al andén, dejó

caer las maletas y rompió a llorar ante la mirada perpleja de sus padres. Durante unos segundos intentó explicarles por qué ya no quería marcharse; luego comenzó a revolcarse por el suelo gritando. Apenas el padre se había acercado a ella para ayudarla a ponerse en pie, la chica huyó perseguida por aquel hombre medio ciego que se tropezaba con los equipajes y con los empleados.

Muy hermosa y dotada para la danza, Lucia había estudiado con Raymond Duncan, hermano de Isadora, pero estaba convencida de que carecía de la fuerza física necesaria para bailar. «En realidad, no es más que una niña», decía el escritor, quien se sentía culpable de aquello que más adelante le diagnosticarían a su hija: esquizofrenia. «Cada destello del talento que yo poseo se ha transmitido a Lucia desatando un fuego en su cerebro.»

Lucia había intentado en varias ocasiones incendiar su casa y, en 1922, cuando el teléfono sonaba sin descanso con motivo de la publicación del *Ulises*, cortó el cable mientras gritaba: «¡La artista soy yo!». Aquellos accesos de violencia eran imprevisibles. También ese mismo año le arrojó una silla a su madre, quien la despreciaba.

Lucia estaba acostumbrada a las visitas del joven y fascinante Samuel Beckett, que hacía, por voluntad propia, de secretario de su padre. Para Beckett, Joyce era un padre, un maestro, un rey. Para Joyce, Beckett siempre sería un criado más que un secretario. Devoto y respetuoso, hacía para él todo tipo de recados, también los más humildes. Joyce lo compensó con un abrigo y cinco corbatas viejas. Sam lo imitaba, hasta el extremo de llevar zapatos de punta de la misma talla que Joyce, por mucho que le hicieran daño.

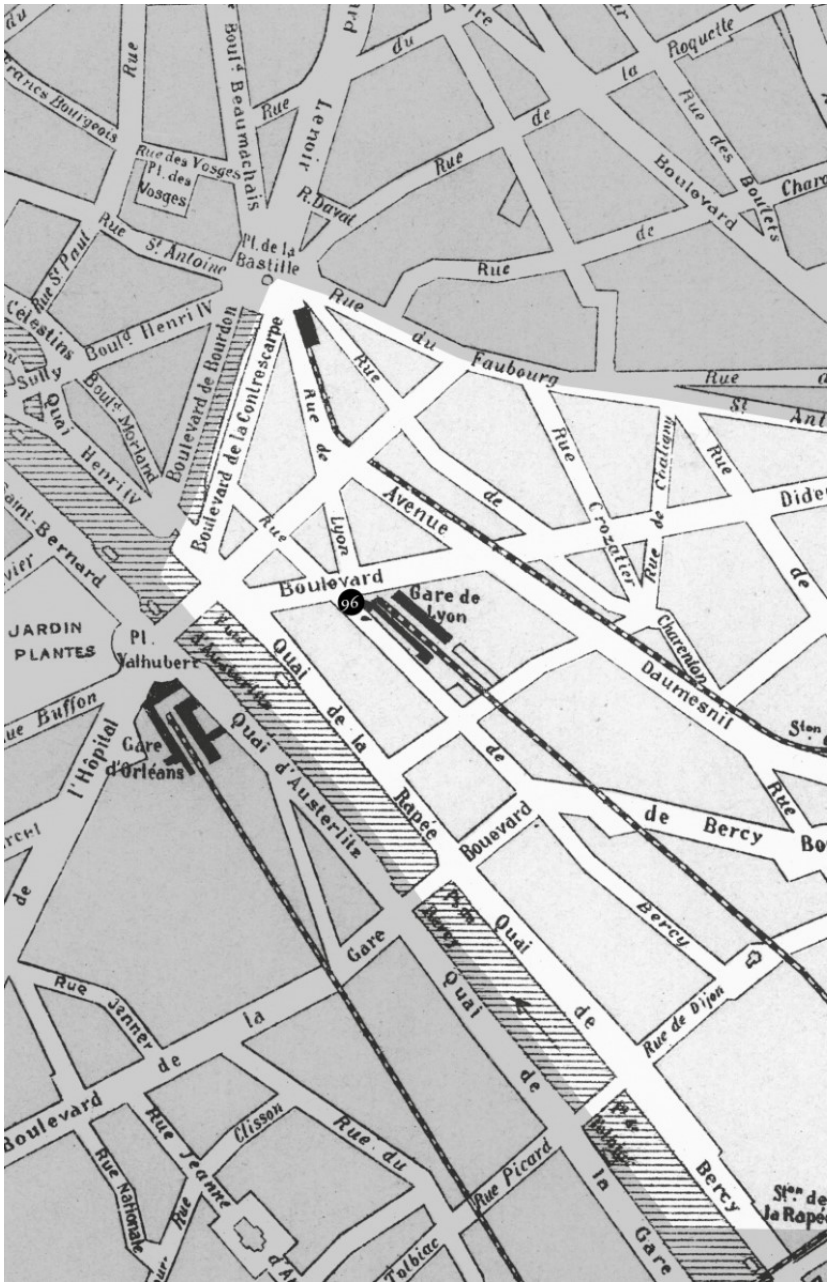
Aunque se veían a diario, nunca dejaron de decirse «señor Beckett» y «señor Joyce».

Inmerso como estaba en sus dramas internos, Beckett ni siquiera se daba cuenta de su poder de atracción. Sus ojos azules de miope enmarcados por aquellas gafas metálicas «irradiaban sensualidad». En alguna ocasión había salido con Lucia, aunque lo había hecho

fundamentalmente para complacer a su maestro. Cuando ella se enamoró de él y los Joyce comenzaron a considerarlos novios, Beckett se echó atrás, y James, enfadado, lo expulsó de su vida. Cierto día un amigo de Joyce oyó a Nora decir: «Lo que Lucia necesita es un buen maridito». Lucia replicó con dureza: «Mi problema es que estoy hambrienta de sexo».

Samuel no se había echado atrás por un prurito moral, no era eso: sus aventuras, sobre todo cuando estaba borracho, eran frecuentes. Beckett era «un santo que amaba el vino y a las mujeres», pero Lucia era a todas luces demasiado inestable incluso para una relación efímera. Cuando en 1934 su padre, con el corazón roto, la dejó en manos de Carl Gustav Jung, Lucia dijo: «¡Quién iba a pensar que un suizo materialista grande y gordo como éste iba a meter sus manos en mi alma!».

XIIe ARRONDISSEMENT


Rue
Boulv Beaumarchais
Rue
Le Noir
du
Rue
de
la
Roquette
Rue des Boulets
Boulevard
Rue des Vosges
Pl. des Vosges
R. Daval
Rue St Antoine
Pl. de la Bastille
Rue St Paul
Rue
de
Rue
Rue du Faubourg
Rue
St Ant
Boulv Henri IV
Boulevard de Bourdon
Boulevard de la Contrescarpe
Rue de
Rue
Rue
Croizatier
Rue de Charlagny
Rue
Didel
Boulv Morland
Quai Henri IV
Avenue
de
Rue Lyon
Boulevard
96
Gare de Lyon
JARDIN PLANTES
Pl. Valhubert
Rue Buffon
Rue Alexandre
Quai de la
Rue Charenton
Daumesnil
Gare d'Orléans
l'Hôpital
Quai d'Austerlitz
Rue de la Rapée
Boulevard
de
Rue
de Bercy
Bercy
Quai
Gare
Quai
de
Rue de Dijon
Rue Jenner
de
la
Boulevard
Rue Jeanne
Clisson
Rue du
Rue Picard
Rue Nationale
Tolbiac
la
Gare
Bercy
Stn de la Rapée

PLACE LOUIS-ARMAND

Gare de Lyon

1922. Ernest Hemingway, de veintitrés años, se bajó del tren en la gare de Lyon con regalos en la maleta para su mujer, Hadley, que se había opuesto en vano a que se marchara para ser corresponsal en la guerra greco-turca. Ernest tuvo que cargar con su equipaje porque el taxista, el mismo que unas semanas antes lo había llevado a la estación, estaba tan borracho que, al intentar coger su máquina de escribir Corona, se le había caído y la había roto. Pero, más que el collar de ámbar y el otro de marfil, lo que más impresionó a Hadley fueron las infinitas picaduras de chinches y los piojos que infestaban el pelo de su marido.

A finales de ese año la gare de Lyon fue escenario de un suceso fundamental para la pareja. Ella estaba a punto de partir para reunirse con él en Lausana, donde Hemingway cubría para el *Toronto Star* el desarrollo de la Conferencia de Paz. Colocó en su compartimento la maleta que contenía todos los manuscritos de su marido, en los que se había propuesto trabajar durante las vacaciones de Navidad. Pero bastó con que se alejara un momento con el fin de comprar el periódico para que la maleta desapareciera. Llegó a Suiza tan afligida que lloraba sin poder decir una palabra.

Cuando Ernest por fin se enteró de lo sucedido, se marchó a toda prisa a París para ver si su mujer por casualidad había dejado en casa los borradores. «Quién sabe si perder esos primeros trabajos acabó siendo algo bueno para mí.»

1923. El «artículo *il*»: así es como se llamaba a las parejas en las que él era mucho más alto que ella. Menuda, inteligente y nerviosa, Clara Goldschmidt, heredera de una influyente familia judía, estaba completamente abrumada por el encanto avasallador de André Malraux. Se habían casado el mismo año en que se habían conocido a pesar de la hostilidad de sus respectivas familias, la de ella por ese jovencito sin oficio ni beneficio, y la de él, por aquella judía.

Clara lloró durante el trayecto en taxi hacia la estación, pero él se sentía henchido de confianza. El gran reloj de la gare de Lyon, al que Malraux llamaba *el limón*, parecía separar definitivamente el pasado de un futuro preñado de incógnitas. Por otra parte, el escritor había dilapidado el patrimonio de su mujer en inversiones muy arriesgadas, y sólo una aventura como aquella en la que se estaban embarcando podría salvarlos. El baúl armario de ella contenía una chaqueta de caza y unos pantalones de montar. Él había optado por el casco colonial y ella por un gran fieltro gris con agujeros para permitir que pasara el aire.

Sin embargo, la carga más importante que llevaban era una docena de sierras con las que esperaban arrancar estatuas de los templos camboyanos para revenderlas a buen precio.

1924. Habían pasado cuatro años desde la última vez en que James Joyce, de cuarenta y dos años, e Italo Svevo, de sesenta y tres, se habían visto. Se habían conocido y trabado amistad durante la estancia en Trieste del irlandés. Joyce fue a la estación a esperarlo, pero Svevo se había equivocado de día y de hora.

Tras esperarlo en vano, Joyce le escribió en italiano: «He ido a la estación, pero a la hora indicada no llegó ningún tren, ni siquiera con retraso. Me disgustó mucho. ¿Cuándo volverá a pasar por París?, ¿podría dormir aquí? Gracias por la novela [*La conciencia de Zeno*] y la dedicatoria. Tengo dos ejemplares, pues pedí uno desde Trieste. Lo estoy leyendo con gran placer. ¿Por qué se preocupa? Es con mucho su mejor libro».

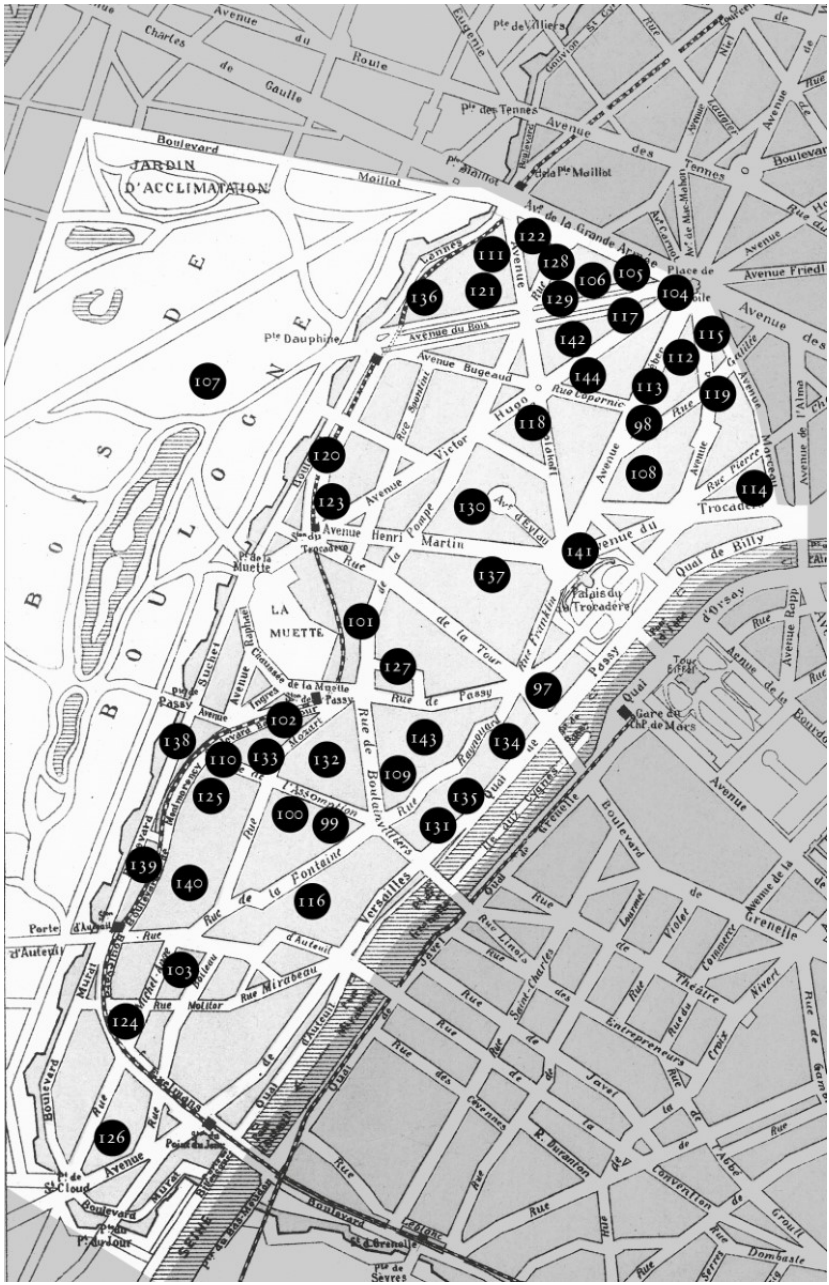
1927. André Breton, a sus treinta y un años, estaba locamente enamorado de Suzanne Muzard, de veintisiete, compañera de su amigo Emmanuel Berl, de treinta y cinco. Breton se quedó paralizado al leer la nota que había recibido el día anterior: «Adiós para siempre: me marcho mañana. Intenta comprenderme». No era la primera vez que la rubia Suzanne iba y venía entre los dos rivales, pero Berl había conseguido por fin completar los trámites para divorciarse de su esposa. Con miedo a perderla para siempre, André Breton se precipitó hacia la estación

acompañado de un grupo de surrealistas que se desplegó frente a su compartimento. Berl, indignado, le preguntó a Suzanne «¿Toda esta comedia es cosa tuya?», a lo que Breton respondió: «Mira, Berl, Suzanne me ha enviado un mensaje de despedida, y yo he adivinado el resto. Estoy en mi derecho de venir aquí con unos amigos para desearle un buen viaje, a menos que decida no coger el tren, claro». Mientras el vagón arrancaba lentamente, Suzanne era incapaz de alejarse del rostro desesperado de Breton, que no dejaba de gritar: «¡Hasta pronto!».

Según otra versión, Berl, al ver que la mujer estaba a punto de ceder a la inesperada presión de su rival, la amenazó: «Alto ahí, voy armado!». Temiendo que cometiera alguna locura, Suzanne optó por quedarse quieta y el tren separó a los dos amantes.

S. f. Ni siquiera el corte a cepillo conseguía domesticar el cabello hirsuto de Robert Desnos, quien se deleitaba tomándole el pelo a la gente, a la que observaba con sus inmensos y dulces ojos tras aquellas gruesas lentes. En el bufet de la estación se hizo pasar por otro y, tras cenar con un amigo, se puso en pie para proclamar con voz alta y solemne ante los presentes que se veía obligado a marcharse. Que por muy avanzada que estuviera la noche, explicó, debía dirigirse a cierto descampado donde tendría el honor de inaugurar una estatua en homenaje al inventor de la carta anónima. Cuando le preguntaron el nombre del homenajeado, respondió: «Se desconoce. Siguiendo el deseo formulado por este eminente prócer antes de morir, sólo se ha esculpido una estatua, y nada más. La estatua se retirará mañana y todo volverá al anonimato». «¿Y ante quién pronunciará el discurso?» «Ante gente que recibe cartas anónimas», dijo, y desapareció en la oscuridad.

XVIe ARRONDISSEMENT


JARDIN D'ACCLIMATATION
BOIS DE BOULOGNE
LA MUETTE
Trocadéro
Palais du Trocadéro
Gare du Champ de Mars
Versailles
Grenelle
Pte Dauphine
Pte Maillot
Pte des Ternes
Pte de Villiers
Pte de la Muette
Pte d'Auteuil
Pte de Sèvres
Pte d'Orléans
Pte de St Cloud
Pont de Sèvres
Pont de Grenelle
Pont de Passy
Pont de Bercy
Pont de Tolbiac
Pont de Austerlitz
Pont de Austerlitz

6, SQUARE ALBONI
Pierre Drieu La Rochelle

Quien entraba por primera vez en aquel edificio blanco, desde el cual se veía la estación de metro de Passy no veía en Pierre Drieu La Rochelle al dueño de la casa, sino a un invitado más.

Era el resultado de su extraño matrimonio con Colette Jéramec, su joven esposa, perteneciente a un rica familia judía. De hecho, aquel dandi inquieto jamás le escondió que no la amaba. Ella afirmaba que se había casado con él para salvarlo del suicidio y de una soledad acrecentada por el vicio de hacer daño a los demás y a sí mismo. «Era taciturno, difícil», no podía perdonar nada a nadie y menos aún a sí mismo.

Herido en tres ocasiones durante la Primera Guerra Mundial, el escritor ahuyentaba su inexplicable nostalgia por el campo de batalla con una fiesta sin fin. Para conseguir que se sintiera libre, Colette, quien lo adoraba, había transferido a su cuenta una gran suma de dinero que Drieu disipaba a conciencia.

Entre los muebles modernos se congregaban amigos provenientes de los ambientes más distintos, entre ellos los surrealistas, Gaston Gallimard y el elegantísimo Gaston Bergery, secretario general de una comisión encargada de la compensación por los daños de guerra, quien, en la fiesta de Nochevieja de 1919, dos años después de la boda de Drieu, bailaría descalzo un tango en el salón. Allí también, en 1920, se hospedó el inglés Aldous Huxley a sus veintisiete años.

Cuando logró regresar al frente, el matrimonio aún no se había consumado y, por lo que parece, no se consumaría jamás. Al volver, Drieu intentó tener relaciones con ella, pero una vez más no lo consiguió. El escritor sólo se sentía cómodo con las prostitutas o con las mujeres de pocos prejuicios. A Colette no le importaba todo aquello: le bastaba esa «deliciosa intimidad» de la que disfrutaba cada día, a pesar de los caprichos y los bruscos cambios de humor de aquel hombre

atormentado.

Drieu, enfadado consigo mismo, sufría las miradas desoladas de su mujer: su única reacción era emborracharse cada noche. Los cónyuges dormían separados y una mañana él se despertó empapado de su propio vómito.

Odiaba tanto la tapicería negro y oro como la decoración, demasiado moderna. Para él, todo se había convertido en «la imagen del desastre». Con Colette se comportaba de modo irregular: lo mismo la humillaba delante de todo el mundo que la trataba con una amabilidad exquisita. En 1921 se divorciaron y aquel amor no correspondido se transformó en una amistad que duraría para siempre.

98
44, RUE DE L'AMIRAL-HAMELIN
André Gide, Marcel Proust

1919-1922. Cansado de los problemas que le daba su piso de la rue Laurent-Pichat, Marcel Proust, de cuarenta y ocho años, se mudó a esa calle a pocos pasos del arc de Triomphe.

El hombre más refinado de su tiempo no buscaba en una casa la belleza –«A los veinte años comprendí que todas las casas, fueran feas o hermosas, eran iguales para mí»–, sino la tranquilidad y el silencio. Sin embargo, no dudaba en definir su nuevo apartamento en el quinto piso como «un miserable tugurio en el que apenas cabía mi camastro». Sus quejas no eran gratuitas. Para trasladarse a aquel espacio tan reducido, él, tan apegado a los muebles impregnados de recuerdos del pasado, había tenido que renunciar a muchas cosas, desde el piano en el que tanto le gustaba tocar a su amigo el compositor Reynaldo Hahn, hasta el imponente armario con espejo. Pero la disposición del mobiliario en la habitación más importante de la casa, la del propio Proust, permanecía idéntica. La cama de bronce, oscurecida de tanto fumigarla, la misma en la que dormía desde su infancia, estaba dispuesta para que pudiera

observar en diagonal la entrada de un eventual visitante. Al lado había tres mesitas, en las que estaban los instrumentos indispensables para aquel eremita mundano: los polvos para el asma, un buen montón de pañuelos, las gafas y un reloj. Encima de la última, denominada *bote salvavidas*, se amontonaban sin orden libros y papeles. La luz apenas se filtraba por las tupidas cortinas azul oscuro que tapaban las ventanas cerradas, de suerte que sólo podía venir del lado izquierdo, el mismo lugar de donde llegaba el calor de la chimenea.

Unas buenas propinas convencieron a la asistenta por horas de Aristide Briand, que vivía en el piso de arriba, de que debía ser lo más silenciosa posible.

Proust se encontraba tan mal que no tenía otro remedio que permanecer tumbado. Poseído por el trabajo y por la sensación de una muerte inminente, sus salidas eran cada vez menos frecuentes. «El tiempo apremia, Céleste…», repetía el enfermo a su sirvienta. Hacía mucho frío, y Proust sostenía que la calefacción central y el humo de la chimenea eran los responsables de su asma.

Los jóvenes escritores que iban a visitarlo veían en aquella incansable abeja encerrada en su lúgubre panal una parábola viva de la renuncia a la vida en favor del arte.

En febrero de 1921, François Mauriac, de treinta y seis años, encontró realmente siniestro aquel dormitorio, con la chimenea negra apagada y el gran abrigo negro forrado de piel, reliquia de la vida mundana de Proust, que ya sólo utilizaba a modo de manta. Para atender a las visitas se preparaban comidas ligeras en las que la abundancia de bebidas, champán o sidra, contrastaba con la escasez de alimento, pollo o lenguado, que Céleste cocinaba sin mucho adorno.

Proust, con una palidez acentuada por su larga barba, no comía, y Mauriac se quedó impresionado al contemplar «la máscara de cera a través de la cual nuestro anfitrión parecía vernos comer; sólo sus cabellos parecían seguir vivos». En aquellas reuniones participaba con frecuencia un joven guapo y silencioso, su secretario, y quién sabe si

amante, Henri Rochat, a quien había conocido en el Ritz. «No nos molestará: nunca dice una palabra», se excusaba el escritor. Proust había animado para que se dedicara a la pintura a aquel a quien Jean Cocteau definía cruelmente como un «botones estúpido», aunque fue él mismo quien se encargó de convencer a un acaudalado amigo norteamericano para que comprara sus lienzos. Proust acabaría por despedirlo el día que, exasperado por el aire viciado del piso y por los celos de su amo, cometió un delito imperdonable: abrir de par en par una ventana.

Según la criada, en aquellas ocasiones Proust vestía un pijama recién lavado, al igual que las sábanas de la cama. Aquel día, a Mauriac, posiblemente influido por la atmósfera sepulcral de aquel espacio, le pareció que «las sábanas no estaban del todo impecables» y creyó sentir que en la casa flotaba el olor de una «suciedad ancestral».

Era ya tarde cuando André Gide, de cincuenta y dos años, se presentó en el piso de Marcel Proust en mayo de 1921. Éste se estaba preparando para salir, pues creía que su amigo ya no acudiría. «Desde hace cuatro días envía cada noche un automóvil para recogerme, pero ninguna noche me ha encontrado», anotó irónicamente Gide en su diario.

En aquella relación entre un astro inmóvil del firmamento literario francés como Gide y una estrella ascendente como Proust había un nudo, en el sentido literal del término, un nudo que jamás se desharía del todo. Convencido de que Proust era solamente «un seductor frívolo y marchito», Gide no había hecho caso a lo que aún no tenía el título de *En busca del tiempo perdido*. Alertada por la sospecha, Celéste confirmó que los peculiares lazos con los que había atado el paquete seguían intactos. Cuando el éxito inesperado del primer volumen de Proust empujó a Gide a revisar sus prejuicios, se arrepintió de aquel primer rechazo, razón por la que Proust había tenido que pagar su publicación de su bolsillo. «Me avergüenzo de haber sido el principal responsable y seguirá siendo una de las penas, mejor dicho, uno de los remordimientos más hirientes de mi vida.» Pocos sabían manejar los propios errores de una manera tan magistral como Gide. En realidad, tras ese desdén

consciente quizá se ocultaran otras razones. Ante todo, la desconfianza de un autor consagrado hacia un rival en potencia. No eran pocas las cosas que los unían: ambos eran ricos y homosexuales. Pero, como quedó patente aquella noche, había muchas otras que los separaban, y no se trataba únicamente de la habilidad con que Gide, en un momento dado, dejó de esconder su propia diferencia, sin por ello renunciar a su papel de moralista.

Discutían sobre el hecho de que, en la novela, Proust hubiera convertido sus amores pasados e inconfesables en pasiones heterosexuales. Para seducir a su interlocutor, Proust aseguró que se arrepentía de haber elegido travestir de muchachas en flor a sus primeros flirteos homosexuales. Pero a Gide esa treta le seguía pareciendo una forma de condena explícita de lo diferente. Sin embargo, cuando Gide le reprochó que con el sadomasoquismo del barón de Charlus pretendía dejar al descubierto el lado más abyecto de la sodomía, Proust protestó, y Gide comprendió que «lo que a nosotros nos parece innoble, cómico o incómodo en el fondo a él no le parece tan repulsivo». De hecho, Proust le confesó que casi nunca era la belleza lo que le atraía, pues pensaba que ésta poco tenía que ver con el deseo.

Gide observaba con su curiosidad insaciable a aquella extraña ave nocturna de mirada ojerosa. Aunque ya era primavera, la salita estaba caldeada. Proust todavía temblaba de frío y matizó que en su dormitorio aún hacía más calor. Al mirarlo, el visitante entendió enseguida que no se trataba de una enfermedad fingida: Proust no dejaba de acariciarse la nariz con el dorso de una mano que «parecía muerta, con los dedos extrañamente rígidos y separados uno del otro».

99
5, RUE DE L'ASSOMPTION
James Joyce

1920. «Caja de cerillas»: así había definido James Joyce, de treinta y

ocho años, aquel piso de tres pequeñas habitaciones. Se lo había cedido totalmente gratis quien sería su futura traductora, Ludmila Bloch-Savitsky, de treinta y nueve años.

No tenía buenas vistas, pero era una calle muy tranquila y estaba cerca del bois de Boulogne. Los muebles, en eso estaba de acuerdo Ludmila, eran «muy incómodos». Además, faltaban algunas cosas. Ezra Pound, de treinta y cinco años, que lo ayudaba en lo que podía y lo había convencido para que fuese a París, le sugirió que buscara ayuda en otra futura traductora, Jenny Serruys, de treinta y cuatro. Decían de ella que no era una mujer muy espabilada para las cosas de su casa, pero a pesar de ello la mujer consiguió un somier y un colchón para el hijo de Joyce, Giorgio. Después le tocó el turno al escritorio. Aun así, las exigencias del exiliado parecían no tener fin. Jenny tuvo que ocuparse de seguir la pista de un paquete de libros perdido en los laberintos del servicio de correos y de proporcionarle algo de dinero. La mujer de Joyce, Nora, de treinta y seis años, compartía con él aquella caótica y pintoresca pobreza durante su exilio europeo. Pero aquel alojamiento no le gustaba, y en noviembre la familia Joyce reanudó su peregrinaje por diferentes pisos parisinos, primero éste, luego el otro…

Él amaba devotamente a su mujer. Le gustaba su alta estatura, su porte majestuoso, su precioso pelo rojo y sus manos grandes, casi viriles. Nora nunca se propuso compensar la enorme diferencia social y cultural que la separaba de su marido. De hecho, hablaba y escribía un lenguaje agramatical, algo que él se encargaría de trasladar a su obra.

Joyce anhelaba una mujer que lo dominara en la intimidad y en la vida cotidiana. James dependía absolutamente de ella. «Es un ser débil. Siempre tengo que andar detrás de él.» Nora aceptó su tarea sin que por ello faltaran momentos de reticencia e inquietud, en especial cuando su marido desaparecía largas horas y regresaba borracho. Soportaba sin lamentarse la soledad de ese tiempo interminable en que él se dedicaba a escribir. Intuía vagamente su grandeza, aunque no se sentía cómoda con lo abstruso ni con lo obsceno de algunas partes de su obra. «¿Por

qué no escribes libros sensatos que la gente pueda entender?»

Sin embargo, a veces Nora se sentía superada por tanta calamidad y dejadez. El azul celeste y triste de sus «ojos soñolientos» se encendía de rabia bajo sus largas pestañas negras: «¡Míralo, holgazaneando en la cama!, ¡ay, si me hubiera casado con un vendedor ambulante o con un campesino, con cualquiera menos con un escritor!».

100
11, RUE DE L'ASSOMPTION
Paul Valéry

1938. ¿Quién habría dicho que, en aquella casa tranquila, rodeada de árboles, vivía una Circe? Ni siquiera las fotografías nos revelan hoy el secreto de esa mujer de cabello corto y ojos saltones que habitaba con desenvoltura un cuerpo esbelto aunque de piernas gruesas. Quien la conocía de inmediato caía rendido al encanto de Jeanne Loviton, de treinta y cinco años, que firmaba con el pseudónimo de Jean Voilier. «Fue el último personaje novelesco de nuestra época», reconocía en su lenguaje siempre exacto François Mauriac.

La casa, caracterizada por su lujo y excelente decoración, había sido regalo de su padre adoptivo, quien sentía por ella un afecto impregnado de un no sé qué incestuoso. El pequeño jardín que la rodeaba en el momento en que la compraron estuvo destinado en los años siguientes a crecer y poblarse con nuevas plantas, entre ellas la retama, regalo de Jean Giraudoux, y el rododendro, obsequio de Paul Valéry.

El tiempo había consumido a Valéry. Enjuto y con el rostro delgado y estriado de arrugas, contaba entonces sesenta y siete años, treinta y dos más que aquella brillante abogada que muy pronto intuyó hasta qué punto una relación con «el poeta oficial de Francia» podría sacarla del anonimato. A primera vista, Valéry, casado, libertino y misógino, parecía destinado a ser quien dominara aquella relación. Con toda probabilidad era consciente de que no era el único amante de aquella

seductora, aunque tal vez no estuviera al corriente de sus amores con mujeres. Ninguno de sus amantes varones sabía que la verdadera pasión de Jeanne era una mujer, una feminista para más señas, Yvonne Dornès, a la que confiaba todos los detalles de sus amoríos.

Inteligente y llena de vitalidad, Jeanne amaba a todo aquel que fuera famoso y sentía predilección por los intelectuales. Su relación con Jean Giraudoux comenzó en 1936. Giraudoux había alabado un libro suyo recientemente publicado y la había animado a continuar por esa senda. Jeanne apreciaba la simpatía del escritor, su fantasía, su sentido del humor, «su modo de verlo todo sin dar la impresión de mirarlo». La primera vez que llegó a aquella casa, al contemplar el ábside de la iglesia desde la ventana, bromeó: «Señora, me parece que usted es de todo menos una santa».

La joven comprendió que tampoco el éxito conseguía colmarlo. Tras su elegante desenvoltura, «era un hombre complejo, infeliz, incómodo en la vida». Antes que con él, ella había estado con otro diplomático, el huidizo Saint-John Perse, quien la cortejaba ordenando que la recogieran con el auto del embajador, un Rolls-Royce. Pero con Giraudoux era distinto y Jeanne, que sabía de sus múltiples amores, esperaba arrancarlo de su esposa, de la que parecía cansado. Un día, Olivier, seudónimo escogido por Jeanne para hablar de Giraudoux en sus cartas, le dijo que sí, que había decidido abandonarla. «Hazme sitio en los armarios, trae vino; ahora he de marcharme, pero volveré para quedarme a vivir contigo.» Pero, cuando su hijo lo amenazó con no volver a verlo jamás si dejaba a su madre, el sueño llegó a su fin y Jeanne, humillada, prefirió romper. Desolado, el escritor suspiró al salir: «Sólo me queda volver a casa y morir».

La relación con Paul Valéry comenzó cuando agonizaba aquella otra con Giraudoux. Ambos autores contribuyeron a mejorar sustancialmente las páginas del nuevo libro de Voilier. Su pretensión de afirmarse en la escena literaria pasaba también por poner fin a su matrimonio con Pierre Frondaie. Dramaturgo, novelista y *bon vivant*, Frondaie era

conocido sobre todo por su imponente automóvil, un Hispano-Suiza amarillo, y por su novela titulada *El hombre del Hispano*.

Pronto se desmoronaron las barreras que Valéry había procurado levantar para protegerse del amor. Jeanne se había convertido en el centro esquivo de sus jornadas repletas de trabajo. Abrumado y sin creer lo que estaba sintiendo, le confesó su «infinita necesidad de ternura». La acribillaba con poemas y cartas a menudo firmadas con nombre de mujer: Valérie, Pauline. En 1938 el fracaso de los manejos de Valéry para conseguir que le concedieran a ella el Prix Femina hizo que Jeanne comprendiera que sus ambiciones artísticas no tenían mucho futuro. Esperando animarla para que continuara, el poeta le propuso escribir juntos una novela epistolar. «Yo haré de mujer», le dijo; eso sí, él la firmaría en solitario, naturalmente.

Sea como fuere, Jeanne no dejaba de retrasar y espaciar sus encuentros. «Apenas cierro la vieja cancela de hierro | detrás de mí, que me apresuro y sueño, | solo y no solo, me hacen encorvarme | angustia, hastío, penas o mentiras, | pues me resulta negro todo apenas la cierro.»[8]

101
14, BOULEVARD ÉMILE-AUGIER
Francis Picabia, Tristan Tzara

1920. El 17 de enero Tristan Tzara, de veinticuatro años y símbolo de la revolución dadaísta, llamó a la puerta de un lujoso apartamento burgués. Lo recibió una señora muy elegante. Era Germaine, la compañera de Francis Picabia, un pintor que lograba conciliar acrobáticamente la mundanidad y la revolución, la relación con su mujer y un rosario de aventuras. Pero en aquel momento ese imponente dandi estaba fuera de casa y Germaine desconfió al ver la tarjeta de visita que Tzara le había entregado, tan barroca en sus adornos que resultaba imposible descifrar el nombre del intruso. Aunque aquella

pareja fuera bien conocida por su hospitalidad, la casa, escenario de tantas recepciones, no podía estar más llena. El último en llegar había sido un bebé de pocos días que ocupaba mucho espacio.

La mujer observaba perpleja a aquel recién llegado de quien Picabia tanto le había hablado. Decididamente, en persona, Tzara no estaba a la altura de su leyenda. De baja estatura y encorvado, parecía no saber bien qué hacer con esos brazos cortos y esas manos regordetas. «Sus ojos miopes parecían buscar tras el monóculo un punto fijo al que agarrarse.» Lo cierto es que Tristan estaba sin dinero y, si se marchaba de aquella casa tal y como había llegado, ya no sabría adónde ir. Su azoramiento era bien visible, al igual que lo era el mechón de pelo negro que caía una y otra vez sobre su frente pálida. «Me causa gran dolor, madame, molestarla…, pero no sé dónde dejar el equipaje.» Finalmente Germaine cedió: el dadaísta dormiría en el sofá del salón. Satisfecho, Tzara abrió las maletas y de inmediato una enorme máquina de escribir se adueñó de la consola Luis XV, mientras las pilas de panfletos y de *affiches* se iban amontonando encima de los muebles antiguos. «¡Son cosas demasiado importantes para que usted las toque!», explicó a la sirvienta, a quien desde ese mismo instante le prohibió acercarse a sus dominios.

Nadie sabía que aquel huésped temporal se quedaría allí durante casi un año. Ni siquiera lo sospechaba la pandilla de futuros surrealistas a quienes les faltó tiempo para homenajear al profeta. El encuentro fue una decepción también para André Breton, quien nada más ver una fotografía de Tzara se había desencantado, ya que se esperaba a un hombre alto y de voz firme. El dadaísta decepcionó a los parisinos al igual que Arthur Rimbaud, con su aspecto campesino, había desilusionado a los poetas simbolistas y parnasianos. Tristan parecía un ave nocturna a la que la luz del día trastornaba. Cuando reía, lo cual sucedía a menudo, su pálida cara perdía su gracia oriental y vagamente mortuoria. La única cosa bonita que pudo haber tenido, su mirada negra, «perdió su ardor».

Nadie hablaba abiertamente del asunto, pero poco a poco todos

fueron sometiéndose a las dotes organizativas de Tzara, quien, como un general, preparaba en el salón de Picabia su turbulenta campaña. No era fácil seguirlo, dada su extraña manera de pronunciar y la rapidez con la que hablaba, pero su autoridad era indiscutible.

102
47, BOULEVARD DE BEAUSÉJOUR
Henri Bergson

1929. Aquella casa sencilla y silenciosa rodeada de árboles parecía construida a propósito para proteger las meditaciones de Henri Bergson, de setenta años. Sus amigos, en particular Paul Valéry, se acercaban con frecuencia para conversar con él. «Me sucede que sueño o pienso en un amigo al que no veo desde hace diez años porque vive en el extranjero, y al día siguiente va y llega.» Delgado, envuelto en mantas, el filósofo parecía un pajarito muerto de frío, pero su mirada continuaba siendo dulce y penetrante.

Encogido por la enfermedad y los años, a sus setenta había abandonado el barrio de Villa Montmorency, en la avenue des Tilleuls, para mudarse a aquella nueva casa, más adecuada para su vida de enfermo.

Durante las fases más agudas de su artritis deformante, el filósofo se veía obligado a recibir a sus invitados hundido en una butaca. De su rostro inmóvil sólo emergía la luz de los ojos, y, cada vez que se oía esa voz pura con la que saboreaba cuidosamente las palabras, parecía obrarse un auténtico milagro.

Aquel hombre prácticamente inmovilizado no había dejado de amar el movimiento, concepto en torno al cual giraba su filosofía. Mientras pudo, había acudido entusiasmado al cinematógrafo. Le gustaba desarrollar sus conceptos tomando como referencia aquel nuevo arte. «El pensamiento es una sucesión de películas que, creadas siguiendo un orden de aparición, se enrollan en una bobina llamada *memoria*.» La

idea, por el contrario, era el pensamiento inmóvil, una abstracción, «una secuencia de la película».

Bergson luchaba contra el pesimismo con un humor distante heredado de sus abuelos ingleses. Procuraba hacer buen uso del poco tiempo en que el dolor le daba un descanso. «Nunca recibo a periodistas. No concedo entrevistas: me he pasado la vida explicando todo lo que tenía que decir», se excusaba con voz suave y «aparentemente inflexible». De vez en cuando cedía por mera cortesía. Allí estaba: sentado en una silla de ruedas, con las manos inmóviles sobre la mesa de madera que tenía delante, el rostro consumido por el sufrimiento, «un poco ausente» del mundo.

En la gran sala donde trabajaba colgaba un grabado de *La Asunción de la Virgen*, de Murillo. Cuando tocaba ciertos temas especialmente delicados, su voz tenía un leve temblor. «El espíritu depende del cerebro como un traje colgado de una percha depende de la percha, lo cual no quiere decir que el traje deje de existir si se cae. El espíritu va más allá del cerebro al igual que una sinfonía va más allá del movimiento de la batuta del director de orquesta.»

103
16, RUE BOILEAU
Vladimir Nabokov

1939-1940. En el apartamento, de dos habitaciones, no había casi muebles. Como era habitual, los Nabokov se habían quedado sin dinero y sobrevivían gracias a las clases particulares de inglés de Vladimir y a la ayuda de los amigos. Para aumentar aquellos modestos ingresos, el escritor, de cuarenta años, traducía un libro sobre el esqueleto de las ratas. Por si aquellas calamidades fueran pocas, Vera, de treinta y siete años, seguía siendo celosa y obligaba a su marido a denigrar a cualquier mujer a la que conocía con el fin de no provocar su alarma. Mientras tanto, Vera hablaba con un editor tras otro, aunque sin resultado, como

tampoco lo tuvo la visita de su esposo a Londres. El ambiente bélico ya era asfixiante. La luz apenas se filtraba por las ventanas, tapadas con papel azul oscuro debido a posibles bombardeos.

No por ello Vladimir dejaba de trabajar. Estando inmovilizado por culpa de una dolorosa neuralgia intercostal, sintió «el escalofrío de la inspiración» de su futura Lolita. Lo que «extrañamente» lo inspiró fue la lectura de un artículo en una revista científica sobre la historia de una chimpancé del zoo que, tras haber sido mimada durante meses por el investigador, había realizado un dibujo a carboncillo de las rejas de la jaula. Por motivos en apariencia inexplicables, aquella historia lo empujó a escribir, a veces dictando a su mujer, *El hechicero*, texto en el que un hombre maduro conocía en París a una lolita.

Temiendo por la seguridad de su hijo Dimitri, de cinco años, lo enviaban a menudo a casa de una amiga, en Deauville. La idea de refugiarse en Estados Unidos se estaba convirtiendo en una pesadilla. Vera consiguió dar por fin con un burócrata corrupto para que localizara sus pasaportes, misteriosamente desaparecidos. Vladimir nunca perdió la fe y no dejaba de preparar esas clases que confiaba poder impartir en las universidades al otro lado del océano.

Vera lavaba las sábanas en la bañera, aunque en público no dejaba pasar la ocasión para disertar con la mayor autoridad sobre los grandes de la literatura. Nina Berbérova, de treinta y nueve años, que había ido a visitarlos, encontró al escritor pálido, muy delgado y tumbado en la cama. Cuando se levantó, la acompañó a la habitación donde estaba jugando Dimitri, rubio y muy guapo, dotado de un encanto sorprendente. Él, que había dado clases de boxeo, dándole al niño un guante y diciéndole que le pegara, soportó con una sonrisa los torpes puñetazos que le propinaba en la cara.

Finalmente Estados Unidos aceptó su solicitud de acogida y, reuniendo los donativos de dos asociaciones que ayudaban a los exiliados, consiguieron marcharse, cosa que hicieron aprisa y con furia, sin tiempo para despedirse de los muchos amigos que se enteraron de su

partida por el portero de la rue Boileau. Tres semanas después, un bombardero alemán reduciría a polvo el edificio.

104
1, AVENUE DU BOIS (HOY AVENUE FOCH)[9]
André Breton

1924. Ese «jardín de objetos» –así era el amplio piso de Lise Meyer– estaba invadido de plantas que trepaban hasta el techo acompañadas del canto de unas aves exóticas que revoloteaban dentro de una enorme jaula con forma de castillo.

Rica y libre gracias al suicidio de su marido, Lise, de veintiséis años, reunía a su alrededor a toda una élite de artistas y de amantes de las artes. Morena, de baja estatura y muy bien proporcionada, jugaba a ser una *femme fatale* dosificando hábilmente sus miradas preñadas de seducción y misterio. Fascinado por su «voz de heliotropo», Cocteau la comparaba con un lirio negro. Aquella «deliciosa hechicera», vestida de modo excéntrico, gustaba de extraños muebles y lucía joyas que otros habrían calificado de mal augurio o de mal gusto (un sillón de madera con forma de diablo, por ejemplo). En definitiva, Lise y su casa componían un cuadro alucinante. Y lo era hasta el punto de que, cuando ella dejó el apartamento, Antonin Artaud escribió una carta amenazadora a un no especificado «Agente número 1 de la Seguridad Nacional»: «Sé que usted ha pasado a habitar el apartamento que anteriormente ocupó Lise Deharme con el fin de demostrar que lo que cuento sobre la presencia de máquinas infernales que allí se esconden es efectivamente falso. No digo nada más: lo que tenga que ser será. Yo ya he cumplido con mi deber advirtiéndole».

Pablo Picasso, Marie-Laure de Noailles, Dora Maar, Alberto Giacometti, Paul Éluard, René Clair, André Malraux, Salvador Dalí, Balthus y Jean Cocteau, padrino de uno de sus hijos, visitaban encantados aquella casa repleta de reliquias literarias, como era el caso

del revólver de tambor con adornos de marfil con el que Paul Verlaine, según contaba Lise, había malherido a Arthur Rimbaud.

En homenaje a Charles Baudelaire, la anfitriona expuso tres objetos que habían pertenecido a la Venus Blanca, Apollonie Sabatier, la gran cortesana a la que el poeta tanto había amado. En su salón resaltaba sobre todo lo demás el suntuoso sofá de Apollonie. En el dormitorio, entre muebles de ébano, descollaba un auténtico monumento a la voluptuosidad, una majestuosa cama, también de Sabatier. Encima de la chimenea podía admirarse su busto con un seno descubierto, obra de James Pradier, quien, retratándola en su famosa estatua *Mujer mordida por una serpiente,* había suscitado un gran escándalo. Realizada a partir de unos trabajosos moldes, la figura mostraba a Apollonie completamente desnuda en pleno orgasmo. La serpiente la añadió después para tranquilizar los sofocos de la censura, justificando con la presencia del bífido el espasmo de la modelo.

Aquella mujer perteneciente a la alta burguesía judía había conseguido impresionar a los surrealistas y, sobre todo, a André Breton, de veintiocho años, quien ante ella perdía toda la confianza en sí mismo. De entrada, aquella seductora quedó impactada «por ese rostro extraordinario, diferente a todos los que había visto hasta entonces». Cuando Lise aceptó regalarle uno de sus larguísimos guantes azul claro, Breton vio en el gesto un velado ofrecimiento de sí misma. Pero ella se había limitado a alimentar las esperanzas del escritor, que llevaba ya tiempo asediándola con cartas llenas de melancolía. «Nuestro encuentro fue para mí como el fin del mundo y para ti el más insignificante de los acontecimientos.»

Antes de salir de casa para ir a verla, Breton no pudo abstenerse de sopesar el guante de bronce, copia idéntica de aquel otro azul que ella le había regalado, «para medir su fuerza exacta». Y suspiró: «Para mí eres una aparición en el sentido preciso de la palabra. […] Para mí lo que dices representa por fuerza un oráculo». Sin embargo, por desgracia, madame Meyer estaba muy lejos de los sueños y las exigencias éticas de

Breton, que en su mujer Simone había encontrado a su confidente y su consuelo.

No había nada de extraño en todo eso. El surrealista siempre había predicado la transparencia en las relaciones conyugales y Simone despreciaba un concepto tan burgués como el de fidelidad. Aun así, no se sentía tranquila: «Lo que me duele no es que André encuentre placer en otras mujeres: es que me considere como a ellas, aunque sea un escalón por encima. Lo que me hace sufrir no es eso que llaman *celos*, sino el sentimiento de perder mi dignidad. Desprecio el placer y no soporto ser un objeto de placer».

Cierta tarde ambas mujeres se encontraron. A Simone, Lise le cayó simpatiquísima, y ésta le dijo a André que tenía una esposa adorable. En el fondo, Simone siempre había preferido que amara a una mujer estimable a que no la amara. Pero los frustrantes encuentros con aquella hechicera estaban acabando con el ánimo de Breton, a pesar de sus esfuerzos por distraerse organizando payasadas o atacando a sus adversarios de estética. La exagerada coquetería de la «dama del guante» lo iba convirtiendo cada vez más en un ser «desesperado y también lleno de esperanzas», lo cual generaba «una continua tortura que lo debilitaba». Bastaba que ella le concediera una caricia para que indefectiblemente algo o alguien los interrumpiera: ¿fatalidad o estrategia?

Simone siempre había demostrado el mayor de los respetos por aquella curiosa relación, pero empezaba a disgustarle no poder intervenir al ver a su marido «enfrentado a una fuerza indigna de él y, precisamente por ello, capaz de derrotarlo». «Desde hace un tiempo le deseo todo el mal posible a esa señora. Creo que traiciona todo lo que de bueno pueda haber en su interior y fuera de él. Y eso únicamente puede venir de una personalidad rastrera.»

Mientras tanto Lise, sorda a la admiración que le profesaba Breton, había cedido a la seducción de personajes de segunda fila hasta que finalmente se casó con un pionero de la radio, Paul Deharme. Aun así, el

surrealista siguió esperando largo tiempo. «Es como estar en una vieja casa en la que ninguna ventana ni ninguna puerta están del todo cerradas; un día todo se abrirá y ya no habrá noche y día.» Pero, en octubre de 1927, después de tres años de altibajos, se consumó la auténtica ruptura. A Breton le pareció ultrajante que su amada los hubiera citado a la misma hora a él y a su amigo común, el ensayista Emmanuel Berl. «Me parece que ya no te amo y me pregunto qué pasión humana habría podido resistir un ataque semejante, tan cargado de incomprensión y maldad.» Entre los objetos que prometió devolverle estaba el famoso guante. Lise era para él «una mano de terciopelo en un guante de bronce». Pero nunca se lo devolvió.

105
30, AVENUE DU BOIS (HOY AVENUE FOCH)
Harry Crosby

Los grandes automóviles se marchaban aprisa en cuanto se apeaban sus elegantes pasajeros, que entraban cautelosamente tras comprobar que nadie los estuviera vigilando. La única manera de entrar en el fumadero de moda en los años veinte era llamar a la puerta con un código secreto. Decorado escrupulosamente con estilo oriental, el Drosso ofrecía al consumidor mullidos divanes de raso y discretos criados siempre listos para volver a llenar las pipas de opio. En su interior la vestimenta habitual se sustituía por suaves kimonos jaspeados. Pero ninguno era tan impresionante como el de Pipistrello, el propietario, quien lucía en el suyo una gigantesca mariposa dorada y quien, con su diminuta estatura, vigilaba todo tras su monóculo.

A menudo se presentaba en el local una hermosísima pareja de estadounidenses, Harry y Caresse Crosby. Los llevó allí una amiga, Constance, quien una noche, ya de madrugada, llamó a la puerta de su casa para conducirlos al Drosso. No era la primera vez. Los Crosby ya habían probado el opio en África, pero en la avenue du Bois la

atmósfera era más refinada y sensual, y desde aquella noche Harry comenzaría a frecuentar aquel refugio, donde a veces permanecía varios días, siempre acompañado de lo que él llamaba su *ídolo negro*. «Harry –decía Ernest Hemingway– tenía una gran virtud: su admirable temeridad.»

106
46, AVENUE DU BOIS (HOY AVENUE FOCH)
André Breton, Louis Aragon

1921-1926. A finales de 1921 un poeta de veinticinco años, André Breton, se presentaba en la lujosa residencia de un gran modisto de la *belle époque*, Jacques Doucet, de sesenta y ocho. Por aquel entonces Breton, como recordaba su prometida, Simone, no era más que «un jovencito flaco y demacrado que lograba conservar, a pesar de su pobreza, cierta elegancia. Ya tenía ese aspecto leonino que tanto contribuiría a su leyenda». Doucet era un dandi exquisito. Incluso Paul Poiret, que había sido su alumno, suspiraba al recordar su inalcanzable estilo, la blancura de su barba, comparable a la de sus polainas por lo alto de sus brillantísimos zapatos. «Me preguntaba de dónde le venían ese porte noble y aquella gracia majestuosa.»

Aunque sus clientes eran cada vez más escasos, había convertido en una cuestión de honor cumplir una regla para él sagrada: jamás enviar las facturas, sino esperar confiadamente el pago espontáneo del cliente. Coco Chanel, con su moderno estilo, había ocupado su lugar en la cumbre del mundo de la moda. Pero lo que más lo hacía sufrir era que la diseñadora hubiera conseguido conquistar a la alta sociedad francesa, que a él nunca lo había aceptado.

Culto y refinado, había reunido con gran pasión una colección de muebles sin par, cuadros y manuscritos del siglo XVIII. En 1912 la decoración dieciochesca cedió inesperadamente el paso a un escenario de todo punto moderno. La subasta en el hotel Drouot constituyó un

gran acontecimiento. De inmediato toda la casa, desde los cuadros hasta las tazas, adquirió el sello de la vanguardia artística contemporánea. Bromeando sobre su insospechado giro estético, Doucet decía: «He sido sucesivamente mi abuelo, mi padre, mi hijo y mi nieto».

El motivo secreto de aquel cambio fue un amor desgraciado o, mejor dicho, el segundo amor desgraciado. El primero había sido una deliciosa muchacha de dieciocho años para la que había comenzado a coleccionar objetos del siglo XVIII, un amor que se había visto interrumpido por su prematura muerte. Doucet, loco de dolor, había barajado la idea del suicidio. Se rehízo gracias a una segunda relación, en este caso con una mujer adorable casada con un abominable marido. La telefoneaba siempre antes de irse a la cama para escuchar su voz. Una noche decidió contenerse: «Ya es muy tarde. Debe de estar ya acostada. La llamaré mañana». Pero al día siguiente supo que su cónyuge, por temor a perder tanto a la mujer como su abundante dote, había decidido asesinarla.

Cuando su interés se amplió al mundo de las rarezas bibliográficas y los manuscritos, se dirigió en primer lugar a André Suarès, quien lo había acompañado en un largo viaje por Italia. Después contactó con Breton, por aquella época casi un desconocido, quien a su vez implicó en la aventura a Louis Aragon, de veinticuatro años. Ambos contribuyeron, en calidad de consejeros literarios, a la creación de la que aún hoy se conoce con el nombre de Bibliothèque Jacques Doucet. Pero su principal tarea era tenerlo al corriente de todas las novedades en el mundo del arte y las letras parisinas, una misión que daría lugar a una valiosa serie de cartas y reflexiones.

La realidad era que, más que a hacerse con ediciones raras y valiosos manuscritos, el gran modisto aspiraba a algo mucho más difícil: no perder el contacto con el espíritu de su tiempo, el que encarnaban aquellos a quienes llamaba con paternal ironía *mis jóvenes tigres*. Breton, que paradójicamente, a pesar de su juventud, había confesado a Doucet que compartía con él el miedo a envejecer, cayó seducido por la amabilidad de aquel individuo rico y famoso. «Los hombres como él son

extremadamente raros. […] He encontrado en él un calor muy especial que me reconforta ante la temible indiferencia que tanto dolor me ha causado durante toda mi vida.» Los surrealistas no eran los únicos que se habían aprovechado de la generosidad de Doucet; antes que ellos había habido otros, como Pierre Reverdy o Blaise Cendrars.

Enseguida Breton comenzó a aconsejarlo incluso a la hora de adquirir obras de arte de la nueva generación, papel por el que se llevó sus buenas comisiones, y se mostraba muy orgulloso de haberlo animado a comprar *Las señoritas de Avinyó*. También es verdad que sintió cierto embarazo cuando Doucet, en presencia de un Pablo Picasso intimidado por el dinero de su cliente, quiso regatear el precio del cuadro con la excusa del tema, algo subido de tono: un grupo de prostitutas de un burdel en la calle Avinyó de Barcelona.

Todos, desde André Suarès hasta los surrealistas, llamaban a aquel mecenas amabilísimo y tan respetuoso con los artistas el Mago. Francis Picabia, por mucho que se burlara ligeramente de él en sus libros, lo consideraba «más moderno que la mayor parte de los profesionales de la modernidad». Y, además, admitía que su gusto y su inteligencia no presentaban la menor huella de esnobismo.

Puesto que Breton no iba mucho a la sede de la Bibliothèque Jacques Doucet, situada encima de un garaje de la rue de Noisiel, Simone, que había podido casarse gracias a las remuneraciones del modisto, acostumbraba a ir en lugar de su marido.

Poco a poco la atmósfera se fue enfriando. Al ocaso de aquella relación contribuyeron una serie de pequeños malentendidos, como la desaparición durante varios días de André y la «desagradable impresión que pudo dar» su «silencio». Sin duda Doucet era consciente de la ingratitud de sus jóvenes protegidos, quienes al salir de sus renombradas cenas hacían chistes sobre ese «viejo mono». Imitaban sus gestos y su modo de hablar desternillándose de risa. Se burlaban de la señora de la casa, una belleza marchita de la que se decía que en el pasado había trabajado de amazona en un circo ambulante. Aquellas impertinencias

constituían para él la prueba de que, a pesar de sus esfuerzos por abrirse al presente, para ellos pertenecía irremediablemente al pasado.

Pierre Drieu La Rochelle trató de intervenir ante él a favor de su amigo Louis Aragon: «Los reyes sabios siempre han dado de comer a los monjes locos». Pero tampoco hubo una ruptura definitiva. La singular relación entre el Mago y sus *jóvenes tigres* se prolongó hasta 1926, cuando Doucet, tan escrupuloso como siempre, anotó por última vez los términos de su contrato con Aragon: «Ayer le concreté lo que esperaba de él, ya que yo no podía llevar, dada mi edad, la existencia que él sí podía vivir. […] Hemos firmado un contrato. Mi compromiso es, además de la paga mensual que le paso, ayudarlo, excepto cuando se trate de deudas de juego. En el caso de aventuras femeninas, no quiero nombres ni detalles que me parezcan demasiado íntimos. Haré lo que considere oportuno. Él deberá tenerme al corriente de los asuntos literarios, artísticos y de la vida de un muchacho de su edad en medio de los ambientes artísticos y mundanos».

107
BOIS DE BOULOGNE
Bois de Boulogne

Lejos de ser un hombre sedentario, Bergson alquilaba con frecuencia un caballo para pasear por el bois de Boulogne, por mucho que en más de una ocasión acabara en el suelo. Cuando su salud ya no se lo permitió, se lo veía caminando con las manos detrás de la espalda, tan absorto en sus pensamientos que siempre corría el riesgo de chocar con otros paseantes. Se detenía con exquisita amabilidad para dar conversación a cualquiera que osara interrumpir su paso rápido. Quien lo escuchaba tenía la impresión de que estuviera redactando, aun sin darse cuenta, una de sus apasionantes páginas con su acostumbrada y admirable precisión.

1923. Una noche André Breton, de veintiséis años, Paul Éluard, de

veintiocho, y Robert Desnos, de treinta y uno, se adentraron profundamente «en el espacio y el tiempo». Nada de particular, sentenció Breton, «excepto el terror de la oscuridad, el miedo a perderse…».

1927. El taxi avanzaba lentamente por las alamedas. André Breton, de treinta y un años, le había dicho al taxista: «Dé la vuelta al Bois cuarenta o cincuenta veces». Luego le dijo a Suzanne Muzard, de veintisiete: «Nos está sucediendo algo maravilloso, ¿qué hacemos?». «¡Escapemos! Usted se marcha y yo también, pero ¿y su mujer?» «Ah, no se preocupe por ella, todo acabará arreglándose.» Era el comienzo de una larga aventura llena de altibajos, de desesperación y euforia.

Cierto día el tranquilo paseo de Joyce con su mujer y Djuna Barnes se vio alterado por un extraño acontecimiento. Un desconocido había pasado junto a él rozándolo y musitando algo que Djuna no llegó a comprender. Joyce se puso pálido, presa de un inesperado temor. «Ese hombre, al que jamás había visto –explicó–, cuando ha pasado a mi lado, me ha dicho en latín: “Eres un pésimo escritor”. ¡Menudo presagio justo la víspera de que salga mi novela!»

108
24, RUE BOISSIÈRE
Irène Némirovsky

1923. A sus veinte años, Irène Némirovsky estaba ebria de vida y de independencia. Vivía en aquella calle tranquila en el primer piso de un edificio de lujo con una escalera imponente enmarcada por columnas. Era la única del grupo de jóvenes rusos, con quienes pasaba la noche bailando, que tenía casa propia, aunque un tanto lejana de la de sus padres. La libertad que le ofrecía aquel apartamento amueblado había acabado por desubicarla. Seguía yendo a la universidad, pero había dejado de estudiar.

Aquella «locuela» conservaba «el cuerpo frágil y menudo de una

niña». Parecía como si la rivalidad con su madre, que no quería verla crecer para no sentirse vieja, hubiera detenido su desarrollo. El rostro redondeado acentuaba su aspecto infantil. Se había cortado el pelo como un hombre, un pelo negro como sus ojos, extrañamente dulces. Cuando hablaba hacía pocos gestos, tan sencillos como sus vestidos, que solían ser blancos y le dejaban desnudos los brazos.

El momento central del día comenzaba tras el ocaso, cuando una veintena de amigos llegaban para disfrutar de la fiesta. Cantaban y bailaban hasta la mañana. «Por la noche, en una casa rusa, nadie piensa en dormir.»

Eran, en fin, hábitos que resultaban bastante ruidosos y que habían minado la quietud que necesitaba un hombre de sesenta años, el escritor Henri de Régnier, que ocupaba un piso en la planta de abajo, el entresuelo, un enorme apartamento con varias salitas y cinco dormitorios. Todo parecía separar a la nueva inquilina de aquel viejo dandi de ojos grises atrincherados tras un monóculo y de largos bigotes con las puntas hacia abajo. Normalmente la habría detestado, pero no conseguía entender del todo qué tenía que ver ese jaleo nocturno con aquella «chica tan atractiva de aspecto tímido y reservado» con quien se cruzaba en las escaleras.

Era muy posible que Némirovsky no supiera que Régnier y su célebre y fascinante esposa Marie habían protagonizado una serie de escándalos provocados por la infidelidad de ella, también escritora. Durante mucho tiempo Régnier había asistido silenciosamente a las intemperancias de alguien a quien amaba y a quien no sabía ni quería renunciar.

Aquella locura de bailes y flirteos se vio interrumpida bruscamente por cierto suceso. Uno de los muchachos con los que Irène había coqueteado se presentó armado con una pistola y la violó. Ella sintió «una tristeza parecida a la náusea» y pensó que debía terminar con ese tipo de vida. No quería acabar siendo como su madre, que iba de un amante a otro. «Dicen que no se viola a una mujer si ella no quiere. En mi opinión, nunca es el hombre quien viola a la mujer, sino la mujer al

hombre.»

Volvió a las clases y finalizó los estudios de Literatura Comparada sin demasiada brillantez. Cuando, en 1934, Régnier escribió una reseña sobre ella alabando su *David Golder* y rememorando de paso su conflictiva vecindad, Némirovsky se lo agradeció un tanto confundida: «Querido maestro, siento por usted una gran admiración. Cada una de las palabras de elogio que me dedica me llena de un orgullo dulce y profundo… y también de apuro, si pienso en aquella odiosa niña traviesa que alteraba su reposo en la rue Boissière, hace ya diez o doce años».

109
29, RUE DE BOULAINVILLIERS
Pierre Louÿs

Muy pocos serían capaces de reconocer en aquel caballero de aspecto anciano al dandi libertino que coleccionaba mujeres como quien colecciona libros. En 1902, cuando decidió retirarse a aquel palacete dieciochesco de ladrillo rojo, Pierre Louÿs contaba sólo treinta y dos años. Su vida allí, en apariencia regida por su espíritu caprichoso, estaba gobernada en realidad por dos ideas: la certeza de una muerte precoz y la convicción de la inutilidad de la fama. «Expulsad la gloria de vuestra casa. El silencio a vuestro alrededor. Soledad. Orgullo.» Para él estaba muy claro que «lo único por lo que vale la pena vivir es el amor por la belleza y la voluntad de crear».

Cada visita venía precedida por un complejo ritual de mensajes. Aquel eremita galante siempre recibía a sus cada vez más escasas invitadas en su amplio estudio, atestado de libros y situado en la planta baja. Tras saludarlas con una voz dulce y ligeramente insegura, les ofrecía unas pastas y les mostraba los volúmenes más valiosos de su biblioteca sin fin. «Estaba prohibido mencionar su enfermedad», recuerda la condesa de Gramont. Cuando se sentía mejor, se sentaba al armonio para

interpretar la música de su juventud, Wagner y Debussy. Louÿs insistía en acompañar a sus invitadas, que a su vez luego lo acompañaban a él, para finalmente ser el propio Pierre quien las escoltaba a sus respectivas casas. Natalie Barney, preocupada por esa ceremonia, lo seguía sin que él se diera cuenta hasta que lo veía regresar atravesando la verja.

La vida cotidiana de Louÿs se parecía mucho a la de Proust. Ambos habían sustituido el día por la noche. Ciertamente Proust comía poco, mientras que Louÿs se limitaba a beber: dos botellas de champán, tres de vino y una de licor. En 1917 introdujo la cocaína en su dieta, que además incluía entre sesenta y ochenta cigarrillos al día.

Un envejecimiento precoz le había debilitado la vista, y aquel bibliófilo apasionado no tuvo más remedio que recurrir a secretarios que le leían las cartas que le llegaban y los pasajes de aquellos libros que quería volver a escuchar. Sólo ver la pluma le causaba fatiga y a veces también su magnífica caligrafía se resentía. «Apenas veo la punta de la pluma –confesaba en febrero de 1918–, tanto es así que me equivoco en casi todas las letras de una palabra y las repaso aleatoriamente.»

Amaba con pasión a los gatos, desde los de porcelana azul que reposaban en su escritorio hasta el enjambre de felinos que vivía entre los ejemplares de las estanterías. La droga parecía haber debilitado a aquel hombre cuya vida había girado en torno al erotismo. «Frigidez genital completa y sin precedentes. Eso es lo que más me sorprende y me duele. No me excito cuando me voy a la cama ni tampoco cuando me despierto.» Poco a poco había renunciado a sus expediciones nocturnas en compañía de otros amantes de la noche, como Georges Feydeau, y de mujeres de vida alegre.

En 1913, a sus cuarenta y tres años, se divorció de su mujer, Louise. Con ella se marchaba también el recuerdo de la pasión más intensa de su vida, la que sentía por su cuñada, Marie de Heredia. La sustituyeron una colección de simples comparsas morenas y picantes. La última, Aline, también ella fumadora empedernida, daba vueltas por la casa a medio vestir como uno de los personajes de su marido. Le dio tres hijos,

pero muchos albergaban serias dudas sobre la verdadera identidad del padre…

Cuando, en 1914, para sobrevivir, se vio obligado a vender su magnífica biblioteca, tuvo la enorme suerte de que el comprador le permitió quedársela en usufructo. Pero Louÿs no estaba para nimiedades. Sólo unos pocos amigos, entre ellos Paul Valéry, intentaban ayudarlo discretamente. En 1922 recibió la Legión de Honor y se limitó a comentar: «Toda mi vida va con retraso».

La necesidad de escribir y el aumento del precio del papel lo movieron a usar cualquier espacio libre, desde los márgenes de las fotografías hasta los de los libros. Tras sucumbir a un enfisema en 1925, se encontraron casi cien kilos de manuscritos eróticos.

110
10, AVENUE DES CHALETS
André Malraux

Todo hablaba de lujo y estabilidad en aquella mansión aislada por grandes verjas de hierro entre rue de l'Assomption y la rue du Ranelagh. La casa de los Goldschmidt, de dos pisos con tejados afilados y un jardín lleno de flores perfumadas, estaba decorada con pesados muebles Luis Felipe, los típicos de la alta burguesía judía oriunda de Alemania.

En la segunda planta Clara y André Malraux se habían construido un espacio rebosante de modernidad para recibir a sus amigos. No importaba que los sillones negros tapizados de gris fueran incómodos, pues en las paredes colgaban un *picasso*, un *derain*, un *kisling* y un cuadro naíf en el que un inverosímil Moisés con turbante conducía a su pueblo.

En un principio la pareja solía comer por separado ante la mirada impasible de una estatua barroca dorada. Más adelante, quizá antes de lo que Clara hubiera deseado, comenzaron a bajar al comedor. Por supuesto, las conversaciones, siempre sobre dinero, sobre comprar y

vender, eran de lo más prosaicas, pero la comida solía ser aceptable.

Para Malraux, tan pobre como ambicioso, y Clara Goldschmidt, heredera e intelectual, conocerse y amarse había sido como una larga borrachera que los había empujado a emprender un *Grand Tour* amoroso por los cuatro confines del mundo. A la familia de ella le había costado digerir aquel matrimonio, ya que sentía hostilidad por un aventurero sin más oficio ni beneficio, lo mismo que a la familia de él, sin dinero pero llena de prejuicios antisemitas. Cuando regresaron a París, Clara tuvo que aceptar la misoginia del futuro escritor, que acostumbraba a machacar a aquella joven intelectual ansiosa por realizarse hasta el punto de decirle: «Yo soy mejor como hombre que tú como mujer».

Alto, delicado, vestido como un dandi, Malraux podía hablar sin límite de tiempo sobre cualquier tema mientras luchaba por mantener en su sitio un mechón negro que cada poco volvía a caerle por la frente. Siempre intentaba fascinar a los demás sin preocuparle la opinión que tuvieran de él. Sufría porque aparentaba ser más joven de lo que realmente era. Por mucho que tratara de guardar las distancias, era incapaz de ocultar la simpatía que emanaba de su genial energía. Jamás nadie lo había escuchado lamentarse de las incontables dificultades en las que se debatía.

Clara medía un metro cincuenta y tres, casi veinte centímetros menos que él. Estaba llena de vida, era coqueta y derrochaba gracia a pesar de su larga nariz y su recio mentón. Decidida y elegante, era capaz de conversar con Malraux sobre cualquier tema y no entendía por qué en público él prefería que ella estuviera callada. «Hasta los veinte años fui una necia: me creí igual a los hombres; supuse que ser una mujer no significaba necesariamente una desventaja.»

Habían tenido la suerte de que la bolsa atravesaba una buena época y gracias a ello pudieron vivir con desahogo, hasta que un revés financiero puso las cosas patas arriba. Cuando el dinero de ella escaseaba, él, que había invertido torpemente su patrimonio en exóticos bonos del tesoro, llegó a preguntarle: «Querida, ¿no pensarás que voy a ponerme a

trabajar?». No, aquel joven genio que, con su ímpetu visionario, se llevaba todo y a todos por delante no podía humillarse hasta ese punto. Por otra parte, sus experiencias en el mundo editorial habían sido un fracaso tras otro.

La solución no podía venir sino de todos esos libros sobre el arte indochino que con tanta avidez absorbía Malraux, un apasionado de las culturas exóticas, como tantos otros miembros de la élite de entonces. Según dedujo, era tan sencillo como viajar hasta Camboya y seguir la ruta de quienes peregrinaban a la ciudad santa de Angkor para encontrar los templos, sepultados por la vegetación. Bastaría con seguir su pista para descubrir aquellos monumentos de cuya existencia nadie sospechaba. Una vez allí se trataría de robar las estatuas más valiosas para luego revenderlas en Estados Unidos al precio que se le antojara. Con eso se asegurarían dos o tres años de vida sin estrecheces.

Con el último dinero que les quedaba compraron un billete de primera clase para Camboya. En la maleta de él todo era blanco, desde la vestimenta hasta los zapatos. «Parece como si dentro hubiera nevado», dijo Clara.

111
14, RUE DU COMMANDANT-MARCHAND
Marcel Jouhandeau

A las cuatro de la mañana se encendía una luz en el primer piso de aquel pequeño edificio aislado de los grandes inmuebles que lo rodeaban. Marcel Jouhandeau se levantaba, se preparaba un café bien fuerte y bajaba al diminuto jardín para dar de comer a los animales domésticos: el gato, las palomas y las gallinas. Luego escribía hasta las ocho. Ése era su momento favorito del día. Sólo dormía seis horas, pero eran suficientes. Después salía de casa para dar clases de latín y griego en un colegio de jesuitas.

Parecían ya lejanos aquellos tiempos en los que Caryathis, la esposa

del escritor, recibía a las visitas en el segundo y último piso, en un salón sin forma definida. En tales ocasiones preparaba una gran mesa llena de botellas de vino y licores. Sobre la moqueta azul no había mueble alguno, salvo un piano.

En 1921 se presentó un batallón de artistas para un baile de disfraces. Paul Morand, con treinta y tres años, llegó vestido de campesino paleto: bombín marrón y un blusón que se le salía por la bragueta. Max Jacob, de treinta y dos, se presentó con una túnica blanca de sayal explicando a todo el que lo quisiera escuchar: «Es un disfraz de cuaresma». Muchos ya conocían el atuendo preferido de Cocteau, de treinta y dos años: un traje de lana gris, un casquete alado y el caduceo, un bastón con alas en su extremo y dos serpientes enroscadas.

Era ya legendario el cóctel que Cocteau preparaba en el baño –ginebra y benjuí, agua de colonia y antiséptico– y servía a los amigos sin dejar de tararear la monótona «Chanson de la folle».

Élisabeth Toulemont, así se llamaba en realidad Caryathis, había elegido su nombre artístico en homenaje a Diana. Siempre dispuesta a entregarse a la diversión, era muy conocida por su tendencia a exhibirse desnuda «sin reparos, a su aire, cómoda, como si sólo llevara puesta una capuchita en la cabeza». Su actuación bailando al son de «La Belle excentrique», de Erik Satie, en 1920 la había hecho famosa; muchos años después sus más íntimos seguirían refiriéndose a ella con el título de aquel ballet.

Antes de ir a parar a aquel edificio, regalo de un rico industrial, la singular propietaria había vivido en Montmartre, en la rue Lamarck, donde intentó en vano enseñar danza rítmica a Coco Chanel. Amante de un célebre cineasta, Charles Dullin, no desdeñaba ninguna aventura con ambos sexos.

Pero el rasgo más peculiar que definía a Caryathis era su obstinación. Saber que no tenía nada que hacer con Cocteau no la había hecho desistir de su empeño. Con ese mismo espíritu encaró a sus cuarenta años, en 1929, su boda con su coetáneo Marcel Jouhandeau, quien

siempre oscilaba entre la mística y el satanismo. Aquel fue un matrimonio concertado y de conveniencia. Un antiguo amor de Guillaume Apollinaire, la pintora Marie Laurencin, le dijo: «Conozco a una mujer que parece hecha para ti». Marcel pensó entonces que por qué no, que por qué no dar un giro a su solitaria y atormentada existencia. «¡Ah, qué entusiasmo eso de ser tan poca cosa en la sociedad!, ¡qué voluptuosidad ser y parecer un don nadie, sentir el desprecio del vulgo abatirse sobre ti y saber que es el vulgo el que te desprecia!» Y eso que, en secreto, Marcel cultivaba un espíritu luciferino: «Dios es grande y yo también lo soy. El orgullo no me deja dormir».

Desde la primera noche Caryathis intuyó de alguna manera que junto a aquel profesor tímido y audaz por fin había encontrado su sitio: «En ese hombre que se erguía ante mí sin ostentación alguna había encontrado al mismo tiempo mi refugio y mi cruz». Quien los veía por primera vez no entendía muy bien aquel contraste. Él era alto, sutil y malicioso bajo la pátina de una deliberada calma. Ella era robusta, pintoresca y colérica.

Durante cuatro años gozaron de algo que podría parecerse a lo que llamamos *felicidad*. Después estallaría un conflicto destinado a no pacificarse jamás. Bien mirada, y a pesar de su flequillo, la exbailarina no era fea, pero le traía sin cuidado ser agradable. Su afán era más bien otro: vigilar y reprimir la homosexualidad de Jouhandeau. Los celos habían envuelto su vida como un manto de espinas, y su marido no hacía nada para frenarlos. «En Élise no he encontrado ni un apoyo material ni un alivio moral, ni amistad, ni solidaridad, ni colaboración.» Pero lo cierto es que la temía y hablaba de ella con tanto amor como miedo: «Nos amamos en la misma medida en que nos torturamos».

El dormitorio de Caryathis estaba pintado de negro. Un árbol dorado y unos muebles un tanto estrafalarios le daban aire de prostíbulo. Allí Carya, como la llamaban sus amigos, se entregaba a dar vueltas vestida con un rutilante batín rosa y negro, sosteniendo unos libros de santa

Teresa en las manos. A Marcel le gustaba enseñar a los amigos sus álbumes de recuerdos, en los que había pegado, junto a sus artículos y sus fotos de infancia, las de su mujer desnuda.

Sin una sombra de timidez, ella se lamentaba ante las visitas: «Haceos una idea, aquí soy yo quien lo hace todo: cocino, limpio, lavo. ¡Esos calzoncillos que veis secándose en el jardín los he lavado yo esta mañana! He hecho de esta casa un templo para él. Siempre me he comportado de manera ejemplar. No puede decir que tenga nada que reprocharme. He querido ser una santa». Luego continuaba explicando que su marido no llevaba bien su nobleza interior. «Delante de mí tiene el aspecto de quien está avergonzado… Pero jamás confesará nada.» Se sentía «una santa al servicio de un condenado». A pesar de las incontables veces en que la realidad le hacía ver lo contrario, Caryathis nunca perdía la esperanza de curarlo de sus vicios. En ese duelo sin fin, «de poder a poder», a veces el desconcierto parecía invadir al escritor. «Antes era una fortaleza y ahora soy poco más que una ciudad abierta tomada por el enemigo. Era grande porque ocupaba muy poco espacio en el mundo y ahora me veo reducido al perímetro de mi sombra. Me han quitado la dignidad y la alegría.»

Las escapadas de Jouhandeau no duraban mucho. Parecía como si no pudiera renunciar a su infierno personal, a aquella casa que su mujer cuidaba y embellecía sin descanso. Era insoportable, aunque no podía ignorarla. «¿Cómo no amarla cuando vuelve a mí más triste, más herida, más sola que yo, universalmente sola y cansada de su desierto y de su ferocidad de leona, con el deseo de apoyarse en mi regazo para que la acaricie?» Poco a poco Caryathis se fue transformando en un personaje; más bien, en el personaje central de la escritura de su consorte. En esas páginas, las heridas que los cónyuges se infligían mutuamente se sublimaban en arabescos de parábolas.

Cuando, en 1930, Walter Benjamin, de treinta y ocho años, quien había sido su traductor al alemán, fue a conocerlo, se quedó impresionado al ver su estudio, «la compenetración más perfecta de un

taller y una celda monacal». Mientras Marcel evocaba ante el visitante sus experiencias con el catolicismo en la adolescencia, Benjamin no pudo evitar fijarse en un crucifijo de porcelana situado sobre el lecho. Dos mesas de trabajo servían de referencia a un grupo de sillas dispersas por el cuarto. A despecho de las pesadas cortinas verdes, la luz se filtraba por doquier gracias a las diferentes ventanas y, por si eso no fuera suficiente, también a los lucernarios. Según Jouhandeau, la luz que venía de la derecha desempeñaba un papel fundamental en su inspiración.

No dejaba de hablar de sí mismo, de aquella noche de 1914 en la que decidió quemar todos sus manuscritos y de cómo aquella hoguera por fin había dado libertad a su escritura. Al no conocer la pasión bibliófila del traductor, Marcel no le hizo visitar su biblioteca, por la que su gato paseaba sigiloso entre miles de libros.

112
8, PLACE DES ÉTATS-UNIS
Edmée de La Rochefoucauld

1922. «¿Y usted cómo trabaja? ¿Podría contarnos algo sobre su método de trabajo?», preguntó con cierto apremio la duquesa Edmée de La Rochefoucauld, de veintisiete años, a Albert Einstein, de cuarenta y dos. El científico, perplejo, no sabía qué contestar: «Bueno, no sé… Por la mañana temprano salgo a pasear». «Oh, qué interesante. Naturalmente llevará consigo un cuaderno y cuando le viene una idea la escribe en él…» «No, no lo hago así.» «¿Ah, no?» «Mire, señora, es que una idea es una cosa realmente muy rara, ¿sabe?»

Pero hacía falta mucho más para desanimar a la impertérrita duquesa. Atractiva y egocéntrica, tenía la cabeza bien alta mientras dirigía, sin titubeos, la conversación en su salón, considerado por todos la antecámara de la Académie française.

Quienes la conocían eran capaces de intuir tras su dignidad una

melancolía insoportable. Sus dotes eran innegables, pero no excelsas: era una pintora digna, no era una autora del montón, sabía muchas lenguas, amaba las matemáticas y combatía a favor de los derechos de la mujer. Un buen día, al oírla repetir citas en latín, un político exclamó: «¡Ay, madame, lo que debe de aburrir usted a sus amantes!…».

En opinión de unos, su frialdad derivaba de una desgracia oculta; otros pensaban que era efecto de un opresivo sentido del deber. Cuando conseguía superarla, era capaz de hacer bromas y contar anécdotas divertidas que delataban su lucidez a la hora de juzgar las pasiones humanas. No obstante, la intachable duquesa sentía un aprecio especial por Léon-Paul Fargue, quien le había dicho: «No la admiro, no valoro su compañía por sus escritos, ni por su vasta cultura, ni por su título, ni por sus incontables riquezas, sino por sus piernas, que son preciosas».

No cabía duda de que su tertulia no era un lugar adonde uno iba a divertirse, sino a aprender. Una doncella de aspecto oriental le ayudaba a servir el té a personajes como Anna de Noailles, François Mauriac, André Maurois, el padre Mugnier, Paul Morand o Pierre Teilhard de Chardin. Entre sus invitados el centro de atención era siempre Paul Valéry, a quien había conocido una noche en casa de la princesa de Polignac. A menudo el duque, su marido, todo irritado, se preguntaba en voz alta: «Pero ¿es que en esta casa no se puede hablar de otra cosa que no sea Valéry?». La amante del poeta, Catherine Pozzi, estaba convencida de que tenían una aventura; pero, en realidad, la duquesa sólo era, y siguió siéndolo, amiga y confidente de Paul. De estatura baja y aspecto distinguido, el poeta hacía frente a sus admiradoras bajo la doble protección del monóculo y del mechón que surcaba poéticamente su frente. Un leve tartamudeo realzaba su voz, teñida de tonos meridionales. «Trabajo mucho. Escribo poco –le había dicho en confianza a Ugo Ojetti–. Desde hace un tiempo siento que la vida mundana me secuestra. He pasado muchos años solo, preso del deseo, más bien de la voluntad, de estar solo. Ahora el diablo se burla de mí empujándome a esa vana fiebre, a ese inútil ir y venir de un salón a

otro.»

113
11, PLACE DES ÉTATS-UNIS
Marie-Laure de Noailles

1929. «¡Tirar, tirarlo todo, siempre hay que tirarlo todo!, ¡la elegancia absoluta es la eliminación!», predicaba la riquísima Eugenia Errázuriz, adalid de la «pobreza para millonarios». Su discípulo Jean-Michel Frank, de treinta y un años, había transformado aquel palacio Luis XIV, construido en 1895, en un templo de la modernidad. Incluso el gran jardín se había convertido en un juego geométrico pautado por senderos de piedra gris entre enormes árboles, diseño que se repetía hasta el infinito gracias a los espejos que revestían los muros que cercaban la propiedad.

La lujosa sencillez de Frank había turbado a un curioso personaje de la sociedad parisina, el padre Mugnier, de setenta años, el preferido de la aristocracia por su sotana lisa, su sentido del humor y su enorme falta de prejuicios. «He visto una casa inundada de luz. La escalinata ya no es oscura, como sí lo fue en tiempos. Un salón de baile lleno de claridad, un sala de fumadores con paredes de pergamino y asientos de cuero. Es obra de Frank. Todo es muy blanco, desnudo, extraño, destinado a indumentarias muy distintas a mi sotana.»

La vida había puesto a prueba a Marie-Laure de Noailles haciendo que se enamorara en vano de Jean Cocteau, el primero de una serie de homosexuales a los que amaría. La prodigiosa y sincopada elocuencia de Jean era nueva, original como el jazz, música que los norteamericanos habían llevado a París durante la Primera Guerra Mundial. Entregado a otros amoríos, el escritor se consideraba simplemente su amigo.

Sin embargo, Marie-Laure no perdía el tiempo. Una vez le preguntaron: «¿Cómo perdió su virginidad?». «Mientras me lavaba los dientes…» El matrimonio, concertado por una familia preocupada por su

hija con un noble entre los nobles, el exquisito vizconde Charles de Noailles, pronto resultó frustrante. «Hace calor, pero las noches siguen siendo frías», se lamentaba la esposa. El joven Charles amaba el arte, la modernidad y las fiestas, pero también era homosexual.

Sólo gradualmente, en las animadas veladas de Montparnasse junto a Picasso, Chanel y Max Jacob, o detrás de las fantasiosas máscaras de las fiestas de disfraces, Marie-Laure dejaba asomar esa excentricidad que se convertiría en su norma de vida.

Juntos, los vizcondes de Noailles organizaron una serie interminable de descontroladas fiestas, financiaron la vanguardia y, en 1923, encargaron al arquitecto Mallet-Stevens construir, en Hyères, una inusitada villa cubista.

En sus paredes, junto a los *tizianos* y los *goyas*, descollaban telas que muchos consideraban un ultraje, como las obras de Max Ernst y Picasso. «Nunca he conocido a mecenas como ellos, de una discreción, una delicadeza, un gusto verdaderamente ejemplares», recordaría Luis Buñuel.

1927. Los Noailles, tras encargar a Man Ray, de treinta y siete años, que fotografiara su casa, lo invitaron a un baile futurista. Hasta el último momento no se preocupó por su disfraz, tarea a la que los demás invitados llevaban entregados desde hacía semanas. Por fin decidió embutirse en un portatrajes de rayón brillante tras hacerle un par de agujeros para dejar que salieran los brazos. En la cabeza llevaba un birrete con una hélice que daba vueltas, y en la mano, un batidor de huevos.

1929. La invitación al *bal des Matières,* organizado por los Noailles, especificaba con claridad lo siguiente: «No vengáis con ropa de tejidos normales»; en su lugar se sugería usar mimbre, papel, cartón, hortalizas, plumas, cuero, tapicería. Mientras sonaba la música de Georges Auric, Paul Morand, a sus cuarenta y un años, causó sensación presentándose vestido de portada de la *Nouvelle Revue Française*, y Maurice Sachs, a los veintitrés, de roca. «Mi disfraz de piedras me gustaba mucho, pero a

nadie más, porque no paraba de hacer daño a las bailarinas y tenía un aspecto sucio.» Consta que fue muy admirado el elegante diseño del traje de tela encerada del señor vizconde.

1930. El 15 de julio los Noailles organizaron un acto destinado a cambiar radicalmente su existencia de ricos aristócratas. En su sala de proyección privada presentaron a algunos espectadores escogidos *La edad de oro*, la película surrealista de Luis Buñuel y Salvador Dalí que los propios vizcondes habían financiado.

Julien Green notó perfectamente, a sus treinta años, una leve sorna en las sonrisas del público, un público demasiado educado para hacer explícito su malestar. Pero el escándalo fue terrible. Desde aquella noche la alta sociedad parisina expulsó de su seno a los vizcondes, que jamás se arredraron y comenzaron a frecuentar únicamente a los revolucionarios, los excéntricos y los artistas.

«Nadie de aquella generación agridulce olvidará la lenta fuga de toda una multitud de pecheras almidonadas, escotes y perlas en dirección a la puerta de salida, mientras la cándida pareja se quedaba sola», recordaba Drieu La Rochelle. Sin embargo, el escritor no se imaginaba lo importantes que eran aquellas provocaciones para la vizcondesa. Sumergiéndose en el escándalo, Marie-Laure buscaba liberarse de una pesada herencia: su abuela, Laure de Chevigné, había servido de modelo a Proust para su duquesa de Guermantes. Eso sí, no le disgustaba en absoluto ser descendiente del marqués de Sade y conservaba el manuscrito de *Los ciento veinte días de Sodoma* en un estuche en forma de gran falo.

El 22 de octubre tuvo lugar otra proyección de *La edad de oro*, pero, en esa ocasión, en un cine de la *rive gauche*. A la fiesta celebrada a continuación asistieron Georges Braque, Daniel-Henry Kahnweiler, Marcel Duchamp, la duquesa de Gramont, Elsa Schiaparelli, André Breton, Paul Éluard, Michel Leiris, Man Ray, Max Jacob, Carl Theodor Dreyer, los Malraux y los Morand.

Incómodos por el contraste entre el contenido claramente subversivo

de la película y la ostentación del palacio de los mecenas, algunos surrealistas no pudieron resistir el espectáculo que formaban aquellos lacayos de librea firmes en la escalera de mármol, tan amplia que por ella podían pasar perfectamente dos caballos. Al llegar la hora del espléndido bufet, André Thirion, a sus veintitrés años, comenzó a romper copas y a arrojar botellas contra los espejos insultando a los presentes. Los Noailles asistieron impertérritos a aquella *performance*. Sólo un año después René Crevel, de treinta años, consiguió explicar al resto de los surrealistas quién era exactamente aquella extraña pareja de nobles.

Antes de ellos había sido Salvador Dalí quien había tenido que luchar contra la timidez que inspiraba tanta riqueza, y eso que uno de sus cuadros, *El juego lúgubre,* colgaba entre un *cranach* y un *watteau*. Dalí no sabía que Marie-Laure estaba conmovida al percibir su malestar y su resentimiento frente al mundo. Sentados a la mesa, cada vez que el mayordomo se inclinaba para susurrarle al oído el nombre y el año del vino, Dalí se ponía a temblar convencido de que iba a anunciarle alguna tragedia: en vez de saborear lentamente el caldo lo tiraba al suelo para serenarse.

A pesar de todo, de aquella cena atormentada Dalí salió con dos conclusiones muy reveladoras. La primera era que la nobleza era más permeable a sus ideas que los intelectuales. La segunda era que los arribistas mundanos, los «pececillos voraces, ansiosos de éxito», podían resultarle útiles con sus comentarios llenos de maldad: «Renuevan continuamente mi prestigio con cada nueva calumnia que inventan movidos por los celos».

En los años treinta Marie-Laure de Noailles se acercó cada vez más al mundo de la música, interesándose en la que, entre otros, hacían Milhaud, Poulenc o Kurt Weill, a quien ella había promocionado. El vizconde, herido por la hostilidad del gran mundo, se refugió en la jardinería. «¿Charles prefiere a los hombres o a las mujeres?», le preguntaban a su esposa. «Oh, prefiere las flores…» En 1936, a los

treinta y cuatro años, posó vestida muy sobriamente para Balthus. «Desde pequeña –sentenciaba– sé muchas cosas, pero no sé vivir.»

114
9, RUE FREYCINET
Maurice Dekobra

1928-1929. Asediado a sus cuarenta y tres años por sus admiradoras, el inquieto Maurice Dekobra le pidió a Paul Poiret que lo ayudara a transformar su nueva casa parisina, situada en una cuarta planta, en el escenario de un viaje inmóvil. «Me será muy útil cuando esté demasiado mayor para viajar.»

El bar emulaba el interior de un sumergible. Por el periscopio bajaban las almendras, aceitunas y patatas fritas para acompañar los cócteles colocados encima de la mesa de instrumentos para la navegación. La sala de estar era una réplica fiel de un vagón de su amado Orient Express. Si se bajaba la ventanilla, podía contemplarse el Trocadéro y, al otro lado del Sena, la torre Eiffel. El dormitorio tenía la austeridad de la cabina de un yate. Un refinado mecanismo dotaba al colchón de un movimiento ondulante muy parecido al del océano, única manera en la que conseguía dormir el novelista más famoso de la posguerra.

En su estudio un aluvión de banderitas sobre un mapa gigante señalaba los desplazamientos, tan frenéticos como los suyos, de sus personajes. Un papagayo de porcelana miraba fijamente una fotografía de Joséphine Baker, a quien había contratado para la película *La sirena de los trópicos*. Frascos con agua del Ganges, del Misisipi y del Nilo servían de amuletos de la buena suerte. El salón, repleto de reproducciones de obras de arte italianas, resultaba menos alegre que su estudio, rebosante de recuerdos de sus viajes, entre ellos un kris malayo y un escarabajo egipcio. «Aquí he conseguido levantar una fortaleza desde la que podré combatir los asaltos del teléfono y las incontables visitas.»

La vida privada de aquel hombre tan guapo como simpático parecía una prolongación de la castidad que caracterizaba a sus héroes. Nadie podía presumir de conocerlo íntimamente. Quizá fue su sentido del humor o quizá una mal disimulada hostilidad lo que le hizo conservar las mejores cartas, entre varias miles, de sus admiradoras en una caja sobre la que había escrito: «¿Tumba de la mujer desconocida?».

Puntillosamente elegante, respondía a los periodistas con su voz burlona: «Nunca me he casado: primero, porque creo que la tierra está superpoblada, y luego, porque vivir veinte años con la misma mujer veinticuatro horas al día es una tortura china; es más: lo de la gota que cae en la cabeza es un placer comparado con el matrimonio».

115
42, RUE GALILÉE
James Joyce

1932. Nora Joyce, de cuarenta y ocho años, necesitaba a esas alturas ayuda para aplacar los ataques de locura de su hija, Lucia, de veinticinco. El escritor resistía la sensación de terror que le causaban tales episodios enfrascándose en su trabajo. Solía dirigirse a Lucia con un tono alegre para minimizar su aflicción. «En realidad, estoy seguro de que todo lo que cuenta son mentiras, historias que se inventa; casi todas las muchachas hacen lo mismo.» Había pensado, con gran ingenuidad por su parte, que si le compraba un abrigo de piel compensaría su inseguridad. Pero lo cierto es que nada parecía capaz de controlar el mal de Lucia, que dejó de dibujar y pasó a la encuadernación de libros.

Por la cabecera de su cama pasaba un especialista tras otro proponiendo las curas más estrafalarias, como la de darle de beber agua de mar, que durante un tiempo resultó eficaz. James Joyce, a sus cincuenta años, era incapaz de ignorar lo que estaba sucediendo. Esa desesperación debilitó aún más su cuerpo, ya castigado por el alcohol. El insomnio se hizo dueño de sus noches, y el dolor de estómago, de sus

días. «Estamos sometidos a una tensión espantosa a causa de nuestra hija Lucia, cuya juventud feliz y llena de futuro se ha visto minada por… una forma incurable de alienación mental o moral.» Naturalmente, él no daba crédito a aquella palabra tremenda, *incurable*, y no dejaba de esperar que recuperara la salud.

Los ojos seguían doliéndole, lo que hizo que su trabajo se estancara. Joyce no sabía muy bien a qué atenerse: un especialista le había dicho que, si no se operaba, corría el riesgo de quedarse completamente ciego. Ahora bien, el éxito de la cirugía no estaba garantizado y el escritor se mostraba indeciso. «Lo que mis ojos me dan no es gran cosa. Tengo cien mundos por crear y perdería sólo uno.»

Una noche Hemingway, de treinta y tres años, había llevado hasta su casa a Joyce, que, completamente borracho, había obligado a la dueña de un bar a bailar con él un vertiginoso vals antes de caer estrepitosamente al suelo. James no llevaba las llaves y Ernest, que lo había ayudado a subir las escaleras, no tuvo más remedio que echar la puerta abajo de una patada. «Pobre diablo –comentó–, al menos no se ha hecho daño en los ojos.» En otra ocasión fue Nora quien abrió la puerta y dijo lapidariamente: «He aquí el escritor James Joyce, nuevamente borracho en compañía de Ernest Hemingway».

116
38, AVENUE THÉOPHILE-GAUTIER
François Mauriac

1931. «¡Quién me iba a decir que viviría aquí, en el XVIe arrondissement, junto al Bois!», decía François Mauriac a sus cuarenta y seis años, quien había dudado mucho tiempo sobre la conveniencia de instalarse al otro lado del Sena. Desconfiaba de la frívola reputación de la *rive droite*. Para exorcizar cualquier tentación de pomposa vacuidad, se puso en manos del austero decorador del *todo París* intelectual y mundano, Jean-Michel Frank, de treinta y seis años. Cuando Frank, tras visitar con él la nueva

casa, le impuso sus drásticas condiciones –renunciar a la mayoría de sus muebles–, Mauriac aceptó inesperadamente. Aquel hombre alto, delgado, de rostro descolorido y carente del menor atisbo de alegría amaba la renuncia. Lo había demostrado ya muchos años antes cuando, aun estando enamorado de Jean Cocteau, renunció a su homosexualidad para fundar una familia.

Mauriac sabía perfectamente que eso de la *estética de la renuncia* era un lujo accesible únicamente a los ricos, pero le gustó ver que Frank purgaba su mobiliario. Todos los materiales que usaba eran de una pobreza manifiesta, comenzando por las puertas de marquetería con paja. En las paredes no había revestimiento, excepto una tela gris y unas cortinas de cuerda iluminadas por unos reflectores de Alberto Giacometti, que a la sazón tenía treinta años.

Tras haber eliminado los exquisitos bordados de Aubusson de los sillones Regencia sustituyéndolos por arpillera, consiguió borrar de ellos la pátina del tiempo. Los divanes cuadrados de aquel innovador interiorista parecían «hechos aposta para enlatar a una docena de sardinas humanas». Mauriac, satisfecho, sintetizaba de este modo el resultado: «Nada en las paredes, nada en los muebles: ningún color, excepto el blanco y el beis. No se puede temer el más mínimo error: es la estética de la seguridad mediante la renuncia». No por casualidad Jean Cocteau sostenía que las casas cuyos interiores eran obra de Frank daban la impresión de haber sido desvalijadas.

Pero la verdad es que, entre aquellas «paredes sin historia», Mauriac no se sentía cómodo y, en 1938, resolvió el problema con un toque de genio. Alquiló un pequeño piso en la sexta planta del edificio contiguo, el 10 de la rue du Père Brottier, y lo unió al otro, sobrio en exceso. El estudio era un lugar ostensiblemente modesto, pero sin huella alguna del refinamiento de Frank. Un crucifijo de madera y un grabado de Bernard Buffet, *El cordero pascual*, compartían las paredes verde agua con un paisaje impresionista, un retrato a lápiz de su mujer, Jeanne, y la fotografía de un añorado amigo de la adolescencia. Por todos lados,

también sobre el escritorio, se amontonaban los libros y los papeles. Mauriac, sentado en un sofá cama beis, escribía apoyándose en las rodillas. No le molestaban en absoluto los gritos de los niños que jugaban en el jardín de un colegio cercano.

No obstante, ni siquiera allí conseguía encontrar la paz. El olor a comida impregnaba todo el pisito y «ni siquiera [podía] uno estornudar sin que se [enterara] el vecino». Tampoco las vistas, con aquellos tejados y tanto coche, le resultaban muy satisfactorias. A veces se preguntaba: «¿Por qué me habré quedado en el XVIe arrondissement?».

117
16, AVENUE VICTOR-HUGO
Restaurante Prunier

1928. En sus épocas de mayor penuria, John Dos Passos viajaba con el pensamiento para sentarse ante un plato del famoso lenguado *à la bonne femme* del restaurante Prunier. Las ostras, el marisco y el champán de aquel renombrado local habían atraído en aquella ocasión hasta sus mesas, después de que tiempo atrás hubieran pasado por ellas Wilde, Proust y Sarah Bernhardt, a un jovencito y a un hombre maduro.

Julien Green, de veintiocho años, novelista debutante, había programado con mucha antelación aquella cena, dando a entender con suma delicadeza a su avaro colega Gide, de sesenta años y ya en el culmen de su carrera, que era él quien invitaba. Es muy probable que estuviera al corriente del rechazo natural que aquel a quien todos consideraban un maestro sentía por el acto de pagar una cuenta. El primer encuentro entre ambos, en 1923, había sido decepcionante, y esa noche el tímido Green, paralizado entonces por la mirada penetrante del gran escritor, esperaba conocerlo mejor.

Pero también Gide, bajo su máscara de impasibilidad, era un hombre apocado. Era todo un alivio que el interior del nuevo Prunier, reabierto en 1924, fuera menos ostentoso que su fachada, adornada con mosaicos

art decó de color azul claro. «Ante el lujo siento una timidez casi insoportable; quizá el paso del tiempo pareció atenuarla un poco, pero, con la edad, ha vuelto a la carga e incluso se ha acentuado.» Mientras comían, Gide observaba a Green. Era increíble lo mucho que se parecía a él cuando contaba su misma edad, «más preocupado por comprender que por asentir o por afirmar su personalidad oponiendo resistencia». No obstante, le habría gustado poder hablar de un modo más libre con el joven, también homosexual. «Tengo miedo de haberlo defraudado profundamente; la verdad es que todo lo que he conseguido decirle era de lo más banal; nada de cuanto he dicho eran cosas que cabía esperar de mí. Además, estaba muy cansado e inquieto por que no se me notara mucho.»

1927. Mientras se tomaba unas ostras de aperitivo, Ernest Hemingway, de veintiocho años, se encontró con una conocida que recientemente había abortado. Hablaron sobre el asunto y le vino la inspiración para un cuento: *Colinas como elefantes blancos*.

1929. Un buen día Francis Scott Fitzgerald y Ernest Hemingway pidieron una langosta *thermidor* y borgoña blanco. Eso fue antes del combate de boxeo entre Hem y un principiante, Morley Callaghan, en el American Club. Al principio todos estaban de buen humor. Fitzgerald, de treinta y tres años, se encargó de cronometrar los asaltos de tres minutos entre los dos púgiles, amigos y escritores. Ernest tenía treinta años, y Morley, cuatro menos. Impresionado al ver que la sangre comenzaba a manar de la boca de Hemingway tras un golpe de su adversario, Fitzgerald se olvidó de anunciar el fin del primer *round*. Después de intentar golpear a Morley, Ernest recibió un puñetazo en la mandíbula que lo tiró al suelo.

«¡Ay, Dios mío!, ¡se me ha olvidado y el asalto ha durado cuatro minutos!», se disculpó Fitzgerald, pero Hemingway respondió furioso: «Si lo que quieres es ver cómo me rompen los dientes, dilo claro, pero no me vengas con que ha sido un error». El episodio, narrado según diferentes versiones, dio lugar a una serie de malentendidos entre sus

protagonistas. En realidad, Hem no podía soportar tanta humillación: no es sólo que lo tumbaran delante de un grande como Scott, sino que además éste lo ayudaba económicamente.

118
9, PLACE VICTOR-HUGO
Ernest Hemingway, Raymond Radiguet

1923. El 14 de diciembre la iglesia de Saint-Honoré d'Eylau era un enjambre de celebridades. Allí estaban todos: Gaston Gallimard, Tristan Tzara, Marie Laurencin, Coco Chanel, Pierre Drieu La Rochelle, René Crevel, Pablo Picasso, Jean Giraudoux, Constantin Brâncuşi, Max Jacob. Se habían congregado para rendir homenaje a Raymond Radiguet, muerto de tifus a los veinte años. Su amante, Jean Cocteau, de treinta y cuatro, no estaba. No tenía fuerzas para ir: lo embargaba un profundo sufrimiento.

Misia Sert había sufragado los gastos del sepelio después de que Chanel se hubiera encargado de pagar los cuidados médicos. Las amantes de Radiguet se encontraban muy cerca del ataúd, totalmente cubierto de flores blancas, salvo alguna que otra de color rosa. Coco había regalado a la última de ellas, Bronia, futura esposa de René Clair, un vestido negro.

A la salida, bajo un cielo oscuro, una carroza fúnebre tirada por unos caballos blancos, en homenaje a su juventud, esperaba sus restos mortales. Pablo Picasso, de cuarenta y dos años, por regla general alguien poco sentimental, parecía destrozado. Los caballos se alejaron al ritmo del jazz interpretado por la orquesta negra del Bœuf sur le toit, donde Radiguet había pasado tantas veladas.

1927. Era la tarde del 10 de mayo cuando Ernest Hemingway, de veintiocho años, y Pauline Pfeiffer, de treinta y dos, contrajeron matrimonio en esa misma iglesia. Por la mañana había tenido lugar la boda civil en el ayuntamiento. En una fotografía puede verse a Ernest

con traje de *tweed* y aire feliz y arrogante; Pauline, con el cabello corto y un collar de perlas, parece seria y emocionada. Él era alto y atlético; ella, menuda y elegante. Él era pobre y ella, al contrario que su primera mujer, era rica. Pauline había calmado el cargo de conciencia de Hem explicándole que su primer enlace no era válido, ya que no se había celebrado por la iglesia. Animado por ella, Hemingway fue a misa y a confesarse. Eso sí, no le sentaba bien que su amada, obedeciendo los preceptos católicos, rechazara usar métodos anticonceptivos.

La perfecta corrección con que Hadley, su primera esposa, había reaccionado a la noticia agravó sus remordimientos. Cuando un conocido le preguntó por qué se había divorciado, él respondió: «Porque soy un cerdo».

Con el fin de obtener el certificado de bautismo indispensable para las nupcias, el escritor se había trasladado hasta Rapallo para buscar al sacerdote que lo había convertido mientras estaba convaleciente de las heridas sufridas en la Gran Guerra. De ese modo, con un simple papel, evitaría las incomodidades que conllevaba una conversión en toda regla. En aquel período Hemingway iba regularmente a misa, por mucho que se definiera como «un bicho raro entre los católicos». No es que al catolicismo le faltaran ventajas: «Lo cierto es que es la religión más cómoda para un soldado». Pero tampoco se hacía ilusiones: «No soy eso que podría llamarse un *buen* católico. Creo que dentro de la iglesia hay mucha tontería. Lo del año santo y demás es una auténtica estupidez, pero la verdad es que no logro tomarme en serio ninguna otra religión». Otras veces se retraía y declaraba ambiguamente: «Soy practicante, pero no creyente». Muchos años después resumiría con seca claridad aquella situación: «Pauline era una católica muy devota, y yo no era ni católico ni devoto».

Mientras tanto, Hadley y su hijo Bumby habían regresado a los Estados Unidos. De ese modo ella daba por terminadas las turbulentas veladas parisinas en las que las dos señoras Hemingway coincidían ante el embarazo de la concurrencia. En cierta ocasión Hadley, harta de oír

que su marido defendía que su matrimonio no había sido válido por no ser bendecido, le respondió tajante: «De acuerdo, entonces el niño es sólo mío».

119
30, RUE LA PÉROUSE
Hotel Majestic

1922. El 18 de mayo los camareros del hotel Majestic daban los últimos toques necesarios para la cena de cuarenta comensales encargada por una rica pareja de estetas, Sydney y Violet Schiff. Ellos dos eran los únicos sabedores de que los cubiertos que en verdad importaban eran cuatro nada más. La celebración, oficialmente en honor de Diáguilev y los Ballets Rusos tras el estreno de *Renard*, de Igor Stravinski, a la sazón cuarenta años, era en realidad una argucia de Schiff, un inteligente esnob, para reunir a sus cuatro genios favoritos: Picasso, Stravinski, Proust y Joyce.

Sin embargo, el encuentro fue decepcionante. El compositor se sintió intimidado por la elegancia demodé de Marcel Proust, de cincuenta y un años, que sostenía entre sus manos enguantadas un bastón de paseo. El escritor, «pálido como la luna a media tarde», preguntó al exhausto Stravinski: «¿Le gusta a usted Beethoven?» «Lo detesto.» «Pero… ¿y los últimos cuartetos?» «De las peores cosas que he oído.» La verdad es que el músico habría preferido que se hablara de su obra, pero Proust, que normalmente se daba cuenta de todo, parecía no intuirlo en esa ocasión. Con la esperanza de acercar a Proust y Picasso, Schiff le propuso al artista que los retratara. «Sólo un dibujo, ¡con una hora basta!» Nada que hacer, y desde entonces nació en Picasso, de cuarenta y un años, una viva antipatía por ese personaje pálido e hinchado que únicamente sabía hablar de aristócratas.

James Joyce, que a la sazón contaba cuarenta años, apareció a medianoche. Estaba cansado e incómodo porque era el único que no

llevaba esmoquin. Se sentó con aire sombrío, la cabeza entre las manos, y comenzó a atiborrarse de champán. No dijo una palabra en toda la cena.

Al salir del restaurante, Proust invitó a Joyce y a Schiff a subir a su coche, un viejo taxi conducido por el marido de su ama de llaves.

Pero los pasajeros de los asientos raídos de aquel monumental automóvil fueron protagonistas de otro incidente. Joyce, quien ignoraba que el asma impedía a Proust viajar recibiendo el aire de fuera, bajó la ventanilla para encenderse un cigarrillo. Schiff, siempre tan amable, se precipitó a cerrarla rogando al irlandés que lo apagara. Joyce así lo hizo, aunque aprovechó para comenzar a quejarse de sus problemas de la vista, a lo que Proust replicó describiendo los suyos con el ardor de estómago. «¿Le gustan las trufas, señor Joyce?» «Sí.» «¿Conoce a la duquesa Equis?» «No.» Las últimas frases que intercambiaron fueron demoledoras. «Siento mucho no conocer la obra del señor Joyce.» «Nunca he leído al señor Proust.»

1931. «Nuestra última vez en París –recordaba Francis Scott Fitzgerald– nos alojamos en la desvaída fastuosidad del hotel Majestic.» Pero los días y las glorias del escritor, cada vez más esclavo del alcohol y de su mujer, Zelda, superviviente de una reclusión en una clínica para enfermos mentales, parecían acabados. Aquellos años en los que la pareja daba la impresión de encarnar la era del jazz se hallaban irremediablemente lejos, y el futuro de ambos estaba preñado de amenazas. «Toda mi vida –concluiría más adelante– no es más que un proceso de demolición.»

1935. Tras el modesto éxito obtenido en Nueva York con *The Eternal Road,* cuya música era de Kurt Weill, Alma Mahler, de cincuenta y seis años, y Franz Werfel, de cuarenta y cinco, iban de una recepción a otra en busca de consuelo. Ni siquiera las incansables celebraciones a cargo de la comunidad armenia, entusiasmada con el libro *Los cuarenta días del Musa Dagh*, que Werfel había dedicado al genocidio de su población a manos de los turcos, servían ya para mitigar su desazón. Franz, según

contaba Stefan Zweig, disimulaba su genio bajo una apariencia grotesca, al igual que hacía con su prominente panza bajo el chaleco del esmoquin. Alma, «débil y gruesa», parecía una reina destronada, pero seguía siendo una reina.

Una noche Werfel, tras una cena a base de trufas en un restaurante de la *rive gauche*, se sintió mal y desapareció. Se lo encontraron en el aseo de señoras con la cabeza bajo el grifo de agua fría. Cuando el taxi se detuvo ante el hotel Majestic, que tanto intimidaba a Alma por su reputación de establecimiento de postín, la mujer y su hija entraron sosteniendo al escritor borracho al tiempo que intentaban que el solemne portero no advirtiera nada.

Probablemente el incidente fuera consecuencia de que Werfel no estaba acostumbrado a la bebida. Preocupada por los ataques al corazón de su marido, Alma permaneció en vela junto a él toda la noche. El escritor durmió «apaciblemente».

120
BOULEVARD LANNES
Francis Scott Fitzgerald

1928. Aquel bulevar no era entonces más que una calle polvorienta con un puñado de casas de aspecto desolado y algún que otro transeúnte. Francis Scott Fitzgerald, a sus treinta y dos años, y Nino Frank, a sus veinticuatro, se habían bajado del taxi, que los seguía desconcertado a cierta distancia, y caminaban bajo el sol.

«No, no es ésa. Es una cabaña con jardín un tanto absurda», aseguraba muy serio Fitzgerald, obstinado en encontrar el ilocalizable bar donde lo esperaba una amiga. Ya no se acordaba de su nombre, pero estaba seguro de que la encontraría, a ella y… al whisky. Estaba convencido de que era francesa, aunque también podría ser estadounidense: para qué negar que la había visto una sola vez.

El tremendo calor hacía mella en la educada firmeza con la que Scott

perseveraba en su empeño. Llevaba en la mano su sombrero a la última moda, grande, de color claro y con los bordes forrados de terciopelo.

«Si Zelda estuviera aquí, ya habríamos llegado», insistía con tozudez y buen humor, sin dejar de escrutar con sus penetrantes ojos azules aquellas construcciones anónimas. A veces le parecía reconocer alguna, llamaba a la puerta y se excusaba con elegancia. La mayoría de las veces nadie respondía.

Mientras continuaba la búsqueda, se puso a hacer cuentas de los ingresos que obtenía. Un periódico de escaso prestigio le pagaba generosamente por sus cuentos, y a veces se preguntaba qué sentido tenía sufrir tanto para hacer una buena novela cuando podía ganar mucho más con poco esfuerzo y dedicarse a vivir la vida sin más preocupaciones en la Costa Azul.

«Piénsalo, amigo mío: ni el mismo Sherwood Anderson soñaría con ganar un dinero como éste, y eso que es todo un genio. Incluso a Sinclair Lewis, por muy premio nobel que sea, jamás le pagarían semejante suma…»

Mientras tanto, el taxista se había quedado dormido con la cabeza apoyada al volante. En aquel momento, Fitzgerald vio en el suelo un bombín roto. Lo recogió, lo limpió y se lo puso. Después se hizo un bastón de paseo con un trozo de alambre que encontró más adelante. El chófer, que acababa de despertarse, vio con perplejidad cómo se ponía a imitar a Charlot.

121
8 BIS, RUE LAURENT-PICHAT
Marcel Proust

1919. Marcel Proust, por entonces de cuarenta y ocho años, decidió mudarse del piso del 102 del boulevard Haussmann cuando inesperadamente su tía, la propietaria, lo vendió. Encontraba feo el nuevo barrio, Monceau, pero ni mucho menos pensaba en abandonar

aquella tranquila zona residencial nacida de la especulación del suelo en la segunda mitad del XIX. Allí quien marcaba el tono era la alta burguesía, a la que la familia de Proust pertenecía por derecho propio gracias a su riqueza y al prestigio del padre, un médico de fama internacional.

Después de haber barajado distintas posibilidades, aceptó la oferta de un joven admirador, el dandi Jacques Porel, hijo de una famosa actriz, Réjane. El edificio, situado en una pequeña y sinuosa calle adyacente a la elegante avenue Foch, era por completo propiedad de la actriz.

Proust sentía una sincera devoción por la dueña de la casa. De hecho, ella sería la fuente de inspiración de Berma, uno de los personajes de *En busca del tiempo perdido*. «Mira, Céleste –explicaba a su criada–, no cabe duda de que Sarah Bernhardt es una gran actriz, pero sólo puede interpretar cierto tipo de papeles. Réjane, por el contrario, puede hacerlos todos… Trasciende a la mera actriz: tiene el talento de una gran artista. Entre esas dos mujeres hay la misma distancia que separa a un buen novelista de un gran autor. ¿Sabe que, cuando salía del teatro, había cientos de personas esperándola?»

A pesar de todo, no conseguía reponerse de la confusión y el cansancio propios de un cambio de domicilio. «La mudanza había acabado con tres cuartas partes de mí y la casa de Réjane ha matado la cuarta. Está muy cerca del Bois, lo que ha reavivado el asma que me causa el heno», se lamentaba ante una amiga.

Muy pronto, sin embargo, tuvo que acostumbrarse a ciertos ruidos que socavaban su paz. En el piso de abajo se estaban llevado a cabo unas atronadoras obras que perturbaban su esporádico sueño y su trabajo. Del apartamento situado frente al suyo provenían los histriónicos ejercicios de declamación de un actor. Además, por desgracia el ascensor se estropeaba a menudo, de modo que debía subir a pie hasta el tercer piso.

Por si no fuera suficiente, había otros ruidos que envenenaban su mente. A los pocos meses del traslado, se hallaba completamente

desesperado a causa de sus vecinos, un conocido actor y su esposa. Así escribió a Porel: «Hacen el amor cada dos días con un frenesí que desata mi envidia… Si bien para mí esa experiencia es menos satisfactoria que beberme un vaso de cerveza fría, no puedo negar que envidio a esas personas, capaces de soltar gritos tan exagerados que de entrada me hacen pensar en un asesinato. Pero enseguida los chillidos de la mujer, que responde a los del hombre con otros una octava más bajos, me confirman lo que verdaderamente está sucediendo. […] Mire, Porel, me causaría una gran tristeza que su madre pensara que soy yo el responsable de semejante jaleo». Tras jurarle a su amigo que él no tenía amantes ni tampoco piano, concluyó su misiva tajantemente: «Sólo me relaciono con el asma».

122
148, AVENUE DE MALAKOFF
Pierre Drieu La Rochelle

1921. Sus invitados quedaban impresionados por la austeridad de aquellas dos habitaciones en la planta baja. El silencio dominante en ese barrio burgués constituía el escenario perfecto para aquellas paredes blancas completamente desnudas entre las que destacaban una robusta mesa geométrica y un sencillo y mullido diván de un ocre cálido. No había cuadros: sólo un jarrón de cristal rectangular lleno de flores rescatado del taller de un electricista por un decorador de veintiséis años, Jean-Michel Frank, para quien aquél era su primer trabajo. Su estética coincidía con la del propietario. «Siento verdadero terror por las cosas de mala calidad –explicaba Pierre Drieu La Rochelle–. Quiero tener pocas, pero exquisitas.»

Con su rostro «de ángel prematuramente marchito» y su sobria elegancia de dandi inglés, Pierre era, a sus veintiocho años, muy distinto de su decorador. Nadie habría imaginado que el diminuto Frank, acosado en el colegio por su aspecto afeminado y su voz de falsete,

acabaría por imponer su ideal de sencillez al *Tout-Paris*.

Maurice Martin du Gard, un amigo que se había acercado a casa de Drieu, lo encontró mientras se anudaba con sus largas manos la corbata blanca, complemento de su indumentaria de noche. Drieu estaba nervioso y ya iba por el tercer intento. Sobre la chimenea había un ejemplar de su libro recién publicado, *Estado civil*. Como era habitual, su satisfacción por el acontecimiento se había agriado al descubrir alguna que otra errata en la edición. En general, en su vida bastaba la menor tara para arruinarlo todo.

Se preguntaba si realmente había hecho bien escribiendo sus memorias. «Carezco de imaginación: lo único que puedo contar es mi historia y la vomito en cuanto se me presenta la ocasión.» Después echó un vistazo al libro y lo encontró desagradable y cursilón. «Soy deplorablemente lineal, no veo los colores… no siento la música, no siento nada.»

En una esquina yacía un montón de libros. Whitman, Kipling, Barrès, D'Annunzio, Nietzsche, Péguy, Claudel, Rimbaud y un pequeño tomo de Pascal que lo había acompañado durante toda la guerra. «Lo demás sólo serviría para aparentar, y a mí no me gusta dármelas de nada.»

Al cabo de un año, su estancia en la avenue Malakoff llegaba a su fin. Drieu estaba inquieto y quería cambiar de casa. Emma, la mujer de la que creía estar enamorado, estaba a punto de sucumbir a un tumor, y Drieu analizaba la situación sin indulgencia alguna: «Pronto hará dos meses que está en cama y yo la cuido como buenamente puedo, pero no lo hago bien del todo a causa de este egoísmo mío que me empuja a salir por ahí, a perseguir a unas tipas estúpidas y a dejarla sola a menudo… ¡Cuánto me pesa esta esclavitud sentimental!».

Según las malas lenguas, la princesa Winnaretta de Polignac vivía en tres niveles: el mundano, el intelectual y el nocturno. Que Winnaretta Singer, heredera de la empresa de máquinas de coser del mismo nombre, era lesbiana lo sabían todos. No obstante, aquella mujer dura y rayana en la prepotencia era partidaria de guardar las apariencias.

Tras un primer matrimonio con un aristócrata francés, según algunos descaradamente homosexual y según otros un tipo violento, había vuelto a contraer matrimonio con el anciano y decrépito príncipe Edmond de Polignac, un homosexual discreto que compartía con ella la pasión por la música. Se habían casado la máquina de coser y la lira: así se definía aquella unión tan propicia. A quien se lo echaba en cara, el príncipe le respondía con cinismo: «La máquina de coser es una gran artista y mi lira tiene una sola cuerda: la gran fortuna de mi mujer me proporcionará una orquesta».

Al contrario que su educado y dulce consorte, la autoritaria Winnaretta, a quien apodaban Vinagreta, se caracterizaba por la acidez de sus bromas. En la salita de la princesa –decorada con frescos de Josep Maria Sert–, gran mecenas de la música, se reunían Isadora Duncan, Gabriel Fauré, Nadia Boulanger, Reynaldo Hahn, Darius Milhaud, Maurice Ravel, Erik Satie, Igor Stravinski, Francis Poulenc, Jean Cocteau, Claude Monet, Marcel Proust, Serguéi Diáguilev, Paul Valéry y Colette.

Cuando en 1923 Denys Trefusis presentó a la princesa a su esposa, Violet, ésta ya cargaba a sus espaldas un pasado escandaloso. Hija de la última amante de Eduardo VII, nunca se había preocupado de esconder sus amores con la andrógina, aunque también casada, Vita Sackville-West. Una vez acabada aquella aventura, tras una espectacular huida en la que ambas se dirigieron a Francia y Vita iba vestida de hombre, Violet se dejó seducir por un joven escritor.

Violet tenía, según se describía ella, «estatura mediana…, rasgos irregulares…, pelo crespo, rizado…, con una notable debilidad por los pasteles». Por si fuera poco, contaba con unas preciosas piernas, unas

mejillas rosadas por naturaleza y una gran elegancia. En la mesa repasaba obsesivamente sus labios con el lápiz. «Se los ha pintado diez veces durante la cena: las he contado», se quejaba la escritora Nancy Mitford.

Al principio aquella heredera que guardaba parecido con Dante Alighieri se dejó conquistar por la ardiente feminidad de Violet. Winnaretta tenía cincuenta y ocho años, y Violet, veintinueve. Aquello fue un flechazo. Durante varios años su relación consiguió resistir a las mutuas infidelidades. «¿Qué grande ha sido siempre constante?, ¿qué reina ha sido siempre fiel? La novedad es, y siempre será, la esencia misma del genio», afirmaba Violet. A primera vista la autoridad de Winnaretta parecía incontestable, pero no era fácil doblegar la vehemencia de Violet, que empezaba a convertirse en una escritora premiada y con cierto renombre.

Hasta el mismo Proust, que por entonces andaba ultimando *En busca del tiempo perdido*, encontró un hueco para recibirla. El escritor, cansado y enfermo, se despojó tras la cena de todos los echarpes que lo envolvían para decirle: «Apuesto a que usted no ha oído nunca hablar de Saint-Loup, aunque quizá sí conozca a un personaje mío llamado así». Le describió el lugar y luego añadió: «¡Vaya a verlo!». Violet obedeció. Se enamoró de la torre, y Winnaretta, cansada de sus caprichos, se la ofreció como regalo de despedida. Corría el año 1927.

124
52, RUE MICHEL-ANGE
Antoine de Saint-Exupéry

1938-1939. Cuando el sombrío mayordomo con chaqueta blanca le abrió la puerta, el periodista se quedó sorprendido. Allí no había rastro alguno del célebre desorden de Antoine de Saint-Exupéry. Es más, el apartamento parecía deshabitado. Era una única estancia dividida por un biombo tras el cual se intuía la cama; en el lado opuesto, había dos

divanes Luis XV y una mesita.

Saint-Exupéry, de treinta y ocho años, era exactamente igual a como se lo habían descrito: alto, desgarbado, con una cabeza redonda devorada por la calvicie. Sus párpados hinchados no atenuaban la vivacidad de sus ojos saltones; cuando se excitaba, se veía temblar su nariz respingona. Nadie, sin embargo, parecía percatarse de las dos cicatrices que lo habían dejado marcado tras varios accidentes aéreos.

El escritor intentaba dominar su inquietud jugueteando con cualquier cosa mientras escuchaba las preguntas del entrevistador sobre su último libro, *Tierra de hombres*. Costaba vencer su exagerado sentido del pudor y conseguir que hablara de sí mismo: su timidez intimidaba al visitante. Aun así, cuando le dijo que sus libros le hacían confiar en el ser humano, Saint-Ex replicó: «Yo es que esa fe la tengo. Siempre me he encontrado con buena gente…, quizá porque sólo estimulaba ese lado bueno que va de la mano del lado malo de cada individuo. Muchos se equivocan y buscan obstinadamente el segundo nada más». Después reconoció que había hecho más amigos en las cabinas de los aviones que en la «república de las letras».

Cuando su esposa, Consuelo, de treinta y siete años, regresó a París, la recibió cubriéndola de flores, pero no quiso vivir con ella. Aunque seguía amando a aquella mujer caprichosa e imprevisible, infiel y cariñosa, prefirió quedarse solo en el pequeño piso, que contaba, eso sí, con unas magníficas vistas al Sena y a la colina de Saint-Cloud. Consuelo, acostumbrada a los altibajos de su marido, llamaba a aquella decisión sus *vacaciones de esposo*. Ya ninguno de los dos se hacía ilusiones sobre la fidelidad del otro; pero, mientras que Saint-Ex podía ir cuando quisiera a casa de ella, en el 24 de la rue Barbet-de-Jouy, Consuelo había recibido, junto a las llaves del estudio de Antoine, la prohibición expresa de utilizarlas.

Huelga decir que sabía perfectamente que casi todas las tardes iba a visitarlo Nelly de Vogüé, una aristocrática belleza rubia de treinta años que vivía no muy lejos de allí. Su presencia le daba tranquilidad: Nelly

velaba por su carrera, le pagaba las deudas y lo animaba a escribir, tareas imposibles para su volcánica consorte. Además de una amiga fiel, aquella amante discreta estaba, cosa rara en aquella época, al mando de una importante empresa. Pero cuando la Bella E, como la llamaba Consuelo, se permitía ironizar sobre su mujer, Antoine la cortaba en seco de inmediato.

Aquel triángulo le obligaba a hacer verdaderos malabarismos, como verlas a las dos el mismo día o, en el momento en que ganó el premio de la Académie française por *Tierra de hombres*, comenzar la celebración en casa de Consuelo para acabarla en la de Nelly.

A pesar de su separación, los dos cónyuges no podían prescindir el uno al otro. Sus amigos pensaban que, por muy peculiar que fuera, la situación tenía su parte de equilibrio, pues Nelly protegía a Antoine, quien a su vez, y tras su aparente distracción, protegía a Consuelo.

Por lo general el apartamento estaba lleno de amigos que se movían entre maletas y baúles, dosieres y carpetas, ropa desperdigada y los objetos más dispares. Cuando su agente literario fue a verlo para darle un contrato, asistió a un ritual de lo más singular: su mayordomo, un antiguo general del zar, suministraba a su señor una cucharada de aceite para sus problemas de hígado. Después Saint-Ex, en vez de escucharlo, le enseñó con gran entusiasmo una novedad: una estilográfica de cartucho que evitaba la ineludible pérdida de tinta que sufrían las plumas en los vuelos. Sólo después de haberle explicado hasta el menor detalle las excelencias de aquel objeto se avino a firmar.

125
15, BOULEVARD DE MONTMORENCY
Henri Bergson, Marcel Proust

1920. Un palacete de reciente construcción al estilo neogriego servía de sede a la Fondation pour la pensée et l’art français, fundada por una rica pareja de norteamericanos, los Blumenthal, con el fin de conceder becas

de estudio a debutantes con talento.

Habían invitado a Proust, de cuarenta y nueve años, a formar parte de un jurado en el figuraban personajes de la talla de Barrès, Bergson, Gide, Noailles y Valéry, pero hasta ese momento el autor de *En busca del tiempo perdido* no había podido asistir a las reuniones del comité en la lujosa residencia de los Blumenthal en la avenue du Bois.

Proust, aduciendo motivos de salud, siempre se había excusado enviando una confusa y educadísima carta a la presidenta. Lo cierto es que por entonces lo atormentaba una persistente otitis provocada por un uso excesivo de los tapones para los oídos. Finalmente se presentó, pues pensaba intentar por todos los medios que el beneficiado fuera su protegido, el escritor Jacques Rivière, de treinta y cuatro años.

Corría el mes de septiembre y para Proust fue una gran alegría volver a encontrarse con Henri Bergson, de sesenta y un años. Aun cuando Marcel era para él un joven primo político nada más, Bergson, universalmente reconocido, no había dudado en acudir cada vez que lo invitaba. En esas cenas el filósofo, con su frágil voz, intervenía pronunciando las palabras despacio, con cuidado y un acento vagamente británico; pero, sobre todo, se dedicaba a escuchar. Los presentes sabían a la perfección que sus frases, las cuales irradiaban una inmensa inteligencia, eran capaces de alcanzar una profundidad inesperada.

Aquel día en la fundación los dos se hallaban enfrascados en una conversación sobre el insomnio, mal que aquejaba a ambos. Tras intercambiar con gran detalle algún que otro remedio, básicamente ineficaz, para conciliar el sueño, comenzaron a analizar el fenómeno, sus causas ocultas y la excitada concentración intelectual que despertaba en quienes lo padecían. Hablaban de pie al lado de una ventana. Junto a Bergson, calvo, sumamente delgado, «casi inmaterial», incluso un enfermo como Proust, embutido en su pesado abrigo, la cabeza echada hacia atrás, parecía un mozo bien fornido. En aquel París convulso por la reciente guerra y las vanguardias sólo ellos seguían respetando el rito de los cuellos altos almidonados y, en la incertidumbre de la penumbra,

parecían grandes aves nocturnas acostumbradas a ver en la oscuridad.

126
122, BOULEVARD MURAT
André Malraux

1926-1932. Tenía tres habitaciones y a poca distancia se encontraba el bois de Boulogne, pero el verdadero motivo de aquella mudanza era otro. A ese mismo edificio se había trasladado la rica madre de Clara, y los Malraux acababan de regresar más pobres que nunca de su desafortunada aventura por Camboya. Sin embargo, la jugada no había tenido el resultado deseado y la reconciliación tardaba en llegar. La retención del género en la aduana y la condena por intentar robar aquellas antiguas esculturas jemeres no eran buenas cartas de presentación para recuperar la confianza de los Goldschmidt.

En los primeros meses André, con veinticinco años, y Clara, con veintinueve, emplearon las cajas de la mudanza a modo de mesas y sillas; después llegaron unas sillas que se dispusieron en torno a un gran escritorio oscuro en el que trabajaba el autor. Para sacarse algún dinero, Malraux había creado junto a un amigo una editorial de libros de lujo, À la sphère, con oficina en el IXe arrondissement. Pero tras la guerra había disminuido mucho el número de aficionados a la bibliofilia, por lo que no tuvieron más remedio que cerrar para, a renglón seguido, eso sí, abrir otra, Aux aldes, en homenaje a un gran impresor, Aldo Manuzio.

André conservaba todavía un rostro de adolescente, un cabello largo y una sonrisa triste que apenas se dejaba ver. En sus planes no entraba ayudar a su mujer en la cocina. Clara, exasperada, contrató a una asistenta aun sin saber cómo podría pagarle; eso sí, cuando la hermana de la criada necesitó abortar, Clara recurrió a sus amistades para solucionarle el problema. Muy pronto aquel humilde piso se convirtió en un consultorio para chicas que buscaban interrumpir el embarazo, práctica por entonces prohibida en Francia.

El fracaso de la expedición a Camboya no había doblegado la voluntad del escritor, siempre ansioso por ser el portavoz de su generación. Aquel joven alto y delgado, que una y otra vez se retiraba el mechón que le caía sobre la frente, solía mirar fijamente a la gente con una pasión intensa, dispuesto a agarrarse al menor asidero que le permitiera entrar en conversación. Provisto de un poderoso arsenal de citas y referencias bibliográficas, parecía empujado por una pasión irreprimible por hacerse con la esencia de las cosas. Su mente divagaba con desenvoltura sobre la historia del arte, la literatura o la política. Pero el resto de los escritores miraba con desconfianza a aquel debutante verborreico que escribía a un ritmo imparable y que tenía una opinión formada sobre prácticamente cualquier tema. Él mismo confesaba que «lo único que ansiaba de veras era tener éxito, pero aún no sabía en qué campo».

También Clara, bajita y delgada, de rasgos infantiles y pelo corto a lo garzón, quería afirmarse como intelectual. Conversadora inagotable, entretenía a los invitados tumbada en el diván contándoles sus experiencias con el opio y sus aventuras amorosas. André la escuchaba con admiración, pero, en cuanto sus ideas diferían de las suyas, se negaba a seguir prestándole oído. Era una relación ciertamente tempestuosa y a menudo los amigos eran azorados testigos de sus peleas. No obstante, tras aquella espesa cortina de palabras, la pareja escondía debilidades secretas, como la malaria que varias veces al mes hacía temblar de fiebre a Clara o los ataques de reumatismo que obligaban a André a guardar cama durante largos períodos.

Cuando la tensión era excesiva, Clara se marchaba a fumar opio a casa de un vecino y André recurría al alcohol. Nunca hablaba de su pasado: había archivado decididamente su infancia pequeñoburguesa, poco adecuada a la imagen de sí que con cuidado se estaba fabricando. «Él sabía que era más inteligente y lúcido que la mayoría de sus contemporáneos –recordaría Philippe Soupault–, y creo que sufría al tener que reconocer sin prejuicios su superioridad.»

127
80, RUE DE PASSY
Paul Claudel

1925. ¡Ubu rey, claro! Paul Claudel, de cincuenta y siete años, se parecía a Ubu rey, pensó André Gide, que era un año menor. Su chaqueta acolchada de estar por casa le daba un aspecto aún más robusto a aquel hombre «enorme de piernas cortas». Su piso daba al patio de luces, y para llegar al estudio del escritor había que atravesar dos habitaciones más grandes. En una esquina había una cama plegable. A lo largo de dos paredes se extendían sendas librerías bajas, sobre las cuales vigilaban la estancia algunas reliquias, recuerdos del paso por Oriente de aquel diplomático cascarrabias.

Bajo un grabado de Piranesi dedicado a san Pedro, un homenaje del escritor al catolicismo, había dos bronces de su hermana, la escultora Camille Claudel, que desde 1913 se encontraba internada en un manicomio tras una desgraciada historia de amor con su maestro, Auguste Rodin. Un mes antes, Paul la había visitado tras regresar de Japón, donde había sido embajador. No la veía desde hacía cinco años y quedó muy impactado: «Mi pobre Camille, desdentada, destruida, con el aspecto de una mujer anciana, con todos esos cabellos grises, se arrojó a mi pecho sollozando».

En cuanto se hubieron sentado, Gide se recostó sobre el respaldo, pero de inmediato tuvo la sensación de que de ese modo era como si varios kilómetros lo distanciaran de su anfitrión. En cualquier caso, no se sentía cómodo. «Ante Claudel el único sentimiento que abrigo es el de mis carencias: me domina, me ahoga, tiene más contenido que forma, tiene más salud, más dinero, más genio, más capacidad, más fe, etcétera que yo. Delante de él sólo me preocupa comportarme como es debido.»

128
10, RUE PERGOLÈSE

1930. *Horroroso* era el adjetivo con el que Zelda, de treinta años, calificaba el viaje que ambos habían realizado a Argelia. Francis Scott Fitzgerald se estaba quedando sin pelo a sus treinta y cuatro años, pero lucía un atractivo bronceado. Ella, por el contrario, estaba muy delgada y parecía trastornada.

El crac del 29 dominaba las primeras planas de los diarios, pero Scott tenía otras cosas en que pensar. Zelda estaba cada vez peor y él no era capaz de controlar su alcoholismo. Francis había comenzado a beber para poner a raya su timidez y así poder exhibir su ingenio; después continuó haciendo honor a su reputación. En aquella época bebía también porque, si quería mantener su vida de lujo, se veía obligado a escribir cuentos para los periódicos y tenía miedo de jamás llegar a ser un escritor de verdad.

Por otra parte, Hemingway, por quien sentía gran afecto y a quien había ayudado en tantas ocasiones, había dicho a todo el mundo que no le dieran su dirección a Scott, pues era capaz de presentarse en casa de cualquiera ya de madrugada y despertar a todo el mundo.

Nadie se ocupaba de la casa, en la que reinaba un ambiente hostil, y la cocinera se pasaba el día malcriando al perro, que hacía sus necesidades a su antojo por todas partes. Habían interrumpido sus relaciones. Scott sospechaba que Zelda estaba enamorada de su profesora de danza; Zelda afirmaba que él tenía con Hemingway una relación homosexual. Esa mera insinuación había hecho mucho daño a Scott, máxime por cuanto no era la primera vez que la escuchaba. Fue entonces cuando empezó a tener serias dudas sobre la salud mental de su esposa, una hipótesis que hasta entonces se había obstinado en descartar.

Zelda cada vez levantaba mayores sospechas. Un buen día los Murphy, que habían llegado para hacerles una visita, vieron a los Fitzgerald saliendo del edificio en compañía de un amigo. Intuyeron que

algo embarazoso había sucedido. Zelda, contrariamente a su estado habitual, parecía muy tranquila y taciturna. Luego se volvió de pronto a los recién llegados y, mirándolos fijamente, les dijo: «¿A que estabais hablando de mí?». Scott miró a los Murphy como queriendo decir: «¡Ni se imaginan lo que ha pasado aquí esta tarde!».

A esas alturas ni siquiera los cuentos que había escrito parecían interesar a Zelda lo más mínimo. Creía que únicamente la danza podía salvarla de sus demonios y seguía confiando en que los Ballets Rusos la incluirían en su elenco. Lo cierto es que tan sólo el Folies Bergère le había ofrecido algo, si bien secundario. Él se lo advertía: «Te desesperas por nada. Tienes que comprender que en el arte no hay diferencia más grande que la que separa a un diletante de un profesional».

En cierta ocasión, debido al pánico que le producía llegar tarde a su clase de baile, se levantó de la mesa en la que Scott y ella estaban comiendo con un amigo y se cambió de ropa dentro del taxi. Luego, agobiada por el caos del tráfico, se bajó y echó a correr. «Era tremendamente supersticiosa y me preocupaba mucho todo lo que tenía que ver con el trabajo, siempre llena de presentimientos… Vivía en mi mundo, un mundo tranquilo, hipersensible, poblado de sombras.» Y fue entonces cuando comenzó el ir y venir de la clínica a casa, aquella casa que sería testigo de los siguientes años de su vida.

129
6, RUE PICCINI
Raymond Radiguet

1923. «No quiero imponerte nada, querido Marcel, lo sabes bien. Es sólo que me gustaría que salieras de esta habitación tan fría. Aquí, muy cerca, en la rue Piccini, hay una clínica magnífica, muy bien llevada, con calefacción, con buenos médicos. Tendrías una enfermera para todo lo que necesitaras. En un abrir y cerrar de ojos estarías curado», le dijo Robert Proust a su hermano Marcel, quien no quiso siquiera escucharlo.

El médico de Jean Cocteau, una suerte de charlatán, no había sabido reconocer los síntomas del tifus que sufría Raymond Radiguet, con sólo veinte años. El cuerpo del escritor, debilitado por sus excesos, reaccionó mal y, a finales de noviembre, siguiendo las indicaciones del médico de Coco Chanel, de cuarenta años, lo ingresaron en el hospital. Los gastos, como en el caso de las clínicas de desintoxicación del opio de Cocteau, corrían a cargo, siempre discretamente, de Coco, quien, junto a Misia Sert, velaron al moribundo. Raymond detestaba su juventud y lo único que ansiaba era envejecer. En el prefacio a sus poemas, *Les Joues en feu*, escribió: «En este momento de la vida los meses valen años».

A esas alturas a Radiguet le costaba mucho separar las sílabas. En su delirio besaba la medalla bendecida de Notre-Dame des Victoires, que le había llevado la madre de Cocteau, y no cesaba de repetir: «Tengo miedo».

Desgarrado por la congoja, había prometido a Jean, quien tanto había sufrido por sus amores con las mujeres: «Sólo te amo a ti. Tras esta convalecencia estaré como nuevo. Te obedeceré sin protestar y me dedicaré a reparar el mal que te he hecho».

«Mira qué cosa más terrible –le dijo a Cocteau el 9 de diciembre–: en tres días me fusilarán los soldados de Dios.» Su amigo, sofocando las lágrimas, le respondía intentando inspirarle confianza, pero Raymond insistía en lo mismo: «Tu información es menos fiable que la mía». Otras veces su delirio era más tranquilo: «Hay un color que sube y baja, y personas escondidas en el color». Pero, cuando Jean le preguntó si debía expulsarlas, él respondió: «No puedes atraparlas, no ves su color».

Estaba perdido en su inconsciencia: a veces llamaba a sus seres queridos y, asombrado, miraba fijamente las manos de sus padres. El 11 de diciembre, después de que contagiara a su madre, lo confinaron. Murió a solas la noche del 12 de diciembre de 1923, tras una terrible agonía. Allí, en su lecho de muerte, su rostro ya había perdido su acostumbrada impasibilidad y tenía un aire mezcla de desesperación y desencanto. Pero, a las pocas horas, recuperó su aspecto sereno. Cocteau

no acudió al funeral, sufragado por Misia. «Para tocarnos sin ensuciarse –diría–, el cielo a veces se calza unos guantes. Raymond era un guante del cielo.»

130
108, RUE DE LA POMPE
Serguéi Esenin

1923. Cuando los hoteles ya no fueron suficientes para retener a aquella borrascosa pareja escasa de dinero, Isadora Duncan decidió alojarse en su casa para reencontrar «la paz de un verdadero hogar» y de paso vender los objetos de valor que le quedaban. Cada mañana ambos se preguntaban: «¿Qué nos vamos a comer hoy, el sofá o el escritorio?». Con todo, Isadora no dejaba de invitar a cenar a nuevos amigos a quienes ofrecía en abundancia sus productos favoritos: langosta, tarta de fresa y champán, a su parecer menos caro que cualquier vino.

Serguéi Esenin no podía soportar a toda esa gente que no entendía una sola palabra de ruso y a quienes él tampoco comprendía. Al sentirse ignorado, intentaba en vano escandalizar a los presentes con su vocabulario, limitado a un «Soy un delincuente» o a veces a un «Yo revolucionario, no bolchevique. Bolchevique burgués». Ya había dejado de ser «el chiquillo de ojos azules que parecía una muñeca». En su rostro macilento destacaban unos ojerosos ojos azules inyectados en sangre.

Ingenuo y brutal, se consolaba bebiendo litros y litros de vodka y contemplando su lujoso vestuario, los calcetines de seda, los sombreros suaves, las camisas almidonadas y el bastón con empuñadura de plata. En sus periódicas fases de furia agredía a los demás con las armas que tuviera a mano. Un día tuvieron que tumbarlo de un puñetazo para evitar que usara su elegante pistola.

Isadora había comprado aquel palacete en 1919, tras vender su casa de Meudon. En el estudio, la Salle Beethoven, había instalado su célebre escuela de danza. Ya no era aquella veinteañera que a principios de siglo

iba a bailar al jardin du Luxembourg. Tenía la cara hinchada. Sus ojos parecían ahogados bajo el pesado maquillaje y su melena era de un rojo demasiado claro, pero su rostro conservaba aún ciertos rasgos que compartía con el de su juventud. La seda semitransparente de sus túnicas púrpura y violeta disimulaba los efectos de su avidez por la comida. Vista en la penumbra, aún conseguía ser la «diosa descalza», la «estatua viviente» de la que tanto hablaba la prensa. «Le da igual si el vestido cae y deja al descubierto sus formas informes, o si le tiemblan las carnes, o si chorrea de sudor. Todo queda en segundo plano ante su ímpetu», escribía el cruel Jean Cocteau.

Un amor del pasado, Francis Picabia, había ido a visitarla y la bailarina bromeó con su mujer: «Si se cansa usted de ser la señora Picabia… ¡envíeme un telegrama! Yo tengo muchas ganas de serlo de nuevo, y esta vez… ¡por lo legal!». Desgraciadamente, durante una cena Picabia sufrió el primer ataque de una dolencia ocular que lo perseguiría el resto de su vida. «Tengo la impresión de que está a punto de sucederme algo grave», exclamó. Por eso, temiendo perder la vista, en cuanto regresó a su casa, se puso a trabajar durante toda la noche hasta conseguir acabar un retrato que le importaba mucho.

Isadora sabía que se había equivocado alejando de Rusia a su marido, dieciocho años más joven que ella, alcohólico y homosexual. Pero Esenin retomó la escritura; daba vueltas por las habitaciones en los carísimos pijamas pastel que ella le regalaba y, de manera temporal, sólo bebía té. «Cuando trabajo jamás estoy borracho.» Eso sí, bastaba una mala noticia para alterarlo, como aquella vez en que se enteró de que el fuego había destruido la casa de su infancia.

Una noche entró en la habitación de Isadora con unas hojas en la mano. Con su ronca voz le leyó los versos que acababa de escribir, pero ella, al no saber ruso, no lo comprendía. Curiosamente él, como si esa incomprensión no tuviera que ver con la lengua, sino con los propios poemas, iba de un lado a otro improvisando nuevas estrofas. Por fin Isadora entendió de qué se vanagloriaba exactamente su marido: Maxim

Gorki, entonces autor de fama mundial, había apreciado mucho uno de sus poemas, el cual trataba de una perra cuyos cachorros se habían ahogado y que confundió a uno de ellos con la luna. Afortunadamente Isadora conocía esos versos porque los había leído en una traducción y se conmovió tanto al escucharlo recitar con aquel sentimiento que se le saltaron las lágrimas. «Dime, Serguéi, ¿qué dirías si le pasara algo semejante a una mujer?» «¿A una mujer, dices?», le preguntó taciturno el poeta. Escupió al suelo. «¡Una mujer no es más que un pedazo de mierda!» Salió de allí gritando unos ininteligibles improperios.

Esenin no se había dado ni cuenta del daño que le había hecho a su mujer, quien años atrás había perdido a dos hijos en un accidente automovilístico. Pero ese día Isadora, comprendiendo finalmente que lo suyo había acabado, decidió enviarlo a Rusia de nuevo y dejarlo para siempre.

Por fin consiguió alquilar la casa y vender lo poco que quedaba de su contenido. Junto a los cuadros y esculturas, se fueron también los vestidos que Paul Poiret había diseñado para ella. Decidió que escribiría su autobiografía para así hacer frente a las deudas y a menudo, con gran majestuosidad, preguntaba a los escritores con los que se encontraba si querían ellos encargarse de escribirla.

131
10, RUE DU RANELAGH
Pierre Mac Orlan

Por aquel entonces esa calle era uno de lugares más desiertos del universo. Tras la anodina fachada del edificio se escondía un laberinto de escaleras, pasillos y patios que ponía a prueba a todo visitante. El apartamento estaba decorado con «rica sencillez»: un *policeman* de trapo reinaba sobre los numerosos libros. En el lugar de honor, encima de la chimenea, estaba la caricatura de Apollinaire que Picasso había dibujado. La vista desde los ventanales no era gran cosa, pero bastaba

asomarse para ver, al otro lado del muro de enfrente, el ferrocarril y el gasómetro. «Por la noche seis chimeneas gigantes flamean de un modo magnífico: color de luna, color de sangre, llamas verdes o azules.»

Era la primera vez que el cuarentón Pierre Mac Orlan podía disponer de casa propia. Primero vivió con su suegro, Frédéric, apodado Frédé, gerente de un histórico establecimiento de Montmartre, Au Lapin agile. Su pobreza no impedía a la joven pareja invitar a amigos, como Aragon y Malraux. «Si os gustan las judías adornadas con tocino y salchichas ahumadas, podréis disfrutar al mismo tiempo de una buena compañía y un plato delicioso.»

La cara de Mac Orlan era más bien la de un «bulldog melancólico». No abrigaba demasiadas ilusiones sobre sí mismo y su futuro: «Me he hecho escritor porque no era bueno en nada». Pierre Dumarchey había elegido su propio seudónimo, Mac Orlan, en homenaje al Orleans de su adolescencia. Sostenía que en este mundo había que saber «mentir con discreción». Así fue como se inventó que tenía una abuela escocesa y, diciendo que era huérfano, borró del mapa a su padre, en la vida real un comisario de policía poco agradable que lo había confiado a su tío.

No era culto, pero la miseria de la bohemia de Montmartre, la vida entre Apollinaire y Picasso, y la Gran Guerra constituían un patrimonio suficiente para ambientar sus historias, pobladas de héroes poco recomendables pero fascinantes. Continuaba, tras las huellas de su queridísimo François Villon, siendo amigo de los *apaches* y visitando los locales más turbios para encontrarse con los personajes de sus páginas.

Para él la guerra, en la que había recibido una alta condecoración, había sido especialmente «una época extraordinaria en la que varios millones de hombres acabaron transformándose en aventureros activos». Ello no le impidió, en los años locos de la posguerra, elogiar a esos otros aventureros, los pasivos, y reírse de la estupidez de los activos, que tan bien encarnaban sus héroes. «La aventura no existe. Está en la mente de quien la busca y, en cuanto uno apenas la roza, se desvanece para renacer mucho más lejos.»

1936-1939. Pasaban los años, pero el juicio de los inspectores de educación sobre la profesora Simone de Beauvoir era siempre el mismo. Le reconocían de manera incuestionable su gran rigor y su intenso amor por la materia que impartía, Filosofía. Sin embargo, no dejaban de hacer algunas objeciones a su modo acelerado de hablar, algo que acrecentaba la dificultad de la asignatura para un alumnado femenino, no habituado a esos niveles culturales. Por suerte, no estaban al corriente del desprecio con el que la profesora trataba a sus alumnas menos dotadas.

Simone de Beauvoir, de treinta y un años, llegaba al liceo Molière con paso decidido, «balanceando sus caderas, con el cabello peinado hacia atrás, los ojos centelleantes de vida e inteligencia». A menudo iba acompañada de una alumna. Los informes de los inspectores aludían con mucha prudencia a su tendencia a manifestar predilección por las mejores alumnas. Dejaban igualmente entrever un vago disgusto por la existencia de un grupo de admiradoras que cada mañana la esperaba como por casualidad en la puerta de su casa. Simone, triste por la ausencia de Jean-Paul Sartre, entonces en el ejército, jugaba con esa atmósfera de admiración que la rodeaba.

Corrían los primeros días de 1939 cuando a la salida del metro una alumna se le acercó para espetarle: «¡Tengo que hablar con usted!». La chica no le había pasado desapercibida: en clase la acosaba obstinadamente con todo tipo de preguntas y no tenía pudor a la hora de rebatir sus respuestas. Bajo su precioso pelo rubio y desordenado, Nathalie Sorokin, de diecisiete años, tenía la «cabeza de una estudiante nihilista». En su cara no había la menor huella de maquillaje. Vestía una falda muy larga y unos bastos zapatos. Solía llevar las manos metidas en los bolsillos de un impermeable tan azul como horroroso y, desde luego, no parecía temer a su profesora.

Tras las clases Simone se la encontraba en la puerta del liceo

dispuesta a suplicarle que fueran a beber algo juntas. «Es simpática, pero hablar con ella cansa mucho. No es ninguna estúpida, pero piensa de un modo tan vago y nebuloso que es imposible entenderla.» Comenzaron a dar largos paseos juntas, caminatas en las que los temas filosóficos se alternaban con los lamentos de Nathalie. En aquella familia de exiliados bielorrusos siempre agobiada por la falta de dinero, la madre, maltratada por su marido, se vengaba en la hija. Poco a poco la muchacha fue contagiándole su pasión a la adulta. Habían pasado de los besos a unas relaciones más íntimas. A veces, tras agotar eso que Simone llamaba *las caricias más precisas*, Nathalie se llenaba de melancolía y confesaba: «¡Cuánto te quiero!». Beauvoir le confiaba a Sartre: «Resulta muy embarazoso el papel que desempeño para ella, ser al mismo tiempo presa y seductora, y no porque yo sea una seductora, sino porque ella muestra la reserva, los caprichos, el misterio y el rencor propios de un seducido con su seductor. A pesar de todo, es ella quien se apodera de mí y busca mi intimidad. Esa chica me gusta, pero me incomoda sentirme cada vez más implicada».

Muy agresiva bajo su aparente calma, Nathalie o, mejor dicho, Natasha, como la llamaban Sartre y Beauvoir, despreciaba al filósofo, bajo, feo, estrábico. Un día, furiosa con Jean-Paul, de treinta y cuatro años, quien la rondaba invitándola en broma a acostarse con él, estalló: «¡Venga, déjalo ya, enano de mierda!, ¡eres patético!». Él fingió que le daba igual, pero Simone sabía hasta qué punto esas palabras minaron al filósofo. Aunque no era extraño que la pareja compartiera a las muchachas, ellas preferían sin duda a Simone.

Amiga del escultor Alberto Giacometti, que le dejaba guardar en su patio las bicicletas que robaba antes de pintarlas, Natasha, le presentó a sus nuevos amigos. Pero, en las cenas en el Dôme con Giacometti y Picasso, seguía prefiriendo el ardor intelectual, la voz ronca y los ojos azules de Beauvoir.

También Bianca Bienenfeld, a la sazón dieciocho años, pertenecía a una familia de exiliados que, tras huir de Polonia para evitar las

persecuciones antisemitas, vivía en la capital no sin dificultades. A los dieciséis años se quedó prendada de aquella enérgica profesora. Apreciaba la regularidad de su rostro tan bello y «la inteligencia de esa mirada de un azul luminoso». En cierta ocasión Bianca se atrevió a servir de portavoz de las quejas de sus compañeras por la velocidad con que la profesora dictaba sus clases: «¡Señorita, por favor, no hable tan deprisa!». Durante unos minutos las cosas funcionaban, pero duraba poco. Aun así, ¿cómo no admirar la belleza de aquella joven profesora que no necesitaba apuntes para impartir sus clases y que estaba al corriente de todas las novedades del mundo de la cultura? Con todo, lo que más influyó en la alumna para caer seducida por su maestra fue la inteligencia chispeante de Simone. «Parecía la proa de una nave que avanzaba rápidamente entre las olas, una proa hecha de una piedra inalterable, dura y brillante.» Una carta de la chica llena de expresiones de admiración inauguró una serie de encuentros que acabaron por convertirse en una relación.

Por entonces Simone, que detestaba su nombre y quería que la llamaran con el que posteriormente se convertiría en su célebre apodo, Castor, le hablaba de su gran amor por Sartre, «el más feo, el más cerdo, el más delicado y extremadamente inteligente». Le hablaba de su tesis de la pareja abierta, en la que la única condición era la transparencia sobre las relaciones de ambos con otras personas. La intimidad hizo que Bianca descubriera algún que otro secreto: la trenza que iba de una oreja a la otra en la cabeza de Simone era postiza, y los cuellos blancos que afloraban de los de sus raídos trajes no eran el remate de una camisa, sino cuellos falsos.

Poco a poco se fue enterando del rígido horario con el que Beauvoir conseguía atender tantas relaciones a un tiempo. Bianca, enamorada y llena de admiración, se embebía de todo y ya formaba parte del grupo de elegidos, chicos y chicas, que se relacionaban tanto con Sartre como con Beauvoir. Sin pedirle su consentimiento, Castor se la ofreció a Sartre, quien, tras un prolongado cortejo y reiteradas promesas de amor

eterno, la desvirgó de manera torpe, sin que ella sintiera ningún placer. Pero Bianca resistió, fascinada por la elocuencia del filósofo y porque estaba demasiado enamorada de Simone como para no seguir sus indicaciones. No sabía hasta qué punto la profesora y su amado se burlaban de ella en secreto. «Ya habrás visto, como yo, los pequeños forúnculos en el trasero de esa estudiante muerta de hambre y descuidada; me produce cierta ternura.»

Mientras tanto, los rumores sobre las amistades femeninas de Simone andaban de boca en boca. La madre de Natasha, en concreto, estaba totalmente indignada con aquella profesora a la que su hija parecía copiar en todo. En medio de aquel caos multitudinario de relaciones, al que se añadía otra con un alumno de Sartre, la profesora parecía serena, si bien una noche afloró en ella la sensación de un peligro inminente. «He tenido un sueño muy extraño. Recibía una carta de la directora, que me expulsaba porque había montado una orgía con mis alumnas: me fui a comer dulces a una pastelería. No quería verme porque, según decía la secretaria, se sentía muy disgustada pensando en el impacto que me causaría.»

133
127 BIS, RUE DU RANELAGH
Maurice Sachs

1939. El mantel de encaje caía hasta la alfombra, los cubiertos de plata estaban dispuestos de modo enigmático en torno a unos platos con borde dorado. Alice Bizet, la abuela de Maurice Sachs, de treinta y tres años, una anciana que bajo sus cabellos grises gozaba de una magnífica salud, les ofreció una salsa rosa con nombre inglés de la que ellos jamás habían tenido noticias. Aunque tales novedades intimidaban a Violette Leduc, de treinta y dos años, eso no era nada comparado con aquello de lo que acababa de enterarse mientras tomaba un whisky en la habitación de Maurice. Violette sabía que era irremediablemente fea y no supo

cómo reaccionar cuando aquel jovencito tan elegante, al que había conocido en una empresa donde ella trabajaba –mal que bien, dado su natural atolondrado– como secretaria, la había invitado a cenar.

Nada más salir del metro se internó en esa callejuela de aspecto provinciano. Llegó antes de tiempo, y Maurice le abrió la puerta del amplio apartamento, situado en el primer piso. Iba magníficamente vestido de seda *tussor*, y sus manos «estaban llenas de encanto», aunque ya había empezado a perder pelo. Mientras le hablaba en broma, Violette estudiaba su boca, una boca femenina, «ajada, con toda una vida detrás», marcada por la melancolía a pesar de tantas risas y sonrisas.

No sabía que desconocía tantas cosas de aquel aventurero con los treinta cumplidos. Impresionada por la bondad y cortesía de aquel hombre apuesto y refinado que inexplicablemente se había fijado en ella, nunca se le habría pasado por la cabeza que quien ejercía de perfecto anfitrión había robado a varias personas –entre ellas a Jean Cocteau y a Gabrielle Chanel–, que lo habían expulsado del seminario y que llevaba a sus espaldas un matrimonio fracasado.

Tampoco le había contado que se había refugiado en aquella casa para acabar un libro, *El Sabbat*. En aquella habitación «de estudiante rico» tapizada de fotografías, reconoció una de Oscar Wilde acompañado de lord Alfred Douglas. Mientras se dirigían al comedor, la joven caminaba «tensando los músculos para que no se fijara en sus nalgas, tan femeninas».

Durante la cena, sintiéndose fuera de lugar a pesar del vestido blanco y negro comprado poco antes en las Galeries Lafayette para no quedar mal, lo observó abalanzarse sobre los platos comiendo «como un cerdo». Al llegar a los postres Maurice, cortó con gran desenvoltura la tarta de frambuesa en cuatro porciones.

Cuando la abuela se retiró, ellos volvieron a la habitación de Maurice, donde éste le enseñó la fotografía de un jovencito. Se trataba, le explicó, de su amante lejano, en los Estados Unidos. Luego, por temor a que no

lo hubiera comprendido, se lo confirmó: «Me gustan los chicos». «No me sorprende», le respondió ella, aunque efectivamente sí se había sorprendido. Acto seguido le preguntó: «¿Y está triste?». «¿Por qué habría de estarlo, querida?»

Unos segundos después se dispuso a buscar algo en una librería giratoria. Por fin: «Me gustaría prestarle mi libro». Se trataba de *Alias*, publicado en 1935. En aquella ocasión Violette no quiso esconder su estupor. Mientras contemplaba con admiración la cubierta del libro, publicado por Gallimard, Sachs comenzó a hablarle de Charvet, «la mejor camisería de París», adonde tuvo la oportunidad de acompañarlo para comprar unas corbatas. Pero ella se mostraba distante, trastornada después de tantas revelaciones. Hablaron de los libros de Wilde, y él le destacó uno, *Balada de la cárcel de Reading*. Sachs recordó entonces las glorias y miserias de la vida del escritor dublinés: «Era famoso, es famoso… Poder ser famoso, hacerse famoso en París…».

Violette escuchaba mientras sorbía un whisky. A pesar de la riqueza de aquella casa y de sus modales exquisitos, la infelicidad de Sachs saltaba a la vista. Al otro lado de las ventanas «París dormía, París retomaba fuerzas». En medio del traqueteo del metro que la llevaba hasta la periferia pensaba: «Homosexual, un pasaporte hacia lo imposible».

134
31, RUE RAYNOUARD
Roger Caillois

1939. «Tenía veintiséis años cuando, durante un invierno parisino, caí en las redes de su inteligencia, tan palmaria como su delgadez», recordaba Victoria Ocampo. Lo había conocido en diciembre de 1938 en la sede del Collège de sociologie antes de coincidir con él en casa de un poeta uruguayo, Jules Supervielle.

Siempre vestido de negro, Roger Caillois era un provocador nato.

Mientras, con un gesto maquinal, se echaba hacia atrás el mechón de pelo que nunca dejaba de caerle por la frente, disparaba cualquier barbaridad con el fin de escandalizar a su auditorio. Muy apreciado por las mujeres, guardaba cierto temor a aquella exótica *femme fatale*.

Alta, morena, imponente, de presencia majestuosa, Victoria se encontraba entonces, a sus cuarenta y nueve años, en el doloroso proceso de poner fin a una relación ciertamente desgraciada con Pierre Drieu La Rochelle. «Era muy guapa, alta, elegante. Llevaba siempre unas flores prendidas del vestido y tenía un enorme sentido del humor», recordaría la fotógrafa Gisèle Freund.

Callois era un solitario, un radical, un anarquista fascinado por la violencia. Como Drieu, era un rebelde, un espíritu independiente que no había dudado en romper con los surrealistas. Todo había venido por un enfrentamiento con André Breton, quien, ansioso por encontrar el lado mágico de la vida, se negó a aceptar la sencilla explicación biológica de por qué los frijoles saltaban. «El motivo más profundo fue mi desilusión al ver que el surrealismo parecía un tipo de literatura como otro cualquiera y no el fin de la literatura.»

Ocampo era un salón viviente. En 1931 había fundado la revista *Sur*, un puente de palabras entre la cultura francesa, la europea y la latinoamericana. Stravinski, Ansermet, Noailles, Valéry, Saint-John Perse, Shaw, Cocteau, Gómez de la Serna, Le Corbusier, Gropius, Malraux, Ravel, Huxley, Tagore, García Lorca, Woolf o Green se encontraban entre sus colaboradores y amigos.

Victoria era una mujer liberal, abierta a cualquier tendencia política excepto el nazismo. Caillois, quien había crecido a la sombra de Dumézil, Kojève y Mauss, se sentía atraído por lo fantástico y lo sagrado; a Ocampo le gustaba la literatura memorialista. Caillois era árido y abstracto. Victoria amaba salir a galopar como una loca; Caillois era sedentario. Según Bioy Casares, que se había casado con su hermana, la escritora Silvina, Victoria «era insoportable. Era muy autoritaria. No tenía amigos, sino vasallos. Quienes formaban parte de

su grupo debían estar a sus órdenes». Pero era asimismo una gran mecenas, siempre dispuesta a ayudar a quienes estaban en dificultades: era la más fiel de las amigas, ya que no podía serlo de sus amantes.

Victoria había alquilado un pequeño apartamento en la misma calle donde había vivido Balzac. Desde sus ventanas se veían el Sena y la torre Eiffel. Una noche Caillois se encontró con que Victoria había invitado a cenar a Gisèle Freund y Denis de Rougemont. Se ofreció a llevarlos a Argentina, como ya había hecho con el propio Caillois. Esa mujer bella y veleidosa había intimidado a los dos jóvenes, que al salir le advirtieron: «La pantera te devorará».

Roger reconocía en ella los estigmas de la mantis religiosa, que devora a su amado, pero se dejó llevar, atrapado por aquellos «ojos que nunca se rinden». Victoria lo iniciaría en la pasión y lo enseñaría a vestirse de Old England. «Es sin duda una salvaje. Su dulzura misma es la de una bestia de la selva.»

135
67-69, RUE RAYNOUARD
Élisabeth de Gramont

En una época de prosperidad Élisabeth de Gramont se había comprado una de aquellas construcciones tan simpáticas rodeadas de jardín a las que, según decía, se las llamaba *folies* por encontrarse rodeadas de *foliage*, de verde.

En aquella casa, que contaba con un camino que bajaba hasta el Sena, la habían precedido como inquilinos primero Maurice Maeterlinck y su esposa, la actriz Georgette Leblanc; luego la poeta Lucie Delarue, a la que apodaron Princesa Almendra por el blancor de su piel, y su marido, el enigmático doctor Mardrus, traductor de *Las mil y una noches*. Lo mismo que la duquesa, la poeta tenía fama de sentirse atraída por las mujeres.

A sus cuarenta y dos años, descendiente de Enrique IV, Élisabeth de

Gramont era una mujer inteligente, progresista y sin opiniones preconcebidas. Amiga de Robert de Montesquiou y de Marcel Proust, a quien sirvió de inspiración para su personaje de Oriane de Guermantes, acabaría dejando unas valiosas memorias muy apreciadas por Walter Benjamin. Tras un desafortunado matrimonio con el duque de ClermontTonnerre, en 1909 se unió a Natalie Barney, junto a la que permanecería de por vida, infidelidades recíprocas aparte.

Un rechazo instintivo por cualquier tipo de prejuicio y una valentía que rayaba en la temeridad habían empujado a la Duquesa Roja, así la llamaban, a las filas de los revolucionarios. Cierto es que a su regreso de un decepcionante viaje a la URSS no tuvo más remedio que confesar: «Se han aprovechado de mi buena fe». Escéptica ante el endiosamiento de Picasso, Gramont prefería a Matisse y a Léger. «Madame de Guermantes –escribe Proust– ponía patas arriba sin descanso el orden de valores de las personas de su ambiente.»

Al contrario que en otras muchas casas de la alta sociedad parisina, en la de Gramont, señaló el escritor estadounidense Louis Bromfield, no se sentía influencia alguna de los decoradores: «El efecto que conseguía era cálido y personal». Desde luego que las cortinas de seda negra no contribuían demasiado a la luminosidad de aquellas habitaciones tapizadas de tela marrón, pero en una del dormitorio había bordado un verso de «Mujeres condenadas», de Baudelaire, sobre el lesbianismo: «Que nuestras cortinas cerradas nos separen del mundo».

Cuando Romaine Brooks entró en la vida de Natalie, Élisabeth había despachado una relación curiosamente muy similar a la que años después inaugurarían Sartre y Beauvoir: una constelación de flirteos de poca importancia que no tenían por qué alterar su amor. Naturalmente, esos pactos no impedían el estallido repentino de crisis de celos, súplicas desesperadas y toda la parafernalia que acompañaba a las pasiones. Con la intención de contenerlas, Natalie formularía un auténtico contrato matrimonial. «Siendo imposible prever el eventual peligro de una aventura, bastará con que la una informe detalladamente a la otra, no

por venganza ni por querer controlarla, sino porque será condición obligatoria de esta unión.» Un anillo verde selló aquel pacto secreto.

En 1922, en momentos de crisis, se introdujo hábilmente en sus vidas una bellísima excortesana a quien tiempo atrás Natalie Barney había amado: Liane de Pougy. Gracias a su matrimonio, Liane se había convertido en la princesa Ghika. Un óvalo perfecto, unos grandes ojos iridiscentes, un cuerpo delgado y una clase innata la hacían objeto de devoción de intelectuales y artistas. Enseguida las dos mujeres se gustaron. La Duquesa Alegría, como de inmediato la rebautizó Liane, la invitó junto a su marido –Georges– y a Natalie a una cena íntima en su «maravilloso palacete estilo Directorio». El príncipe, famoso *voyeur*, a quien su mujer le había prometido que jamás le sería infiel «con un hombre», saboreó con sumo placer la escena de las tres damas coqueteando sobre un enorme sofá de terciopelo rojo.

A pesar de las advertencias del confesor de Liane, la pasión acabó por desatarse. «La duquesa –anotó en su diario la antigua cortesana– es una niñita sensual, ávida y amorosa, que sabe utilizar con ardor todos los dones que posee.» «La princesa Ghika –sentenció Élisabeth– es la más fascinante de las escritoras, y quizá de todas las mujeres.»

Con Élisabeth nada era fijo: el jueves, día que dedicaba a recibir, podía convertirse fácilmente en viernes o sábado. Aunque a su casa acudiera todo tipo de personalidades –Coco Chanel, Isadora Duncan, Man Ray, Berenice Abbott, Drieu La Rochelle, Robert McAlmon, Hilda Doolittle, Zelda y Scott Fitzgerald–, la duquesa nunca logró convertir su residencia en un salón musical a la altura del de la riquísima princesa de Polignac. Klaus Mann, de veintiséis años, quizá agotado por el largo trayecto en taxi para llegar hasta allí, se atrevió a calificar una de sus recepciones en 1932 de «más bien estúpida». No obstante, allí se leyeron por primera vez, con un éxito inesperado, los versos de Paul Valéry. Mientras escuchaba cómo los declamaba una actriz totalmente inepta, el poeta, preocupado por su efecto en el público, los encontró aburridísimos.

Entre los invitados destacaba un joven norteamericano alto y con perilla pelirroja que vestía como un bohemio de la preguerra: el poeta Ezra Pound. Su gran amabilidad desmentía de inmediato la expresión hiriente de su mirada. Entre él y la duquesa nació una amistad destinada, por desgracia, a desaparecer justo en el momento en que Pound declaró su adhesión al fascismo.

Durante unos años las recepciones fueron más discretas y acogieron a quienes apreciaban las fantasías del opio, algo que preocupaba a Natalie Barney, que amenazó con dejar de asistir si no se renunciaba a la droga. No mucho después aquello se acabó.

Eran muy famosos los bailes de disfraces que se celebraban en primavera en la gran terraza Luis XVI con vistas al jardín y a dos pabellones. Para no cansarse mucho y para ayudar a un gran dandi, Boni de Castellane, arruinado tras divorciarse de su rica mujer estadounidense, la duquesa le había encargado la organización de esas veladas. Pero Castellane, incapaz de resistir a su amor por la fastuosidad, construyó en el exterior una sala de baile muy costosa y se empeñó en comprar dos inquietantes esfinges de mármol.

A pesar de su poder de fascinación, no caía bien a todo el mundo. La poeta tísica Catherine Pozzi, amante atormentada de Valéry, la había bautizado sarcásticamente como la Duquesa Bum-Bum, una alusión nada disimulada al emblema del circo Medrano del boulevard de Rochechouart, el circo Bum-Bum. El Huracán: así la llamaba una encantadora arquitecta bisexual, Eileen Gray, quien le había prestado algún que otro mueble diseñado por ella. A su vez, la escritora Mireille Havet, también lesbiana, la caracterizaba como una mujer «basta, horrible, inmunda» y la acusaba de mezclar «el cinismo de su rostro asexuado» con sombreros de plumas pasados de moda. La realidad era que la duquesa no se preocupaba lo más mínimo por su aspecto. Siempre parecía no vestir la ropa apropiada. Sus pechos y el mechón pelirrojo que le caía por la frente estaban en perenne lucha con la masculina expresión de su mirada.

Una vez, Céleste, la criada de Marcel Proust, quien había ido a llevarle un mensaje de su señorito, se la encontró rodeada de un montón de agraciadas sirvientas. Proust, tras reírse a gusto, se limitó a decirle a Céleste que quería mucho a la duquesa por su inteligencia, su perspicacia y su delicadeza.

136
5, VILLA SAÏD
Anatole France

Una buena tarde, el anciano Anatole France conoció a una joven prostituta muy atractiva y se la llevó a casa. «Tienes unos muebles muy extraños. ¿Eres anticuario?», le preguntó ella al fijarse en el mobiliario dieciochesco del escritor. Las cosas se desarrollaron según lo previsto. «Todo iba de maravilla, me sentía en el paraíso», hasta que la profesional se dio cuenta de que su cliente pertenecía a la Académie française. Turbada por el honor de haber dado con un personaje de semejante talla, la chica comenzó a entregarse concienzudamente a su trabajo. Alterado por su exceso de celo, France le dijo: «Maravilloso; eres una delicia. Veo cómo te esfuerzas…, cómo te agitas, cómo sudas. Estoy perdiendo la cabeza. Vayamos más despacio, preciosa, sin confundir la voluptuosidad con el atletismo.»

137
40, RUE SCHEFFER
Anna de Noailles

1910-1933. En 1926 se podía ver a menudo a un japonés con un flequillo tan negro como sus gafas de montura redonda entrar por la puerta de servicio de la casa de Anna de Noailles. Al principio fue la poeta, que a sus cincuenta años no se quedaba satisfecha con ninguno de

los retratos que le habían pintado, quien recurrió al artista, Tsuguharu Foujita, de cuarenta, que vivía cerca de allí. Luego, un buen día, le dijo: «Usted comprenderá, querido Foujita, por qué necesito que venga a mi casa para retratarme mientras estoy en la cama: ése es el momento en que mi carne, mis músculos y mis pensamientos descansan.» Pero Anna era una modelo terrible, en continuo movimiento sobre la seda de la colcha.

Sin dejar de mover los pies, lo acribillaba a preguntas: «¿Qué quiere decir *Foujita*?». «Significa "campo de glicinas".» Fue entonces cuando la condesa dio palmas de felicidad: «Pero ¡qué bonito!, ¡qué bonito! Eso es: mis versos caen como las glicinas». Subrayó la frase con un amplio gesto de su brazo izquierdo que llegó a rozar el suelo. Sin embargo, fue tan rápida que el pintor no tuvo tiempo de plasmar ese movimiento tan bello. «¿Y su nombre?» «*Tsuguharu*, que significa "heredero de la paz"», respondió el pintor, cada vez más irritado con tantas interrupciones. «¡Ah, la paz!, ¡cuánto he hablado de paz! Pero yo canto la paz de los jardines, del corazón, de la naturaleza y de la belleza.» Y entonces empezó a alterarse. Su energía hacía interminables aquellas sesiones.

Cuando la torturaban sus recurrentes dolencias oculares, telefoneaba a Foujita para que precisamente captara esa expresión de su rostro, aunque ni siquiera entonces lograba permanecer quieta. «Foujita, acérquese al balcón, hay un conejito blanco. ¿Sabe usted cuál es el único alimento que acepta? Las violetas. ¿No le parece tremendamente japonés?» Un tiempo después, al contemplar el retrato acabado, se rebeló: «No, Foujita, me ha hecho los ojos muy pequeños. Mis ojos son inmensos. Son como lagos, y mi frente…, ¿con qué cree que pienso? ¡Mi frente es como una torre! –Indiferente a la rabia silenciosa del retratista, continuó–: Mire, Foujita, nosotros somos dos genios. Este cuadro irá a parar al Louvre. Debe representar exactamente a la poeta. Estamos trabajando para la posteridad. Piénselo bien: cuando me muera, ésta será la imagen que quedará de mí. ¡Un día moriré!». Si bien en aquel instante el japonés le clavó una mirada fiera mientras se ajustaba sus

gafas redondas, se limitó a decir en voz alta: «Sí». Y así fue como aquel cuadro quedó inacabado.

Anna vivía, escribía y recibía a sus invitados tumbada lánguidamente en una *dormeuse* o en su cama Luis XVI. La luz apenas se filtraba a través de las persianas cerradas, y sólo unas tenues lámparas veladas iluminaban la tapicería color violeta. Los libros se apilaban encima de los muebles. Antes de la guerra había vivido siempre en el XVIe arrondissement, en el 109 de la avenue Henri-Martin, donde Jean Cocteau, gracias a ella, había debutado triunfalmente en sociedad. Cocteau no dejaba de mirarla y de aprender de la única persona que estaba en condiciones de rivalizar con él en elocuencia. «Encontraba siempre el ángulo más extraño desde el que ver las cosas y la luz más difícil para resaltarlas. […] Sus pequeñas manos de reptil jugaban sin cesar con un collar de turquesas, su rizado pelo negro, al que llamaba *columna Vendôme*, su cuello de cisne.»

Hipnotizados por aquellos inmensos ojos azules abiertos de par en par bajo el telón de su flequillo negro, sus admiradores nunca se daban cuenta de la desproporción entre las piernas y el busto de la menuda condesa. Pero el verdadero motivo para ignorar tal defecto, disfrazado de trajes vaporosos de vivos colores, era su oratoria torrencial, irresistible. Incapaz de escuchar a los demás, un día, exasperada por la verborrea de Cocteau, le tapó la boca con las manos para así poder retomar la palabra.

Coco Chanel, que le tenía un gran aprecio, observó sorprendida que, durante las cenas, no tocaba un plato por miedo a que le quitaran la palabra. Y, cuando bebía, hacía un signo con la mano para advertir que aún no había acabado la frase. Gide admiraba y sentía vértigo a un tiempo ante la «prodigiosa volubilidad» con la que las palabras se agolpaban en los labios de la condesa. «Dice tres o cuatro a la vez.» Un ansia desenfrenada de agradar la empujaba a apropiarse de bromas ajenas, que a menudo pasaban no sólo a su boca, sino también a sus páginas. No por casualidad la princesa Marthe Bibesco le había dado el

apodo de Vesubio.

Todo cumplido era poco. «Tiene un guisante en lugar de corazón», sentenciaba René Crevel. Un día interrumpió a un admirador que estaba alabando sus «prodigiosas virtudes»: «Señor mío, se olvida usted de hablar de la agudeza de mi mirada. Desde el punto de vista físico veo mejor y con más rapidez que nadie». No temía entrar en detalles, no fuera que alguna de sus excelsas cualidades pasara desapercibida: «Mire mis manos… Tengo las manos más pequeñas del mundo». Evocando su larga carrera de devoradora de hombres, suspiraba: «Los hombres caen rendidos a mis pies y los encuentran tan pequeños y bonitos que ya no piden nada más». Una pena que, mientras Maurice Barrès se había limitado a amarla en vano, el sobrino del escritor se hubiera suicidado por culpa de aquella veleta.

Quizá los extranjeros fueran menos obsequiosos con ella que los parisinos. En 1924 el dramaturgo alemán Fritz von Unruh, de treinta y nueve años, se burlaba de ella contando cómo había sido su conversación: «¿No tengo unos ojos preciosos? –La egocéntrica condesa insistió–: Su compatriota Einstein me dijo que eran los más bonitos del mundo». Para confirmar su declaración, los giró de un modo tan vertiginoso que el dramaturgo no vio más que «el esplendor lácteo» de sus pupilas.

Mucho más considerado, Rilke, quien la había conocido algunos años antes y con razón temía su inagotable labia, intentó por todos los medios atenuar la mala impresión que había causado Unruh con su falta de tacto. Era imposible olvidar, dijo, la intensidad de su mirada, entre azul y gris, «sufrida y ausente».

Anna no soportaba tener rivales. Le preguntó a Emmanuel Berl: «¿Cómo puedo amar a las niñas, esos pequeños monstruos que albergan todo el mal que harán en los siguientes cincuenta años?». Cuando Victoria Ocampo fue a conocerla, de inmediato reparó en la pose afectada de la poeta, que no hizo nada para acortar la distancia que instantáneamente se estableció entre ellas: una, ya desde hacía tiempo

una celebridad literaria y de la alta sociedad; la otra, una joven y bellísima mecenas argentina. La condesa disfrutó de provocarla mostrándose decididamente antifeminista. «Sin duda, el carácter de una mujer es un misterio que incluso ellas mismas juzgan con severidad. Movidas por la necesidad de huir hábilmente de su desgarradora tristeza, se conforman sólo con su ingenio natural, sin tampoco apreciarlo mucho.» Para Anna las mujeres, excepto algunas excepciones como ella misma, eran seres inferiores. Mientras la escuchaba, detestándola cada vez más, Victoria pensó que aquella cabecita morena de cráneo aplastado le recordaba al «bello y cruel cruce de un cisne y una serpiente».

Detrás de aquella rutilante cortina de palabras, la condesa escondía una depresión que iba en aumento y una persistente sensación de la inminencia de la muerte. «Habré sido un ser inútil pero insustituible», se consolaba. Cuando enfermó, nadie la creyó, ni siquiera los médicos que la examinaron, confundidos por tanta palabra. El padre Mugnier, que también acudió a verla, se dio cuenta de que la enfermedad no había disminuido su elocuencia. Entre una frase y otra la noble poeta se dirigía a él con apelativos cariñosos: «Querido padre, querido amigo, queridísimo…». O repetía: «Me muero… Me voy a morir». La irritaba mucho estar quedándose sorda, pero acababa por reponerse: «Soy capaz de vencer un huracán. He sido así de valiente, he sufrido toda mi vida».

138
47, BOULEVARD SUCHET
Anaïs Nin

1929. En julio una joven pareja dejó la humilde casa de la rue Schœlcher, en el barrio bohemio de Montparnasse, para instalarse en un elegante apartamento del XVIe arrondissement. Podían permitírselo gracias al aumento de sueldo del marido, Hugo, quien también consintió que Anaïs Nin, su mujer, de veintiséis años, plasmara sus fantasías en

aquel nuevo espacio.

La indulgencia de Hugo, de cuarenta y un años, no se limitaba al mobiliario, sino que se extendía también a las salidas de tono de aquella sensual muchacha de orígenes cubanos. «Cuanto más me alejo de la buena conducta, más amo a Hugo. Flirtear me hace más bella por la noche para él.» Después de seis años de matrimonio en los que la depresión había aflorado con frecuencia, no tenía más remedio que admitirlo: «Un hombre afectuoso y de alma noble me aburre: mis preferidos están llenos de defectos».

Cuando se mudaron, el apartamento aún no estaba terminado y no había luz, ni gas, ni agua caliente. Anaïs estaba exhausta pero satisfecha. Había impresionado a los obreros y los albañiles con sus exigencias, pero también con su capacidad. «He aprendido a mezclar los colores… He diseñado muebles.» Juntos consiguieron crear un hogar en el que la modernidad atenuaba la voluptuosidad oriental. Anaïs sentía una «alegría profunda» combinando colores, objetos, madera y piedra. Nadie en París había visto un estudio como aquél, inmenso, enlucido de un turquesa rebajado con un verde veronés que servía de marco a una chimenea azul y oro.

Infatigable, Nin bordaba de dorado los cojines azul zafiro a la luz de una lámpara india o pintaba las habitaciones que diseñaba en las hojas destinadas a un libro que no estaba escribiendo.

Al año siguiente, en 1930, la crisis los obligó a renunciar a aquel alojamiento tan caro y a trasladarse al campo, a Louveciennes. Tras firmar el contrato de su nuevo domicilio, Nin regresó a casa, pero, al ver «las paredes turquesas, tan altas y espaciosas», se echó a llorar. «Bueno, esta casa también es bonita, aunque de un modo distinto.»

Pocos años después, cuando ya se había convertido en paciente y amante del psicoanalista Otto Rank, pensó: «Qué extraño que Rank viviera a una manzana de distancia cuando yo vivía en el boulevard Suchet, época en la que mi vida estaba vacía, era trágica. Él vivía y trabajaba por donde yo solía pasear».

1922. Incluso la salita de estar resultaba pequeña en el apartamento de la planta baja que Colette, a sus cuarenta y nueve años, y su segundo marido, Henry de Jouvenel, de cuarenta y seis, habían alquilado seis años antes en el palacete, hoy sustituido por un edificio anodino. Lo único que confería cierto encanto al jardín era el rojo de los geranios y las rosas. Colette llevaba a sus invitados a que lo vieran mientras les hablaba de plantas. «Mira la reseda que planté allí. Han venido las abejas.» Pero Jouvenel estaba tenso y preocupado; el padre Mugnier notó en la cara de Colette un atisbo de rigidez, algo sin resolver.

En 1923 la autora escribía: «Estoy sola desde hace un mes. Se fue sin decir una palabra mientras yo estaba de gira dando conferencias. Divorcio». Que aquel brillante político y periodista, Henry de Jouvenel, la abandonara no había sido algo del todo inesperado. Cuando lo conoció, en 1911, él era un renombrado seductor, y Colette, una autora célebre por su vida escandalosa, por sus amores con los dos sexos. Se cortejaron durante largo tiempo, sin que faltaran, eso sí, los sobresaltos. Los desnudos de cuando Colette era joven aparecían una y otra vez en la prensa, algo que entorpecía la carrera de Henry, pero lo que acabó por distanciarlos fue el agotamiento de la conexión erótica que los unía. Colette resistió cuanto pudo, como había hecho con su primer marido, Willy, pensando que las infidelidades recíprocas podrían de un modo u otro prolongar lo que ya era una lenta agonía. Intentó también hasta el último momento proteger su unión seduciendo a las rivales a las que no podía derrotar para organizar con ellas un *ménage à trois*. No obstante, a pesar de la gran rapidez con la que Colette era capaz de responder a las infidelidades de hombres y mujeres conquistando a unos y a otras, a veces a ambos a la vez, sus cónyuges no sentían celos.

Sin embargo, las humillaciones que le infligía Henry y la falta de pudor con que cometía sus infidelidades habían creado en ella un

insoportable complejo de inferioridad. Jouvenel se aprovechaba de eso y no dudaba en ridiculizarla en público diciéndole cosas como: «¡Mírate!, a tu edad y con la vida que has llevado no sabes ni barrer el suelo!».[10] Colette sólo consiguió hacerlo rabiar cuando, durante el verano de 1920, sedujo a Bertrand, su hijastro, de veinte años, que los había acompañado a la nueva casa. En aquello no había nada de incestuoso. La escritora estaba sola, de vacaciones, y se había quedado impresionada por el parecido físico entre el torpe muchacho y su esquivo marido.

Colette hacía de Fedra en aquella situación, mientras Bertrand se desquitaba contra un padre autoritario y distante. Una de las fotografías muestra al hijastro a caballito sobre su madrastra, a gatas. Él era moreno, guapo y buen deportista, clavado a su padre, excepto en los ojos, que tenían el mismo color, entre gris y azul, que los de Colette. La escritora, según recuerda el secretario de Jouvenel, «era de lo más deseable. Tenía un increíble halo cautivador, poderoso, imperceptible en las fotografías».

Aquel romance duró cinco años, a pesar de los continuos intentos de la madre del chico por interrumpirlo. Fue una relación que con su «inmensa ayuda me hizo brillar, pues enmascaró y retrasó mi declive». Jouvenel prefería hacer la vista gorda. Cuando Bertrand rompió un compromiso que le había impuesto su familia, Henry le dijo a Colette que se lo llevaría consigo a Praga. Pero la escritora, sin esconder lo más mínimo sus sentimientos, se limitó a responder: «No, Bertrand no se irá… Bertrand se queda conmigo». Fue entonces cuando el marido se marchó de casa. Su historia no acabó hasta que ambos decidieron que era hora de dejarlo. Bertrand confesó entonces: «Fui completamente a fiel a Colette hasta 1925, año en que me casé».

1906-1928. Gide no vivía muy lejos de Marcel Proust, pero su zona era aún más señaladamente altoburguesa que la de éste: Villa Montmorency era un barrio exclusivo plagado de mansiones de lujo separadas del resto de la ciudad. Para poder construirse aquella vivienda Gide había vendido un castillo de su familia. Poco después, y aunque había elegido con mucho cuidado al arquitecto, comenzó a sentirse incómodo en aquella casa, demasiado grande y, sobre todo, muy diferente de la imagen de austeridad que quería dar.

Intentaba atenuar la impresión que pudiera causar a sus invitados viviendo en ella como quien está de campamento. Pero nunca renunció a recibir a quien quería impresionar tocando, con notable destreza, el piano de cola, sepultado entre partituras.

No había muchos muebles: algunos, muy hermosos; otros, sin mucha gracia. Las mesas y los sillones Luis XIV permanecían medio escondidos bajo pilas de libros y revistas. Las cestas que hacían las veces de papeleras escupían folios y folios convertidos en bolas de papel. Fotografías por todos lados: amigos, parientes, grandes personajes, paisajes africanos. Del respaldo de las sillas colgaban siempre unas capas: Gide no soportaba las corrientes de aire y, tan sensible como era a los cambios de temperatura, se embozaba en ellas.

En el suelo, junto a un ventanal, un precioso jarrón recogía el agua que goteaba de un viejo calefactor. La funda de la máquina de escribir yacía abandonada desdeñosamente sobre la repisa de la chimenea, adornada con unos frescos de René Piot que representaban a unas ninfas desnudas danzando. Gide los detestaba, como también detestaba el modo en que el arquitecto había –mejor dicho, no había– resuelto el problema de la calefacción o la manera de que entrara más luz en las habitaciones grandes. Las ventanas, estrechas como saeteras, se abrían a la melancólica fachada de aquella fortaleza de estilo *art nouveau*.

Una anciana criada, a la que Gide conservaba por piedad, se encargaba de recibir y anunciar a las visitas, a las que escoltaba con paso tambaleante por un recibidor desnudo en el que surgía de la

oscuridad el *Homenaje a Cézanne*, de Maurice Denis. El sonido seco del piano al cerrarse servía de preludio a la aparición del escritor, vestido con un extravagante jersey.

Llegó un momento en que Gide renunció a luchar contra la falta de claridad. Las únicas fuentes de luz eran el fuego encendido y la lamparita del escritorio. Echaba algo de leña a la chimenea y luego se sentaba de lado, como si quisiera dar la espalda a su invitado.

Alto, delgado, Gide se había deshecho pronto de la barba y adquirió el aspecto, insinuaban sus enemigos, de un puritano pastor protestante. Giovanni Papini reparó en sus preciosos ojos, siempre «huidizos, como si no le gustara demasiado que pudieran leerle el alma». Si alguien lo atacaba, Gide se defendía de mala gana, consciente de hasta qué punto esos golpes favorecían su imagen. «Mi papel es inquietar», afirmaba con gravedad. Una fila de jóvenes llamaba a su puerta viendo en él al liberador de las hipocresías de sus padres.

A partir de 1917, todas las mañanas se presentaba en casa del escritor un guapísimo joven de dieciséis años cuya educación su padre, un estricto pastor protestante, confiaba ahora a Gide, que en tiempos había sido su alumno. Marc Allégret no sólo contaba con su belleza, sino también con una simpatía extraordinaria y una inteligencia despierta y libre. Aunque cediera por afecto a los deseos de aquel a quien continuaba considerando su tío, Marc no era homosexual y Gide le dejaba plena libertad para sus numerosas aventuras con mujeres. No obstante, cuando el chico comenzó a verse con Jean Cocteau, André, que tenía unos treinta años más que él, vivió horas atormentado por unos intensos e inconfesables celos. Muchos años después revelaría a quien había considerado su rival que en su momento había tenido ganas de matarlo.

A pesar de los pesares, Allégret le procuraba por regla general «una magnífica plenitud de alegría». Las advertencias de Madeleine, la esposa olvidada del escritor, habían caído en saco roto. «Se ha plantado ante ti una terrible tentación armada de todas las seducciones.» Gide se sentía

rejuvenecer en compañía de Marc, aunque no por ello renunciaba a su papel de moralista y lo ponía en guardia frente a la frivolidad, por la que, según él, el chico parecía sentirse atraído.

«Me gustaría que cada mañana, antes de levantarte, te propusieras ser bello, noble, altivo, inteligente. El arte se consigue con el esfuerzo: nunca con el *laisser-aller*. Debes hacer de tu vida una obra de arte.» Y Marc, que iba haciendo grandes progresos en el liceo, convertía en un tesoro cualquier palabra que saliera de los labios de «tío André». Se interesaba mucho por el cine, escuchaba y observaba con atención a los artistas que su mentor le presentaba, entre ellos Paul Valéry, Picasso, Man Ray o Erik Satie. Mientras tanto, su relación evolucionaba lentamente hacia una amistad intensa y platónica que nunca se apagaría.

Aquel jovenzuelo alto, delgado y con rizos que había atravesado París andando de punta a punta, tras haber gastado el dinero que le quedaba en comprarse una corbata decente, soñaba desde hacía meses con aquel momento. Gide era su ídolo, como lo era para su generación. Maurice Sachs era todo un aventurero a sus veintidós años, pero el corazón se le aceleró mientras tocaba la campanilla de aquella villa «gris y austera». La entrada estaba llena de maletas, como si el dueño de la casa fuera a marcharse de un momento a otro. Aturdido por la vergüenza y el miedo, sintió el repicar de una máquina de escribir. ¿Qué había ido a hacer allí, recién licenciado del ejército, con su «intrépido corazón, en aquel navío bien organizado?».

Cuando Gide apareció, Sachs se quedó petrificado ante el aspecto firme de aquel hombre ya casi anciano de unos sesenta años. Esbelto y erguido. La indulgencia un tanto falsa con la que lo recibió contrastaba con la severidad de su bronceado rostro.

Tras invitarlo a sentarse a la luz, regresó a la penumbra. El único rayo de sol que se filtraba en la estancia iba a parar a los ojos de Sachs, quien esperaba tembloroso que aquella divinidad comenzara a hablarle. Pero la fría cordialidad de Gide le resultó tan banal como los consejos que le

daba.

«Yo me sentía silenciosamente destrozado. Gide se mostraba de lo más reticente.» Sachs comprendió que, si quería recibir algo del escritor, debía buscarlo en sus libros. Llegados al umbral, Gide se despidió diciéndole en un tono apenas convincente: «Vuelva, vuelva a verme».

141
PLACE DU TROCADÉRO
Trocadéro

Al contrario que la torre Eiffel o la Opéra, el palacio del Trocadéro, construido también con motivo de una exposición universal y, por lo tanto, destinado a una vida breve, jamás fue aceptado por el público.

A Marcel Proust aquellas torres de cuello de jirafa del Trocadéro le recordaban a la cartuja de Pavía, pero la mayor parte de los intelectuales detestaba la arquitectura ecléctica del edificio, de un estilo entre bizantino y árabe. Drieu La Rochelle sólo quería verlo derruido. También a Aldous Huxley, de veintiséis años y huésped en 1920 de Drieu en una casa no lejos de allí, le disgustó el estilo «gótico y rococó oriental» de aquella edificación totalmente fuera de tono.

En cambio, un estadounidense de diecinueve años, Paul Bowles, quien había llegado a París en 1929, se quedó fascinado al ver la amplia escalinata que bajaba hasta el Sena. Pensó que a uno de sus ídolos literarios, Lautréamont, le habría gustado. «Sin lugar a dudas, el edificio era tan feo que suscitaba admiración, con sus inolvidables rinocerontes de tamaño natural.» Se preguntaba adónde habrían ido a parar, sugiriendo que el mejor destino de las cuatro bestias, hoy en el musée d'Orsay, eran las cuatro esquinas de la torre Eiffel, «con las que guardaban cierto aire de familia».

Aquella extravagante construcción tenía, por otra parte, una acústica pésima. En 1921, en una velada benéfica con motivo del estreno de la película *El chico*, de Charlot, Michel Leiris, de veinte años, y Jean

Cocteau, de treinta y dos, admiraron de nuevo la actuación de Charlie Chaplin, siempre tan flemático con su frac, desde el palco de una llamativa celebridad, la maquilladísima y ya madura Cécile Sorel, miembro de la Comédie-Française. La multitud de espectadores atraídos por el actor generó una enorme taquilla.

A Leiris le pareció horrible la sala donde Chaplin recibió su condecoración; la encontró al mismo tiempo «funeraria y miserable», algo entre una morgue y el monte de piedad. Hizo falta que echaran abajo el edificio, apuntaba Leiris a continuación, para que finalmente mejorara. Tras su demolición, parecía una ruina romana, un circo horadado de ventanas árabes. «Podría decirse que en ese momento el teatro del Trocadéro sí que era realmente hermoso.»

Pero el verdadero tesoro del Trocadéro se escondía en el museo de etnografía. Muchos años después, Pablo Picasso confiaría a André Malraux sus sensaciones durante su primera visita, en 1907: «Era desagradable. Un mercadillo callejero. Aquel olor. Estaba completamente solo. Quería irme. No acababa de hacerlo. Seguía allí». Fue entonces cuando comprendió que le estaba pasando algo: «Las máscaras no eran esculturas como las otras. No tenían nada que ver, tenían algo mágico». Mirando fijamente aquellos fetiches, intuyó lo que él mismo tenía en común con aquellas esculturas: «También yo estoy contra todo. También yo pienso que todo me resulta desconocido, hostil». Esas obras no eran sino armas para liberarse de los espíritus: «Si conseguimos dar forma a los espíritus, seremos independientes». Y los espíritus eran el inconsciente. Hasta ese momento no comprendió por qué se dedicaba a la pintura y de dónde le había venido la inspiración para *Las señoritas de Avinyó*: «¡Era mi primera obra de exorcismo!».

Cuando, en 1929, el museo volvió a abrir sus puertas tras una larga clausura destinada a su reorganización, el profeta del dadaísmo, Tristan Tzara, de treinta y tres años, pasó largas horas examinando con su monóculo las estatuas africanas y polinesias de las salas cerradas al público. No era el único: también los surrealistas se sintieron atraídos

por la creatividad onírica de los pueblos «primitivos». El pintor Francis Picabia y el escritor Philippe Soupault, informaban los periódicos, permanecieron un buen rato ante lo que Guillaume Apollinaire definió como «Cristos inferiores de las sombrías esperanzas». Y una muchacha menuda y delgada, Clara Malraux, guio a su alto y elegante marido por los rincones más secretos del palacio.

El exotismo estaba de moda. Incluso para la Venus Negra, Joséphine Baker, quien, a sus veintiséis años, pidió que le hicieran un reportaje fotográfico con aquel escenario de fondo en 1933. En una de esas fotos su deslumbrante sonrisa contrastaba con el azoramiento del director, Paul Rivet. Sería él quien, al año siguiente, pondría al frente del departamento Africano a Michel Leiris, desnortado tras su ruptura con el surrealismo.

El nuevo edificio, el palais de Chaillot, que en 1937 sustituyó al tan controvertido Trocadéro, parecía en realidad servir únicamente para expurgar con su neoclasicismo los excesos de la construcción precedente. Un escritor de derechas, Robert Brasillach, ironizó sobre las citas en letras doradas «a medias entre lo sibilino y lo ridículo» de versos de Paul Valéry sobre los muros del nuevo palacio. «Todo hombre crea sin saberlo | mientras respira. | Pero el artista siente como crea, | ese acto moviliza todo su ser | su amado dolor lo fortalece.»

Pocos ya recordaban que la famosa Gabrielle Chanel había debutado muchos años antes en cierto local con su canción: «¿Quién ha visto a *Coco*? | He perdido a mi pobre *Coco*, | *Coco*, mi perrito al que adoro, | cerca de Trocadéro».

142
40, RUE DE VILLEJUST (HOY RUE PAUL-VALÉRY)[11]
Paul Valéry

Su repentino ascenso a la gloria, que había comenzado durante la Primera Guerra Mundial, no había alterado en absoluto la cordialidad

seductora de Paul Valéry. La frescura de sus ojos azules desafiaba las arrugas que surcaban de modo regular el rostro de aquel hombre menudo y moreno.

Desde 1902, dos años después de su matrimonio, vivía en el tercer piso del edificio diseñado por la tía de su mujer, la pintora Berthe Morisot, casada con el hermano de Édouard Manet. Durante años, cada martes se habían reunido en aquella casa artistas y escritores.

En su estudio, un cúmulo de documentos, cartas y libros asediaba la mesa, sobre la que reinaba la máquina de escribir. A quien se percataba del exiguo espacio que quedaba libre, él le explicaba que para concentrarse necesitaba sentirse protegido por aquel dique de papel. Escribía a máquina cada vez con mayor frecuencia, pues ya no era capaz de descifrar su propia caligrafía. Allí se sentaba al alba. «Entre la luz de la lámpara y la del sol, ahora pura y profunda, escribo lo que nace por sí mismo.»

De tarde en tarde las tempestades amorosas alteraban las tranquilas bahías de sus reflexiones. Pero acababan por diluirse en medio de aquella atmósfera familiar, entre los cálidos muebles antiguos y las paredes iluminadas por telas de Degas, de Berthe Morisot y de Odilon Redon. Su día preferido era el domingo, cuando el cartero no llamaba a la puerta con la habitual montaña de correspondencia, cuando las mujeres iban a misa y él podía sumergirse en la lectura sin que lo molestaran o dar un paseo por el bois de Boulogne. Eso sí, a la hora de comer todos se reunían ante los exquisitos platos de Charlotte, la cocinera que le había recomendado Stéphane Mallarmé.

Hubo una ocasión en que los dos mundos, el de su amante y el de su esposa, se encontraron durante breves instantes en aquella casa. Mientras su familia estaba fuera, Valéry había invitado a la exangüe y elegantísima Catherine Pozzi a visitar su casa. Ella se entretuvo durante largo tiempo en su dormitorio. Sabía que él tenía la costumbre de escribir mientras su mujer dormía.

Por mucho que la buena suma que había recibido de su último editor

hubiera alejado definitivamente cualquier preocupación seria por su situación financiera, Valéry no dejaba de quejarse ante sus más íntimos. Sus amigos, alarmados, decidieron aliviarlo de aquellas tribulaciones con una serie de iniciativas que culminaron en 1922 con una suscripción pública destinada a que Gallimard publicara sus obras y a que se publicitara activamente el acontecimiento.

Valéry era un hombre a quien apreciaba todo tipo de personas. «Yo soy muchas personas», sostenía el poeta; ciertamente cada uno veía en él a un hombre diferente. André Breton decía que era gris y transparente, mientras que para Mauriac era un ser «siempre amargado, obsesionado con el sexo y siempre dispuesto a despreciar sus obras».

Un día su nieta Martine se cruzó en las escaleras con un personaje impresionante, «un hombre alto con un birrete, envuelto con gran elegancia en una capa que le caía hasta los pies». Era André Gide, pero la niña reaccionó mal a sus palabras banales, las típicas cosas que los mayores dicen a los niños, y su madre, Agathe, riñó a gritos a la pequeña: «¡Este señor es un magnífico escritor y un gran amigo del abuelo!».

En su sesenta cumpleaños, en 1931, el filósofo alemán Walter Benjamin, de treinta y nueve, sintetizó la razón de la naturaleza impenetrable de la obra del poeta: «Tiempo atrás Valéry quiso ser oficial de marina: en lo que ha llegado a ser hoy pueden reconocerse las huellas de sus sueños de juventud». Tras hacer alusión a la «contenida riqueza de sus formas», con el carácter claramente matemático de su pensamiento, decía de él: «Examina los hechos como si fueran cartas náuticas y, lejos de regodearse ante la visión de las *profundidades*, se siente feliz de poder seguir una ruta sin peligro».

34, RUE DES VIGNES

Louis Aragon, James Joyce

1925. Louis Aragon, de veintiocho años, ya se había quedado impresionado al verla por primera vez, en 1919, pero luego le perdió la pista durante algunos años. Elizabeth Eyre de Lanux, de treinta y un años, era una hermosa heredera estadounidense y esposa de un diplomático, antiguo secretario de Gide, que la había introducido en el ambiente intelectual y artístico parisino.

En 1920 Eyre acompañó a su marido a una misión en Nueva York. A su regreso, en 1922, se convirtió en amante de Pierre Drieu La Rochelle, de veintinueve años. «Entre nosotros se interponía un amigo, pero yo no lo sabía. Había soñado con ella, la Vislumbrada; estaba obsesionado con ella como un loco, pero luego me la encontré por casualidad con aquel joven alto. Era un amigo, ya lo he dicho. Estaba prohibida para mí.»

Aragon, a pesar de no tener medios, era tan elegante como ella. Contaba con un par de esmóquines y aceptaba el dinero que ella le daba y, según se decía, los trajes que desechaba Drieu La Rochelle. Quería ser un dandi y se presentaba envuelto en una capa negra y un bastón de paseo con empuñadura de marfil, pero carecía de la tranquila impasibilidad de Drieu y de su sobria elegancia inglesa. Tampoco sabía guardar las distancias con las jóvenes mujeres que lo cortejaban.

Alumna de Tamara de Lempicka y de Constantin Brâncuşi, Eyre se convirtió rápidamente en una sofisticada diseñadora capaz de proyectar interiores sobrios y amueblarlos con estudiada sencillez. Man Ray la fotografió con sus largas manos apoyadas teatralmente en sus mejillas.

Aragon se consumía en silencio, pero lo cierto es que fue la propia Eyre quien tomó la iniciativa: «Ha hecho algo extraordinario: me ha llamado, y yo he ido». Aquella fue una extraña velada delante de la chimenea. El escritor se perdía en sus «inmensos y tranquilos ojos», pero no creía poder alcanzar lo que hasta entonces se le había antojado imposible. «Por fin una puerta cedió, y así apareció un maravilloso paisaje.»

Apenas unos días después, el 11 de marzo de 1925, Eyre lo invitó a pasar la noche con ella y al día siguiente anotó escrupulosamente sus

impresiones. Aragon tenía los hombros desiguales, el aliento fuerte y un desagradable mentón afilado. Si bien se había empeñado a conciencia en seducirla, todo resultó demasiado rápido. «*Oh, my crazy kid!*»

Lo escuchó decir: «Me perteneces. Haré todo lo que quieras. Busco a alguien que me domine». Eyre no sabía qué hacer con «aquel angelote tumbado a [sus] pies, en [sus] rodillas, un regalo en bruto». Pero, con el paso de los meses, la tensión entre ambos fue en aumento. Eyre estaba embarazada de su marido. Al cabo de muchos años, Aragon, recordando a su «reina blanca y negra», lo resumía así: «No hay nada que contar, excepto que era perfectamente bella. Luego todo se deshizo. Ella fingió que todo había sido culpa mía. Por mí, perfecto. No entiendo de cronologías».

Le quedó el recuerdo de aquella «extraña pasión que fue la primera… fuera del tiempo. Había creído amar muchas veces: por unos ojos, una boca, una palabra, un batir de pestañas. […] La fuerza de esa a la que llamo *la primera* estaba dentro de mí, puede que –¿durante cuánto tiempo?, dos años– hubiera crecido en mi fuero interno sin siquiera haberla tocado».

Posiblemente ambos lo ignoraran, pero quizá Eyre y Aragon tenían una cosa en común, además de la belleza, la cultura y el amor por el arte: ambos eran bisexuales, como también lo era el marido de ella. Sus grandes ojos, negros como sus cortos cabellos, y su estilizado cuerpo impresionaron al grupo de lesbianas parisinas y, en particular, a Natalie Barney, que vivía a pocos pasos de su casa. La Amazona, así llamaban a Barney, clasificaba a sus conquistas en tres categorías: relaciones, semirrelaciones y aventuras. Catalogó a Eyre como *aventura*, pero su amistad duró muchos años. Eyre, observó Natalie, «tiene cierta tendencia lésbica, aunque nunca ha hecho realidad sus deseos: como toda norteamericana, tiene un poco de miedo de los sencillos e inocentes placeres físicos». Pero, en cuanto se alejaba, Eyre le escribía unas deliciosas cartas de amor. La joven, que también era pintora, retrató a Liane de Pougy, Romaine Brooks y Natalie Barney en lánguidos

semidesnudos.

Mientras tanto, aquel «amor sin salida» había disparado la ruptura entre los dos amigos. Louis escribió así a Drieu: «No eres sino un hombre como los demás, penoso y poco preparado para enseñar el camino a otros, eres un hombre perdido que yo pierdo».

1939. Cuando James Joyce, a sus cincuenta y siete años, confió a Lucia, su hija, a los cuidados de una clínica, la casa de la rue Valentin se le antojó demasiado grande; al mismo tiempo, la amenaza de la invasión de Francia iba tomando cuerpo, de modo que el escritor y su esposa se mudaron a aquel pequeño piso. Dejaban tras de sí mucho equipaje, desde los ocho paquetes de folios de *Finnegans Wake* hasta su correspondencia amorosa. «Acabo de pasar un día de perros rompiendo todas las cartas que me envió Jim. Seguro que no le interesan a nadie. En cualquier caso, tampoco eran tantas… Nunca hemos estado separados durante mucho tiempo.»

Aunque fuera pródigo ayudando a sus amigos judíos, cosa extraña en un ser tan egocéntrico como él, únicamente atento a su obra, ante la cuestión nazi Joyce prefería mirar a otro lado. Lo que realmente le preocupaba era que la guerra distrajera al público de sus libros.

No fueron meses fáciles para el escritor. A la locura de Lucia se sumó la de Helen, la mujer de su hijo, Giorgio. Joyce estaba muy unido a ella y, como en el caso de su hija, había creído hasta el último momento en la posibilidad de su curación. Giorgio se había ido a vivir con ellos junto con su hijo. Joyce estaba atormentado por su úlcera.

Aunque sólo era octubre, hacía mucho frío. Nora se las veía y se las deseaba para organizar la vida familiar de cuatro personas en aquel espacio claramente insuficiente, así que los Joyce decidieron trasladarse al confortable entorno del hotel Lutetia.

Cierto día el escritor, acompañado de Samuel Beckett, de treinta y tres años, regresó a la rue de Vignes, donde había dejado unos libros que necesitaba. Para controlar su ansiedad, Joyce se sentó al piano con las manos temblorosas y cantó con su voz de tenor durante media hora. Al

rato, cuando recobró el equilibrio, se volvió hacia Beckett y le dijo: «Pero ¿para qué sirve esta guerra?».

144
3, RUE GEORGES-VILLE
Jeanne Mühlfeld

Cada día, a eso de la seis de la tarde, un torrente de personajes relevantes de la política y la sociedad, artistas, escritores y aristócratas, se encaminaba hacia la lujosa salita de Jeanne Mühlfeld, de cincuenta años, en el domicilio que había alquilado su cuñado, Leonetto Cappiello, célebre ilustrador de la *belle époque*. No cabía duda de que la anfitriona seguía anclada en aquella época: recostada en un sofá cubierto de pieles blancas, recibía a sus invitados ofreciendo la mano. Pero el verdadero motivo de toda aquella puesta en escena era la grave coxalgia que padecía y que prácticamente le impedía moverse. Aquella pose y la belleza de su rostro dieron lugar a que fuera conocida como la Bella Sirena, la Loba Marina o la Bruja. Su devoto Paul Valéry, que vivía por allí cerca, había cantado a la «bruja rosa, en el corazón de su nido amarillo».

Amarillo era el color de una sala de estar a la que cualquiera tenía acceso; la otra salita, la azul, estaba reservada a muy pocos. Aún más elitistas eran sus cenas. Los invitados eran en su mayoría hombres, pues la Bruja, por miedo a que otras mujeres le robaran la atención, únicamente las recibía los domingos. Hacía una excepción con su gran amiga Anna de Noailles, quien, contrariamente a lo que acostumbraba a hacer con los demás, nunca se había burlado de ella.

Una ágil intuición suplía sus carencias culturales, y su poderío en el ámbito intelectual parisino era indiscutible. Solamente la atormentada amante de Valéry, la poeta Catherine Pozzi, la definía como una oca. El antisemitismo generalizado de la sociedad de aquel tiempo empujó al malvado Forain a comentar sobre Mühlfeld, cuando ésta se convirtió al

catolicismo: «Madame Mühlfeld conoce a la Virgen desde hace apenas una semana… ¡y ya la llama María!».

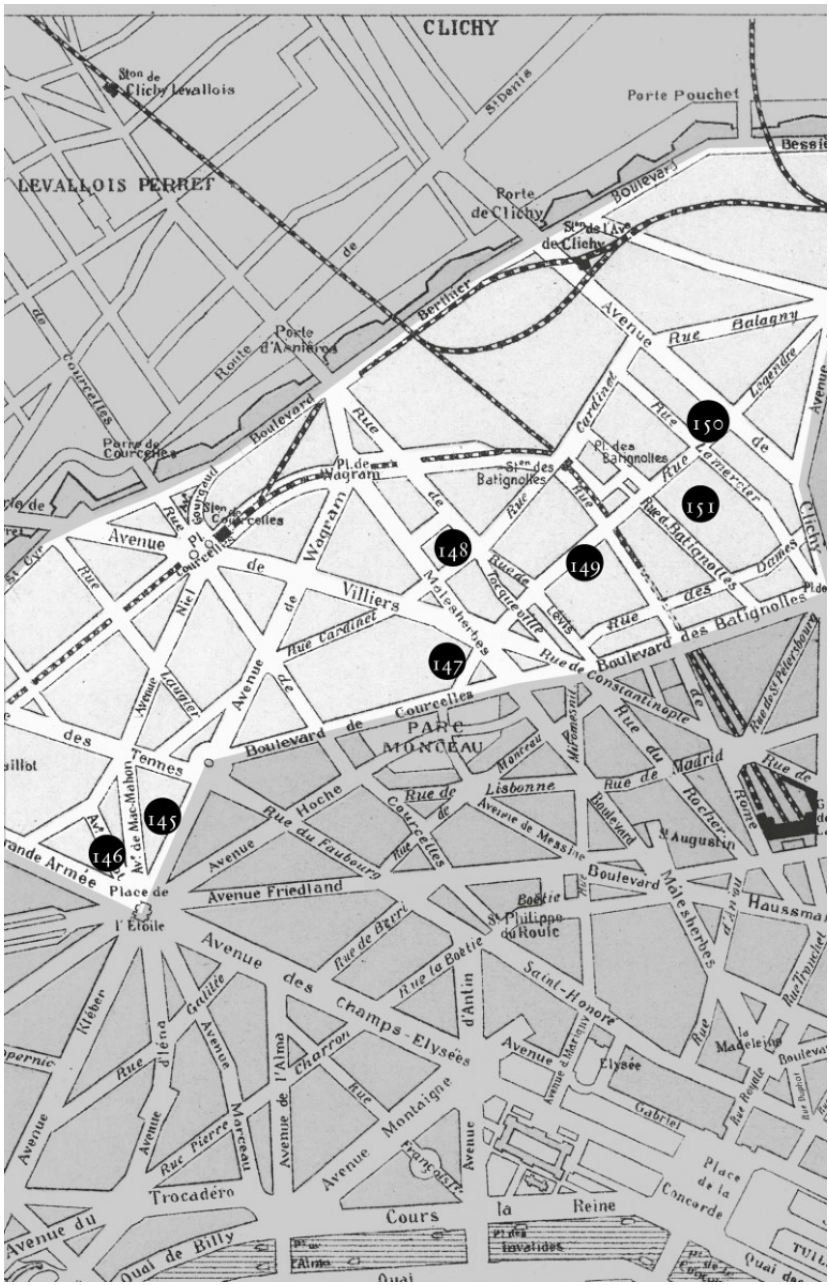
Al observar aquella preciosa cabeza o al escuchar el timbre aterciopelado de su voz, plena de autoridad, resultaba difícil adivinar si Jeanne, mientras contribuía decisivamente a que despegaran las carreras literarias, editoriales o diplomáticas de sus protegidos, aún sufría por la precoz pérdida, tantos años atrás, de su marido, Lucien, un influyente crítico teatral y novelista.

Todos se inclinaban en su presencia. Paul Claudel, con una corbata de colores cuando menos inquietante y una chaqueta demasiado corta que lo hacía parecer más achaparrado todavía, le contó con su alocada y autoritaria voz que había pagado un precio muy alto para hacerse con el reloj de Arthur Rimbaud. Allí podía verse también, erguido y con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, a un famoso dandi, el marqués Boni de Castellane. Nada hacía suponer que el aristócrata, a sus sesenta años, después de que lo abandonara su mujer, una rica heredera estadounidense cansada de sus desvaríos, y tras haber perdido su escaño de diputado, se sintiera un perdedor. Su levita color pastel y las camelias en el ojal seguían siendo, junto a sus conquistas amorosas, su auténtica gloria.

Paul Valéry se lanzaba a hacer verdaderas acrobacias conceptuales mientras jugueteaba con su monóculo; con una gracia inimitable, deslizaba por el escote de la dueña de la casa unas hojitas con versos. Poco acostumbrado a hablar en público, André Gide, a sus cincuenta años, no solía sentirse cómodo en aquellas reuniones. En otoño de 1920 se enfadó especialmente al escuchar una conversación entre Paul Valéry, de cuarenta y nueve años, y Jean Cocteau, de treinta y uno, quien se divertía atacando los argumentos del primero. «No soporto ese tipo de paradojas de salón, donde uno sólo brilla a costa de herir a los demás.» No tuvo más remedio que presenciar con fastidio cómo se dedicaban a desprestigiar así, a su antojo y entre bromas, a ciertas personalidades de valía. Al ver su evidente disgusto, Cocteau le reprochó su mal humor.

Aunque se arrepentía de haber ido a aquella reunión, Gide sólo pudo admitir para sus adentros que cada uno de ellos, por separado, tenía carisma. Especialmente Valéry, pero «¿cómo sorprenderse si, después de haber arrasado con todo lo que hay a su alrededor, después de empeñarse en no tener interés por tantas cosas, se aburre?».

XVIIe ARRONDISSEMENT


CLICHY
Sion de Clichy Levallois
St Denis
Porte Pouchet
LEVALLOIS PERRET
Porte de Clichy
Sion de l'Ave de Clichy
Boulevard
Berlinier
Avenue
Rue
Balagny
Porte d'Asnières
Route
Boulevard
Porte de Courcelles
Pl. de Wagram
Sion des Batignolles
Pl. des Batignolles
Rue
Cardinet
Rue
Lamerier
Rue des Batignolles
Dames
des
Batignolles
Rue
Levis
Rue de Constantinople
Boulevard
Rue de St Petersbourg
Rue du Madrid
Rue de Rome
Rue de Rocher
Boulevard
St Augustin
Rue de Lisbonne
Avenue de Messine
Rue de Courcelles
Rue de Monceau
Rue Hoche
Rue du Faubourg
Avenue
Boulevard de Courcelles
PARC MONCEAU
Avenue de Villiers
Rue Cardinet
Rue de Wagram
Avenue
Av. de Mac-Mahon
Avenue Friedland
Place de l'Etoile
Grande Armée
Avenue des Champs-Elysées
Rue de Berri
Rue la Boétie
Boétie
St Philippe du Roule
Boulevard Malesherbes
Haussmann
Rue d'Anjou
Rue d'Aguesseau
Rue Saint-Honoré
Avenue d'Antin
Avenue Marigny
Elysée
Madeleine
Rue Royale
Rue Duroc
Gabriel
Place de la Concorde
Avenue Kléber
Avenue Galliéni
Avenue d'Iéna
Avenue de l'Alma
Avenue Charron
Rue Montaigne
Avenue Marceau
Rue Pierre
Avenue Françoise
Trocadéro
Cours la Reine
Avenue du Quai de Billy
Pl. des Invalides
Quai
Rue Lauriston
Rue Pergolèse
Rue Boissière
Rue Lamennais
Rue Mesnil

T. S. Eliot, James Joyce

1920. Ansioso por poner en contacto a sus protegidos, Ezra Pound, de treinta y cinco años, confió a T. S. Eliot, de treinta y dos, un paquete que habría de entregar a James Joyce, de treinta y ocho, quien, como él, contaba con su ayuda. Eliot, que se había instalado en un modesto alojamiento, el hotel de l'Élysée, le escribió: «Espero que una de estas noches pueda cenar conmigo. Sería un verdadero placer. No tendrá tiempo para responderme, pero le ruego que venga».

Joyce se presentó en casa de Eliot con su hijo, Giorgio, de quince años, muy elegante. Apenas veía tras sus gruesas gafas y hablaba caprichosamente: un poco de irlandés por aquí, un poco de italiano por allá…

Eliot, tan impecable como siempre, estaba acompañado de Wyndham Lewis, de treinta y ocho años, pintor y novelista, autor de un sombrío retrato en el que el poeta estaba arrellanado en una butaca atrapado por la más absoluta oscuridad, como en una trampa, mirando fija y obstinadamente algo aterrador e invisible.

Joyce se acomodó de un modo ciertamente extraño sobre una elegante silla. Tenía las piernas cruzadas, «la izquierda extendida y tensa sobre la otra como si fuera una prótesis; un brazo echado hacia atrás tocando el respaldo». Hacía tiempo que había sustituido sus legendarias zapatillas de tenis sucias por unos relucientes zapatos de piel.

Eliot se acercó para enseñarle al destinatario el misterioso envío. «Ah, es el paquete del que usted me había hablado», comentó sin mucho interés Joyce mientras jugueteaba con una pajita. Eliot asintió y se sentó. Tras haber intentado sin éxito deshacer los fuertes nudos que había hecho Pound, Joyce le pidió a su hijo un afilalápices sin resultado. Entonces Eliot intervino: «¿Quiere una navaja? ¡Es que yo no tengo!». Tras mucho buscar y buscar por fin consiguieron encontrar unas tijeras para las uñas. Fue entonces cuando de aquel papel oscuro comenzaron a

salir ropas desparejadas y un viejo par de zapatos amarillos. Entre alguna que otra risita avergonzada, Joyce exhaló un suspiro.

Para escapar de aquella situación, Eliot invitó a Joyce a cenar. Fue entonces cuando se puso de manifiesto la difícil relación entre el escritor y su hijo. Joyce, en ese italiano de andar por casa que usaba en familia, ordenó al hijo que fuera a avisar a su madre de que no volvería para cenar. El joven reaccionó de modo arisco y se indignó aún más cuando su padre le dijo que se encargara del humillante regalo que le había hecho Pound. Tras una acalorada discusión, Giorgio se alejó «con la cara roja púrpura y los ojos, relampagueantes, irradiando una auténtica furia meridional».

Una lenta sonrisa recorrió los labios de Eliot, quien poco después repitió la invitación con la flemática cadencia de su acento bostoniano. Una vez llegados al restaurante, el irlandés trató a Eliot con ceremoniosa reserva. «Parece –apuntó– que tengo la melancólica ventaja de ser el más viejo del grupo.» En compensación, y a pesar de su famosa indigencia, se empeñó en pagar el taxi y la comida, además de dejar generosas propinas aquí y allá. Lewis vestía como un bohemio del XIX. Cada vez que Joyce quería decirle algo sobre Eliot, allí presente, comenzaba ceremoniosamente: «Aquí su amigo, el señor Eliot». A su vez éste, sonriendo, le susurraba a Lewis: «Parece que no me tiene en excesiva consideración». Pero la verdad es que no podía soportar la actitud protectora y altiva de Joyce. Jamás conseguía salir después de él.

Cuando por fin se quedaron a solas, Lewis comentó: «Creo que nuestro amigo es un hombre muy afable y fácil de tratar. Quizá sea un tanto altanero, sí». Eliot, meditabundo, respondió: «¿Altanero? No lo parece». «¿Lo encuentras tan soberbio como Lucifer?» «Yo no iría tan lejos, llamarlo Lucifer es mucho decir.» «Pero es educadísimo.» «Eso sí, educado lo es y mucho. Pero tras tanta capa creo que es arrogante. Y ésa es la razón de que sea educado: su arrogancia. Qué quieres que te diga, preferiría menos educación.»

5, AVENUE CARNOT

Colette

«Un gato desperezándose»: eso le pareció Colette en 1925 a su futuro marido, el tercero. Cuando Maurice Goudeket entró en el salón de su amante, una señora de la alta burguesía, Andrée Bloch-Levalois, Colette estaba tumbada bocarriba en un sofá. Sus brazos desnudos eran bonitos, aunque un poco gruesos. Él tenía treinta y seis años, «la edad de la torre Eiffel»; ella, cincuenta y dos, acompañados de una mirada azul, irónica e interrogante. Acababan de sentarse a la mesa cuando la escritora cogió una manzana del centro y le dio un buen bocado. Aquel gesto le pareció a Maurice un tanto teatral. Aún ignoraba que aquella mujer se relacionaba con la realidad a través de los sentidos, que no dudaba en afirmar que todo era gula, ansia por devorar, y que la castidad era una tentación como cualquier otra. En ella la pasión no reemplazaba la lujuria, al contrario: la exaltaba.

Con el paso de los años, la figura de Colette se había ido redondeando, pero continuaba gustando a todos. Sin dietas para guardar la línea, aquella sinuosa mandolina seducía por igual a hombres y a mujeres. La única persona que discrepaba era Coco Chanel, quien la apreciaba de verdad: «Colette se equivoca no preocupándose por engordar. Esa mujer, tan inteligente como es, no ha entendido lo importante que es el físico. Se hace la graciosa con su glotonería. Con un par de salchichas sería suficiente. Dos docenas son histrionismo».

Colette sabía hasta qué punto al público le gustaba el escándalo. Para los hombres, sus inclinaciones lésbicas eran un mérito, y las mujeres veían realizados sus deseos en ella al saber de sus relaciones con hombres más jóvenes.

De aspecto perennemente atildado, Goudeket era comerciante de perlas, y a las señoras les agradaba mucho su amabilidad; les gustaba tanto como el contraste entre su pelo negro y su piel blanca. Un «bonito chihuahua»: así era como Colette describía a la grácil, pequeña y voluble

madame BlochLevalois, quien gozaba con total libertad de su vida extraconyugal. Colette se veía obligada a luchar si quería arrancar a Maurice de su amante, aunque las dos parejas tenían un trato excelente. Maurice era buen conversador y nunca se cansaba de escuchar «la penetrante voz de bronce» de aquella celebridad que lo había elegido a él como marido con tanta determinación. Cuando le preguntaban el secreto de aquella insólita unión, ella respondía: «Es mi virilidad. Lo asusto un poco, pero sólo puede vivir conmigo. Cuando siente necesidad de escapar, elige a mujeres muy femeninas y se rodea de ellas, pero no podría vivir con ninguna».

147
40, BOULEVARD DE COURCELLES
Pierre Drieu La Rochelle

En aquella planta baja Drieu se encontraba en un estado de ánimo que rara vez experimentaba: estaba tranquilo. En aquella casa, prácticamente vacía y dominada por una mesa enorme, estaba viviendo «la primavera más libre de su vida». Por extraño que pareciera, no tenía ninguna amante. El trino de los pájaros del parc Monceau ahuyentaba los malos pensamientos. No se veía con sus amigos. «Una vez estuvo ocho días sin hablar con nadie», paseando por la noche hasta el amanecer. Pero una tarde se encontró ante su puerta con su última amante, vestida de gala, escotada y maquillada en exceso. El 12 de abril escribió: «Tengo treinta y tres años. Estoy solo, como a los veintitrés, como a los trece, como lo estaré a los cuarenta y tres. Pero a los cuarenta y tres será el final».

148
9, RUE DAUBIGNY
Paul Morand

1921-1923. «He encontrado una pequeña villa con un estudio en el barrio de la plaine Monceau», se excusaba Paul Morand, a sus treinta y tres años, por haber ido a parar a un lugar que no estaba a su altura. Por esas fechas, Morand era el autor de moda. Sus obras inundaban las librerías y las conversaciones de los salones. Las señoras se lo disputaban. Los envidiosos no dejaban de pensar en sus automóviles norteamericanos, en sus treinta y siete pares de zapatos y en las incontables víctimas de su seducción. Mientras se vestía para la noche, no le importaba que hablaran y hablaran sobre su robusto cuerpo ni sobre la secreta luz de sus ojos almendrados. Su casa era como su actitud ante la vida: se mezclaban la decoración oriental y los muebles ingleses. Morand era parco en palabras. En cuanto podía, se escapaba a toda velocidad en un coche tan ágil y nervioso como un corcel.

También dentro de su casa Morand procuraba guardar las distancias. La imponente puerta de cerradura dorada, que había heredado del anterior propietario, parecía el acceso cerrado a una inmensa caja fuerte. Una moqueta negra daba un toque fúnebre a la escalera de caracol. Hundido en una butaca de terciopelo, negra como el linóleo del suelo, importado de Inglaterra, Paul parecía ausente tras la máscara de sus repetidas sonrisas. La impasibilidad asiática de su rostro blanquecino, sobre el que planeaba la sombra de un desengaño, contrastaba con su paso ligero, pero no con los extraños gestos de sus bellas manos regordetas, que recordaban vagamente las de un cura. Sus pesados párpados bajo aquella frente alta daban la impresión de que fuera presa de un profundo hastío, como si sus éxitos, en todos los campos, no hubieran conseguido desterrar de su mente un pensamiento desagradable.

Un amigo suyo recordaba que, «a fuerza de ser educado, era muy tímido; era tan observador que se concentraba por completo en lo que observaba, no en lo que sucedía en su fuero interno».

Era frecuente que, cuando invitaba a sus amigos, se abstuviera de comer por miedo a engordar. Se divertía con el desconcierto que les

causaba al enseñarles una gran sala vacía en la que los únicos objetos eran una mesa de madera natural sobre la que descansaban un par de guantes de boxeo. «¡Es mi gimnasio!» Procuraba domesticar la vida levantándose temprano para ponerse a escribir, siempre después, eso sí, de haber hecho gimnasia. Cuando aconsejaba a Jean Cocteau que hiciera lo mismo que él, su amigo le replicaba: «Venga, sabes perfectamente que te encantaría vivir con mi desorden».

Le gustaba viajar y que su público supiera que lo hacía. En el fondo, la prisa, la velocidad, era una solución para dejar atrás un mundo que agonizaba. Su estilo era elegante, sincopado y nervioso como una carrera a través de la noche. Ése era el modo en que el desenfrenado mundo de la posguerra daba rienda suelta a sus pasiones, una locura justificada por los millones de muertos. «Cada treinta años el mundo cambia de piel.» Sobre la cubierta de uno de sus libros podía leerse una advertencia, «Prohibido leerlo a las muchachas», perfecta para atraer a las desinhibidas jovencitas de aquellos años locos, siempre dispuestas a seducir y a entregarse sin por ello abandonarse. A quien lo acusaba de presentar una imagen cínica y amoral de la realidad, le respondía: «No soy más que un escritor y, como el Danubio, llevo conmigo indistintamente cadáveres y flores».

149

42, RUE LEGENDRE

Paul Éluard

1924-1931. Paul Éluard estaba contento de haber encontrado aquel pequeño apartamento en el tercer piso del mismo edificio en el que vivía su amigo André Breton. Había reaparecido como si nada después de una vuelta al mundo que había dejado preocupados a amigos y parientes. El poeta no avisó a nadie de su decisión, desesperado como estaba tras conocer la relación, que inicialmente había aprobado haciendo honor a su culto a la libertad sexual, entre su mujer, Gala, y su amigo el pintor

Max Ernst.

Las dificultades económicas que Paul y Gala estaban atravesando se reflejaban a la perfección en la forzada austeridad de su mobiliario: una mesa, una cama, cuatro sillas y una pequeña cocina escondida tras un biombo. Eso sí, las paredes de una habitación estaban decoradas con unos frescos de Ernst. Gala, de «oscura y silenciosa belleza», suscitaba sentimientos opuestos. Algunos la encontraban muy desagradable; otros la acusaban de que presumía demasiado por el hecho de que todos la cortejaran.

Aunque Éluard amaba el libertinaje, los burdeles y las orgías, «más como espectador que como actor», su deseo permanecía inalterablemente fijo en su mujer. No se separaba nunca de una fotografía que Man Ray había tomado de Gala desnuda y que mostraba con orgullo a sus íntimos. «De lo demás ya he tenido bastante: te quiero sólo a ti. Puesto que te amo, lo que más ansío es hacerte el amor. Y tenerte entre mis brazos, y lamerte por todas partes, exprimirte, dejarte más ligera de todo, más mojada, más caliente, más blanda y dura de todo… Quiero amarte más que nunca.»

Éluard, que por lo general se las arreglaba vendiendo algunos cuadros de sus amigos o las antigüedades que rescataba de los mercadillos, ahora se limitaba a pedir préstamos a amigas pudientes, como Marie-Laure de Noailles o Valentine Hugo, lo cual no le impedía satisfacer algún capricho que otro, como el de encargar que le fabricaran una máscara de yeso y ofrecerle una copia a Breton, quien la aceptó con gran placer.

Mientras tanto, en aquella atmósfera saturada de erotismo y de altibajos estaba naciendo un nuevo amor. Durante una visita a Éluard, que estaba enfermo en la cama, Breton arrinconó a una mujer a la que acababa de conocer, Suzanne Muzard, y le dijo: «Le enseñaré muchas cosas… Llámeme por teléfono mañana por la mañana: estoy todo el día en casa». «Pero su mujer…» «No se preocupe en absoluto por eso. Llámeme mañana.»

Paul Éluard

1934-1938. Tras haber comprendido que con Gala todo había terminado, en 1934, Paul Éluard se casó con Nusch. Él tenía treinta y nueve años, y ella, veintiocho; el apartamento de dos habitaciones con balcones estaba en un quinto piso y la vista era estupenda. Por desgracia, la belleza y la devoción de su mujer no conseguían desterrar el recuerdo de Gala. Pero la joven no se rendía e intentaba satisfacer los sueños eróticos de su marido. Siempre dispuesta a desnudarse, hizo unos agujeros en las cazuelas de su sujetador de raso para dejar asomar sus pezones y complacía el voyerismo de Paul permitiendo que la poseyeran sus amigos, como René Char, quien había sido testigo en su boda, o bien haciendo alarde de sus flirteos sáficos, como documentan las fotos de Man Ray. «La ligereza del acercamiento | la cabellera de las caricias | sin preocupaciones ni sospechas | tus ojos se entregan a lo que miran | vistos por aquello que están mirando | confianza de cristal | entre dos espejos | de noche tus ojos se pierden | para unir el despertar al deseo.»

Mientras que Gala siempre había sido esquiva y reservada, Éluard podía acariciar voluptuosamente a Nusch delante de sus amigos o discutir con ella en público. Al contrario que Gala, Nusch se ocupaba de las tareas de la casa y del perro que su rival había abandonado para marcharse con Salvador Dalí. A pesar de todo, Éluard seguía escribiendo a Gala: «Eres para mí la encarnación del amor, la encarnación más precisa del deseo y del placer erótico… ¿Por qué no mandaste a revelar aquellas fotos en que aparecías desnuda? Me gustaría tener una en la que estés haciendo el amor. Haría el amor contigo delante de Nusch, que sólo podrá masturbarse, y todo lo que tú quisieras…».

1928-1934. En la pequeña habitación del hotel Nollet, habitado por pintores, Max Jacob, a sus cincuenta y dos años, hablaba con un joven artista que se emborrachaba con mucha frecuencia. Mientras le llenaba una taza de tila caliente, comentó: «Usted bebe…, pero bebe sobre todo para conocer a personas como yo, que sólo disfrutan con las tisanas. Aunque la primera vez quizá resulte aburrido, luego se divertirá al darse cuenta de que con una tisana se dicen cosas que permanecen, mientras que con el alcohol todo lo que se dice se desvanece».

Max vivía en una dignísima pobreza en aquella estrecha habitación alternando el ayuno y la embriaguez, la poesía y la pintura. «La poesía –explicaba–, no da de comer al hombre. ¡Por suerte tenemos nuestros pequeños *gouaches*!» Éstos podían nacer de un recuerdo o de una postal apoyada en el tintero. El poeta escupía ligeramente en el papel para ligar los colores y luego extraía de ellos un paisaje urbano envuelto en una tierna luminosidad grisácea. «Un cuadro da vueltas y más vueltas. ¿Cuando deja de hacerlo es que está acabado?»

Quienes lo escuchaban quedaban deslumbrados por las flagrantes contradicciones de su personalidad: un devoto católico que era capaz de explotar en duras blasfemias; un anarquista encantado de recibir reconocimientos oficiales; un hombre generoso que se entregaba a proferir las más atroces maledicencias sobre los amigos a quienes más adoraba. Su amor al prójimo se alternaba con delirios persecutorios; su orgullo no le impedía rebajarse. Para Maurice Sachs, aquel proteico conversador encarnaba al mismo tiempo a Cenicienta y a sus hermanastras, a los tres cerditos y al lobo.

Había regresado a la capital tras una larga estancia en la abadía de Saint-Benoît-sur-Loire. Andando el tiempo, la paz que había encontrado en la vida conventual comenzó a satisfacerle cada vez menos. Finalmente se decidió a renunciar a todo aquello.

En realidad, Max necesitaba un auditorio capaz de apreciar su

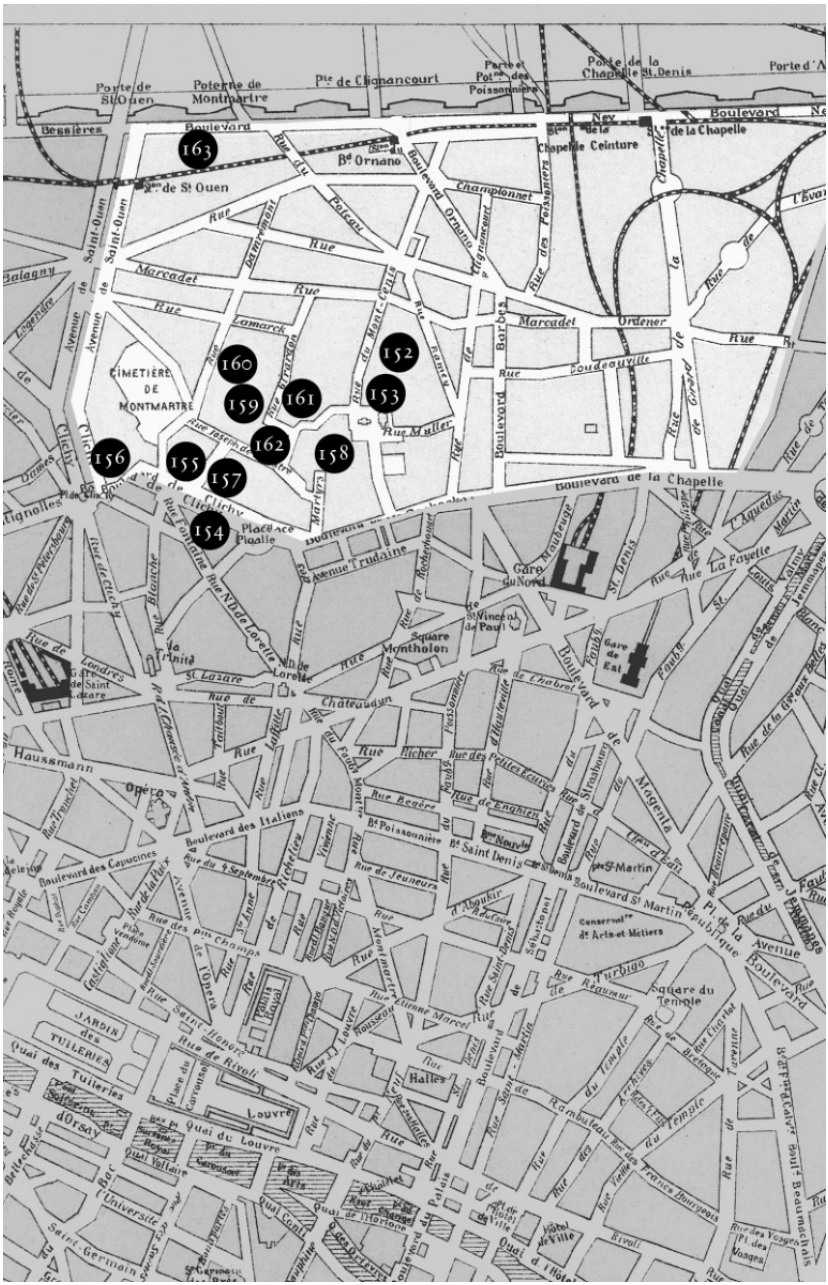
tumultuosa elocuencia. En París sus admiradores jamás se cansaban de escuchar sus breves frases, puntuadas con un signo de exclamación invisible. Mientras hablaba, nunca se estaba quieto, sino que hacía piruetas y se ponía de puntillas para acercarse a su interlocutor. Sus ojos, de un gris azulado, pasaban de la dulzura a la fiereza en un santiamén. Sus manos llenas de anillos revoloteaban como aves enloquecidas. Sus peculiares trajes, cosidos por su padre, sastre y bordador de trajes bretones en Quimper, adquirían en él una excéntrica elegancia. «No conozco nada más bello que los ojos de Max Jacob –confesaba Jean Cocteau–. Resulta algo casi normal que el mundo se convierta en un poema si sale de una mano tras haber atravesado unos ojos así.»

El poeta sabía esconder sus inclinaciones sexuales si era necesario. Así pues, cuando visitaba a los padres de sus amantes, nunca daba pie a la menor duda.

Nadie como aquel egocéntrico sabía ayudar a quien aún no había encontrado su camino en la vida, como Jean Dubuffet, que vendía vino, o Christian Dior, por entonces marchante de arte. «Fue con Max Jacob con quien hice mis primeras canciones, fue como de broma, una estrofa él, una estrofa yo. […] A los dieciocho años saciaba mi sed en la fuente de su genio. Me gustaba su ligera ironía, su fe…, sus sueños, inmediatamente copiados por tantos. Era bueno, caprichoso, irreal como los personajes que pintaba y que –recordaría Charles Trenet– clavaba con alfileres en el papel pintado, ya raído.»

A veces, en medio de la noche, Max se despertaba sobresaltado. Le parecía como si fuera a volverse loco en aquella habitación de hotel y salía al frío de aquel París amortiguado por la nieve para peregrinar hasta el lugar donde reposaba un amor difunto. Luego regresaba al hotel Nollet y subía la crujiente escalera dorada hasta la puerta de roble.

XVIIIe ARRONDISSEMENT


163
152
160
159
161
153
162
158
156
155
157
154
CIMETIÈRE DE MONTMARTRE
Boulevard de la Chapelle
Gare du Nord
Gare de l'Est
Square Montholon
Opéra
Louvre
Halles
Square du Temple
Conservatoire des Arts et Métiers
JARDIN des TUILERIES
Haussmann

4, RUE BECQUEREL

Léona Delcourt

1927. El 8 de enero, Léona Delcourt, a sus veinticinco años, entró con su ligera maleta en el hotel Becquerel. Con sus ojos verdes e inquietos, miró satisfecha a su alrededor y de inmediato escribió a André Breton, de treinta y uno: «Querido mío, he encontrado una habitación y me haría muy feliz recibir tu visita mañana, domingo, o el lunes. Avísame. Un fuerte abrazo, de esos que ya conoces». Pero, al cabo de unos tres meses, aquellos sueños se hicieron pedazos cuando comenzaron esos ataques de locura que colmaban la habitación número 54 de extraños gritos y que obligaron al propietario del hotel a pedir que la internaran.

153

7, RUE BECQUEREL

Paul Éluard

Paul Éluard, de treinta y cuatro años, llegó en 1929 al primer piso de aquel imponente edificio. Aquellas dos habitaciones se las había encontrado una amiga, apenada al ver a Éluard sufriendo por la ruptura de su matrimonio con Gala, cada vez más entregada a su nuevo amor, Salvador Dalí, diez años más joven que ella. La nueva pareja había vuelto a París desde España para rodar *Un perro andaluz*.

A pesar de su ausencia, el poeta continuaba soñando y deseando a Gala, y confiando en su regreso. «Sólo he amado a Gala | si niego a las otras mujeres es sólo para afirmar | que jamás he conocido a otra mujer sino a Gala | que me haya dado algunas ganas de vivir | y muchas ganas de matarme.»

Había preparado aquel apartamento para Gala y Dalí con la esperanza de poder convivir con ellos como ya había hecho en los tiempos del triángulo amoroso con otro pintor, Max Ernst. Pero no fue posible. Por ello la asediaba con mensajes llenos de una irremediable nostalgia.

Cuando, después de su estancia con Dalí para filmar la película, ella se volvió a marchar, Éluard se emborrachó con su perfume en la cama deshecha. En 1931 le escribió: «Gala mía, mi única mujer, las cosas no van mejor. Ayer, hundido como estaba, me fui a dormir a la rue Becquerel. Allí encontré tu fantasma, el fantasma de toda nuestra vida, tan difícil, tan llena de lágrimas y de caricias, tan llena de ti. […] Mi preciosa cabeza, cabecita mía, pequeño cráneo que cabe entero en mi mano, Gala, mi divina Gala, en toda mi vida y en toda mi muerte jamás volveré a la rue Fontaine; el día se te parece demasiado y la noche huele en exceso a ti. Te amo, te amo, pequeña mía, carne de mi carne, Gala».

Por suerte, un poeta desconocido, el veinteañero René Char, fue allí para acompañarlo. Éluard había perdido todo su patrimonio con la crisis del 29, mientras que Char había dilapidado el suyo. De casi dos metros de altura, impulsivo y sensual, Char se dio cuenta muy pronto de que la sirvienta, una joven muy simpática, le colocaba el abrigo con una delicadeza excesiva. Un día no pudo refrenarse y la besó. Ella lo complació y dejó ver hasta qué punto contaba con experiencia. A la mañana siguiente, Éluard pidió que le llevara el desayuno a la cama e imitó a su amigo con éxito. La chica le confesó que lo había estado esperando desde hacía tiempo e incluso había estado a punto de renunciar, pues pensaba que los dos eran unos pánfilos. Pero aquella no fue la última sorpresa. Al poco supieron que aquella muchacha encantadora y bien vestida se prostituía en el boulevard de la Madeleine. De hecho, tras algún tiempo, tuvo que dejar a los dos poetas: el trabajo en la calle la absorbía.

Sin embargo, para Éluard aquello no era sino una mera distracción, pues no dejaba de pensar en aquella que lo había abandonado y a quien sentía cada vez más lejana. «Puede que al final de un largo viaje ya no me dirija a esa puerta que los dos conocíamos tan bien. Quizá no vuelva a entrar en aquella habitación donde el desespero y el deseo de poner fin a la desesperación me han atraído durante tanto tiempo.»

No obstante, se había encontrado en el boulevard Haussmann con

aquella desconocida que acabaría convirtiéndose en su segunda esposa. Cuando, la noche en que se conocieron, él la llevó a su apartamento, Nusch se quedó impresionada con los muebles antiguos que decoraban las estancias. A la mañana siguiente, el poeta la ayudó a vestirse e intentó darle confianza. Frágil y voluptuosa, imaginativa y sumisa, Nusch no se atrevió a tocar nada, pero sí que se ocupó con esmero del pequeño piso.

Paul, «esbelto, dulce y serio», era para ella una especie de divinidad. Pensando en él cuidaba minuciosamente su delgado y flexible cuerpo con un arsenal de cremas, bálsamos y aceites perfumados. Bastaba un pequeño granito o la sombra de una arruga para que se preocupara.

Pero, sobre todo, Nusch, al contrario que Gala, toleraba y a veces compartía las infidelidades de su compañero. «Durante mucho tiempo creí que estaba sacrificando mi libertad, el más doloroso de los sacrificios, en aras del amor, pero ahora todo ha cambiado. La mujer a la que amo ya no está ni preocupada ni celosa: me deja libre y yo tengo la valentía de serlo.»

Aun así, no conseguía borrar el recuerdo de Gala. Nusch, muy sabiamente, jamás había intentado ni por asomo competir con aquella rival ausente. Se sentía segura gracias a la ternura con que la trataba el poeta, por ello no puso la menor objeción cuando el poeta le pidió que informara a Gala de cómo iba su salud. En 1932 Éluard confesó a su exmujer: «Soy muy injusto con Nusch, que es un encanto. Me encierro en mi soledad. Ya no hago el amor, nunca. Sólo me gustaría hacerlo contigo».

154
BOULEVARD DE CLICHY
Los surrealistas

«Resulta embriagadora la atmósfera que crean esos jóvenes. Cuando los conoces, te entran ganas de romperlo todo, de darle bofetadas a la

gente, de gritar las peores injurias, de dejar a un lado la banalidad de la costumbre para abrir paso al milagro. Descubres, ahora con ojos nuevos, todo lo que la costumbre ocultaba», confesaba Youki, la futura compañera de Robert Desnos, tras haber participado en una reunión de los surrealistas.

Todos eran muy jóvenes, muy inquietos, siempre en busca de una nueva provocación. Un simple día lluvioso en el boulevard de Clichy se transformó en una verdadera batalla para aquella pandilla. Se dirigían con prisas a un cine cuando su paso se vio ralentizado por culpa de los burgueses, que bloqueaban las aceras con sus paraguas abiertos. Entonces André Breton, con la cabeza descubierta, como sus compañeros, le arrebató, con gesto enfurecido, el paraguas a una paseante y a continuación lo partió en dos, algo que Jacques Prévert imitó de inmediato. Tras un instante de desconcierto, la multitud se abalanzó sobre los surrealistas. Se vio a Breton dar un buen tortazo, fríamente, a uno de sus contrincantes. Cuando llegó la policía, los provocadores se salvaron gracias al mismo Prévert, quien mostró un buen tajo que le sangraba en la mejilla.

155
82, BOULEVARD DE CLICHY
Moulin Rouge

Nadie hacía caso a aquel joven fortachón que, con boina y pipa en la boca, siempre estaba en el Moulin Rouge. Georges Simenon nunca se cansaba de ver girar en la oscuridad las aspas iluminadas del célebre local, que todavía conservaba su popularidad. Vestía trajes de *tweed* a cuadros y pantalones bombachos. Allí se quedaba horas y horas sentado a una mesita observando a los clientes que revoloteaban por la sala y a las prostitutas, que se desvivían por llamar la atención.

Si levantaba la vista, veía en los palcos a esas otras parejas, más «inaccesibles», de hombres con esmoquin y mujeres con perlas en el

cuello. Pero prefería fijarse en las secretarias y dependientas que charlaban con empleados y vendedores. «Podía quedarme así, sin ni siquiera ganas de bailar.» Después un rugido de tambores anunciaba el famoso cancán, que «te dejaba sin aliento».

A su mujer, la hermosa e introvertida Tigy, que a veces lo acompañaba, no le molestaban aquellas escapadas. Comprendía que el Moulin Rouge era un escenario muy importante para él. Por otra parte, el escritor no siempre tenía los cinco francos necesarios para la entrada.

1927. Aunque todavía no fuera una celebridad, a sus veinticuatro años Simenon era ya un polígrafo bien conocido en el París nocturno. Y el Moulin Rouge estaba destinado a volver a su vida. Una figura del periodismo, el intrépido Eugène Merle, director del *Paris-Matin*, siempre en busca de publicidad, le había propuesto a aquel joven un desafío: a cambio de una buena suma, cincuenta mil francos, el escritor debía, encerrado en una jaula de cristal en la terraza del Moulin Rouge y a la vista de los transeúntes, escribir una novela en tres días y tres noches. Sería el público quien elegiría el título y, además, tres personajes de una lista propuesta por Simenon, quien cada noche entregaría su trabajo de la jornada al *Paris-Matin*, que lo iría publicando sobre la marcha. Un arquitecto resolvió el problema de las necesidades físicas del escritor, que aceptó la apuesta, entre otras cosas porque habitualmente podía finiquitar un libro en dos días y medio.

El desafío, publicitado a gran escala, enfadó a lectores y colegas, a buen seguro envidiosos de la capacidad y del dinero que podía ganar aquel que aún firmaba simplemente como Sim. Tras una cascada de polémicas, el proyecto se desvaneció. Según Simenon, el *Paris-Matin* se había echado atrás antes incluso de que se acabara la construcción de la jaula. Pero su fama de autor prolífico era tal que todo París estaba convencido de haberlo visto allí trabajando.

1929. Michel Leiris, de veintiocho años, había ido a ver *Blackbirds*, una revista de negros norteamericanos. Le gustó mucho, pero no podía dejar de sentirse sorprendido. «Creía que ese género estaba muerto y

sepultado, pero en absoluto.» En una escena le había parecido reconocer la influencia de la *síntesis teatral* de Filippo Tommaso Marinetti; en otra, la de *Las bodas*, de Stravinski. «Esta revista no tiene en absoluto el aire de un artículo de exportación, como sucede con la del Théâtre des Champs-Élysées, con Joséphine Baker.» Decididamente, el Moulin Rouge era el único lugar de París en que «el espíritu de la música estaba de veras a salvo». Allí no había nada de artificioso y la estrella, un negro que parecía un chino dotado de una desmesurada flexibilidad, bailaba contoneándose de un modo impresionante.

A la salida se cruzó con una famosa cantante, Damia, y le llamó la atención la imponente estatura de aquella mujer de cuarenta años, «una majestuosa giganta, alta y fuerte como una torre». Llevaba una ropa lujosa, «extraordinariamente» pasada de moda. No había nada de antinatural ni de artificio. Leiris estaba sorprendido; no se esperaba que fuera tan bella. Le hacía pensar en una Juno «todopoderosa y misteriosa como una joven ternera».

156
14, PLACE DE CLICHY
Henry Miller

1928. Abierto a cualquier hora del día o de la noche, el restaurante Wepler era el refugio preferido de Henry Miller. «Lo conocía como la palma de mi mano.» Se sabía de memoria los nombres y las caras de los camareros, de las cajeras y de los clientes habituales, pero sobre todo de las prostitutas, las auténticas *amas* del local. La primera vez que estuvo allí le sorprendió desagradablemente que nadie se acercara a ayudar a una meretriz borracha que se había resbalado entre las mesas del exterior. Escuchó atónito los comentarios: «No es nada, es una puta…, está mamada». Pero superó también ese primer chasco. La cínica indiferencia de los franceses asimismo formaba parte de París.

Cuando hacía frío, resultaba delicioso sentarse un par de horas en el

Wepler esperando a que llegara el momento de la cena. La luz tenue favorecía a las mujeres de vida alegre, que aguardaban repartidas por las mesas «como luciérnagas perfumadas».

Una tarde lluviosa entró cargado de libros y discos que había comprado con un dinero recibido de Estados Unidos. Clavaba la mirada en una encantadora mujer que parecía esperar a alguien. Tranquila y digna, observaba atentamente a los clientes evitando hacerse notar. Miller dudó antes de pasar a la acción. Cuando se le acercó, ella lo acogió con amabilidad y lo fascinó con su voz grave y bien impostada, «la voz de una mujer que da, que gasta».

Sin embargo, la desconocida le dijo que prefería esperar fuera del Wepler. El escritor se excusó e hizo ademán de marcharse, pero ella lo retuvo. Sentía curiosidad por sus compras. Hojeó uno de sus libros y lo cerró. «Basta, hablemos de cosas más interesantes.» A continuación, le explicó que era tan perezosa que ni siquiera tenía paciencia para leer.

Él le tocó una pierna y ella le colocó la mano más adentro. Luego lo rechazó. «No, aquí no estamos solos.»

Miller sorbió lentamente su bebida. No tenía prisa por llevarla a un hotel y le gustaba mucho el modo de hablar de aquella mujer. «Su voluptuosa pereza adornaba sus palabras con un suave plumaje.» Aunque sabía que tendría que pagarle, no lograba considerarla una buscona. Cuando ella lo tocó, él se enardeció visiblemente y la joven le susurró: «Contrólese, no conviene excitarse tan rápido». Cuando decidieron marcharse, Miller miró complacido cómo aquel «hermoso pedazo de carne fresca» pasaba por la puerta giratoria.

157
2, RUE COUSTOU; 64, BOULEVARD DE CLICHY
Los surrealistas

A veces los surrealistas alternaban el café Cyrano con otros locales, como el hotel Le Radio, que hacía esquina con el boulevard de Clichy.

Allí recibían a los neófitos, como Buñuel y Dalí. Solían llegar a eso de las seis de la tarde y André Breton pedía su ponche a la mandarina. Un día Louis Aragon llegó con la preciosa Nancy Cunard y comenzó a decir: «Hemos visto una película magnífica, *La ley del hampa*, en el Para…». Pero no pudo acabar porque Breton, que estaba sentado en un aparte con un amigo, rompió a reír con una brutal carcajada que parecía no tener fin, descomponiendo esa máscara de solemnidad que acentuaban su perfil clásico y su larga melena. Sorprendido y enfadado, Aragon se limitó a encogerse de hombros y a marcharse con Nancy. No podía imaginarse que aquella risa, que además era generalizada, formaba parte de un ritual muy preciso: primero, una bolita de hachís acompañada de un café fuerte y, media hora después, otra bolita con media taza.

Sólo así era posible explicar aquella actitud desusada de Breton, siempre deliberadamente formal y vestido de negro o verde botella.

1928. Pero había otro poeta para quien aquel hotel era de veras su lugar de residencia. Nadie había visto jamás a Jacques Prévert, de veintiocho años, encender el cigarrillo que le colgaba de los labios. Siempre tan elegante, con su camisa sin una sola arruga bajo una chaqueta de buen corte, vivía con su mujer, Simone, en el hotel Le Radio. Allí fue donde había comenzado a escribir poesías y guiones. Desgraciadamente el hotel estaba por encima de sus posibilidades y al final la pareja tuvo que alojarse como pudo en el estudio de Alberto Giacometti, en el número 14 de la rue Hippolyte Maindron.

158
17, RUE GABRIELLE
Max Jacob

1919. Un día, un inquieto dandi ataviado con una capa forrada de seda llamó a la puerta de Max Jacob, de cuarenta y tres años. La perla en la corbata y la rosa en el ojal parecían pertenecer a una época distinta a la

de aquel rostro delgado, al que un tic nervioso convulsionaba de vez en cuando. Pero el refinado bastón y la estudiada frialdad de André Malraux, a sus dieciocho años, se desvanecían pronto al brotar aquel imprevisible aluvión de elocuencia, que se sumergía turbulento a través de las capas más diversas del conocimiento humano.

Ese mismo año, en aquella vieja casa junto al Sacré-Cœur hoy demolida, se presentó también un muchacho de dieciséis años, Raymond Radiguet. Viendo a Jacob en pantuflas, Radiguet lo confundió con el portero, pero de inmediato trabaron amistad. El chico se quedaba a dormir allí las noches en que se le hacía tarde para volver solo a casa de sus padres, en la periferia. Max llamaba Radigo a aquel joven tímido e introvertido, y no sólo le presentó a muchas figuras de la cultura, sino que lo animaba a escribir poesía y le prodigaba consejos. «Uno no debe ser conocido por lo que se hace.»

Su cabeza calva, demasiado grande para el cuerpo tan delgado de Max, se movía sobre un cuello de terciopelo. Su monóculo se encajaba en la oscura cuenca del ojo antes de caer en la nada, de la que Jacob lo hacía reaparecer impetuosamente para volvérselo a colocar, como si fuera una lente de aumento sobre aquella maliciosa pupila gris. Sus labios, bien perfilados, sabían abrirse en una deliciosa sonrisa. Menudo y vivaz, muy pobre y lleno de dignidad, Max encarnaba un valioso espécimen de la casi extinta raza del dandi harapiento e indigente.

Los calcetines rojos, tejidos para él por una de las más célebres cortesanas de la época, Liane de Pougny, que por entonces se había convertido en la devotísima princesa Ghika, resaltaban dentro de unos elegantes zapatos deformados. Era difícil adivinar el color de sus pantalones a cuadros, de un tono claro y demasiado cortos bajo su ceñida chaqueta de seda marrón, cortada por un modisto bretón. Reacio a lavarse, se atiborraba de perfume. Aunque no se las podía permitir, amaba las joyas, como los anillos vistosos o la pequeña colección de piedras semipreciosas que guardaba en el bolsillo.

En medio de la sala reinaba un maltrecho armario con espejo.

Mientras lo señalaba, el poeta decía: «Ésta es mi sala de estar; aquél es mi dormitorio». De Max Jacob no se podía decir que fuera ordenado. Por otro lado, el espacio era reducido; las tazas sucias permanecían en la mesa, y la ropa, sobre la cama sin que sus preciosas manos de uñas rosadas pensaran en poner nada en su sitio. Pero a menudo Paul Morand, Jean Cocteau y todo un séquito de discípulos llenaban aquella planta baja oscura que daba a un ruidoso patio de luces. Max era inagotable: podía discutir sobre cualquier tema. Un modisto genial, Paul Poiret, le pasaba una mensualidad. Esotérico y nigromante, Max leía la mano a las señoras y curaba cualquier dolencia con una cuerda de veintitrés nudos.

El personaje central de su vida era Pablo Picasso, con quien en su juventud se había turnado en la única cama del estudio de Bateau-Lavoir. Le encantaba contar cómo Picasso le había cambiado la vida. «Me dijo: "¡Quítate la barba!, ¡fuera las gafas!, ¡ponte un monóculo!, ¡deja tu empleo!, ¡vive como un poeta!".» Picasso también había sido su padrino cuando abandonó la religión hebrea por la católica. Lo que acabó desencadenando su conversión fue la aparición, el 7 de octubre de 1909, de Jesucristo vestido de amarillo sobre el fondo de un paisaje colgado en la pared. «¡Buscaba mis zapatillas y, cuando levanté la cabeza, había alguien en la pared!, ¡había alguien!, ¡mi carne cayó al suelo!, ¡un rayo me desnudó!, ¡oh, instante imperecedero!, ¡oh, la verdad!, ¡la verdad!»

A partir de entonces el olor del éter se mezcló con el del incienso, tan amado por aquel cristiano tan peculiar. El compositor Poulenc veía en él cierto «aire de sacristán de la basílica de Montmartre». En efecto, Max era uno de los pocos bohemios que quedaban en la colina, donde tiempo atrás vivieron todos los artistas, que en su mayoría habían emigrado a Montparnasse. A veces le recitaba sus poesías a su tortuga: «Me resulta muy útil: la he adiestrado para comerse los chinches».

15, AVENUE JUNOT

Tristan Tzara

Lo que hubo entre aquel dandi de baja estatura, con su monóculo y todo vestido de negro, y la guapísima estudiante sueca fue un auténtico flechazo. Ya eran pareja antes incluso de que los amigos que los presentaron en el Cigale tuvieran tiempo de terminar la botella de champán. Al cabo de un año, en 1925, Tristan Tzara se casaba, a sus veintinueve años, con Greta, hija de una adinerada familia de intelectuales. La flor y nata artística e intelectual de París murmuraba entre la sorpresa y la envidia. El nihilista por excelencia –«Estoy en contra de todos los sistemas: el más aceptable de todos es no tener ninguno», «Orden = desorden; yo = no-yo; afirmación = negación»– había hecho un buen matrimonio. No faltaban quienes sacaban el tema de su anterior relación con otra rica heredera, la fascinante Nancy Cunard. Tristan y Greta se alejaron de la capital a la espera de que se calmaran los ánimos.

Cuando sus suegros se ofrecieron a construirles una casa, la persona más idónea para encargarse del proyecto resultó ser otro dandi, el austriaco Adolf Loos, de cincuenta y cinco años, que precisamente ese año se había mudado a París. Loos había llegado a Francia con la esperanza de que por fin su carrera, que no acababa de descollar, diera un giro. Había tenido un amorío con Joséphine Baker, quien lo consideraba uno de los mejores bailarines de charlestón del mundo. También para ella diseñó una magnífica villa, por desgracia nunca realizada, a base de franjas blancas y negras, cuyo centro era una enorme piscina pensada para acoger desnuda a la dueña de la casa. Para el profeta del dadaísmo construyó un edificio modernísimo, sobrio y atractivo, que aún hoy puede admirarse. Fue una amiga quien encontró el terreno, que gozaba de una estupenda vista de París y el Moulin Rouge.

En un principio la casa debía de constar de cinco pisos, pero

finalmente se quedó en tres. La planta baja estaba pensada para su alquiler. El comedor del primer piso lo presidía una mesa frailera abrillantada por el uso que se situaba entre dos bancos. Sobre la chimenea, una escultura moderna; por el suelo, varias alfombras, entre ellas una rumana. «Mamá me la había prometido: me recuerda mi casa en Rumanía.» Por fin Tzara contaba con el espacio necesario para su considerable archivo del dadaísmo. En su estudio, bajo la mirada inmóvil de unas esculturas africanas, reinaban un escritorio de oficina, una silla giratoria del siglo XIX y montones de papeles repartidos por los asientos.

Allí apareció para hacerle una entrevista, pero sobre todo para ver de cerca a uno de los grandes protagonistas de la vanguardia, el veinteañero Paul Bowles. Lo invitaron a cenar, y admiró la belleza de Greta, también la salita, «repleta de estatuas y máscaras africanas»; pero Tzara lo decepcionó un poco: «Tenía más el aire de un médico que el de un poeta surrealista». Lo que más le impresionó fue un enorme gato siamés. Los platos eran exquisitos, aunque los cónyuges no dejaban de excusarse: su cocinero se había despedido por las bravas, profiriendo acusaciones y amenazas. Así fue como Bowles se enteró de una extraña historia. El cocinero, que odiaba al gato, lo molía a patadas cada vez que se asomaba por la cocina. Una noche el felino, abalanzándose sobre el cocinero, dormido, le hirió la garganta y el hombre intentó matarlo. Cuando, al salir del hospital, la víctima dio un ultimátum a sus señores, o él o el animal, ambos eligieron sin dudarlo al segundo.

La nueva cocinera era una mujer y, según le explicó Tzara, las féminas no molestaban al temible felino. Mientras tanto, el gato, aovillado junto a una máscara no lejos de allí, los observaba impasible. «Tuve un impetuoso deseo de acercarme a él para acariciarle la cabeza y rascarle el mentón, pero me quedé a una prudente distancia durante toda la velada.»

1934-1937. Cada vez con mayor frecuencia, por aquella calle, tan tranquila que ni siquiera parecía hallarse en Montmartre, asomaba un esbelto joven con aspecto amenazador, muy elegante en su traje de corte inglés «a un mismo tiempo holgado y ceñido». Roger Vailland tenía veintisiete años. Aquél fue, como siempre, un período febril en la vida de aquel joven dandi. Ya había superado su fase de experimentación con el Gran Juego, un grupo de vanguardia, y el fracaso de su relación con André Breton y los surrealistas. Trabajaba sin descanso para diferentes periódicos usando distintos seudónimos. Escribía sobre cualquier cosa, desde literatura hasta deportes.

El palacete pertenecía a madame Jean Renoir, madre de su amante, que vivía allí con sus cuatro hijas. La atmósfera de la casa era muy acogedora. Andrée era la única que trabajaba en aquel gineceo. Se mantenían gracias a la asignación que la preciosa Claire recibía de dos exmaridos norteamericanos.

Vailland había conocido a Andrée en La Cloche, un local de la rue Saint-André-des-Arts donde trabajaba como cantante. La había apodado Boule, «Bola», porque era bajita y gruesa. Pero también era muy atractiva. Hablaba en el dialecto parisino usando un lenguaje crudo y pintoresco. «Su vulgaridad tenía cierta fascinación.» Hablaba sin parar, pero era una magnífica compañera, pues ambos tenían dos vicios en común: el alcohol y el juego.

Para alguien tan inquieto como Roger Vailland, resultaba difícil pensar en algo parecido a una auténtica residencia. De hecho, compartía con Andrée otro domicilio al otro lado del Sena, en el 38 de la rue Université. Para firmar el contrato y pagar el alquiler de aquel refinado apartamento, se había cubierto de deudas y finalmente tuvo que recurrir a su padre. «Querido papá, me causa gran incomodidad tener que pedirte un favor cuando sé que tienes dificultades en los negocios.»

El suyo no fue un amor a primera vista. Andrée había salido varias veces con el escritor y sus amigos. Pasó un tiempo hasta que Vailland se fijó en ella y notó «la extraordinaria atracción física» que ejercía sobre él. Los más íntimos asistieron con sorpresa a aquel flechazo tardío. No había nada más diferente que ellos dos: él era delgado y ella rellenita, él reservado y ella efusiva, él reflexivo y ella espontánea. «Hace que me percate de cosas que yo no veo.»

Fue él quien la inició en el opio, que de inmediato la sedujo, y después en la morfina. Amaba tanto a Vailland que lo seguía a los burdeles y participaba en sus encuentros con las prostitutas. Él se sentía extasiado ente aquella joven que tenía «su mismo cinismo en lo que concernía al sexo y, en general, a la moral establecida», razón por la que la celebraría en tres novelas.

En el «decimoctavo mes de su relación», Vailland la dejó. Acto seguido se sintió «feliz, en forma y ligero…, como un vicioso que se ha curado de su vicio». Pero su dependencia de Andrée era demasiado fuerte como para resistirse y recayó en aquella relación basada en el exceso. Se casó con ella para hacer rabiar a sus padres.

La voz ronca y voluptuosa de Andrée era la inquietante banda sonora de sus días. «¿Cómo definirla? –se preguntaba en 1937–. ¿Una niña?, ¿un objeto inquietante?, ¿un poema viviente?, ¿un demonio?, ¿un cataclismo?» En opinión de ella, el amor sólo podía ser dramático. «Resulta extenuante –confesaba un año después– no poder vivir de veras sino con un único ser. Boule tiene la innegable cualidad de no tolerar ninguna de las relaciones inofensivas con las que los humanos intentan evadirse. […] No me deja un momento de reposo, me consume…, exige que le dé mi vida entera.»

A pesar de todo, en cuanto aquella antorcha de pasiones dejaba de arder, su máscara de *femme fatale* se caía y dejaba entrever un eco infantil. «Es hija del fuego.» Pero Vailland desconfiaba de la entrega al ser amado que imponía el *amour fou* y prefería un libertinaje que buscaba en toda clase de mujeres. «Ya no quiero que la pasión me

convierta en un animal acorralado.» «La incomparable primavera de 1936» no estaba destinada a durar mucho. El dinero nunca era suficiente. Lo habían ascendido a corresponsal, pero su dedicación al periódico no hacía sino causarle pesar por todos los libros que podría haber escrito. Para colmo, andando el tiempo Andrée comenzó a cansarse de soportar las infidelidades de su marido y como venganza sedujo a un buen amigo suyo.

161
83, RUE LEPIC
Moulin de la Galette

1938. Pocos lugares había más tristes en París que el Moulin de la Galette los sábados y domingos por la tarde, cuando el bar estaba abierto pero los clientes escaseaban. Aquel ambiente vacío y pobre estaba iluminado crudamente por las lámparas de las mesas, que carecían de pantalla. Parecía imposible que allí fuera a reunirse un montón de gente que, con ánimo festivo, estuviera deseosa de distraerse y bailar.

Jean Renoir, a sus cuarenta y cuatro años, estaba un poco cansado y seguramente no pensaba en el cuadro que su padre había pintado años atrás en aquel mismo sitio. Había sido fatigoso para él subir por las calles de Montmartre con su pierna dolorida a causa de una vieja herida de guerra. El joven que lo acompañaba era su hijo. «Quiero ver a un escritor al que admiro, pero con ideas opuestas a las mías. La verdad es que no estamos de acuerdo en nada y probablemente la conversación sea muy difícil. Tú ven conmigo; tienes que saber que las cosas pueden acabar mal, pero, suceda lo que suceda, no digas nada.»

Céline, de cuarenta y ocho años, había llegado antes. Sabía que el famoso cineasta, hijo del célebre pintor, quería verlo, pues él había sido uno de los pocos, si no el único, que el año anterior había atacado su película más aplaudida, *La gran ilusión*. Lo hizo en un panfleto

furibundo, *Bagatelles pour un massacre*, en el que arremetía contra la decadencia de Francia y su cine, que, según creía, había caído en manos de judíos y comunistas. Por supuesto, todos sabían que Renoir era cercano al Partido Comunista de Francia.

De nada sirvió que el cineasta le hablara de cuánto había apreciado *Viaje al fin de la noche* y *Muerte a crédito*. Céline se encabritaba, se atropellaba profiriendo insultos, escupía al suelo. Estaba tan furioso que no había quien lo escuchara. «Le prometo que… los alemanes vendrán a poner las cosas en su sitio… los llevarán a todos al paredón…, y ese día… esté bien seguro de ello… ¡seré yo quien comande el pelotón de fusilamiento!»

Jean Renoir se alejó con su hijo. Al llegar a la rue Lepic, el joven le preguntó cómo podía admirar a alguien que lo odiaba hasta ese punto. El director le dio una respuesta que se le quedó grabada: «Si renunciáramos a admirar a alguien porque quiere que nos fusilen, pronto nos quedaríamos sin personas a las que admirar».

162
98, RUE LEPIC
Louis-Ferdinand Céline

1929-1939. Cuando, a sus cuarenta y ocho años, Louis-Ferdinand Céline se mudó a la rue Lepic, Montmartre era todavía un pueblucho, los alquileres eran bajos y desde las ventanas se veía toda la ciudad.

El escritor había estado trabajando en *Viaje al fin de la noche* después de cenar. Cuando la hija nacida de su primer matrimonio, la pequeña Colette, se quedaba a dormir con él, la ponían en una camita en el estudio de su padre. Colette tenía el sueño ligero y la lámpara encendida del escritorio bastaba para desvelarla. Por si eso fuera poco, de vez en cuando Céline hablaba en voz alta haciendo desfilar a sus personajes por la estancia. A veces le preguntaba: «¿Duermes, Colichon?». «Sí, papá.» Algunas horas después se lo volvía a preguntar y la niña no respondía,

pero lo espiaba en silencio fingiendo dormir. Se le antojaba que la noche no acabaría nunca.

También de día el escritor solía hablar solo y reírse de sus propias ocurrencias. Elegante, nervioso, agitado, tenía un aspecto extraño, acentuado por la dureza de su mirada de ojos azules. Aunque sonriera amablemente a su hija, la escuchaba distraído.

Era un pequeño apartamento situado al final de una serie de escaleras oscuras. El dormitorio servía también de comedor. Colette mostraba orgullosa a las otras niñas las inscripciones que llenaban por completo la pared por encima de la cama. Eran nombres de mujer acompañados de una fecha, y ella explicaba con orgullo: «¿Habéis visto? Mi padre se ha acostado con todas estas mujeres». En el estudio, un alud de papeles cubría la mesa redonda y el suelo. La tercera habitación desempeñaba funciones diversas: leñera, alacena y garaje de la motocicleta.

Al principio Céline trabajaba en la cocina, pues no le gustaba comer en casa. «Quienes comen dos veces al día son unos glotones.» Las raras veces que invitaba a alguien el menú era un plato único. Durante las cenas con sus amigos hablaba en voz baja, como si lo hiciera para sí mismo. A menudo, cuando llegaba con ellos, los dejaba con Elizabeth. Entonces, poniéndose a escribir, tiraba al suelo las hojas conforme las escribía, y los demás las recogían y las sujetaban con pinzas de la ropa. A veces se olvidaban de él y a las tres de la mañana se lo encontraban todavía con la pluma en la mano.

Céline había sustituido las máscaras africanas de su antiguo domicilio, en la rue d'Alsace, por un cupido del XVIII que colgaba del techo. Puesto que no le daba importancia a los muebles, los había dejado a la elección de Elizabeth Craig, la exbailarina estadounidense con la que convivía. La había abordado en una librería en Suiza, donde la chica estaba convaleciente tras un ataque de tuberculosis. La trataba con enorme dulzura y la llamaba *emperatriz*, por su majestuosa belleza: grandes ojos verdes, nariz delicada, labios sensuales y «un culo alto».

Cuando Céline volvía a casa, se desahogaba contándole todas la

miserias que habían pasado ante sus ojos en el ambulatorio. A veces se detenía en su sórdido pasado familiar. Elizabeth se preguntaba cómo había sido capaz de soportarlo. Pero, si los amigos le sugerían que se dedicara a la política para luchar contra esas injusticias que tanto lo hacían sufrir, eludía el tema. Nunca habría sido capaz de hablar en público; el mero hecho de subir al estrado le daba miedo. «Ya sólo tengo un deseo: esconderme debajo de la cama.»

Aquella chica rubia, reservada e inteligente temía que Louis se dejara contagiar por los horrores sobre los que escribía. De vez en cuando Céline se asomaba desde su estudio: «Te voy a leer esto. Si no lo entiendes, te lo traduzco, pero antes debo leerlo en francés». Elizabeth intentaba por todos los medios evitar un juicio, pero los personajes le parecían demasiado brutales. «Lo son…» «No todos son brutales», le rebatía ella abriendo aún más sus grandes ojos verdes. «Sí, en su interior todos lo son.»

A veces, al verlo salir exhausto del estudio, le decía: «Te estás volviendo loco. Sería mejor que dejaras de escribir un tiempo». Él se dejaba convencer, pero, al cabo de unos pocos días, tenía que volver a escribir: no podía evitarlo.

Ella no era celosa. Sabía que él necesitaba de otras mujeres; él tampoco se lo escondía y hablaban sobre ello. Pero Céline sí era celoso, por mucho que intentara no serlo. Ella afirmaba que no le interesaban las aventuras. Él decía: «Necesito un poco de amor para que me entren ganas de pasar al sexo». Aun así, a pesar de su aire inocente, Elizabeth era una mujer emancipada. Se decía que, cuando Louis estaba absorto en su trabajo, ella dejaba que sus amigos la consolaran. Al escritor, quien siempre había mostrado cierta inclinación al voyerismo, le gustaba que ella se lo contara. En una obra teatral de aquella época, *L'Église*, Céline glorificaba a un personaje de nombre casi idéntico, Elizabeth Caige, tan ligera en la vida como en el escenario.

Ella derrochaba admiración por aquel que, en ocasiones, parecía un gran oso perdido, sin saber qué hacer con su vida. Tenía que

reconfortarlo cada vez que volvía a casa fatigado y deprimido a causa de su trabajo de médico. Sentía como si tuviera la obligación de sacarlo de su perenne tristeza haciéndolo reír. Pero tenía mucho miedo de que su ascendencia sobre él desapareciera al tiempo que su belleza y, tras haberlo ayudado a convertirse en escritor, regresó a Estados Unidos, donde él la seguiría en vano. Antes de marcharse, Elizabeth se lo confió a una colega danesa para que lo cuidara, con el pacto de que se lo devolvería a su regreso. Él jamás olvidaría aquel «genio de mujer, ¡no sería nadie sin ella!». Pero tampoco podía perdonar a quien se la había robado: «¡Me lo ha chivado un juez judío!».

No podía olvidarla. Le gustaba mucho mirarla y hablar con ella. «No puedo dormir solo.»

163
74, RUE VAUVENARGUES
Georges Bataille

1928-1929. Ya en el momento en que contrajeron matrimonio, en 1928, Sylvia Maklès y Georges Bataille gozaban de una reputación escandalosa. Sylvia, una preciosa veinteañera, había tenido una relación con su cuñado, miembro del grupo surrealista. Y Georges, un bibliotecario enormemente culto de treinta y uno, arriesgando su salud, se pasaba las noches bebiendo en bares y burdeles. La excesiva palidez de aquel elegante hombre aún joven realzaba sus ojos azules, tímidos y siempre atentos. Cuando reía, su boca dejaba aflorar una dentadura feroz que contrastaba con su aspecto mesurado.

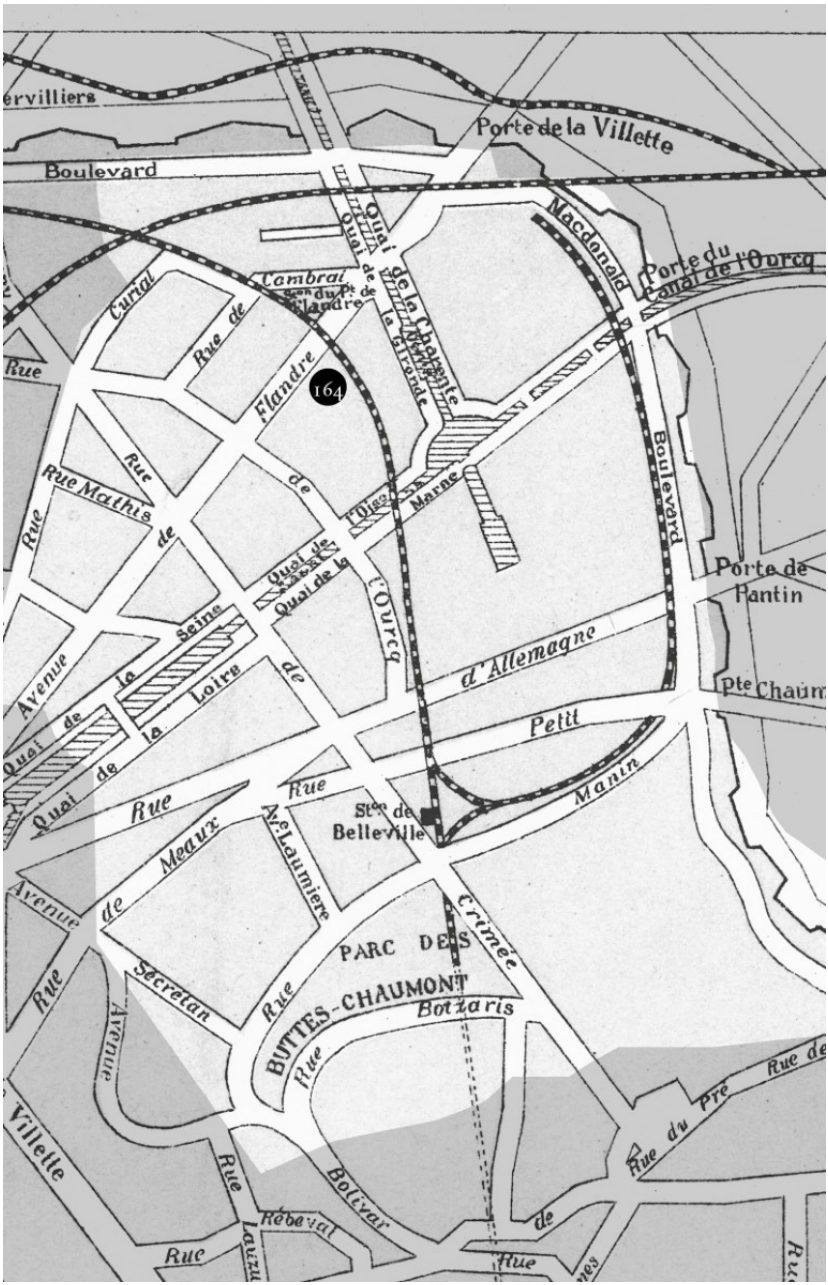
Hasta su matrimonio había vivido con su familia, su madre y su hermana, en la rue de Rennes. Habían llegado a la rue Vauvenargues tras haber pasado un tiempo en casa del cuñado de Sylvia, el pintor André Mason, en la avenue Ségur.

Sylvia, muy simpática y exuberante, acabaría convirtiéndose con el tiempo en una actriz famosa. Amaba tanto a Georges que era consciente

de que, por más que también él la amara, no renunciaría jamás a las prostitutas y por eso lo acompañaba a los locales nocturnos y prostíbulos, donde se entretenía charlando con los camareros esperando a que él acabara. No hay duda de que en el fondo disimulaba unos celos inconfesables allí, entre todos esos intelectuales de vanguardia; pero también temía que agredieran a Bataille o que él se enamorara de otra.

Georges, por su parte, cuando le sugirió que tuviera amantes y ella le respondió que ya tenía uno, se quedó más que pasmado. Aquella confesión chocaba frontalmente con el ideal de pureza que se había creado de Elizabeth.

XIXe ARRONDISSEMENT


Porte de la Villette
Boulevard
Quai de la Charente
Quai de la Gironde
Macdonald
Porte du Canal de l'Ourcq
Cambrai
Canal
Rue de Flandre
164
Rue Mathis
Rue de l'Ourcq
Marne
Boulevard
Porte de Pantin
Quai de la Seine
Quai de la Loire
d'Allemagne
Pte Chaum
Avenue
Quai de la
Petit
Rue
Rue
Ste de Belleville
Rue de Meaux
Av. Laumière
Crimée
Avenue de
PARC DES BUTTES-CHAUMONT
Secretan
Botzaris
Rue
Rue du Pré
Rue de
Villette
Rue
Bolivar
Rébeval
Rue
Rue

RUE ROUVET

Marina Tsvietáieva

1925. «Afronto mi estancia en París sin ilusiones. No lo veo como París, sino como un lugar de exilio, y todos esos lugares son iguales para mí», dijo Marina Tsvietáieva, a sus treinta años, antes de salir de Berlín.

La mísera periferia en la que se alojaba era una especie de barrio ruso, un enjambre de inmigrantes que habían pasado del ejército y las clases dirigentes de su país natal a los oficios más humildes. Algunos días aquella humilde callejuela se veía invadida por el olor de la sangre de las ovejas sacrificadas en Villette.

El proletariado que vivía en aquella zona no tenía nada en común con los elegantes *flâneurs* que Marina había admirado la primera vez que fue a la ciudad, para asistir a un curso en la Sorbona. «El barrio donde vivimos es horrible… Es como estar en una novela por entregas, “Los tugurios de Londres”. Un canal pútrido, las chimeneas de las fábricas, que no dejan ver el cielo, todo es hollín y rugido de camiones. No hay ningún lugar por donde pasear, ni un pobre matorral a la vista. Hay un parque [el Buttes-Chaumont], pero a cuarenta minutos a pie: imposible con este frío. Así pues, lo único que podemos hacer es ir y venir a lo largo de la ribera del canal pestilente.»

Paradójicamente Tsvietáieva había vuelto a encontrarse en Francia con un fenómeno muy ruso: la cohabitación soviética. Olga, la amiga que compartía con ella el pequeño apartamento, se había reservado para sí y sus dos hijas dos habitaciones y había dejado a Marina las otra dos. Olga y las niñas adoraban la poesía y a Marina. Cada día, mientras una de ellas leía en voz alta un poema, las demás limpiaban la casa.

A pesar de todo, una vez agotada la euforia de los primeros días, la admiración de sus compañeras de piso ya no era suficiente para atenuar las incomodidades que acarreaba la vida en tan reducido espacio. Sintiéndose amenazada por aquellas presencias, Marina era capaz de no presentar a Olga a sus visitantes y de explicar delante de ella que no era

más que la patrona encargada de cobrar los alquileres. Naturalmente, esos momentos de elevada tensión iban seguidos de conmovedoras reconciliaciones.

Lo cierto es que la vida familiar consumía la mayor parte del tiempo de la poeta. «Llevo cinco semanas en París y aún no he visto Notre-Dame. Tengo que preparar la comida para Mourka [Mur, su hijo pequeño], vestirlo, desvestirlo, llevarlo a pasear, lavarlo.»

Pronto se dio cuenta de que el único público posible para sus páginas eran precisamente sus compatriotas, divididos entre la admiración y la sospecha. De hecho, la Tsvietáieva, aunque se declarara abiertamente contra la revolución, no había dudado en prodigar sus loas a un comunista como Vladimir Maiakovski. Altanera y accesible, extraviada y solitaria, Marina atraía y repelía a sus interlocutores. «¡Para mí es indiferente en qué lengua | no me entiende el primero con quien me encuentro!». A Nadiezhda, la mujer de Ósip Mandelstam, le causó «la impresión de tener un carácter caprichoso, de todo punto natural y sorprendente».

La pobreza ponía a prueba la absoluta falta de sentido práctico de aquella mujer de treinta años nacida en la alta burguesía moscovita. Descuidada en el vestir y despeinada, Marina se concentraba en la difícil tarea de salvar del hambre a su familia. Sólo podía permitirse la carne de caballo y las verduras de mala calidad. Los huevos hacían su presencia únicamente en Pascua. El aceite lo reservaba para su marido tuberculoso y Mur.

Comía poco. Por la mañana tomaba una única taza de café solo y luego se ponía a trabajar en la mesa de la cocina. Mientras tanto, su hija mayor, Ariadna, sacaba a pasear al pequeño. El aire se impregnaba del olor de la sopa de verdura que cocía lentamente en un hornillo de petróleo. Aunque odiaba las labores domésticas, que parecían no tener fin, siempre andaba atareada lavando la ropa y cocinando cerca de las estufas Godin.

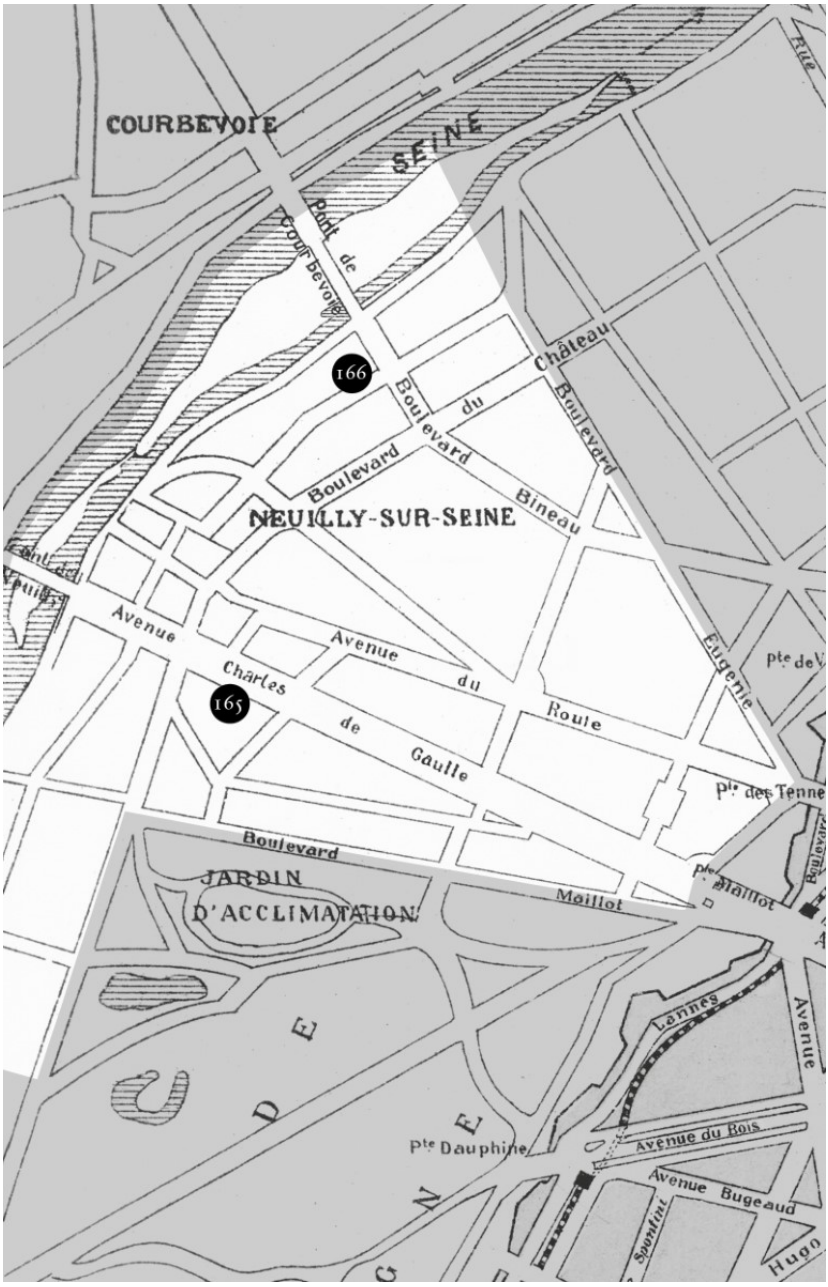
Aquella joven que adoraba la elegancia solamente podía contar con

ropa y zapatos de segunda mano para ella y los suyos. Evitaba enfrentarse al espejo, que le devolvía la imagen de un rostro precozmente envejecido bajo su cabello corto. Nunca había sido fiel, excepto con el corazón, a su marido Efron, un exoficial del ejército contrarrevolucionario. Era frecuente que se encaprichara de algún que otro hombre y de alguna que otra mujer también. «Quiero libertad, frivolidad, comprensión: no atar a nadie y que nadie me ate.» Pero sabía que los únicos amores verdaderos eran aquellos que jamás se consumaban. «En el amor un beso es como el agua del mar para quien tiene sed: no es el mejor camino.» Sus verdaderos amores eran otros: los que cultivaba por correspondencia con dos poetas lejanos, Boris Pasternak y Rainer Maria Rilke. «Tú eres afín a mí en todo, de arriba abajo, terrible y angustiosamente afín, afín como yo lo soy a mí misma: sin refugio, como las montañas», escribió a Pasternak. Precisamente por ese motivo, si bien había conseguido poner a los dos escritores en contacto, evitaba cualquier clase de encuentro con ambos. «¿Que por qué no he ido a verlo? –escribía a Rilke–. Porque lo amo más que a cualquier otra cosa en el mundo. Es muy sencillo… Por un doloroso orgullo, por la inquietud ante lo posible (si lo prefiere, ante el destino). Y quizá por miedo a encontrarme con su mirada fría.»

La conversión de su débil marido a la causa soviética había hecho acrecentar su sensación de aislamiento. «¡Ya no hay nada que hacer!, ¡los emigrantes no me quieren con ellos! Pero sabed una cosa: estaré del lado de los perseguidos, estaré con las víctimas, y jamás con los carniceros.»

Marina Tsvietáieva nunca temió la soledad. Incluso en su nido familiar estaba sola, algo de lo que se dio cuenta Nina Berbérova. «No amo la vida como tal: para mí, la vida comienza a tener sentido, es decir, a adquirir significado y relevancia, sólo una vez transfigurada, o sea, en el arte.»

NEUILLY-SUR-SEINE


COURBEVOIE
SEINE
Pont de
Courbevoie
166
Boulevard du Château
Boulevard Bineau
NEUILLY-SUR-SEINE
Avenue Charles de Gaulle
Avenue du Roule
165
Boulevard Eugenie
Pte des Tenne
Boulevard Maillot
JARDIN D'ACCLIMATATION
Lannes
Avenue
Pte Dauphine
Avenue du Bois
Avenue Bugeaud
Hugo

173, AVENUE DE NEUILLY (HOY AVENUE CHARLES-DE-GAULLE)[12]

Henry de Montherlant

1925. Distante y brusco, Henry de Montherlant, de veintinueve años, era deliberadamente antipático. Sólo poco a poco era posible llegar hasta el secreto que escondía aquel hombre robusto y agresivo: una enorme timidez. Encerrado en su oscuridad absoluta, intentaba asumir un aire duro para desterrar la sensibilidad que se entreveía en su mirada vagamente infantil.

Atraído por los atletas y el deporte, Montherlant jugaba al rugby y al fútbol. Para aquel joven pagano, huido de una educación católica, la vida era «un acto de generosidad de la nada. Impío quien olvida o rechaza gozarla».

Sus numerosas admiradoras, que lo acribillaban a cartas y le pedían una cita, no sabían que aquel novelista de aspecto tan viril era homosexual. Tampoco debían saberlo.

Montherlant detestaba la euforia de los años veinte, el mundo de los nuevos ricos y el ambiente frívolo de Jean Cocteau. Lleno de nostalgia por la Gran Guerra, por la austeridad y el sacrificio, vivía sin teléfono ni electricidad, y escribía a la luz de una lámpara de aceite.

Desde 1907 aquella casa de dos pisos de estilo inglés había sido su morada, hasta que murió su queridísima abuela, quien se hacía llamar *condesa* sin tener derecho a dicho título. Henry resistió dos años, pero aquella muerte partió en dos su vida desgarrándolo y liberándolo a un mismo tiempo. «Antes de 1925 la voluntad tenía una gran importancia en mi vida, antes de 1925 estaba en guardia, antes de 1925 aceptaba la idea de casarme.» «Rindo culto a cuatro cosas: al cuerpo humano, al héroe deportivo, a los muertos y al militar desconocido. Hay que volver a traer lo divino a la tierra.» Ya no soportaba el vacío de la enorme casa en la que había crecido junto a su familia. «La muerte ha cerrado sus puertas una a una.» El 15 de enero, tras haber enviado algunos muebles a un trastero, encendió una fogata en el jardín para quemar todo lo

demás, junto con las cartas y las fotografías de un pasado cuyo peso le resultaba insoportable. Se sintió casi como un asesino. «Sí, estoy matando las cartas para matar el pasado.» Después emprendió a solas un viaje que durante diez años lo llevó por España y África. «En 1925 realmente la vida me fue dada.»

166
35, BOULEVARD DE LA SAUSSAYE
Robert Desnos

1926. Robert Desnos, de veintiséis años, miraba perplejo al grupo de personas que un día sí y otro también parecía haber echado raíces en el piso de su amada, una planta baja al final de un descuidado jardín. No le gustaban ni la alta sociedad ni los drogadictos, ni tampoco las lesbianas seductoras, como la princesa Murat y Djuna Barnes. Pero continuaba yendo allí por Yvonne George. Cinco años mayor que él, no era capaz de estar sola y distraídamente coleccionaba seres humanos y barcos en botellas.

En 1924 Desnos se había enamorado irremediablemente de ella escuchándola cantar sus canciones con olor a mar. Yvonne tenía muchos admiradores entre la élite artística e intelectual de París, entre ellos Cocteau, De Vlaminck o Van Dongen. Otro surrealista, René Crevel, se había quedado impactado con el aspecto de aquella a la que llamaban la Musa de Montparnasse. Yvonne era alta, «muy sencilla, con su traje de terciopelo oscuro», su rostro era de una expresión resuelta y tenía una «voz auténtica, una voz de mujer a ratos trágica, insolente o conmovida». Pero su enorme sentido de la libertad y su decidida postura a favor de la emancipación femenina no eran lo más adecuado para favorecer su carrera. «No sabía fingir, ni desmoralizarse, ni someterse… ¿Su vida? La rompió en mil pedazos que esparció a su antojo», resumía el periodista Henri Jeanson.

«No me digáis que es hermosa: es conmovedora. Al verla, se me

acelera el corazón; su ausencia ocupa mi mente», escribía Desnos aun sabiendo hasta qué punto era en vano aquel amor por Estrella, el apodo que le había dado, quien veía en otros una belleza que, a las claras, el poeta no poseía. Feo y descuidado, tenía unos ojos grandes y saltones que se ocultaban tras las gruesas lentes de sus gafas y una boca desproporcionadamente grande. Con todo, el azul de sus ojos era tan claro que parecía perderse en el blanco. «En ellos se podía leer el infinito», pero Yvonne no conseguía verlo.

Desnos sabía que ella no le correspondía: únicamente lo toleraba como caballero a su servicio. Aun así, bastaba que ella se girara hacia él mientras cantaba una declaración de amor para que el pobre abrigara la esperanza de que aquello era una confesión. Si Yvonne le hablaba de su tristeza, ¿no era eso un signo de amor? «Te amo y haces como si no lo supieras. Quiero creer que finges ignorarme. […] Cuando te diriges a mí, la frase más banal esconde sobrentendidos conmovedores.»

Por ella vagaba de noche por cafés y locales nocturnos en busca de drogas, cocaína y opio, que le hicieran la vida más llevadera a Yvonne. Además, para no desentonar en el círculo de la cantante, necesitaba mejor ropa, y el exiguo sueldo de Desnos, redactor del *Paris-Soir*, se agotaba rápidamente.

En el fondo, sabía que «el amor entre ellos existía únicamente en sueños», pero se sentía orgulloso de aquella pasión que lo empujaba a vivir de manera más intensa aunque también más dolorosa. «No es una mujer: es una llama; es más que inteligente: es sensible; es más que bella: es enternecedora.» Absorto en su sueño, a menudo su presencia en las reuniones de surrealistas era sólo física. «Tus labios hacen que se me salten las lágrimas. Yaces desnuda en mi cerebro y ya no me atrevo a dormir.» André Breton, con la cabeza ida aquellos días por culpa de su infeliz amor por Lise Meyer, comprendía su melancolía… Ya había dejado de ser aquel poeta que en las reuniones hablaba sin descanso con una energía febril, aquel que irradiaba una alegría interior que ardía sin consumirlo, siempre dispuesto a echar una mano o prestar dinero a los

amigos en dificultades.

Nunca consiguió desflorar aquel cuerpo del que solamente había conocido unas «manos expresivas, la línea deliciosa de sus piernas», ese cuerpo «digno del espíritu que albergaba». Alguna vez consiguió estrecharla fugazmente en sus brazos, pero sabía que no podía pedirle más. Abrigando la esperanza de que al menos la droga los acercaría, comenzó incluso a fumar opio con ella, pero la primera experiencia causó en Robert un ataque de náuseas. Después, poco a poco, se habituó a tumbarse junto a ella sobre las esteras de bambú cogiéndola de la mano en sus viajes inmóviles. Mientras tanto, se dedicaba a aventurar melancólicas profecías. «Aragon, viejo chepudo, la gloria te llegará en 1964. […] Nunca me amarán de verdad. […] Soy muy pesimista acerca del futuro de este amor que me importa más que la vida.»

En 1927 Desnos, preocupado por la salud de su amada, «la misteriosa», comenzó a recibir en sueños sus visitas en el estudio de la rue Blomet, visitas que formaban «parte de [su] vida y [ocupaban sus] pensamientos en estado de vigilia». En el fondo, así pensaba, no importaba tanto que ella lo amara o no, pues su doble se le había entregado por completo en aquellas alucinaciones nocturnas.

Cuando Yvonne le confesó su relación con otro hombre, Desnos, que hasta entonces se consolaba creyendo que era esencialmente lesbiana, se desesperó. Ni siquiera las sesiones con el opio conseguían reducir la distancia con aquella mujer que, a todas luces, se estaba destruyendo de un modo frenético. La droga y la tuberculosis estaban haciendo mella en la apariencia de la cantante, cada vez más desaliñada. Cuando Desnos no conseguía llevarle droga, ella lo llenaba de insultos. A esas alturas, Robert prefería el sueño a aquella realidad cada vez más desilusionante.

Eso sí, quienes creían que Yvonne sólo pensaba en el opio se equivocaban. Cuando conoció a Youki, la joven esposa del pintor Foujita, que la había sustituido en el corazón de Desnos, dijo: «Odio a esa mujer».

Una noche el poeta se pasó horas yendo de un sitio a otro para

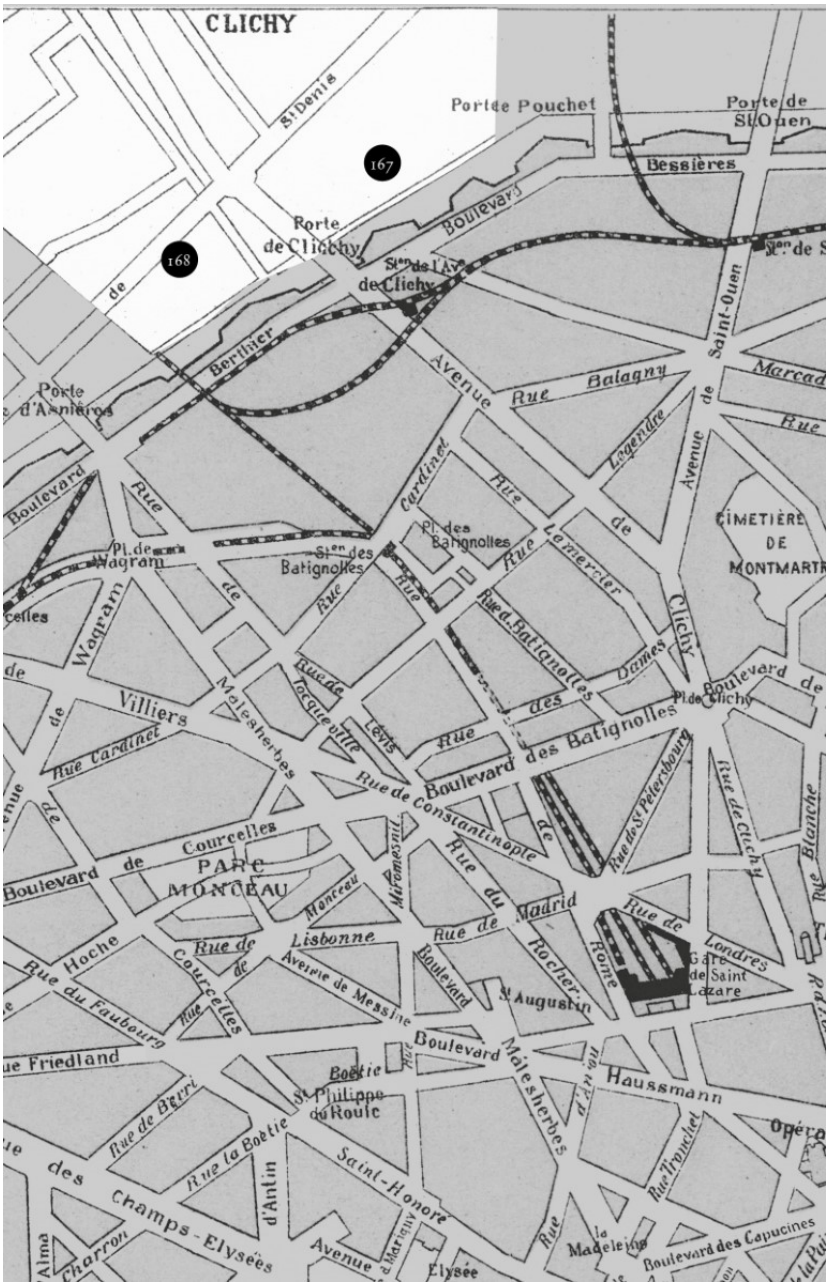
encontrarle su dosis; cuando por fin llegó, la cantante se había ido. Entonces su resentimiento estalló en un acceso de rabia: «¡Que se muera!».

En 1928 la tisis obligó a Yvonne a abandonar París. Desnos le hizo alguna que otra visita, pero su nuevo amor ya estaba tomando el relevo. «Fue dulce y buena conmigo, pero no me amó. […] Tenía todo lo que puede seducir y hacer prisionero a un hombre.»

El poeta continuaba con sus asuntos, pero, por raro que pareciera, había dejado el opio sin dificultad. «He pasado página.» Muchos años después, pensando de nuevo en todo aquello, concluyó: «Sin duda todos los opiómanos son amantes desafortunados o insatisfechos».

Definitivamente, Youki había sustituido a Yvonne, quien moriría en 1930, a los treinta y cuatro años. A Desnos no le cabía ninguna duda: «El hombre que cae presa del amor persigue con obstinación a la inalcanzable diosa de las mil caras. ¿Cree comenzar una nueva lucha? No, es siempre la misma, que, transfigurada, lo arrastra hacia nuevos fracasos».

CLICHY


CLICHY
St Denis
Porte Pouchet
Porte de St Ouen
167
Bessières
Boulevard
Porte de Clichy
168
St en de l'Av de Clichy
Saint-Ouen
Avenue
Rue
Balagny
Marcad
Porte d'Asnières
Boulevard
Rue
Cardinet
Rue
Legendre
Avenue de
Pl. des Batignolles
Pl. de Wagram
St en des Batignolles
Rue de
Rue
Rue
Lemercier
CIMETIÈRE DE MONTMARTR
Rue d. Batignolles
Dames
Clichy
Wagram
Villiers
Malesherbes
Rue de Tocqueville
Levis
Rue des Batignolles
Pl. de Clichy
Boulevard de
Rue Cardinet
Rue de Constantinople
Boulevard des Batignolles
Rue de St Petersbourg
Rue de Clichy
Courcelles
PARC MONCEAU
Boulevard de
Monceau
Mr Ponsenil
Rue du Madrid
Rue de Rocher
Rue de Rome
Rue de Londres
Gare de Saint Lazare
Hoche
Rue de Lisbonne
Rue du Faubourg
Rue de Courcelles
Avenue de Messine
Boulevard
St Augustin
Rue Friedland
Boulevard Malesherbes
Haussmann
Boétie
St Philippe du Roule
Rue de Berri
Rue la Boétie
Rue d'Anjou
Rue Tronchet
Opéra
Champs-Elysées
d'Antin
Saint-Honoré
Avenue d. Marigny
Rue
la Madeleine
Boulevard des Capucines
Alma
Charron
Elysée

10, RUE FANNY
Louis-Ferdinand Céline

1929-1937. En la sala de espera, los aterradores carteles que ilustraban los horrores de la sífilis y el cáncer causaban pánico entre los pacientes. Cuando Céline llegaba a su ambulatorio en la periferia, todas las mujeres volvían la cabeza para mirar a aquel hombre alto y atractivo. Todas estaban de acuerdo en que sus ojos eran imposibles de olvidar y, sin embargo, diferían en el diagnóstico sobre su color: según unas, verde azulado; según otras, entre gris y azul. Aunque parecía que su aspecto le daba igual, siempre iba vestido con trajes de buen corte y a menudo lucía chaquetas de *tweed*. En invierno llevaba abrigos que tenían pinta de ser caros. Aceptó aquel trabajo porque el número de pacientes de su consulta privada había disminuido considerablemente.

La gloria literaria no parecía haberlo cambiado ni un ápice. Jamás se mostraba arrogante o autoritario: era muy distinto a sus colegas. Siempre alegre y servicial, especialmente con los niños, saludaba y hablaba a toda velocidad y en voz alta. A todos les recomendaba: «¡Nada de alcohol, vida sana e higiene!». Bajo aquellos modales escondía un gran respeto por todo aquel que sufría, así como una enorme intolerancia llena de indignación ante los dolores del parto. Su antisemitismo había aumentado cuando un médico judío lo obligó a dimitir.

Pronto se hizo amigo de un antiguo soldado de caballería, como él, y solían verse a menudo. Cuando supo que a la sobrina de aquel hombre, una niña de diez años, le gustaba mucho dibujar, le pidió que le hiciera un retrato y se empeñó en pagarle. Después le encargó la ilustración de *Viaje al fin de la noche*, en la que la joven lectora vio reflejado el mundo del barrio donde vivía. Al final renunció a darle aquel trabajo por temor a que alguien sospechara de pedofilia.

Al salir, se calaba la boina excusándose: «¡No he conseguido encontrar un sombrero lo suficientemente grande para mi cabeza!».

1932-1934. Nada más llegar se dieron cuenta de que la habitación tenía algunos defectos: la bañera no funcionaba, las puertas cerraban mal, no había portalámparas y las habitaciones estaban sucias. La primera noche Fred Perlès, de treinta y cinco años, y Henry Miller, de cuarenta y uno, se quedaron dormidos de puro cansancio. Cuando Miller iluminó a su amigo con una vela para despertarlo, vio algo deslizarse por su rostro. Tras encontrar en sus cuerpos más de una picadura, aquellos dos aspirantes a escritores aún desconocidos se dieron cuenta de que «las paredes estaban vivas», en vista de la cantidad de pulgas. Se entregaron durante horas a la tarea de cazarlas y matarlas antes de batirse, exhaustos, en retirada.

Tras una prolongada tarea de desinfección, el cuarto tenía un aspecto «austeramente bello», si bien aún podían distinguirse dos olores: el del polvo y el de la manta de caballo sobre la cama de Henry. Del alquiler, la comida y los cigarrillos se encargaba Fred, un periodista de orígenes austriacos que, tras haber cortejado inútilmente a June, se había encariñado con Henry. «Me tratará como a un amante», bromeaba Miller, quien se propuso limpiar a fondo el piso –«¡Magnífica forma de ejercicio físico!»–, devolver los cascos vacíos de las botellas para que así les retornaran el dinero e incluso remendar los agujeros de los calcetines. «No está bien llevar los calcetines agujereados: se te ensucian los pies.»

Henry sobrevivía como podía, de algún que otro artículo y de trabajos esporádicos. Alfred había conseguido hacerle un hueco como corrector de pruebas para el periódico en el que trabajaba, el *Chicago Tribune*. A menudo, cuando Anaïs llegaba, a primera hora de la tarde, los dos amigos acababan de despertarse tras una turbulenta noche y desayunaban entre montañas de libros. Luego Henry se la llevaba al dormitorio. «Cierra la puerta, y la conversación se disuelve en caricias,

en una penetración profunda, precisa.»

Anaïs no tenía celos de Paulette, la amante de diecinueve años de Fred, que mantenía en orden la casa, por la que inocentemente vagaba escasa de ropa. El austriaco se la había ofrecido a su amigo Henry, quien, a pesar de admirar aquel cuerpo tan joven, declinó la oferta. Al arreglar la habitación del escritor, podía oler Mitsouko, el perfume de Guerlain de su mujer, y disfrutaba acariciando la seda guardada en los cajones. Lo había extraído –junto con los polvos de Caron «N'aimez que moi» (Ámame sólo a mí) y algunos libros– de una maleta con la que un buen día se había presentado allí. Pero, cuando Paulette, llevada por la curiosidad, estaba a punto de acercarse a un cuaderno negro, Anaïs la detuvo en seco: «¡No lo toques! Es mi diario; Henry tiene que leerlo esta noche». Por su parte, él, que admiraba el estilo voluptuoso y la sinceridad libre de prejuicios de Anaïs, también le enseñaba a ella todo lo que escribía.

Paulette no alcanzaba a entender cómo una señora refinada y rica como madame Nin amaba a un tipo tan basto como Miller. «¡Perlas a los cerdos!», bromeaba Fred, quien no conseguía explicarle la razón de aquella relación tan peculiar. Enseguida las dos mujeres trabaron amistad y Anaïs descubrió que pelar las legumbres mientras charlaba con la muchacha tenía un efecto relajante.

Anaïs era generosa. Había regalado a Henry, siempre hecho una facha, un buen número de camisas, un fonógrafo y una máquina de escribir nueva. Él se puso muy contento. «A fin de cuentas, tengo una mesa y una máquina de escribir. ¿Qué más puede querer un escritor?»

Hablando con Fred, Nin intentaba racionalizar su turbulenta relación con Miller: «Henry es por encima de todo un ser físico y por eso June [su mujer] es indispensable para él. También yo lo amo sexualmente, pero a la larga esto no va a durar. Está condenado a perderme». Mientras tanto, seguía ayudándolo y soportando sus infidelidades.

Por vez primera Miller tenía una casa, tras una serie de hoteles de mala muerte y de breves estancias acogido por unos y otros. Clichy era

un barrio modesto, habitado por obreros y empleados. Inexplicablemente Miller encontraba aquel sitio –el oscuro paisaje de la periferia, lleno de chimeneas, tejados de hojalata e inquietantes vallas publicitarias– tan elegante como la misma Park Avenue de Nueva York. La verdad es que poco a poco le fueron tomando cariño a aquel singular escenario y aprendieron a reconocer a sus personajes más recurrentes, desde el muchacho que jugaba con una cabra hasta el dueño de la tienda de bicicletas.

La habitación más importante de la casa era la cocina, donde frecuentemente comían juntos: comer y hacer el amor, dos placeres tan fuertes e irrenunciables que solían transformarse en necesidad, siguieron siendo el centro de la vida de Miller. Puesto que hacía caso omiso del dinero, no era raro que de repente se encontrara con los bolsillos vacíos; aun así, ya tenía calculado que para sobrevivir cómodamente le bastaba con catorce amigos dispuestos a invitarlo a comer una vez a la semana. Muy pronto la enorme cantidad de colegas que iba acumulando le permitió elegir cuál de ellos podía ofrecerle la mejor mesa. Con absoluta desenvoltura les informaba por adelantado del día y la hora en que se personaría en sus domicilios. «Vivía como Blancanieves, a costa de los siete enanitos», comentaba con admiración su amigo Fred. Luego procuraba «pagarse» lo suyo ofreciendo conversación, fregando los platos o sacando a los niños a pasear.

En cambio, en su nueva casa siempre había sardinas, carne, mantequilla, huevos, tocino. Con el tendero tenía crédito en nombre de la amistad franco-estadounidense. Pero la cocina era también un lugar lleno de inspiración donde los dos discutían o se leían el uno al otro sus escritos, a veces hasta el amanecer. Allí recibían a sus amigos y a sus amantes, y Anaïs se reveló habilísima a la hora de preparar una paella o una tortilla de patatas. Otras veces los amigos traían prostitutas a casa y la cena acababa en una orgía. Por la mañana Miller se arrodillaba para limpiar bien el suelo y eliminar las huellas de la noche anterior.

Desde la cocina se veía la ventana de la habitación de Miller, quien

tras levantarse se asomaba desnudo para hablar de cualquier cosa con Paulette, que se reía de los esfuerzos del escritor por imitar, a pesar de su fuerte acento norteamericano, el tono y los gestos de una típica criada francesa.

Estaba trabajando en *Trópico de Cáncer* y era capaz de pasarse horas delante de la máquina de escribir tecleando a gran velocidad. Al evocar su atormentada experiencia junto a June, se sentía imbuido de un éxtasis masoquista. Cuando June, con treinta años, llegó inesperadamente de Estados Unidos, la tranquilidad de la avenue Anatole-France se rompió por completo. Rememorar las infidelidades y las mentiras de su esposa no era suficiente para sanar a Miller. Ella no había cambiado. Extremadamente pálida bajo su pelo negro, excesivamente maquillada, se movía por un escenario invisible y hablaba sin descanso.

Miller estaba perplejo. Su mujer había llegado llena de buenas intenciones, pero él sentía que ya era tarde. Su nueva vida parisina y la relación con Anaïs le habían cambiado profundamente, más de lo que en principio pensaba. El baño se vio invadido de perfumes, cremas, polveras y sales de baño. El escritor y su mujer pasaron días encerrados en el dormitorio. La máquina de escribir yacía abandonada, aunque le confió el manuscrito a Anaïs para evitar un eventual ataque de ira de June.

Paulette no tardó mucho en detestarla, a pesar de los intentos de June para engatusarla. Una escena muy violenta entre las dos mujeres hizo que June se trasladara a Montparnasse a casa de unos amigos. A pesar de todo, Miller estaba intranquilo y no conseguía retomar el trabajo. Fred le organizó un viaje a Londres para alejarlo de aquella peligrosa sirena, pero ella volvió a aparecer y consiguió reconciliarse con su marido.

Una noche Miller y Alfred se encontraron por casualidad a una estrella fugaz de la vanguardia más sofisticada en aquella época, el surrealismo. Por entonces no sabían que aquella desconocida, que para

ellos vestía de un modo ciertamente extraño –es decir, de Poiret o de Schiaparelli–, era la amante de un famoso poeta del grupo. ¿Quién podía ser?, ¿la preciosa Nusch, la mujer de Éluard, o Suzanne Muzard, la amante de Breton, recién salida de un burdel?, ¿por qué no Lise Deharme, de quien Verlaine se había enamorado infructuosamente y que era la dueña del famoso revólver con el que éste había disparado a Rimbaud?

Se la encontraron de noche. Deambulaba sola y los saludó como si estuviera en trance. Después, sin mirarlos, los siguió y continuó hablándoles sin importarle lo que ellos le decían. No puso la menor objeción a acompañarlos a la avenue Anatole-France. Allí, tras pedir un té y un bocadillo, como si estuviera en un café cualquiera, les preguntó cuánto pagarían por poseerla. Necesitaba, les explicó, doscientos francos. Estaba dispuesta a entregarse a ellos de cualquier manera, dijo «sorbiendo el té como una duquesa en una fiesta benéfica». Luego, para convencerlos, se desabrochó la camisola mostrándoles sus pechos. «Conozco a más de un hombre que daría incluso mil francos por acostarse conmigo.» Se fijó en un libro de poesía: «Yo he escrito poemas. Ya los leeréis. Incluso puede que sean mejores que éstos».

Mientras Fred, todo asustado, hacía señas a su amigo para transmitirle sus dudas sobre la salud mental de la invitada, ella volvió a hablar: «¿Hay bidet en el baño? Tengo un poema que os leeré enseguida; habla de un sueño que tuve la otra noche». Mientras se desnudaba, se dirigió a Henry: «Dile a tu amigo que se prepare. Primero quiero acostarme con él».

Al ver que no salía del baño, el escritor llamó a la puerta y entró. Allí estaba, desnuda, intentando escribir con su pintalabios un poema en la pared. La poseyeron turnándose mientras ella seguía escribiendo con aire distante sobre la hoja arrancada de un libro. Casi se habían calmado las cosas cuando ella le pidió a Fred que le trajera su bolso. Quería el revólver: «Ahora tengo ganas de dispararle a alguien. Vosotros ya os habéis divertido de sobra por doscientos francos. Ahora me toca a mí».

Los dos amigos consiguieron inmovilizarla, aunque en su bolso no había nada. La vistieron y la metieron en un taxi. «¿Dónde vives?» «En ningún sitio. Estoy cansada. Decidle que me deje en un hotel, el que sea.»

La pobre mujer no sabía que Henry Miller le había robado del bolso los doscientos francos que le habían pagado ni que Perlès le había quitado la pistola cuando se acuclilló junto a las viejas murallas para hacer pis. Arrepentidos y muertos de miedo por lo sucedido, los amigos decidieron marcharse de París algunos días, no fuera que aquel extraño personaje volviera buscando venganza.

BIBLIOGRAFÍA

Además de los libros de los que hemos extraído las anécdotas que dan vida a este volumen, es preciso destacar dos textos de carácter más general: MARTIN DU GARD, Maurice, *Les Mémorables,* París, Gallimard, 1999 y COHEN, Évelyn, *Paris dans l'imaginaire national de l'entre-deux-guerres*, París, Open Edition Books, 2016. La bibliografía que figura a continuación no pretende ser exhaustiva: constituye más bien una invitación a aventurarse en la multitud de historias que acontecen en la *rive droite* durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, de la mano de sus inolvidables personajes.

ARAGON, Louis

ARAGON, Louis: *Pour expliquer ce que j'étais*, París, Gallimard, 1989.

— *La Défense de l'infini. Romans*, París, Gallimard, 2002.

DAIX, Pierre: *Aragon, une vie à changer*, París, Tallandier, 2005.

FOREST, Philippe: *Aragon*, París, Gallimard, 2015.

ARTAUD, Antonin

MAEDER, Thomas: *Antonin Artaud*, París, Plon, 1978.

MÈREDIEU, Florence de: *C'était Antonin Artaud*, París, Fayard, 2006.

VIGNAT, Laurent: *Antonin Artaud, Le Visionnaire hurlant*, Clichy, Éditions du Jasmin, 2017.

VIRMAUX, Alain y Odette VIRMAUX: *Artaud*, París, Belfond, 1979.

BARNES, Djuna

BARNES, Djuna: *El almanaque de las mujeres*, traducción de Rocío de la Maya y Anna Sánchez, Barcelona, Egales, 2008.

— *Black Walking: Selected Letters of Djuna Barnes to Emily Holmes Coleman, 1934-1938*, Londres, Virago, 1993.

FIELD, Andrew: *La formidable Djuna Barnes*, traducción de Elsa Mateo, Barcelona,

Seix Barral, 1988.

BATAILLE, Georges

BATAILLE, Georges: *Choix de lettres (1917-1962)*, Michel Surya (ed.), París, Gallimard, 1997.

— y Michel LEIRIS: *Échanges et correspondance*, París, Gallimard, 2004.

DAVID, Angie: *Sylvia Bataille*, París, Léo Scheer, 2013.

SURYA, Michel: *Georges Bataille. Obra, muerte*, traducción de Meritxell Martínez, Madrid, Arena Libros, 2014.

BEAUVOIR, Simone de

BAIR, Deirdre: *Simone de Beauvoir*, París, Fayard, 1991.

BEAUVOIR, Simone de: *Cartas a Sartre*, traducción de Nuria Pujol, Barcelona, Lumen, 1996.

— *La plenitud de la vida*, traducción de Silvina Bullrich, Barcelona, Edhasa, 1982.

BONNET, Marie-Jo: *Simone de Beauvoir et les femmes*, París, Albin Michel, 2015.

MADSEN, Axel: *Una vita in comune: Jean Paul Sartre e Simone de Beauvoir*, Milán, Dall'Oglio, 1978.

MONTEIL, Claudine: *Les Amants de la liberté*, París, Éditions 1, 1999.

— *Les Sœurs Beauvoir*, París, Éditions 1, 2003.

LAMBLIN, Bianca: *Memorias de una joven informal*, traducción de Teresa Gallego e Isabel Reverte, Barcelona, Grijalbo, 1995.

LANZMANN, Claude: *La liebre de la Patagonia*, traducción de Adolfo García, Barcelona, Seix Barral, 2011.

BECKETT, Samuel

BAIR, Deirdre: *Samuel Beckett: A Biography*, Londres, Simon & Schuster, 1990.

BECKETT, Samuel: *Lettere 1929-1940*, Milán, Adelphi, 2018.

BENJAMIN, Walter

BENJAMIN, Walter: *Opere complete: Scritti 1923-1927*, tomo II, Turín, Einaudi, 2002.

HEYE, Uwe-Karsten: *Los Benjamin. Una familia alemana*, traducción de Jordi Maiso, Madrid, Trotta, 2020.

RUDEL, Tilla: *Walter Benjamin: l'angelo assassinato*, Milán, Excelsior 1881, 2007.

SCHIAVONI, Giulio: *Walter Benjamin: sopravvivere alla cultura*, Palermo, Sellerio, 1980.

WITTE, Bernd: *Walter Benjamin. Una biografía*, traducción de Alberto Bixio, Barcelona, Gedisa, 1990.

BERGSON, Henri

BERGSON, Henri: *Essais et témoignages inédits*, Neuchâtel, La Baconnière, 1941.

— *Correspondances*, París, PUF, 2002.

CHEVALIER, Jacques: *Entretiens avec Bergson*, París, Plon, 1959.

GEORGES-MICHEL, Michel: *En jardinant avec Bergson*, París, Albin Michel, 1926.

BERL, Emmanuel

BERL, Emmanuel: *Sylvia*, Gallimard, París, 1952.

— *El tiempo, las ideas y los hombres*, Madrid, Vaso Roto, 2011.

— *Interrogatoire par Patrick Modiano; Il fait beau, allons au cimetière*, París, Gallimard, 2003.

— y Jean D'ORMESSON: *Tant que vous penserez à moi*, París, Grasset, 1992.

MORLINO, Bernard: *Berl, Morand et moi*, Burdeos, Le Castor Astral, 2002.

PHILIPPONNAT, Olivier y Patrick LEINHARDT: *Emmanuel Berl: Cavalier seul*, París, La Librairie Vuibert, 2017.

RACZYMOW, Henri: *Mélancolie d'Emmanuel Berl*, París, Gallimard, 2015.

BIBESCO, Marthe

BIBESCO, Marthe: *En el baile con Marcel Proust*, traducción de María Gomis, Barcelona, Icaria, 1988.

— *El visitante velado*, traducción de Alberto Cardín, Valencia, Pre-Textos, 2005.

— *La Vie d'une amitié: ma correspondance avec l'abbé Mugnier, 1911-1944*, vol. III: *1934-1944*, París, Plon, 1957.

DIESBACH, Ghislain de: *La Princesse Bibesco: La Dernière orchidée*, París, Perrin, 1986.

BOWLES, Paul

BOWLES, Paul: *Memorias de un nómada*, traducción de Ángela Pérez, Barcelona, Random House, 2001.

— *En contacto. Cartas de Paul Bowles*, traducción de Pilar Giralt, Barcelona, Seix Barral, 1994.

DAGEL CAPONI, Gena (ed.): *Conversations with Paul Bowles*, Jackson, University Press of Mississippi, 1993.

MRABET, Mohammed: *Mira y corre (Mi autobiografía contada a Paul Bowles),*

traducción de Marisol de Mora, Barcelona, Anagrama, 2006.

BRASILLACH, Robert

AA. VV.: *Brasillach et la génération perdue*, Éditions du Rocher, Mónaco, 1987.

BRASILLACH, Robert: *Notre avant-garde*, París, Plon, 1941.

LAVAL, Michel: *Brasillach ou La Trahison du clerc*, París, Hachette, 1992.

BRETON, André

AA. VV: «André Breton et le mouvement surréaliste», en *La Nouvelle Revue Française*, n.º 172, 1967.

ALBACH, Hester: *Léona, héroïne du surréalisme*, Arlés, Actes Sud, 2009.

ARAGON, Louis: *Lettres à André Breton, 1918-1931*, París, Gallimard, 2011.

BRETON, André: *Œuvres completes*, París, Gallimard, 1988.

— *Lettres à Simone Kahn, 1920-1960*, París, Gallimard, 2016.

— *Lettres à Jacques Doucet, 1920-1926*, París, Gallimard, 2017.

— *Correspondance avec Tristan Tzara et Francis Picabia*, París, Gallimard, 2017.

— *Entretiens: storia del surrealismo 1919-1945*, Milán, Schwarz, 1960; Roma, Lucarini, 1989.

DÈCINA LOMBARDI, Paola: *Surrealismo 1919-1969*, Milán, Mondadori, 2007.

— *L'oro del tempo contro la moneta dei tempi: André Breton, piuttosto la vita*, Roma, Castelvecchi, 2016.

HERRERA, Hayden: *Frida. Una biografía de Frida Kahlo*, traducción de Angelika Scherp, Madrid, Taurus, 2019.

LACÔTE-DESTRIBATS, Christiane: *Passage par Nadja*, París, Galilée, 2015.

MAURIAC, Claude: *André Breton*, París, Grasset, 1970.

PASTOREAU, Henri: *Ma vie surréaliste,* seguido de *André Breton, les femmes et l'amour*, París, Maurice Nadeau, 1922.

POLIZZOTTI, Mark: *André Breton*, París, Gallimard, 1999.

SEBBAG, Georges: *André Breton, l'amour-folie: Suzanne, Nadja, Lise, Simone*, Albias, Jean-Michel Place, 2004.

SOUPAULT, Philippe: *Le Vrai André Breton*, Lieja, Dynamo, 1966.

BROOKS, Romaine

«Romaine Brooks», en *Bizarre*, n.º 46, marzo de 1968.

SANDOMENICO, Ciro: *Tra Saffo e d'Annunzio: vita, amori e opere di Romaine Brooks da Parigi a Capri*, Capri, La Conchiglia, 2008.

SOUHAMI, Diana: *Natalie and Romaine: The Lives and Loves of Natalie Barney and Romaine Brooks*, Londres, Quercus, 2013.

CAILLOIS, Roger

CAILLOIS, Roger: *Œuvres*, París, Gallimard, 2008.

— y Victoria OCAMPO, *Corrispondenza 1939-1978*, Palermo, Sellerio, 2008.

FELGINE, Odile: *Roger Caillois*, París, Stock, 1994.

CÉLINE, Louis-Ferdinand

AA. VV.: *Cahier Céline*, París, L'Herne, 2006.

ALMERÁS, Philippe: *Céline: Entre haines et passions*, París, Laffont, 1994.

BARDÈCHE, Maurice: *Louis-Ferdinand Céline*, traducción de Francisco Pérez, Madrid, Aguilar, 1990.

BEAUJOUR, Michel, Dominique DE ROUX y Michel THÉLIA (dirigido por): *Cahier de l'Herne: Céline*, París, Le Livre de Poche, 1988.

CÉLINE, Louis-Ferdinand: *L'Église*, París, Denoël et Steele, 1933.

— *Lettere a Elizabeth*, Milán, Archinto, 1993.

GODARD, Henri: *Un autre Céline*, París, Textuel, 2008.

JUILLAND, Alphonse: *Elizabeth et Louis: Elizabeth Craig parle de Louis-Ferdinand Céline*, París, Gallimard, 1994.

VITOUX, Frédéric: *Céline*, París, Belfond, 1987.

CENDRARS, Blaise

CENDRARS, Blaise: *Blaise Cendrars vous parle*…, París, Denoël, 1953.

— y Raymone DUCHÂTEAU: *Correspondance 1937-1954. Sans ta carte, je pourrais me croire sur un autre planète*, Carouge y Ginebra, Zoé, 2015.

CENDRARS, Miriam: *Blaise Cendrars: la Vie, le Verbe, l'Écriture*, París, Denoël, 2006.

GUIETTE, Robert: *Monsieur Cendrars n'est jamais là,* Montélimar, Éditions du Limon, 1991.

CHAR, René

GREILSAMER, Laurent: *L'Éclair au front: la Vie de René Char*, París, Fayard, 2004.

PÉNARD, Jean: *Encuentros con René Char. Un economista heterodoxo*, traducción de Eva Calatrava, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1995.

CLAUDEL, Paul

CLAUDEL, Paul: *Journal I, 1904-1932*, París, Gallimard, 1968.

— *Journal II, 1933-1955*, París, Gallimard, 1969.
— *Mémoires improvisés: Quarante et un entretiens avec Jean Amrouche*, París, Gallimard, 2001.
— y André GIDE: *Correspondance (1899-1926)*, París, Gallimard, 1949.
— y Francis JAMMES y Gabriel FRIZEU: *Correspondance (1897-1938) avec des lettres de Jacques Rivière*, París, Gallimard, 1952.
— y André SUARÈS: *Correspondance (1904-1938)*, París, Gallimard, 1951.
GOFFETTE, Guy: *Album Claudel*, París, Gallimard, 2011.

COCTEAU, Jean
ARNAUD, Claude: *Jean Cocteau*, París, Gallimard, 2003.
AA. VV.: *Cahiers Jean Cocteau: Raymond Radiguet, Jean Cocteau*, n.º 4, París, Gallimard, 1973.
COCTEAU, Jean: *Opio. Diario de una desintoxicación*, traducción de Mauricio Wacquez, Barcelona, Planeta, 2009.
— *La dificultad de ser*, traducción de María Teresa Gallego, Madrid, Siruela, 2006.
— *Journal d'un inconnu*, París, Grasset, 1953.
— *Le Passé défini I (1951-1952),* París, Gallimard, 1983.
— *Le Passé défini II (1953)*, París, Gallimard, 1985.
— *Le Passé défini III (1954)*, París, Gallimard, 1989.
— *Journal (1942-1945)*, París, Gallimard, 1989.
FULACHER, Pascal y Dominique MARNY: *Jean Cocteau le magnifique: Les Miroirs d'un poète*, prefacio de Gérard Lhéritier, París, Gallimard, 2013.
MARAIS, Jean: *L'Inconcevable Jean Cocteau*, Mónaco, Éditions du Rocher, 2003.
MAURIAC, Claude: *Jean Cocteau ou La Vérité du mensonge*, París, Odette Lieutier, 1945.
MEYER-STABLEY, Bertrand: *Cocteau-Marais: Les Amants terribles*, París, Pygmalion, 2009.
TOUZOT, Jean: *Jean Cocteau: Qui êtes-vous?,* París, La Manufacture, 1991.
WEISWEILLER, Carole: *Jean Cocteau: Les Années Francine (1950-1963)*, París, Seuil, 2003.
— *Je l'appelais Monsieur Cocteau ou La Petite fille au deux mains gauches*, prefacio de Jean Marais, Mónaco, Éditions du Rocher, 1966; reedición, París, Michel de Maule, 2012.

COLETTE

BONAL, Gérard y Michel REMY-BIETH: *Colette intime*, París, Phébus, 2004.

CHALON, Jean: *Colette, l'Éternelle apprentie*, París, Flammarion, 1998.

CLAUDE, Francis y Fernande GONTIER: *Colette,* París, Perrin, 1997.

COLETTE: *Maquillages*, en *Romans, récits, souvenirs (1900-1919)*, vol. I, París, Laffont, 1989.

— *Œuvres completes*, París, Flammarion, 1992.

— *Lettres à Annie de Pène et Germaine Beaumont*, París, Flammarion, 1995.

— *Lettres à sa fille (1916-1953),* París, Gallimard, 2003.

DUFOUR, Hortense: *Colette, la vagabonde assise*, Mónaco, Éditions du Rocher, 2000.

PICHOIS, Claude y Alain BRUENT: *Colette*, París, Éditions de Fallois, 1998.

THURMAN, Judith: *Los secretos de la carne. Vida de Colette*, traducción de Olivia de Miguel, Madrid, Siruela, 2006.

CONNOLLY, Cyril

FISHER, Clive: *Cyril Connolly*, Nueva York, St. Martin's Press, 1996.

LEWIS, Jeremy: *Cyril Connolly: A Life*, Londres, Jonathan Cape, 1997.

CRAVAN, Arthur

BORRÁS, Maria Lluïsa: *Arthur Cravan. Una biografía*, Barcelona, Sirmio, 1993.

CRAVAN, Arthur: *Œuvres. Poèmes, articles, lettres*, París, Lebovici, 1987.

FRANZOSINI, Edgardo: «L'importanza di non chiamarsi Fabian Avenarius Lloyd», en Arthur Cravan, *Grande trampoliere smarrito*, Milán, Adelphi, 2018.

SQUARZONI, Philippe: *Portrait inédit de Arthur Cravan*, París, Le 9e Monde, 2002.

CREVEL, René

BUOT, François: *René Crevel*, París, Grasset, 1991.

CARASSOU, Michel: *René Crevel*, París, Fayard, 1989.

DÈCINA LOMBARDI, Paola: *René Crevel, o il Surrealismo come rivolta*, Ginebra y París, Slatkine, 1988.

CROSBY, Harry

CROSBY, Caresse: *The Passionate Years*, Nueva York, Ecco Press, 1979.

HAMALIAN, Linda: *La reina carmesí. Una vida de Caresse Crosby*, traducción de Macarena Rodríguez, Granada, Turpiana, 2008.

SAINT-PERN, Dominique de: *Black Sun. Cuando editar era una fiesta: Vida de Harry*

y Caresse Crosby, traducción de Gabriela Torregrosa, Madrid, Fórcola, 2021.

DALÍ, Salvador

COWLES, Fleur: *Dalí, la Vie d'un grand excentrique*, París, Julliard, 1961.

DALÍ, Gala: *Una vida secreta*, traducción de Ignacio Vidal-Folch, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

DALÍ, Salvador: *Diario de un genio*, traducción de Beatriz de Mora, Barcelona, Tusquets, 2009.

— *La vida secreta*, traducción de José Martínez, Barcelona, Empúries, 1994.

GÉRARD, Max: *Dalí, Dalí, Dalí*, traducción de Ángel Buendía, Barcelona, Blume, 1983.

MILLET, Catherine: *Dalí et moi*, París, Gallimard, 2005.

NURIDSANY, Michel: *Dalí*, París, Flammarion, 2004.

SECREST, Meryle: *Salvador Dalí: L'Extravagant surréaliste*, París, Hachette, 1988.

D'ANNUNZIO, Gabriele

ANDREOLI, Annamaria: *Il vivere inimitabile: Vita di Gabriele d'Annunzio (1910-1915)*, Milán, Mondadori, 2000.

ANTONGINI, Tom: *Vita segreta di Gabriele d'Annunzio*, Roma, Lantana, 2013.

BOULENGER, Marcel: *Chez Gabriele d'Annunzio,* París, La rennaisance du livre, 1921.

CHIARA, Piero: *Vita di Gabriele d'Annunzio*, Milán, Mondadori, 1978.

GERMAIN, André: *La Vie amoureuse de d'Annunzio*, París, Fayard, 1954.

GUERRI, Giordano Bruno: *D'Annunzio, l'amante guerriero*, Milán, Mondadori, 2008.

JULLIAN, Philippe: *D'Annunzio*, Roma, Tattilo, 1974.

LORMIER, Dominique: *Gabriele d'Annunzio en France*, Biarritz, J&D Éditions, 1997.

DESNOS, Robert

AUROUET, Carole: *Les Dessins hypnotiques de Robert Desnos*, París, Nouvelles Éditions Jean-Michel Place, 2015.

BESSIÈRE, André: *Destination Auschwitz avec Robert Desnos*, París, L'Harmattan, 2001.

DESANTI, Dominique: *Robert Desnos, le roman d'une vie*, París, Mercure de France, 1999.

DESNOS, Youki: *Les Confidences de Youki*, París, Fayard, 1957.

DUMAS, Marie-Claire: *Robert Desnos ou l'Exploration des limites*, París, Klincksiec,

2000.
EGGER, Anne: *Robert Desnos*, París, Fayard, 2007.
LE BRUN, Annie: «Voici venir l'amour du fin fond des ténèbres», prefacio a Robert Desnos, *De l'érotisme: considéré dans ses manifestations écrites et du point de vue de l'esprit moderne*, París, Gallimard, 2013.

DEKOBRA, Maurice
COLLAS, Philippe: *Maurice Dekobra: Gentleman entre deux mondes*, París, Séguier, 2001.
DAVIS, Robert Leslie: *Maurice Dekobra: Grand voyageur et romancier cosmopolite*, tesis doctoral, Queen's University Belfast, 1970.
D'HARIEL, Jacqueline y E. GERBER: *La Vie cosmopolite de Maurice Dekobra,* París, Nouvelle librairie française, 1932.

DOS PASSOS, John
DOS PASSOS, John: *Días mejores*, traducción de Hernán del Solar, Madrid, Rodas, 1972.

DRIEU LA ROCHELLE, Pierre
AA. VV.: *Cahier de l'Herne: Drieu La Rochelle*, París, L'Herne, 1982.
DESANTI, Dominique: *Drieu La Rochelle ou Le Séducteur mystifié*, París, Flammarion, 1978.
DRIEU LA ROCHELLE, Pierre: *Lettres d'un amour défunt: Correspondance avec Victoria Ocampo* (1929-1945), París, Bartillat, 2009.
— *Notes pour un roman sur la sexualité*, seguido de *Parc Monceau*, París, Gallimard, 2008.
— *Romans, récits, nouvelles*, París, Gallimard, 2012.
GROVER, Frédéric: *Drieu La Rochelle*, traducción de Santiago Martín, Madrid, Aguilar, 1991
HERVIER, Julien: *Drieu La Rochelle: Une histoire de désamours*, París, Gallimard, 2018.
MABIRE, Jean: *Drieu parmi nous*, París, La Table Ronde, 1963.
OCAMPO, Victoria: *Drieu*, París, Bartillat, 2007.

DURRELL, Lawrence
DURRELL, Lawrence y Henry MILLER: *Cartas Durrell-Miller 1935-1980*, traducción de Maria Faidellia, Barcelona, Edhasa, 1992.

ELIOT, T. S.

ACKROYD, Peter: *T. S. Eliot*, Milán, Frassinelli, 1985.

GORDON, Lyndall: *T. S. Eliot: An Imperfect Life*, Nueva York, Norton, 1998.

ÉLUARD, Paul

BONA, Dominique: *Gala. La mujer más enigmática del siglo XX*, traducción de Javier Albiñana, Barcelona, Tusquets, 2004.

ÉLUARD, Paul: *Cartas a Gala*, traducción de Manuel Sáenz de Heredia, Barcelona, Tusquets, 1986.

— *Œuvres complètes*, París, Gallimard, 1968.

VALETTE, Robert D.: *Paul Éluard: Livre d'identité*, París, Tchou, 1967.

VIEUILLE, Chantal: *Nusch Éluard*, traducción de Isabel González-Gallarza, Barcelona, Circe, 2012.

ESENIN, Serguéi

DIVOIRE, Fernand: «Serge Essénine», en *L'Ami du lettré. Année littéraire et artistique pour 1926*, París, Grasset, 1926.

WATALA, Elwira y Wiktor WOROSZYLSKI: *Vita di Sergej Esenin*, Florencia, Vallecchi, 1980.

FITZGERALD, Francis Scott

BRUCCOLI, Matthew: *F. Scott Fitzgerald: Une certaine grandeur épique*, París, La Table Ronde, 1981, 1994.

FITZGERALD, Francis-Scott y Zelda FITZGERALD: *Querido Scott, querida Zelda*, traducción de Ramón Vilá, Barcelona, Lumen, 2003.

FRANCE, Anatole

BANCQUART, Marie-Claude: *Anatole France, un sceptique passionné,* París, Calmann-Lévy, 1984.

BROUSSON, Jean-Jacques: *Anatole France en pantoufles*, París, G. Crès et Cie, 1924.

LE GOFF, Marcel: *Anatole France à la Béchellerie*, París, Albin Michel, 1947.

GENET, Jean

WHITE, Edmund: *Genet*, traducción de Rossend Arquès, Barcelona, Debolsillo, 2005.

GIDE, André

GIDE, André: *Diario 1936-1950*, traducción de Ignacio Vidal-Folch, Barcelona, Debolsillo, 2022.
VAN RYSSELBERGHE, Maria: *Los cuadernos de la «Petite Dame». Notas para la historia auténtica de André Gide*, traducción de Esther Benítez, Madrid, Alianza, 1976.

GIRAUDOUX, Jean
BODY, Jacques: *Jean Giraudoux*, París, Gallimard, 2004.

GRAMONT, Elisabeth de
GRAMONT, Elisabeth de: *Souvenirs du monde de 1890 à 1940*, París, Grasset, 1966.
RAPAZZINI, Francesco: *La duchessa rossa. Elisabeth de Gramont da Proust a Marx*, Milán, Sylvestre Bonnard, 2007.

GREEN, Julien
GREEN, Julien: *Journal intégral, 1926-1940*, tomo I, París, Laffont, 2019.

HEMINGWAY, Ernest
BAKER, Carlos: *Hemingway: storia di una vita*, Milán, Mondadori, 1970.
HEMINGWAY, Ernest: *París era una fiesta*, traducción de Gabriel Ferrater, Barcelona, Debolsillo, 2014.
— *Lettere (1917-1961),* Milán, Mondadori, 1986.
MEYERS, Jeffrey: *Ernest Hemingway*, París, Belfond, 1987.
MICHEL, Luce: *Ernest Hemingway à 20 ans: Un homme blessé*, Vauvert, Au diable vauvert, 2010.

JACOB, Max
ANDREU, Pierre: *Vie et mort de Max Jacob*, París, La Table Ronde, 1982.
BILLY, André: *Max Jacob*, París, Seghers, 1949.
JACOB, Max: *Les Amitiés et les amours. Correspondances*, tomo II, Nantes, L'Arganier, 2005.
— *Lettres à Liane de Pougy*, París, Plon, 1980.
MOUSLI, Béatrice: *Max Jacob*, París, Flammarion, 2005, 2011.
POULENC, Francis: *J'écris ce qui me chante*, escritos y entrevistas reunidos, presentados y anotados por Nicolas Southon, París, Fayard, 2011.

JOUHANDEAU, Marcel
CABANIS, José: *Jouhandeau*, París, Gallimard, 1959.

DANON, Jacques: *Entretiens avec Élise et Marcel Jouhandeau*, París, Belfond, 1966.
JOUHANDEAU, Marcel: *Lettres de Marcel Jouhandeau à Max Jacob*, Ginebra, Droz, 2002.
JOUHANDEAU, Marcel y Jean PAULHAN: *Correspondance (1921-1968)*, París, Gallimard, 2012.

JOYCE, James
ELLMANN, Richard: *James Joyce*, traducción de Enrique Castro y Beatriz Blanco, Barcelona, Anagrama, 1991.
JOYCE, James: *Lettere e saggi*, Milán, il Saggiatore, 2016.
POWER, Arthur: *Conversaciones con James Joyce*, traducción de Francesc Parcerisas, Barcelona, Sagitario, 1976.
SOUPAULT, Philippe: *Souvenirs de James Joyce*, Argel, Charlot, 1943.

LACAN, Jacques
CLÉMENT, Catherine: *Vidas y leyendas de Jacques Lacan*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama, 1982.
MILLER, Jacques-Alain: *Vida de Lacan*, Madrid, Gredos, 2011.

LEDUC, Violette
CECCATTY, René de: *Violette Leduc: éloge de La Bâtarde*, París, Stock, 1994, 2013.
HALL, Colette: *Violette Leduc, la Mal-aimée*, Ámsterdam y Atlanta, Rodopi, 2004.
JANSITI, Carlo: *Violette Leduc: biographie*, París, Grasset, 1999, 2013.
LEDUC, Violette: *La bastarda*, traducción de Helena Santillán, Madrid, Capitán Swing, 2020.

LEIRIS, Michel
ARON, Paul y Éric VAN DER SCHUEREN: *Michel Leiris*, Bruselas, Éditions de l'Université de Bruxelles, 1990.
LEIRIS, Michel: *Brisées*, París, Gallimard, 1992.
— *Journal (1922-1989),* París, Gallimard, 1992.

LOUŸS, Pierre
CARDINNE-PETIT, Robert: *Pierre Louÿs intime: Le Solitaire du hameau*, París, Jean-Renard, 1942.
FARRÈRE, Claude: *Mon ami Pierre Louÿs*, París, Domat, 1953.
LOUŸS, Pierre y Henri de RÉGNIER: *Correspondance*, París, Bartillat, 2012.

MAC ORLAN, Pierre

BARITAUD, Bernard: *Pierre Mac Orlan: Sa vie, son temps*, Ginebra, Droz, 1992.

LAMY, Jean-Claude: *Mac Orlan, l'aventurier immobile*, París, Albin Michel, 2002.

MAHLER, Alma

MAHLER, Alma: *Mi vida*, traducción de Luis Romano, Barcelona, Tusquets, 1985.

SAUVAT, Catherine: *Alma Mahler: musa del secolo*, Bolonia, Odoya, 2013.

MAIAKOVSKI, Vladimir

DOBROVOLSKAJA, Julia: *Lilja e le altre. Majakovskij nei ricordi delle donne che lo hanno amato*, Milán, La Tartaruga, 1996.

FERRARI, Curzia: *Majakovskij: la storia, il romanzo*, Milán, SugarCo, 1982.

MAIAKOVSKI, Vladimir: *L'amore è il cuore di tutte le cose. Lettere 1915-1930*, Vicenza, Neri Pozza, 2005.

VITALE, Seren: *Il defunto odiava i pettegolezzi*, Milán, Adelphi, 2008.

MALAPARTE, Curzio

GUERRI, Giordano Bruno: *L'arcitaliano. Vita di Curzio Malaparte*, Milán, Bompiani, 1980.

MALAPARTE, Curzio: *Diario de un extranjero en París*, traducido por Juan Manuel Salmerón Arjona, Barcelona, Tusquets, 2014.

SERRA, Maurizio: *Malaparte. Vidas y leyendas*, traducción de Juan Manuel Salmerón, Barcelona, Tusquets, 2012.

TAMBURI, Orfeo: *Malaparte come me*, Florencia, Le Lettere, 2012.

MALRAUX, André

BONA, Dominique: *Clara Malraux*, traducción de Isabel González-Gallarza, Barcelona, Circe, 2011.

CHANTAL, Suzanne: *Un amor de André Malraux. Josette Clottis*, traducción de Delfina Azcárate, Barcelona, Grijalbo, 1977.

LACOUTURE, Jean: *André Malraux*, traducción de Benito Gómez, Barcelona, Euros, 1976.

MALRAUX, Clara: *Le Bruit de nos pas*, París, Grasset, 1992.

TODD, Olivier: *André Malraux. Una vida*, traducción de Encarna Castejón, Barcelona, Tusquets, 2002.

MARINETTI, Filippo Tommaso

AGNESE, Gino: *Marinetti. Una vita esplosiva*, Milán, Camunia, 1990.
— *Marinetti-Majakovskij: 1925. I segreti di un incontro*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2019.
GUERRI, Giordano Bruno: *Filippo Tommaso Marinetti: invenzioni, avventure e passioni di un rivoluzionario*, Milán, Mondadori, 2009.
MARINETTI, Filippo Tommaso: *Taccuini 1915-1921*, Bolonia, il Mulino, 1987.

MAURIAC, François
BARRÉ, Jean-Luc: *François Mauriac: Biographie intime*, París, Pluriel, 2015.

MILLER, Henry
HOYLE, Arthur: *Henry Miller*, Bolonia, Odoya, 2014.
MILLER, Henry: *Parigi 1928*, Antella, Passigli, 2010.
— *Trópico de Cáncer*, traducción de Carlos Manzano, Barcelona, Edhasa, 2003.
— *Trópico de Capricornio*, traducción de Carlos Manzano, Barcelona, Edhasa, 2012.
PERLÈS, Alfred: *Mi amigo, Henry Miller*, traducción de Aurelio Martínez, Madrid, Nostromo, 1975.

MONTHERLANT, Henry de
MONTHERLANT, Henry de: *Essais*, París, Gallimard, 1963.
— y Roger PEYREFITTE: *Correspondance (1938-194*1), París, Laffont, 1983.
SIPRIOT, Pierre: *Montherlant sans masque*, París, Laffont, 1982, 1990.

MORAND, Paul
GUITARD-AUVISTE, Ginette: *Paul Morand*, París, Balland, 1993.
MORAND, Paul: *Papiers d'identité*, París, Grasset, 1931.
— *Mes débuts*, París, Éditions de Cahiers libres, 1933.
— *Rond-Point des Champs-Élysées*, París, Grasset, 1935.
— *Journal inutile*, París, Gallimard, 2001.
— *Lettres de Paris,* París, Arléa, 2008.
SCHNEIDER, Marcel: *Mille roses trémières: L'Amitié de Paul Morand*, París, Gallimard, 2004.

NABOKOV, Vladimir
PAVAN, Stefania: *Nabokov. Una vita*, Roma, Castelvecchi, 1994.
SCHAKOVSKOY, Zinaïda: *À la recherche de Nabokov,* Lausana, L'Âge d'Homme,

2007.
SCHIFF, Stacy: *Véra, Mrs. Vladimir Nabokov*, París, Grasset, 1999.

NÉMIROVSKY, Irène
GILLE, Élisabeth: *Le Mirador: Mémoires rêvés*, París, Stock, 2012.
PHILIPPONNAT, Olivier y Patrick LIENHARDT: *La Vie d'Irène Némirovsky*, París, Grasset/Denoël, 2007.

NERUDA, Pablo
NERUDA, Pablo: *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 2010.

NIN, Anaïs
BAIR, Deirdre: *Anaïs Nin*, París, Stock, 1996.
BARILLÉ, Élisabeth: *Anaïs Nin, desnuda bajo la máscara*, traducción de Catherine Tussy, Madrid, Espasa, 1992.
NIN, Anaïs: *Diarios I (1931-1934),* traducción de Enrique Hegewicz, Barcelona, RBA, 2009.
— *Diarios II (1934-1939)*, traducción de Mireia Rué, Barcelona, RBA, 2011.
— *Diarios de infancia (1914-1918)*, traducción de Nuria Lago, Barcelona, Plaza y Janés, 1989.
— *Diarios de adolescencia (1919-1920)*, traducción de Nuria Lago, Barcelona, Plaza y Janés, 1989.
— y Henry MILLER: *Una pasión literaria. Correspondencia de Anaïs Nin y Henry Miller (1932-1953)*, traducción de J. A. Molina, Madrid, Siruela, 1991.

NIZAN, Paul
COHEN-SOLAL, Annie y Henriette NIZAN: *Paul Nizan, communiste impossible*, París, Grasset, 1980.
NIZAN, Paul: *Aden-Arabia*, prólogo de Jean-Paul Sartre, traducción de Enrique Sordo, Barcelona, Panadigma, 1991.

NOAILLES, Anna de
BENJAMIN, René: *Au soleil de la Poésie. Sous l'œil en fleur de Madame de Noailles*, París, Librairie des Champs-Élysées, 1928.
BROCHE, François: *Anna de Noailles*, París, Laffont, 1989.
LA ROCHEFOUCAULD, Edmée de: *Anna de Noailles*, París, Éditions Universitaires, 1956.

ORWELL, George

CRICK, Bernard: *George Orwell. La biografía*, traducción de Salvador Cobo y Sebastián Miras, Alicante, Ediciones El Salmón, 2020.

ORWELL, George: *Vagabundo en París y Londres*, traducción de Carlos Villar, Palencia, Menoscuarto, 2010.

PICABIA, Francis

PICABIA, Francis: *Pandemonio. Caravansérail*, traducción de Paula Cifuentes, Barcelona, Malpaso, 2015.

BRETON, André: *Correspondance avec Tristan Tzara et Francis Picabia*, París, Gallimard, 2017.

POUND, Ezra

ACKROYD, Peter: *Pound*, Milán, Leonardo, 1990.

DOOLITTLE, Hilda y Ezra POUND: *Fin al tormento. Recuerdos de Ezra Pound*, Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, 2019.

KORG, Jacob: *Un amore in inverno. Ezra Pound e Hilda Doolittle*, Milán, La Tartaruga, 2005.

POUND, Ezra: *Ezra Pound sobre Joyce*, traducción de Mirko Laver, Barcelona, Seix Barral, 1971.

SANAVIO, Piero: *Ezra Pound,* Venecia, Marsilio, 1977.

POZZI, Catherine

JOSEPH, Lawrence: *Catherine Pozzi,* París, La Différence, 1988.

POZZI, Catherine: *Journal, 1913-1934*, París, Phébus, 2005.

— y Rainer Maria RILKE: *Correspondance 1924-1925*, París, La Différence, 1990.

— y Paul VALÉRY: *La Flame et la cendre: Correspondance*, París, Gallimard, 2006.

PREVERT, Jacques

ANDRY, Marc: *Jacques Prévert*, París, Éditions de Fallois, 1994.

AUROUET, Carole: *Jacques Prévert, qui êtes aux cieux*, Condé-sur-Noireau, Corlet, 2001.

COURRIÈRE, Yves: *Jacques Prévert: En verité*, París, Gallimard, 2000.

PROUST, Marcel

ALBARET, Céleste: *Monsieur Proust*, traducción de Esther Tusquets y Elisa Martín, Barcelona, R que R, 2004.

ARNAUD, Claude: *Proust contro Cocteau,* Milán, Archinto, 2017.
BENOIST-MÉCHIN, Jacques: *Avec Marcel Proust,* París, Albin Michel, 1977.
BONNET, Henri: *Les Amours et la sexualité de Marcel Proust,* París, Nizet, 1985.
CARTER, William C.: *Proust enamorado*, traducción de Ramón González, Barcelona, Belacqva, 2007.
DUPLAY, Maurice: *Mon ami Marcel Proust,* París, Gallimard, 1972.
PAINTER, George D.: *Marcel Proust. Biografía*, traducción de Andrés Bosch, Barcelona, Lumen, 1992.
PLANTEVIGNES, Marcel: *Avec Marcel Proust,* París, Nizet, 1966.
POREL, Jacques: *Fils de Réjane*, París, Plon, 1951-1952.
PROUST, Marcel: *Correspondance,* vol. XXI, texto establecido, presentado y anotado por Philip Kolb, París, Plon, 1970-1993.
— *Il visitatore della sera. Lettere a Paul Morand e a Madame Soutzo,* Turín, Nino Aragno, 2019.
RACZYMOW, Henri: *Notre cher Marcel est mort ce soir,* París, Denoël, 2013.

QUENEAU, Raymond
JOUET, Jacques: *Raymond Queneau,* Lyon, La Manufacture, 1991.
LÉCUREUR, Michel: *Raymond Queneau,* París, Les Belles Lettres, 2000.
QUENEAU, Raymond: *Journaux 1914-1965,* París, Gallimard, 1996.

RADIGUET, Raymond
BOTT, François: *Radiguet: L'Enfant avec une canne,* París, Gallimard, 2003.
CAIZERGUES, Pierre: *Raymond Radiguet. 1903-2003. Colloque du centenarie,* texto y documentos reunidos y publicados por Pierre Caizergues y Marie-Christine Movilliat, (organizado por) Centre d'étude du XXe siècle, Université Paul-Valéry Montpellier III e Institut universitaire de France, Montpellier, Université Paul-Valéry Montpellier III, 2005.
CENDRES, Julien y Chloé RADIGUET: *Raymond Radiguet: Un jeune homme sérieux dans les années folles,* París, Fayard, 2003.
FAY, Bernard: *Les Précieux,* París, Perrin, 1967.
NEMER, Monique: *Raymond Radiguet,* París, Fayard, 2002.
RADIGUET, Raymond: *Œuvres complètes,* París, Stock, 1993; París, Omnibus, 2012.
— *Lettres retrouvées*, París, Omnibus, 2013.

RÉGNIER, Henri de

RÉGNIER, Henri de: *Les Cahiers inédites, 1887-1936,* París, Pygmalion, 2002.

REMARQUE, Erich Maria

REMARQUE, Erich Maria y Marlene DIETRICH: *Dimmi che mi ami,* Milán, Archinto, 2002.

RIVA, Maria: *Marlene Dietrich. Mia madre,* Milán, Frassinelli, 2007.

TIMS, Hilton: *Erich Maria Remarque: The Last Romantic,* Nueva York, Carroll & Graf, 2003.

REVERDY, Pierre

CAILLEAU, Claude: *Dans les pas de Pierre Reverdy,* París, Éditions du Petit Pavé, 2006.

PARA, Jean-Baptiste: *Pierre Reverdy,* París, Culturesfrance, 2007.

RILKE, Rainer Maria

BETZ, Maurice: *Rilke vivant: Souvenirs, lettres, entretiens,* París, Émile-Paul frères, 1937; reedición, París, Ressouvenances, 2017.

BURCKHARDT, Carl Jacob: *Incontro con Rilke,* Palermo, Sellerio, 1990.

HATTINGBERG, Magda von: *Rilke e Benvenuta,* Florencia, Sansoni, 1949.

LEPPMANN, Wolfgang: *Rainer Maria Rilke, sa vie, son œuvre,* París, Seghers, 1984.

RILKE, Rainer Maria: *La coppa di silenzio. Lettere 1906-1926 (con Stefan Zweig)*, Milán, Archinto, 1989.

THURN UND TAXIS, Marie von: *Recuerdos de Rainer Maria Rilke*, traducción de Joan Parra, Barcelona, Paidós, 2004.

ZERMATTEN, Maurice: *Les Dernières années de Rilke,* Friburgo, Le Cassetin, 1975.

ROUSSEL, Raymond

CARADEC, François: *Vie de Raymond Roussel (1877-1933),* París, Pauvert, 1972.

LEIRIS, Michel: *Épaves*, París, Pauvert, 1977.

SACHS, Maurice

RACZYMOW, Henri: *Maurice Sachs ou Les Travaux forcés de la frivolité,* París, Gallimard, 1988.

SACHS, Maurice: *The Decade of Illusion,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1993.

— *André Gide,* París, Denoël & Steele, 1936.

— *Au temps du Bœuf sur le Toit,* París, Corrêa, 1939, 1948, 2005.

— *Chronique joyeuse et scandaleuse,* París, Corrêa, 1950.

— *El Sabbat. Recuerdos de una juventud tormentosa*, traducción de Lola Bermúdez, Madrid, Cabaret Voltaire, 2015.
— *Tableaux des mœurs de ce temps,* París, Gallimard, 1954.

SACKWILLE-WEST, Vita
GLENDINNING, Victoria: *Vita, the Life of V. Sackville-West,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983.
NICOLSON, Harold: *Diaries 1907-1964,* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2004.
— *Retrato de un matrimonio*, traducción de Óscar Luis Molina y Antonia Martín Barcelona, Lumen, 2011.

SAINT-EXUPÉRY, Antoine de
CARBONEL, Marie-Hélène y Martine FRANSIOLI MARTINEZ: *Consuelo de Saint-Exupéry, une mariée vêtue de noir,* Mónaco, Éditions du Rocher, 2010.
CHEVRIER, Pierre: *Antoine de Saint-Exupéry,* París, Gallimard, 1949.
DAURAT, Didier: *Saint-Ex tel que je l'ai connu,* Lieja, Dynamo, 1954.
FARGUE, Léon-Paul: *Souvenirs de Saint-Exupéry,* Lieja, Dynamo, 1945.
MARCK, Bernard: *Antoine de Saint-Exupéry: Il pilota scrittore,* Bolonia, Odoya, 2013.
ROY, Jules: *Saint-Exupéry,* París, La Manufacture, 1990.
SAINT-EXUPÉRY, Consuelo de: *Memorias de la rosa*, traducción de Francisco Rodríguez y Albertina Rodríguez, Barcelona, Punto de Lectura, 2002.
— *Lettres du dimanche,* París, Plon, 2001.
VIRCONDELET, Alain, *Antoine et Consuelo de Saint-Exupéry,* París, Les Arènes, 2005.
WEBSTER, Paul: *Consuelo de Saint-Exupéry. La rosa de «El Principito»*, traducción de Lolo Rico, Madrid, Espasa, 2001.
WERTH, Léon: *Saint-Exupéry tel que je l'ai connu,* París, Viviane Hamy, 1994.

SARTRE, Jean-Paul
COHEN-SOLAL, Annie: *Sartre. 1905-1980*, traducción de Agustín López y Christine Monot, Barcelona, Edhasa, 2005.
LILAR, Suzanne: *À propos de Sartre et de l'amour,* París, Gallimard, 1984.
SARTRE, Jean-Paul: *Lettres au Castor et à quelques autres,* París, Gallimard, 1983.

SIMENON, Georges
ASSOULINE, Pierre: *Simenon,* París, Julliard, 1992.
— *Autodictionnaire Simenon,* París, Omnibus, 2009.

BARONIAN, Jean-Baptiste: *Le Paris de Simenon,* París, Alexandrines, 2016.
SIMENON, Georges: *Memorias íntimas*, traducción de Basilio Losada, Barcelona, Punto de Lectura, 2000.
SIMENON, Régine: *Souvenirs*, París, Gallimard, 2004.

SOUPAULT, Philippe
SOUPAULT, Philippe: *Profils perdus,* París, Mercure de France, 1963, 2015.
— *Vingt mille et un jours,* París, Belfond, 1980.
— *Mémoires de l'oubli (1914-1923),* tomos I-III, París, Lachenal & Ritter, 1981-1997.
— y Bernard MORLINO, *Philippe Soupault: Qui êtes-vous?,* La Manufacture, Lyon, 1987.

STEINBECK, John
STEINBECK, Elaine: *Steinbeck: A Life in Letters,* Londres, Penguin, 1989.

STRACHEY, Lytton
HOLROYD, Michael: *Lytton Strachey*, Londres, Chatto & Windus, 1994.

SVEVO, Italo
SERRA, Maurizio: *La antivida de Italo Svevo*, traducción de Esther Quirós, Madrid, Fórcola, 2017.
SVEVO FONDA SAVIO, Letizia: *Italo Svevo,* Pordenone, Studi Tesi, 1991.

TREFUSIS, Violet
ARJUZON, Antoine d': *Violet Trefusis*, París, Perrin, 2017.
JULLIAN, Philippe y John PHILLIPS: *Violet Trefusis,* San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1985.
WAJSBROT, Cécile: *Violet Trefusis,* París, Mercure de France, 1989.

TRIOLET, Elsa
BRIK, Lili y Elsa TRIOLET: *Correspondance 1921-1970*, París, Gallimard, 2000.
DESANTI, Dominique: *Elsa-Aragon: Le Couple ambigu,* París, Flammarion, 2000.

TSVIETÁIEVA, Marina
COMES, Annnalisa: *In Francia mi si è gelato il cuore: l'esilio francese di Marina Cvetaeva (1925-1939)*, Roma, Castelvecchi, 2016.
DESANTI, Dominique: *Le Roman de Marina. Romanvrai. Marina Tsvietáieva,*

1892-1941, París, Arléa, 2009.
LOSSKY, Véronique: «Marina Cvetaeva: souvenirs de contemporains», en *Wiener Slawistischer Almanach*, 3, 1981, pp. 213-261.
PASTERNAK, Boris, Marina TSVIETÁIEVA y Rainer Maria RILKE: *Cartas del verano de 1926*, traducción de Selma Ancira y Adan Kovacsics, Barcelona, Minúscula, 2012.
TSVIETÁIEVA, Marina: *Deserti luoghi. Lettere 1925-1941*, Adelphi, Milán, 1989.
— *Il paese dell'anima. Lettere 1909-1925*, Roma, Adelphi, 1988.
— *Taccuini (1919-1921),* Roma, Voland, 2014.

TZARA, Tristan
BUOT, François: *Tristan Tzara,* París, Grasset, 2002.
TZARA, Tristan: «Correspondance Pablo Picasso-Tristan Tzara», en *Tristan Tzara, Œuvres complètes,* París, Flammarion, 1975-1982.
— *De mémoire d'homme,* París, Bordas, 1950.

VAILLAND, Roger
COURRIÈRE, Yves: *Roger Vailland ou Un libertin au regard froid*, París, Plon, 1991.
VAILLAND, Roger: *Écrits intimes*, París, Gallimard, 1968.

VALÉRY, Paul
BERTHOLET, Denis: *Paul Valéry, 1871-1945*, París, Plon, 1995.
BONA, Dominique: *Je suis fou de toi. Le Grand amour de Paul Valéry*, París, Grasset, 2014.
LA ROCHEFOUCAULD, Edmée de: *Valéry*, París, Éditions Universitaires, 1963.
MICHEL, François-Bernard: *Prenez garde à l'amour. Les Muses et les femmes de Paul Valéry*, París, Grasset, 2003.
PEETERS, Benoît: *Valéry: Tenter de vivre*, París, Flammarion, 2014.
ROUART, Martine: *La Cuisinière de Mallarmé*, París, Michel de Maule, 2012.
VALÉRY, Paul: *Paul Valéry secret. Correspondance inédite adressée de 1937 à 1945 à Madame Jean Voilier*, Montecarlo, Ader Picard Tajan, 1982.

VILMORIN, Louise de
BOTHOREL, Jean: *Louise, ou la vie de Louise de Vilmorin*, París, Grasset, 1993.
CHALON, Jean: *Florence et Louise les Magnifiques*, Mónaco, Éditions du Rocher, 1987.
VILMORIN, Louise de: *Correspondance avec ses amis*, París, Le Promeneur, 2004.

WAGENER, Françoise: *Je suis née inconsolable. Louise de Vilmorin 1902-1969*, París, Albin Michel, 2008.

WAUGH, Evelyn

LE ROUX, Benoît: *Evelyn Waugh*, París, L'Harmattan, 2003.

MOSLEY, Charlotte (ed.): *The Letters of Evelyn Waugh and Nancy Mitford*, Londres, Hodder & Stoughton, 1961.

STANNARD, Martin: *Evelyn Waugh: The Early Years 1903-1939,* vol. I, Londres, Flamingo, 1993.

WAUGH, Evelyn: *Etiquetas. Viaje por el Mediterráneo*, traducción de Jordi Fibla, Barcelona, Península, 2002.

— *The Diaries of Evelyn Waugh*, Londres, Phoenix, 2009.

WERFEL, Franz

JUNGK, Peter S.: *Franz Werfel: Une vie de Prague à Hollywood*, París, Albin Michel, 1990.

YOURCENAR, Marguerite

LEVILLAIN, Henriette: *Yourcenar, carte d'identité*, París, Fayard, 2016.

LIENHARDT, Patrick y Olivier PHILIPPONNAT: *Roger Stéphane: Enquête sur l'aventurier,* París, Grasset, 2004.

SAVIGNEAU, Josyane: *Marguerite Yourcenar. La invención de una vida*, traducción de Emma Calatayud, Barcelona, Alfaguara, 2002.

YOURCENAR, Marguerite: *Les Yeux ouverts,* París, Bayard littérature, 1996.

ZWEIG, Stefan

BONA, Dominique: *Stefan Zweig, l'ami blessé*, París, Plon, 1996.

SAUVAT, Catherine: *Stefan Zweig*, París, Folio Biographies, 2006.

ZWEIG, Friderike y Stefan ZWEIG: *Correspondencia (1912-1942),* traducción de Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2009.

ZWEIG, Stefan: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, traducción de Joan Fontcuberta, Acantilado, Barcelona, 2001.

— *Correspondencia con Sigmund Freud, Rainer Maria Rilke, Arthur Schnitzler,* traducción de Rosa M. Sala, Barcelona, Paidós Ibérica, 2004.

NOTAS

1.

Goggle, en inglés, gafas de protección y seguridad. [N. del T.]

2.

Beaver, «castor» en inglés. [N. del T.]

3.

«El cuerpo de John Brown yace podrido en su tumba.» [N. del T.]

4.

En el original *pisello*, que, además de ser la voz italiana para el guisante, sirve también para nombrar de manera coloquial y chusca al *pene*. La ambigüedad es evidente. [N. del T.]

5.

En italiano, *vate* es ante todo «profeta» y sólo secundariamente «poeta». En esta cultura *il Vate* es por antonomasia Gabriele D'Annunzio. [N. del T.]

6.

La calle cambió de nombre el 10 de mayo de 1933.

7.

Bricktop (del inglés): «persona pelirroja», por su similitud con el rojo habitual de los ladrillos (*brick*). [N. del T.]

8.

Paul Valéry, «La vida es vana», *Corona y coronilla*, traducción de Jesús Munárriz, Madrid, Hiperión, 2009, p. 49. [N. del. T.]

9.

La calle cambió de nombre el 29 de marzo de 1929.

10.

En el original *scopare,* verbo que, efectivamente, en italiano significa «barrer», pero en un registro vulgar también significa «echar un polvo», «follar». [N. del T.]

11.

La calle cambió de nombre el 8 de junio de 1946.

12.

La calle cambió de nombre en 1971.

ÍNDICE

Introducción

Ier arrondissement
IIe arrondissement
IIIe arrondissement
IVe arrondissement
VIIIe arrondissement
IXe arrondissement
Xe arrondissement
XIIe arrondissement
XVIe arrondissement
XVIIe arrondissement
XVIIIe arrondissement
XIXe arrondissement
Neuilly-sur-Seine
Clichy

Bibliografía